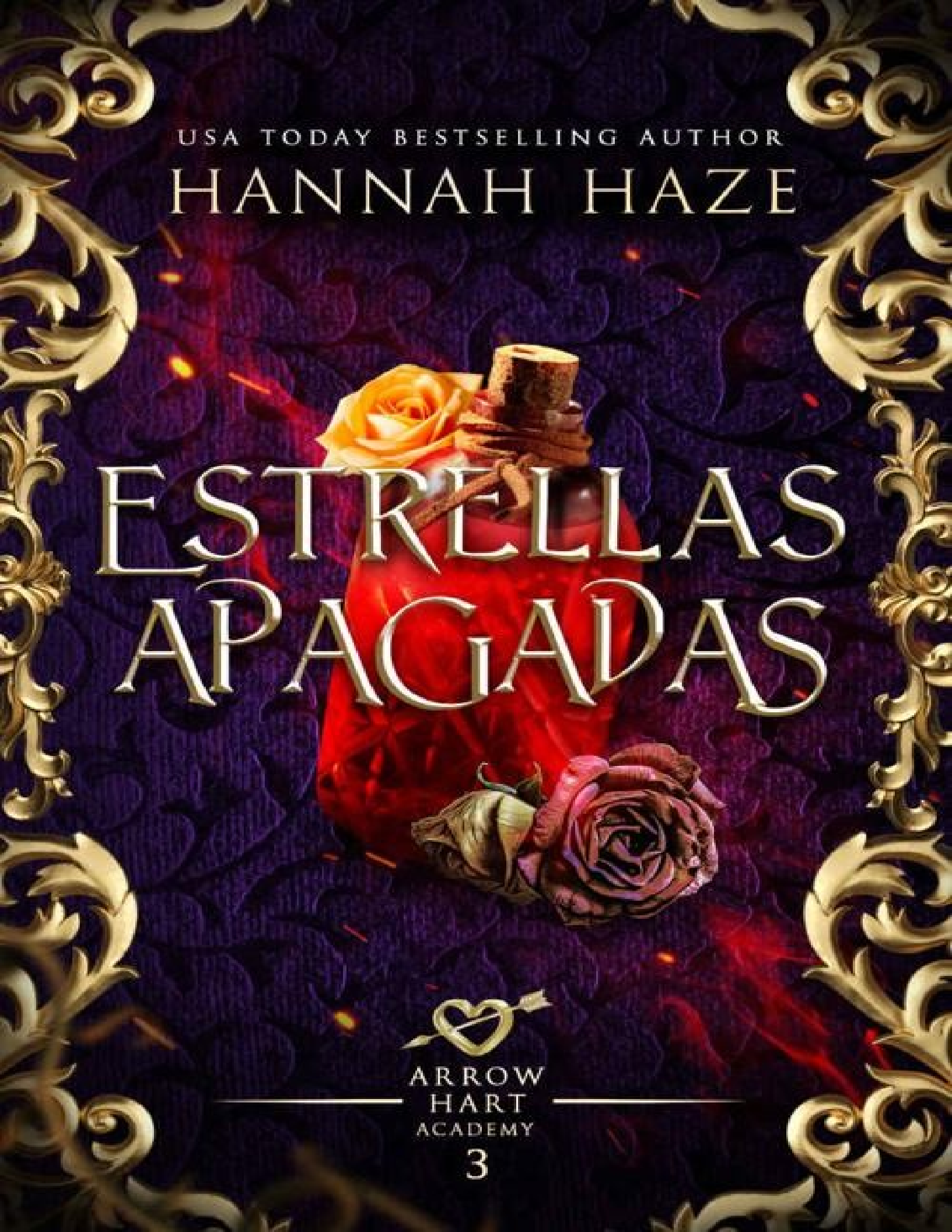
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

HANNAH HAZE

ESTRELLAS APAGADAS



ARROW HART ACADEMY

3

ESTRELLAS APAGADAS

HANNAH HAZE

ÍNDICE

Avant-propos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

De La Misma Autora
Sobre La Autora
Agradecimientos

Copyright ©2025 Hannah Haze

Traducción de Natalia Pérez Ramos

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas del libro.

Diseño de la cubierta: Covers by Christian

Edición: Buckley’s Books

Creado con Vellum

❀ Creado con Vellum

AVANT-PROPOS

Este libro es una novela romántica paranormal de temática *bully* y *why choose*, con una protagonista y más de un pretendiente despiadado y, en ocasiones, particularmente desagradable. Incluye escenas violentas y gore que pueden resultarles incómodas a algunos lectores. Para más detalles sobre las advertencias de contenido, por favor, visita mi página web.

Si encuentras alguna errata, no dudes en escribirme para corregirla: hannahhazewrites@gmail.com (¡Estaré encantada de charlar!)

1

Tristan

TENGO un subidón del copón por la adrenalina y la adulación del partido, desesperadas por ir a algún sitio, tan efervescentes que la magia me empieza a canturrear en la punta de los dedos.

Normalmente descargaría toda la energía entre las piernas de alguna tía. Joder, una noche como esta estaría follándome a una tía tras otra, sin importarme una mierda si les parto el corazón o si hiero sus estúpidos sentimientos.

Pero ahora las cosas han cambiado.

Tanto que apenas me reconozco.

No me interesa ninguna tía.

Solo hay una con la que me apetece desfogarme, y me estoy manteniendo lo más alejado posible de ella.

Eso me deja una única alternativa, una alternativa que me tiene la sangre bombeando de expectación.

Me quito de encima a la chica que tengo sentada a medio vestir y me pongo de pie para echar un vistazo a la fiesta.

No veo a Spencer, pero por el ruido de fuera deduzco que la fiesta se ha extendido a los jardines.

Me abro paso entre la gente que está bailando, ignorando a quienes me llaman e intentan agarrarme.

Lo encuentro apoyado en un árbol, con la mirada perdida, lejos de los demás que están de parranda, bailando, cantando y follando.

Ya ha soltado el trofeo y no parece un tío que ha hecho que su equipo —qué narices, su escuela y su país— gane el torneo más importante de nuestra carrera; se le ve más bien derrotado.

—¡Ey! —le digo levantando el mentón y llamando su atención—. ¿Qué te parece si nos piramos de aquí?

Se gira hacia mí lentamente.

—¿Para ir adónde?

—Al Almacén.

Algo se enciende de inmediato en sus ojos, y asiente con la cabeza.

—¿Solo nosotros? —añade.

Miro a la panda de borrachos del jardín y a los que salen a trompicones de la sala común. La mayoría son unos perdedores y unos parásitos. No queda casi nadie de nuestro equipo ni del de las animadoras, seguro que están por ahí follando.

—Sí, solo nosotros. —Le doy una palmadita en el hombro.

Cogemos mi coche, aparcado en el garaje subterráneo, aunque Spencer gruña porque no está hecho para un gigante como él.

—Es más rápido que tu furgoneta, tío —digo mientras enciendo el motor y lo revoluciono—. Y quiero largarme cuanto antes, ¿sabes?

Sí que lo sabe. Al igual que el mío, su cuerpo se sacude y se retuerce con una energía aún sin explotar.

Analizamos el partido mientras acelero por los oscuros caminos hacia la ciudad, que resplandece a lo lejos: debatimos cómo podríamos haber jugado mejor, nos felicitamos por las jugadas que hemos clavado y reflexionamos sobre cómo haríamos las cosas de un modo diferente en el futuro. A decir verdad, soy yo prácticamente el único que habla; él se limita a gruñir como señal de acuerdo o a negar con la cabeza.

—Los muy cabrones no han tenido ni una mísera oportunidad —sonrío—. La victoria estaba cantada desde el principio.

Spencer asiente de nuevo, pero no sonríe. Parece perdido en sus pensamientos.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunto. Normalmente no se calla ni debajo del agua cuando hablamos de estos temas, y estaría regodeándose. En cambio, tiene la mirada fija al frente—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?

—Summer ha ido a saco a por Cerdita esta noche.

—¿Cuándo? —Me enderezo en mi asiento y le miro a la cara.

—Yo qué sé, hace una hora o dos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha empezado Summer, quería que me besara los pies o una mierda por el estilo. Y entonces Cerdita ha tomado represalias, le ha dado un cabezazo y le ha roto la nariz.

Se me escapa una risita y meneo la cabeza con incredulidad. ¿Le ha dado un cabezazo? ¿Le ha roto la nariz? Con lo mierdecilla que es y no deja de sorprenderme… Ese es el problema. No puedo predecir qué hará a continuación y eso me excita más que nada. Me mantiene a la espera, observando.

—¿Eso ha hecho? ¡Joder, me lo he perdido!

—Sí. —Esboza una sonrisilla—. Ha sido increíble ver cómo ponen a Summer en su sitio por una vez.

Me vuelvo a reír. Sí, apuesto a que ha sido algo digno de presenciar. Pero la diversión muere en mis labios al instante.

—Summer no va a dejarlo estar —digo cambiando de marcha, y piso el acelerador al adentrarnos en las calles de la ciudad.

—Ya se verá. —Su media sonrisa también se desvanece.

Permanecemos en silencio durante el resto del trayecto, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Yo no estoy tan seguro de que la chica sea capaz de manejar a Summer Clutton-Brock. Una no acaba siendo la líder de las animadoras —y la más popular de la escuela— sin antes perfeccionar sus habilidades como megazorra. Summer tiene a sus espaldas años de preparación y práctica. Sabe cómo manipular a la gente. Sabe cómo destrozar a los demás, cómo hacerlos sufrir.

La situación me turba. No quiero que Summer se meta con ella. Quiero a Summer bien lejos. No debería importarme. Me la debería

sudar lo que le pase a Rhianna. Y, sin embargo, me preocupa. Me interesa y estoy demasiado involucrado. Resoplo. Está claro que necesito controlarme, y me impaciento aún más por llegar al Almacén.

El aparcamiento, que se sitúa al final de los muelles, está hasta los topes, bañado por las sombras de los enormes camiones cisterna. Hay una mezcla de vehículos de valor incalculable como el mío, motocicletas y camiones destartalados. Este lugar atrae a todo tipo de individuos, desde los más ricos a los más pobres, todos con ganas de sentir cómo les parten los nudillos y de saborear la sangre en la boca.

Cierro el coche y añado un par de conjuros por si acaso a algún capullo le tienta robármelo. Una vez quedo conforme, nos agitamos la mano delante de la cara y aparecen unos antifaces negros cubriéndonos los ojos. La magia impedirá que descubran quiénes somos en realidad. Luego sigo a Spencer por el laberinto de vehículos hasta llegar al almacén. Hay un grupo de hombres vigilando la puerta, cada uno con un arma pegada al cuerpo y gafas oscuras pese a ser plena noche.

Asienten al vernos a los dos y se apartan para dejarnos pasar sin mediar palabra. Puede que no conozcan nuestra verdadera identidad, pero nos reconocen. Saben que estamos aquí para luchar, no para causar problemas.

Caminamos por un pasillo vacío y nos adentramos en el imponente espacio del almacén abandonado; enseguida se oye ruido.

No es como el rugido de la multitud en el partido. Suena más hambriento, más desesperado… Joder, y más peligroso. La adrenalina me corre por las venas y avanzo más deprisa.

No alcanzamos a ver la batalla que está teniendo lugar en el centro —hay al menos seis filas de gente—, pero Spencer consigue abrirse paso sin recibir ninguna queja y en nada nos plantamos delante del todo.

Se están batiendo en duelo seis hombres, sin camiseta y con las manos y la cara cubiertas de sangre. No es como en la escuela. Aquí no llevan una equipación que les proteja. No hay reglas ni

restricciones. Luchas hasta que se rinda tu oponente. Los huesos se rompen y los músculos se desgarran. Al final todo se arregla. Hay ocasiones, por supuesto, en que las cosas se van de las manos, el precio que hay que pagar. Por eso es una bomba de adrenalina. Por eso doy brincos de puntillas con la magia chisporroteándome en la punta de los dedos. Se me queda baja después de luchar, pero me da igual. Quiero destrozarlo todo. Además, estoy seguro de que mi magia, incluso agotada, es mucho más fuerte que la de la mayoría de todos estos.

Lado a lado, observamos cómo los tres hombres vestidos con vaqueros sucios toman ventaja y hunden su magia y sus puños en los tres del equipo contrario, que van en pantalón de chándal.

La magia gira en el aire y desciende en picado, obligando al público a agacharse para esquivar los disparos desviados. Uno de los hombres se tropieza por la fuerza de un puñetazo y le empujan de vuelta al *ring*.

Otro termina de rodillas y se ceban con él a golpes hasta que empieza a bambolearse y a perder el norte. Su amigo le coge por el brazo antes de que se caiga de bruces contra el suelo de hormigón y levanta la mano que le queda libre.

—¡Ríndete! —grita. La multitud abuchea, decepcionada porque la pelea ha terminado, pero los tres hombres en vaqueros rugen, se abrazan y alzan los puños en el aire.

El árbitro se acerca a estrecharles la mano mientras los dos amigos sacan al hombre inconsciente del cuadrilátero y los tres vencedores reciben un fajo de billetes. Luego el árbitro se gira de cara al público.

—Ahora uno contra uno —vocea—. ¿Algún voluntario?

Miro a Spencer y asiente, y ambos levantamos la mano a la vez que otros hombres. El árbitro se pasea por el cuadrilátero examinándonos. Se detiene ante mí y me mira a los ojos a través de los agujeros del antifaz. Es un buen disfraz, pero estoy seguro de que muchos de los presentes podrían adivinar mi identidad.

—El Chico de Oro… —dice—. Hacía tiempo que no te veíamos.

Me crujo los nudillos y me balanceo de puntillas. Asiento.

—Bueno, ¿quién quiere ver pelear al Chico de Oro?

Un clamor estalla a mi alrededor. Saben que soy bueno.

El árbitro se ríe.

—El público ha hablado.

Avanzo al centro del cuadrilátero, bajo los cálidos focos, roto los hombros y estiro el cuello de un lado a otro.

El árbitro mira a Spencer y continúa dando vueltas. Sabe por experiencia que no lucharemos entre nosotros, así que se detiene ante otro hombre, uno alto, enorme como un tanque y tan fuerte que el chaleco negro que lleva parece a punto de reventar.

Es nuevo. Nunca lo había visto, y supongo que el árbitro tampoco.

—¿Cómo te llamas, luchador? —le pregunta.

—Rompehuesos —responde el hombre con una sonrisa a la que le faltan dientes. Sonrío yo también para mis adentros. O el tío es tan tonto que no se ha parado a pensar en arreglarse los dientes o es tonto por haber elegido no hacerlo. En cualquier caso, podría derrotarle con los ojos vendados y el brazo derecho atado a la espalda. Quizá no me proporcione el alivio que busco. Encima, el hombre habla con un acento similar al de ese tal Andrew, el que sé que traicionó a Cerdita y la vendió a Barone. A lo mejor disfruto haciéndole sufrir.

—¿No tienes a alguien un poco más grande, alguien más hombre para luchar? —dice el tío.

Le sonrío. El árbitro también le sonríe. La mitad del puñetero público le sonríe.

En serio, es tonto de remate.

Pero también es fuerte. Joder que si lo es. Y muy ágil para lo fornido que está.

Bah, da igual, lo que lo hace divertido en buena parte es dejarles pensar que van a ganarme. Dejar que sus nudillos golpeen mi mejilla y sentir cómo ese dolor cruje por todo mi cuerpo. Dejarles que me arremetan con el hombro en el pecho y oír el crujido. Que me peguen. Que me dejen saborear la sangre, que me abran el apetito y las ganas de ella.

Ya lo he experimentado un millón de veces. Un millón de palizas. Todo el mundo haciéndome más poderoso. Más fuerte.

Echo un escupitajo lleno de sangre y alzo la vista hacia el hombre, encorvado como si estuviera listo para correr a por mí, con los hombros levantados como un toro a punto de embestir.

Espero a que se mueva, levanto el puño y le propino un golpe justo en el centro de la cabeza, acompañado de mi magia. Le paro en seco, y la multitud se exclama asombrada. Chasqueo los dedos y el hombre se eleva por encima de nuestras cabezas. A continuación, giro la mano y él comienza a dar vueltas tan rápido que me extraña que no vomite. Después bajo la mano; el hombre también baja, y aterriza con un golpe y un gruñido. Se queda desplomado en el suelo. Ha estado chupado. Se me queda corto y necesito más.

Ya no resulta tan emocionante como antes. Tampoco lo es agarrarle del chaleco y meterle un puñetazo tras otro en esa jeta de lelo que tiene, hasta que suplique clemencia, y dejarle con los dientes y la nariz chorreando sangre.

Ya no me motiva nada. Na-da.

Y no sé cuánto más podré aguantar.

Porque estoy empezando a darme cuenta de que lo único que me motiva es ella. Su tacto. Y su sabor. Joder, incluso su olor. Lo único que hace que me circule la sangre.

La deseo. Y no creo que pueda lidiar con ello por más tiempo.

2

Rhi

ESTOY TUMBADA en la cama de Stone, los dos abrazados, con la luz de la luna retirándose y el alba naciente colándose por los resquicios de las cortinas.

No quiero que el día ahuyente a esta noche. Quiero perpetuar este momento, que nos quedemos en nuestro pequeño mundo para siempre. Porque a medida que la habitación se tiñe de luz, sé que tenemos que afrontar lo que venga después. Y la experiencia me ha enseñado que, sea lo que sea, es poco probable que me guste.

—Eres muy pesimista para lo joven que eres —susurra Stone apartándome el pelo de la cara.

Me acurruco más a él, me encanta sentir su cálida piel contra la mía.

Jamás habría imaginado que se sentiría esto al estar con alguien, que la presión de otro cuerpo contra el mío fuera tan embriagadora. Pensaba que el sexo sería la parte excitante —y ya te digo que si lo es—, pero esto, estos instantes… ¿Suena raro si digo que los prefiero?

—No —me susurra al oído.

—¿Entonces dejas que me quede? —pregunto con picardía.

—Sabes que no quiero que te vayas.

—Pero igualmente vas a echarme de tu cama.

—No voy a echarte —dice—, voy a invitarte a abandonarla. —Frunzo el ceño y él suelta un suspiro—. Sabes de sobra que no quiero que te vayas, Rhianna. Sabes que, si por mí fuera, me pasaría las próximas horas follándote en este colchón hasta que me suplicaras que parase.

—No creo que te suplicase nunca eso —admito mientras le acaricio la barba tal y como me moría por hacer desde que le conocí. Me coge la mano y me besa la palma con ternura.

—Me lo estás poniendo muy difícil. —Estoy a punto de replicar, pero se me adelanta—. No podemos arriesgarnos a que alguien te vea salir de la cabaña, Rhianna. No podemos arriesgarnos a que nos pillen juntos. Tienes que irte antes de que se termine de hacer de día.

—¿Y qué importancia tiene? Eres mi compañero predestinado. Soy tuya. Seguro que harían una excepción con nosotros.

Cierra los ojos, afligido.

—Mucha. Y con más razón que si pillasen a cualquier otra pareja. Además, si se enteran, ¿cuánto tardarán en saber también lo tuyo con Azlan? Entonces nos harán un interrogatorio a los tres.

—¿A ellos qué más les da con quién nos acostemos?

Enarca una ceja.

—Rhianna, no te hagas la ingenua, que no eres tan tonta como pareces. —Le pellizco los abdominales por la pullita—. Ya te has hecho lo suficiente a este mundo como para saber cómo funcionan las cosas. Se cree que las parejas predestinadas son fuertes y poderosas. Una mujer con dos compañeros, y no un compañero cualquiera…

—¡Phoenix Stone! —me burlo.

Vuelve a enarcar la ceja.

—Yo no importo una mierda. Estoy hablando de Azlan. El hombre de negro. El ejecutor de las autoridades. Heredero de la familia Kennedy.

—Pues a mí sí me importas, y más que una mierda —digo.

—¿Ah, sí? —Se coloca encima de mí—. ¿Cuánto?

—Solo este poquitín —digo juntando el pulgar y el índice.

—Hummm… Entonces retiro lo dicho. Nada de invitarte a abandonar mi cama. Te echo.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y le sonrío. Tiene unos ojos tan bonitos —azules como el cielo al amanecer— que podría quedarme mirándolos eternamente.

—No creo que solo te gusten mis ojos, cielo —dice apretando su pene erecto contra mí.

—Llevas razón. También me gusta tu moto.

—Ya está bien —me chincha, me descuelga de él y aparta las sábanas—. ¡Fuera!

Hago un mohín y me niego a moverme.

—No me quiero ir —digo.

Su semblante divertido desaparece y lo sustituye uno más tierno, que no había descubierto hasta anoche.

—Rhi —ruega.

—Va a doler —murmuro con las manos posadas en la tripa. Ya he pasado por esto. Sé lo que es. Y esta vez me temo que puede ser peor. Los dos vínculos juntos, sellados en mis adentros, parecen más fuertes que nunca, más poderosos, más irrompibles.

—Pero si vamos a seguir viéndonos… —Me besa las manos, la tripa y el hombro.

—No me refiero a eso. Separarnos será una tortura. El vínculo…

Dirige sus ojos hacia mi vientre, y luego al suyo.

—Ahhh —dice.

—Tardé días en soportar estar siquiera a unos pocos pasos de Azlan.

Una sonrisa orgullosa se dibuja en su rostro.

—Mmm… Cielo, deduzco que Azlan y tú… —hace una pausa— no consumasteis el vínculo de inmediato.

Niego con la cabeza.

—No hasta que salí del hospital.

—Eso era lo que causaba el dolor.

—Lo sé. Hizo falta, y mucha, …

—Follar. —Se abalanza de nuevo sobre mí—. Bueno, creo nosotros dos hemos tenido una buena dosis.

—Quizá no la suficiente —digo inocentemente.

—¿Crees que necesitamos más? —pregunta con una fingida preocupación.

—Solo para estar seguros —respondo, recorriendo los tatuajes de su pecho con la punta de los dedos.

Se ríe por lo bajo.

—Eres una mocosilla, y yo estoy condenado.

—¿Te estás quejando? —Le rodeo la cintura con las piernas, alentando a su polla erecta a entrar en mí.

Cierra los ojos y gime.

—Joder, no.

Se balancea y me penetra con un vaivén, y la luz le ilumina cada vez más la cara, sin dejar de mirarme.

Nos corremos a la vez, en silencio, ambos exhaustos por todo lo que ha sucedido, con los vínculos vibrando, enérgicos, y nuestros cuerpos perlados por el sudor.

Me besa las mejillas, los párpados, la mandíbula y los labios, y después me saca de la cama y me lleva al baño.

Una vez me seco el semen de los muslos, él pasa la esponja por debajo del agua caliente y se pone de rodillas, listo para limpiarme, cuando de repente se detiene.

—¿Qué? —pregunto.

Suelta un gruñido y desliza los dedos por mis muslos hasta mi coño, y atrapa una gota de semen fresco que ha querido escaparse.

—No lo desperdicies. —Vuelve a meterlo.

Le miro fijamente. Me tiembla el cuerpo. Qué excitante ha sido eso, pero también…

—¿No crees que intentar dejarme embarazada solo nos traería más problemas?

—He invocado el conjuro anticonceptivo, ¿recuerdas? —me tranquiliza mientras comienza a limpiarme—. No estoy intentando dejarte embarazada.

—Entonces, ¿por qué…?

—Es justo donde quiero que esté —dice con voz ronca, y se levanta y me pasa el vestido, roto y manchado de barro y sangre.

Me lo pongo, y parece que acabara de salir de una pelea. Agita la mano y el vestido queda como nuevo.

Me coge de la mano y me conduce hacia la puerta de entrada de la cabaña.

—Ve por los senderos secundarios, no los principales. Y si alguien pregunta dónde has estado…

—Diré que he salido temprano a dar una vuelta.

—Rhianna. —Me gira de cara a él y apoya las manos en mis hombros—. Es una excusa patética.

—A ver, listo, ¿se te ocurre a ti una explicación mejor para deambular por la escuela a primera hora de la mañana con el mismo vestido de anoche?

Se lo piensa un momento.

—¡Mierda! Por el amor de Dios, que no te vea nadie.

Aparto las manos de mis hombros y se las agarro.

—¿Cuándo podremos vernos así de nuevo?

Vacila.

—Ya encontraré la manera. —Me aprieta las manos—. Mantén el vínculo abierto.

—¿Y Azlan?

Me mira sin entender.

—¿Qué pasa con Azlan?

—Se lo tenemos que contar.

—Estoy seguro de que lo habrá sentido.

—¿Tú crees?

Se encoge de hombros.

—No va a enfadarse por esto, Rhi. Es lo que él quería.

—Pero, aun así, tenemos que contárselo.

—Toda la razón. Hablaré con él.

—No, creo que debería hacerlo yo. —Asiente—. Y, Stone, … —Me quedo dudando, pero de todas formas me lee la mente.

—Lo sé, Rhi. Sé qué tengo mucho camino por delante para compensarte. Sé que te he tratado como a un trapo cuando debería haberte cuidado como lo más preciado del mundo. Sé que la he jodido, y prometo que te lo compensaré.

—Más te vale —digo con gesto severo. Me mira con ojitos de cordero degollado y no puedo evitar reírme.

Entonces me besa. Un beso largo que me indica lo reacio que es a dejarme marchar. Una sensación que me recorre con persistencia todo el cuerpo. Pero lo bueno sabe a poco, y salgo enseguida, con los sentidos de rastreo alerta, y me marcho sigilosamente hacia mi dormitorio por los senderos menos transitados.

Aunque no debería haberme preocupado tanto. La escuela está tan muerta como la mañana siguiente a la Noche de los Fundadores. De hecho, no me cruzo con nadie.

Al llegar a la puerta, deshago el conjuro de Winnie para abrirla y entro sin hacer ruido. Winnie se despierta en cuanto pongo el pie dentro, mientras que Pip sigue dormido, y me agacho a acariciarle.

Winnie se da la vuelta y se frota los ojos.

—Rhi, ¿eres tú? ¿Qué hora es?

—Las cinco y veinticinco. Vuelve a dormirte.

Pero no me hace caso y se recuesta bocabajo apoyando la cara en las manos, de repente espabilada para charlar.

—¿Has pasado la noche con Stone?

Tras todos los mensajes que me ha enviado angustiada preguntándome dónde me había metido, he terminado confesándole que estaba con Stone, sin dar más detalles.

—Ajá. —Me quito el vestido y me pongo el pijama.

—«Ajá» no, señorita. Me he tirado la mitad de la noche preocupada por ti. Parecía que se te había tragado la Tierra. Estaba a punto de llamar al hombre de negro para pedirle que te buscara.

Me siento en el suelo junto a la cama de Winnie, me mira a la cara y exhala fuerte.

—¿Qué? —digo.

Se incorpora.

—Has sellado el vínculo. Con Stone. ¿No?

—¿C-c-ómo narices…?

—Se te nota en la mirada. Tiene algo especial. Recuerdo que se veía distinta cuando lo sellaste con el hombre de negro. Más brillante, digamos. No sé. No sé cómo describirlo. Pero ahora tienes los ojos incluso más claros.

—Venga ya… —Me levanto y me miro en el espejo. Lo único que veo es a una chica con los mofletes muy sonrojados. Una chica que acaba de tener en una sola noche más orgasmos que en toda su vida.

—¿Crees que estoy loca por hacer esto? —pregunto mirándola a través del espejo.

—No —dice con total seriedad—. Al contrario. Resistirte a tu compañero, ir contra la fuerza del destino… eso sí que sería un disparate. Es más, creo que te haría perder la cabeza por completo. O eso es lo que dicen.

Pienso en la madre de Stone, y asiento.

Luego pienso en los demás. En que no solo me siento atraída por Azlan y Stone.

Regreso a la alfombra junto a Winnie.

Bosteza y vuelve a apoyar la cabeza en la almohada.

—Espero que se haya disculpado. Espero que te haya suplicado tu perdón por toda la mierda por la que te ha hecho pasar este trimestre.

—Tenía sus razones.

Winnie chasquea la lengua como desaprobación.

—¡Tch! Siempre las tienen. No le perdones tan fácilmente, Rhi —sonríe—. Es bueno en la cama, ¿verdad? Porfa, no me chafes mis ilusiones y no me digas que es un fiasco. Aunque supongo que no es malo que haya un margen de mejora. Enseñarle algunas cosillas a Trent ha sido muy interesante…

La doy en el hombro.

—Winnie, esta noche ha sido increíble. No creo que haga falta enseñarle nada a ese hombre.

—Me lo imagino —dice con una risilla—. Apuesto a que todos esos libros que tiene en las estanterías son manuales de sexo, y que conoce movimientos de sexo tántrico y cómo hacer que los orgasmos sean cósmicos, y…

—¡Winnie!

—Sí, Rhi —me sonríe.

Respiro hondo.

—¿Y si Stone y Azlan no son los únicos? ¿Y si… y si tengo otros compañeros?

Se desternilla, pero se da cuenta de que me lo planteo de verdad.

—¿Quiénes?

Le doy dos nombres. El tercero no, porque… porque… ¡No puede ser!

Se exclama con tanto escándalo cuando se lo cuento que despierta a Pip, y este se viene corriendo.

Pip se acomoda en mi regazo y mi amiga me mira boquiabierta un buen rato antes de negar con incredulidad en voz alta:

—¡¿Me lo dices en serio?!

—No lo sé. —Escondo la cara en la barriga de Pip.

—Pero… ¡Pero si te han estado tratando fatal!

—Bueno, el hombre de negro y Stone no es que me recibieran con los brazos abiertos, ¿no?

—Sí, pero ellos nunca se han ensañado en torturarte, en hacerte la vida imposible, en denigrarte continuamente.

—Hum… —Stone me ató a una cama, me tiró un sándwich de jamón a la cara e intentó infiltrarse en mi mente a la fuerza.

Ya, ninguno de mis compañeros predestinados se lleva la palma.

—Aunque, pensándolo mejor… —dice dándose la vuelta bocabajo para hacerle cosquillas a Pip en el hocico—, es verdad que parecen tener una fijación inusual contigo. Sobre todo Tristan. Nunca le había visto prestar atención a ninguna chica en particular. Ni siquiera a Summer… Pero contigo… A ver, es una atención tóxica, pero atención al fin y al cabo.

—A lo mejor son imaginaciones mías. A lo mejor es cosa del vínculo, que está reciente y aún no ha terminado de asentarse —pongo como pretexto, para nada convencida de mi explicación—. ¿Más de dos compañeros predestinados? Eso no es posible.

—¿Y por qué no iba a serlo?

—¿En serio? Bueno, sí, en los cuentos de hadas y…

—Un momento —me interrumpe Winnie—. Me acabo de acordar de algo.

—¿De qué?

—Un segundín. —Se asoma para coger su móvil del suelo y comienza a escribir—. A lo mejor recuerdo mal… Fue hace mucho tiempo…

—¿El qué?

Levanta la vista de la pantalla.

—¿Eing?

—Que qué sucedió hace mucho tiempo.

—La historia.

Estoy a punto de perder la paciencia, cuando Winnie retoma el tema de los dos gilipollas que podrían ser o no mis compañeros predestinados.

—Es solo que… Si lo son…

—Si lo son, ¿dónde me deja eso a mí? ¿En un psiquiátrico, como la madre de Stone?

Winnie posa una mano en mi hombro.

—Estoy segura de que llevas razón, que se trata solo de un período de confusión. Te mudaste aquí desde Mordor prácticamente. Te han dejado a tu suerte en un mundo nuevo y un modo de vida que no comprendías. Mucha gente de la escuela te ha tratado fatal… Es demasiado. ¡Como para no estar confundida! Lo estás haciendo genial, Rhi. Si fuera yo, no habría salido de la cama casi ningún día.

—Hay días en que a mí también me pasa.

—A lo que me refiero es que, con todos esos sentimientos en ebullición, es normal que lo hayas malinterpretado. Dicen que del odio al amor solo hay un paso —dice no muy segura—, pero no me creo que dos personas puedan tratar a su pareja predestinada de la manera en que Tristan y Spencer te han tratado a ti.

Le doy un beso a Pip en la cabeza. Espero que Winnie esté en lo cierto. Quiero que lo esté. No quiero verme obligada a tomar una decisión así: atarme a dos tíos que me tratan mal o soportar una vida de locura y dolor. Ninguna de las dos opciones suena lo más mínimamente apetecible.

—En fin —dice antes de darme un beso en la cabeza al igual que se lo he dado yo con Pip—, ¿te enteraste ayer de lo que anunciaron después del torneo o estabas demasiado ocupada follándote al profe?

—No me enteré de nada.

Se baja de la cama y me mira superemocionada.

—Va a haber un baile en honor a la victoria del equipo de duelo.

—¿Esta noche? —No tengo nada que ponerme para un baile y, por mucho que Winnie actúe a veces como mi hada madrina, no creo que sea capaz de sacar un vestido de fiesta de la nada.

—No, esta noche no. —Me da un golpecito jocoso en el hombro y menea la cabeza—. ¿Recuerdas cuánto trabajo supuso la fiesta de la Noche de los Fundadores? Un baile requiere diez veces más. Será dentro de unas semanas.

—¿Y están bien los bailes? —me atrevo a preguntar.

—¿Me estás tomando el pelo? —chilla Winnie—. No ha habido ninguno desde que empecé la escuela. Este es el primero.

—¿Y te hace ilusión?

—Rhi, los bailes de Arrow Hart son legendarios. De hecho, según mi madre, fue en uno de esos bailes donde se enamoró de mi padre. —Pone cara de asco—. Seguro que también me concibieron esa misma noche.

—Esos bailes parecen peligrosos.

Winnie me lanza una mirada severa.

—Rhianna Blackwaters, dime, por favor, que estás usando protección. Sé que no hemos tenido esta conversación, pero di por sentado que…

—Estoy usando protección —digo—, pero… —añado bajando la voz para contarle lo que ha pasado con Stone en el baño.

—¡Guau! —exclama ojiplática—. Eso es increíblemente erótico y…

—Exacto. No entiendo a los hombres. —Azlan, Stone, Tristan, Spencer… Me tienen hecha un lío.

—Pues yo veo que los entiendes mucho más de lo que crees —me sonríe.

Ojalá tuviera razón.

3

Rhi

Winnie quiere inflarme a preguntas después, pero no paro de bostezar y enseguida se apiada de mí, así que me meto en la cama con Pip.

No me despierto hasta pasada la hora de comer, y mi primer pensamiento es Azlan. Dije que hablaría con él y ya lo he dejado pasar más de lo debido. Busco el teléfono y le mando un mensaje. Su respuesta deja claro que no quiere que le vean en la escuela tan pronto después de lo de ayer, por lo que acordamos que iré yo a la ciudad en el autobús escolar y que él vendrá a recogerme a la parada. Es domingo y, tras el éxito del torneo, me han eximido de las tareas de jardinería.

Solo hay un inconveniente en este plan maestro: necesito el permiso del mentor de mi casa para ir a la ciudad; es decir, el permiso de Tristan Kennedy.

Considero marcharme sin pedírselo, pero existe la posibilidad de que el conductor quiera verlo y ya bastantes problemas he tenido estas últimas semanas. Más vale evitarlos por un tiempo bien largo.

Eso significa que voy a tener que tragarme mi orgullo e ir a suplicarle a Tristan Kennedy, y no hay cosa que odie más. Qué rabia me da. La mera idea me pone enferma.

Me ducho, me planto mi modelito de siempre con vaqueros y camiseta, me trenzo el pelo y me pongo firme conmigo misma frente al espejo. Winnie ya ha salido, va a pasar el día con Trent y se ha llevado a Pip, así que no me oye nadie.

—No pienso dejarme intimidar por sus gilipolleces. Mantendré la calma. No dejaré que me afecte. —Me fijo en mi reflejo. Todavía tengo las mejillas sonrosadas y me brillan ojos. Se me ve mucho más sana que cuando llegué. Asiento con determinación y me dirijo hacia la sala común de Venus, suponiendo que Tristan se encuentra en su habitual guarida. Para mi sorpresa, cuando me abro paso entre los cuerpos medio comatosos y quejosos que se han quedado sopa encima de la cama doble, los sofás e incluso el suelo, resulta que Tristan no está.

Qué extraño.

La celebración de anoche tenía toda la pinta de derivar en una orgía multitudinaria, y conociendo a Tristan, creía que no se lo perdería.

Paso por encima de un chico medio desnudo que está roncando junto a la puerta y vuelvo a salir a los jardines. Me saco el teléfono.

Si tener que ir a verle era una pesadilla, enviarle un mensaje es aún peor. ¡Dios, cómo odio ese poder que tiene sobre mí y la manera en que le gusta abusar de él! Pero quiero ver a Azlan —necesito verle—, así que, una vez más, estoy preparada para tragarme mi orgullo.

Le escribo un mensaje breve y somero pidiéndole permiso. Con un poco de suerte, tendré un simple «sí» como respuesta que podría valer para contentar al conductor del autobús y como prueba de que me han dado permiso.

Aunque estamos hablando de Tristan Kennedy, posiblemente el mayor cabrón del planeta. Me responde que, si quiero un permiso, tendré que ir a buscarlo. A su habitación.

¡Grrr!

¿Y dónde está la habitación de Su Alteza?

Nada más escribirlo, recuerdo que me he prometido mantener la calma. Borro el mensaje y envío otro diciendo: «La dirección, por favor».

Por si había alguna duda, Tristan se aloja en el edificio más caro y lujoso, y la habitación es el ático. Subo las escaleras resoplando y con fastidio. No me extraña que sea el primero de la clase en todo. No es muy complicado cuando ya desde bebé mamabas riqueza y lujo.

Al detenerme delante de su puerta me fijo en todas las notitas que le han dejado, y me pregunto si no habrá otra forma más simple y menos peligrosa de ir a Los Mágicos. Como ir andando. O en una escoba voladora.

Antes de poder siquiera cambiar de opinión y largarme, la puerta se abre y sale Tristan, que lleva solo unos pantalones grises de chándal. ¡¿En serio?! ¿Este tío se pone alguna vez ropa?

El corazón me da un vuelco de inmediato, y el vínculo tira hacia él sin yo poder hacer nada. Es tan guapo que a veces cuesta mirarle. Al igual que el sol, es cegador. En esto no puedo estar equivocada, ¿no? Aunque seguro que sí.

Su escasa ropa es sin duda una táctica para intimidarme o incomodarme, o básicamente, torturarme. No voy a caer en su trampa.

—Entra —dice dándome la espalda y metiéndose en su gigantesca habitación. Mientras, mis ojos se deleitan con su figura; con su piel dorada, su cuerpo fibrado, sus hombros anchos, sus pantalones caídos y sus pies descalzos. Tiene un tatuaje en el hombro: un tigre saltando, con los ojos verdes esmeralda como los de Tristan. Parece que me mira y me enseña los dientes.

No puedo apartar la mirada del tatuaje —ni de Tristan—, pero entonces veo un moratón oscuro a la altura del omóplato. Es del tamaño de mi mano y tiene una mezcla de negros y morados. Hago un gesto de dolor. ¿Es del torneo de ayer? No se ve que tenga otras marcas.

No me muevo de la entrada. Huele mucho a él. Poner un pie en su habitación sería como ponerlo en la guarida de un tigre.

—Estoy bien aquí, gracias. —Se me van los ojos a la cama, donde debe de seducir a todas esas innumerables chicas. Se me revuelve el estómago al recordarle con aquella chica en la sala común—. ¿Puedes darme el permiso y ya, por favor?

Se da la vuelta, me mete a rastras agarrándome de la muñeca y cierra de un portazo.

Ya empieza a tocarme las narices, me da que no voy a poder cumplir mi promesa.

Estar en su habitación resulta íntimo y peligroso. Es su territorio. Tiene toda esta planta del edificio para él solo; y la cama, deshecha, está situada junto al enorme ventanal.

Ahora es cuando adoptará su habitual semblante apático, bien tumbado en la cama o bien repanchigado en la silla. En cambio, se coloca frente a mí, plantándome cara. ¿Cómo debo sentirme al respecto?

Observo que la habitación está tan vacía que cuesta creer que esté de verdad habitada. No hay ni una foto de familia en el escritorio, ni un trofeo adornando la estantería. Es más, la única pista de que aquí vive alguien es la cama sin hacer y la equipación de duelo tirada en la silla.

Pensaba que su habitación sería una ostentosa muestra de su personalidad, abarrotada de premios y pertenencias caras. Casi hasta esperaba que las paredes fueran de oro y estuvieran cubiertas de retratos suyos.

—Le diste un cabezazo a Summer Clutton-Brock, le rompiste la nariz. —¿Es cosa mía o lo dice con un ligero toque de admiración?

Me encojo de hombros.

—Vas a tener que andarte con ojo, Cerdita. Va a ir a por ti.

—No le tengo miedo a una matona como ella. —No cuando tengo a más enemigos amenazándome y complicaciones mucho más peligrosas que me están amargando la vida.

—Quizá sería sensato no crearte tantos enemigos —dice, pensando evidentemente lo mismo que yo.

—Parece que me sale solo. —Le dedico una sonrisa indolente sosteniéndole la mirada. Se ha quitado su caparazón de muermo. Sus ojos hoy son como los del tigre. Inteligentes, depredadores, desafiantes.

—¿Por qué quieres ir a Los Mágicos? —pregunta con un gesto de la cabeza y con las manos en los bolsillos.

—No creo que sea asunto tuyo, la verdad.

Empieza a dar vueltas por la habitación con un evidente nerviosismo, y el vínculo tira hacia él mientras se mueve. Más claro, agua. No puedo estar equivocada. No puedo estar equivocada respecto a cómo me hace sentir. En contra de mi voluntad. No quiero sentirme así por él. Quiero odiarlo.

—Si quieres el permiso, dime primero la razón.

Sé que no sirve de nada discutir. Cuanto antes ceda y le siga el rollo, antes terminaremos con esto. Y estoy deseando irme. La sensación del estómago se está volviendo insoportable, y no quiero creer que sea real. Prefiero permanecer lo más alejada posible de él y convencerme a mí misma de que no lo es.

—He quedado con Azlan —admito.

Duda un segundo antes de girarse hacia mí con mala cara; la intensidad de nuestro cruce de miradas me hace dar un paso atrás.

—¿Por qué no puede venir él aquí?

—Sería extraño encontrársele por la escuela tan pronto tras el torneo.

—A Azlan se la sudan esas chorradas.

—Lo hace por mí, yo sí le importo.

Tristan me escudriña la cara.

—¿Viene a buscarte?

—Voy a coger el autobús.

Resopla.

—¿El autobús? No es seguro.

—Estaré perfectamente. Te he dicho dónde voy y por qué. ¿Me puedes dar ya el permiso?

—Debería venir él a buscarte —refunfuña.

—Me va a recoger justo en la parada en que me bajo.

—Tienes al puñetero Renzo Barone…

—Soy consciente de ello.

—No creo que sea buena idea. No es seguro. Me veo obligado a denegar tu petición.

—Azlan…

—Azlan es tonto —me espeta mientras se gira, lo que me vuelve a ofrecer unas buenas vistas de su espalda, además del moratón del hombro—. Qué curioso, antes no lo era. Debe de ser tu influencia.

—No tiene nada que ver conmigo. Vendrá de familia —le devuelvo.

Nos quedamos en silencio por un momento, y desvío la mirada hacia el moratón, que desentona con su piel dorada.

—A la enfermera se le ha escapado un moratón. —No puedo callármelo—. En la espalda. —Tiene muy mala pinta, debe de dolerle muchísimo. El único desperfecto en su inmejorable cuerpo.

—¿Qué? —Zarandea la cabeza como si intentara deshacerse de lo que tuviera en mente.

—Tienes un moratón muy feo en la espalda. Supongo que la enfermera no te lo habrá visto después del torneo.

Se acerca al espejo de cuerpo entero que hay en una de las puertas del armario que se encuentra en la otra punta de la habitación para echarse un vistazo al hombro. El cuello se le tensa y se le marcan los músculos de la espalda. Me muerdo el labio.

—A la enfermera no se le ha escapado. No es del torneo.

Arrugo el entrecejo al recordar el día en que parecía que le habían metido una paliza.

Intenta tocarse el moratón, pero no llega.

—¡Mierda! —dice.

Vacilo y medito mis opciones.

—Si… si te lo curo yo, ¿me concederás el permiso?

Me mira a los ojos, con toda esa electricidad bailando de nuevo en sus pupilas. Se lame el labio.

—¿Acaso te sabes el conjuro, cerdi?

—A mi amiga le salvé la vida hace unos pocos días —murmuro.

Sus ojos rebosan de interés.

—¿A Wence?

Asiento.

—¿Qué le sucedió?

No sé por qué, pero se lo cuento. Algo me dice que, si soy sincera con él, si comparto mis secretos, estará más dispuesto a darme lo que quiero.

—Nos atacó un grupo de soldados.

Tuerce el gesto.

—Eso no tiene sentido, cerdi. ¿Te lo estás inventando?

—Fue cuando regresé a mi casa. Había soldados del oeste.

—Soldados del oeste en nuestro territorio… No le encuentro la lógica. ¿Cómo habrían podido burlar nuestras defensas?

—Azlan dice que se han infiltrado.

No deja de mirarme a la cara mientras le revelo toda esa información.

—¿Tu amiga… salió herida?

—Sí, mientras huíamos. La salvé. —Me enorgullezco al oírme y, por una vez, Tristan Kennedy no responde con un comentario mordaz. Al contario, me sostiene la mirada y asiente.

—Vale —dice finalmente—. Cúrame el moratón y te doy el permiso. —Camina hacia mí y me sujeta de nuevo de la muñeca—. Pero te lo advierto, Cerdita: si se lo cuentas a alguien, te arrepentirás.

Examino curiosa su expresión. ¿Qué importancia tiene? ¿Cómo diablos se ha hecho ese moratón? ¿Por qué no se lo han curado? ¿Y a cuento de qué tanto secretismo?

—Date la vuelta —le pido. Me mira mal, pero me obedece.

Tengo que ponerme de puntillas para llegar bien, y va a ser complicado mantener el equilibrio mientras invoco una magia de esta complejidad.

—Necesito que te sientes.

Arrastra la silla más cercana, la de la equipación, y se sienta. Me dispongo a apoyar con firmeza la mano en su hombro y empujarlo hacia delante para ver bien el moratón, pero nada más rozarlo, saltan varios chispazos.

Se levanta y le miro con incredulidad.

—¡Joder! ¡Tú lo que pretendes es electrocutarme!

—No. —Sacudo la mano y la electricidad me sube por el brazo—. Perdón —añado—. Por favor, déjame intentarlo otra vez.

Me dedica una mirada asesina y vuelve a sentarse, esta vez encorvado para que yo llegue mejor.

Ahora que estoy más cerca de él, huelo su aroma incluso mejor y alcanzo a sentir el calor que irradia su cuerpo, así como su magia, que se arremolina en el aire. Le toco procurando no distraerme con sus músculos ni con el tigre del tatuaje.

Cierro los ojos, susurro las palabras mágicas y tanteo la sangre coagulada bajo la superficie; la animo a dispersarse e invoco al tejido afectado para que sane.

En paralelo, percibo las marcas de antiguas contusiones, de huesos ya curados y de piel cicatrizada. ¿Heridas causadas alguna de las veces que se haya batido en duelo? ¿O de alguna pelea en la escuela? No, no se ven recientes. Son de bastante tiempo atrás. Pienso en mi propio cuerpo, plagado de cicatrices, y en cómo me las hice.

Abro los ojos y me quedo mirando el pelo rubio de Tristan, preguntándome si realmente lleva una vida de oro como siempre he creído.

4

Azlan

Observo el tráfico de la ciudad por la tarde a la espera del autobús escolar, impaciente con cada coche, camión y moto que pasa.

¡Qué idea tan descabellada! ¿Y si han interceptado el autobús? ¿Y si ha tenido un accidente y se ha salido de la carretera? ¿Y si se ha averiado en medio de una de esas carreteras secundarias abandonadas?

Pero qué tonto soy… Lo sabría si estuviese herida o en peligro. Lo sentiría. El vínculo es extrañamente más fuerte que ayer. Algo ha pasado, y supongo que ese algo es de lo que quiere hablarme con tanta urgencia.

Ahora siento su vínculo a través del mío, como si la acercara, y en ese momento aparece el autobús.

Me relajo, aliviado, y me apresuro a bajarme de la moto; me echo la capucha de la capa y camino hacia la acera. El autobús se para en cada maldito semáforo en rojo y tarda una eternidad en llegar a la parada. Cuando por fin se detiene, se abren las puertas y ahí está Rhianna. Verla de nuevo me dispara el ritmo del corazón.

Se baja y, una vez que se ha ido el autobús, le ofrezco mi mano, que no duda en coger, transmitiéndome ese calor suyo tan

tentador… La llevo a un callejón, la abrazo y la beso, ajenos al tráfico y al bullicio de la gente.

—Vamos a mi casa —le digo cuando ya he saboreado su boca lo suficiente—. Me gustaría presentarte a alguien.

Me mira extrañada y me sigue hasta la moto. Luego nos abrimos camino por la ciudad, con sus brazos envolviéndome fuerte. Ojalá estos momentos duraran para siempre. Solo ella. Solo yo. La moto y la carretera.

Cuando llegamos, sus ojos no han perdido ni un ápice de curiosidad.

—¿Me va a caer bien la persona en cuestión? —pregunta con ligero recelo.

—Eso espero. —La cojo de la mano—. Espero que lleguéis a ser buenas amigas.

—Bueno, siempre y cuando no se trate de Lucinda o de alguna de tus exnovias —masculla.

—No, no es ninguna de ellas —respondo con firmeza, y continúo en un susurro—. Quien te oiga se creerá que tengo muchas exnovias.

Me mira aún más desconfiada y, al abrir la puerta, me encuentro con mi hermana esperándonos en la entrada, ansiosa por recibirnos.

Se parece mucho a mí: tiene el pelo negro y suelto; y sus ojos, también oscuros, rebosan de emoción. Es igual de alta que yo, fácilmente medio metro más que Rhi, aunque mucho más delgada. Demasiado, en mi opinión. Una consecuencia del estrés de vivir bajo el control de mi tío.

Hoy lleva un pañuelo colorido atado a la cabeza, así como unos pendientes y un collar, y su vestido es tan vivo como el pañuelo. No se atrevería a ponerse este atuendo delante de mi tío.

—¡Rhianna! —sonríe y le aprieta las manos con cariño—. Encantada de conocerte.

—Rhianna, esta es Eleanor… Ellie, mi hermana.

—Ya lo sé. —Rhi le devuelve la sonrisa—. Te vi ayer en el palco de los Kennedy en el torneo. Por fin nos conocemos.

Ellie no cabe en sí de gozo.

—Fue un buen partido. Tristan jugó genial. Deberías haberte quedado a verlo, Az.

Rhi me mira divertida, imagino que nunca ha oído que me llamen así.

—¡Uf! Tristan tenía ya bastantes fans pelotas para animarlo. Además, no es que sea precisamente bienvenido en el palco familiar en estos momentos.

Ellie adopta un semblante afligido, un semblante que he visto demasiadas veces los últimos días. Le he dicho un millón de veces que se mude conmigo, lejos de la familia… Qué narices, ¡se lo he rogado! Pero no lo hará. Tiene una habilidad infalible para ver el lado bueno de la gente —incluso cuando no hay nada que ver—, y se aferra desesperadamente a la necesidad de mantener unida a nuestra familia, de influir positivamente en sus actos.

—Si hablaras con el tío, si llevaras a Rhianna para que lo conociera…

—No pienso dejar que Rhianna se acerque a él —digo rotundamente—. Vamos, voy a preparar café y así charláis y os conocéis mejor.

—Para mí, té de hierbas —me recuerda Ellie.

—Sí, señora.

—Y una *cookie* —añade, y pongo los ojos en blanco—. ¡Ay, cuánto lo siento! Se me olvidaba que Don Musculitos solo come huevos crudos, pollo a la plancha y verduras al vapor.

Rhi se parte de risa, está en su salsa con Ellie metiéndose conmigo.

—Por mí encantado en serviros dulces y *cookies*. No os vendría mal engordar un pelín.

Mi comentario las calla a las dos, y me siguen hasta la sala de estar. Las dejo sentadas en dos sofás distintos, una de frente a la otra, sonriéndose nerviosas, y voy a buscar en los armarios algo dulce. Encuentro una tableta de chocolate que se olvidó Rhi cuando estuvo aquí recuperándose tras su ingreso en el hospital; no son *cookies*, pero espero que valga.

Al regresar, Ellie se ha quitado las sandalias y está sentada sobre un pie, contando retahílas de historias de nuestra infancia, para gran

deleite de Rhi. Mi hermana es mucho más joven que yo, más cerca de la edad de Tristan, pero siempre hemos sido uña y carne. Es lo que tiene perder a tu madre a una edad tan temprana. También de ahí su apego por la familia. Ya ha perdido a su madre, no soportaría perder además a su padre. Eso le rompería el corazón, y no parece importarle que él se lo atormente a diario.

—No creas una palabra de lo que te diga —advierto de broma a Rhi, y sonrío con ternura a mi hermana mientras le paso una taza de té—. Tiene mucha imaginación y la memoria de un pez.

—¡Mentira! —Se ríe y me da un golpecito en hombro cuando me siento en el sofá a su lado.

A Rhi le paso su taza de café y da un sorbo.

—Pues es una pena, porque me estaba haciendo una mejor opinión de ti. Eleanor me estaba contando lo entregado y protector que eras como hermano mayor. Pero si todo son mentiras…

—No, no lo son —dice Ellie apoyando la cabeza en mi hombro—. No podría pedir un hermano mejor. Eres muy afortunada de tenerlo como compañero predestinado.

—No tan afortunada como yo de tenerla a ella. —Mi mirada se cruza con la de Rhi. Se sonroja y noto su emoción a través del vínculo. Me lo apunto: le gustan los halagos, así que voy a inundarla de ellos. No la he mimado lo suficiente.

A Ellie se le escapan las lágrimas.

—Me alegro tanto por vosotros… —Se seca las mejillas—. Me preocupaba que se quedara solo. No está hecho para ello. Se merece amor, una familia, compañía.

—Creo que nos lo merecemos todos —dice Rhianna en voz baja.

—Sí, por supuesto. —Se sorbe la nariz y recupera la sonrisa—. ¿Cómo os conocisteis?

Abro la boca en un intento de contestar. La cierro. La abro de nuevo.

Ellie desvía la mirada a Rhianna.

—Le enviaron para capturarme. Yo estaba sin registrar y a la fuga —explica Rhianna simple y llanamente. No se avergüenza de quién es. Nunca lo ha hecho, y esa es una de las cosas que me encantan de ella; su perseverancia y su resiliencia.

—Ah, sí, estoy al corriente de esa parte. —Se sonroja levemente y mete un poco más el pie bajo la pierna—. Quería enterarme… de los detalles, ya sabes —agrega en un susurro.

—Ya te lo he contado todo —insisto.

Ellie chasquea la lengua.

—Sí, los datos superfluos: la fecha, el tiempo que hacía, la ubicación GPS, bla, bla, bla. Rhianna, dime, ¿cómo sucedió realmente? ¿Fue amor a primera vista? ¿Hubo conexión al instante? —Da una palmada y se lleva las manos al pecho.

Espero a que Rhi ponga mala cara y le cuente a mi hermana que le disparé rayos mágicos.

En lugar de eso, se pone a mirar por la ventana; la luz se refleja en las plantas que están creciendo fuera.

—Te va a parecer una tontería, pero… no fue amor a primera vista, aunque nada más conocerlo tuve la sensación de que ya lo conocía de antes, como si ya hubiera vivido ese momento en otro lugar y en otro tiempo. Azlan me resultó familiar, fue como un *déjà vu*.

—Seguramente habías visto mi cara en algún lado, en carteles y…

—Que no —reitera.

—A lo mejor te lo habías cruzado por ahí sin darte cuenta —dice mi hermana.

—No nos habíamos visto nunca —me empeño yo ahora.

—No en esta vida —replica Ellie—, pero quizá en otra sí.

Suelto una carcajada y me dirijo a Rhianna:

—Mi hermana cree en esos rollos espirituales.

—¡Hum! ¿Con que piensas que las parejas predestinadas son un rollo espiritual?

Abro la boca para intervenir, como antes, pero no encuentro ningún argumento para rebatir eso.

—¿A qué te refieres con «en otra vida»? —pregunta Rhi.

—Es lo que algunos creen…

—Los *hippies* y…

—Muchos académicos —prosigue Ellie—. Creen que las almas gemelas están destinadas a encontrarse una y otra vez, a lo largo de

numerosas vidas, en distintos tiempos y espacios. Vosotros lo sois, a lo mejor siempre lo habéis sido.

Rhi la mira fijamente, dándole vueltas al coco.

—¿Tú no crees en ello? —me pregunta.

—No lo sé —me limito a decir.

—¿Qué sentiste cuando me viste por primera vez?

Cierro los ojos y recuerdo aquel momento en el claro, por la noche, el aire cargado de su fragancia y el cielo lleno de estrellas.

—Pensé que eras la criatura más hermosa que había visto jamás.

Se lo toma a guasa, pero siento su regocijo de nuevo a través del vínculo, y espero que ella sienta igualmente mi honestidad y mi sentimiento. Espero que sienta que lo digo totalmente en serio.

—Háblame de ti, Rhianna —dice Eleanor—. Quiero saberlo todo.

Rhi se ríe.

—Pues no hay gran cosa que saber. Estoy estudiando en Arrow Hart. —Se encoge de hombros.

—Tiene un cerdo como mascota —informo a Ellie.

Ellie se queda boquiabierta sin terminar de creerse si es verdad o si le estoy tomando el pelo.

—¿Un cerdo?

—Sí, Pip. Es mi bebé y mi amigo de toda la vida. —Rhi se vuelve a reír—. Ahora pensarás que tu hermano está unido a una loca. —Ellie niega con la cabeza enérgicamente—. Que sepas que tu hermano sí lo piensa, que estoy loca por tener un cerdo. Odia a Pip.

—No lo odio —mascullo.

—Nosotros de pequeños tuvimos un conejito. Se suponía que era de toda la familia, pero en realidad era de Az. Eran inseparables. Hasta solía metérselo con él en la cama. La única vez que he visto llorar a mi hermano fue el día en que murió Bibkins. Ese y… —Se mira las manos, y yo me incomodo.

Rhi nos mira, pero no presiona a Ellie para que continúe. Debe de figurarse lo doloroso que es ese tema, tanto para mi hermana como para mí.

Ellie da un sorbo al té y logra esbozar una sonrisa y recomponerse.

—Me gusta tu collar —dice señalando el medallón que lleva colgado Rhi. No se lo había visto nunca—. ¿Es un regalo de Az?

—Eh… no —Rhi juguetea con la cadena de plata.

Ellie aguza la vista.

—¿Te ha hecho mi hermano algún regalo? ¿Flores, perfume, bombones…?

—Eh… no —repite Rhi, que sigue con la cadena, negándose a mirarme.

Un gran sentimiento de culpa se apodera de mí, seguido de un manotazo en el brazo.

—¡Azlan Kennedy! —se indigna Ellie—. ¿Rhianna es tu pareja predestinada y no le has hecho nunca un regalo?

—¡Ah! Me invitó a unas cuantas comidas cuando veníamos de camino a Los Mágicos…

—No es suficiente. —Otro manotazo—. Rhi, no quiero parecer grosera… Por favor, no me malinterpretes, pero… ¿tienes suficiente dinero? A ver, la mayoría de los estudiantes no lo tienen. No es como si te pagaran por asistir a la escuela.

—Las autoridades me dan un subsidio —explica Rhi.

—¿Cuánto? —pregunto, enfadado conmigo mismo además de avergonzado. Vacila, pero mi mirada severa hace que lo suelte.

—¡¿Solo?! —exclama Ellie aún más indignada, y vuelve a darme un manotazo—. Eso no le llega ni para comprar sus cosillas de chicas.

—¿Como qué? —espeto.

—Muchas cosas. —Empieza a contar con los dedos—. Ropa, productos de higiene, maquillaje…

—Rhianna no necesita maquillaje. Es guapa al natu…

—No lo necesita, pero a lo mejor le apetece.

Rhi sonríe, parece disfrutar de la reprimenda que me está dando mi hermana, incluso más que de sus burlas.

—Tienes que llevarla de compras. Lo haría yo misma, pero…

—¿Pero? —pregunta Rhi.

—Ellie ya se ha arriesgado bastante viniendo aquí hoy.

—No ha sido fácil —dice Ellie, y vuelvo a inquietarme al verla toquetearse nerviosa el collar—. Nuestro tío tiene espías por todas

partes informando de todos nuestros movimientos. He tenido que inventarme una historia bien elaborada e ir desviándome durante el trayecto. —Empiezan a temblarle las manos, y apoyo mi mano en su hombro para reconfortarla.

—No regreses con ellos, Ellie. Quédate aquí conmigo.

Ellie niega con la cabeza, preocupada.

—¿Por qué no? —dice Rhi—. Aquí estarás a salvo. Azlan velará por tu seguridad. —Una sensación de calor se expande por mi pecho. Orgullo. ¿Eso cree? ¿Sabe el empeño que pondría en mantener a salvo a Ellie? ¿El que pongo para mantenerla a ella a salvo?

Ellie se niega una segunda vez.

—Adoro a mi familia, no puedo evitarlo. Puede que mi tío sea un hombre cruel y despiadado —nuestro padre también lo es a veces—, pero quieren lo mejor para nosotros, se preocupan por nuestro bienestar. No puedo dejarlos.

—¿De verdad echarías de menos al tío?

Ellie tuerce el gesto.

—Tal vez no —confiesa—, pero a la tía sí. Y a Tristan.

Resoplo y Rhi me mira.

—Todo el mundo habla de vuestro tío… ¿el padre de Tristan…? —le digo que sí— como si fuera el mismísimo diablo.

—Porque lo es.

Rhi frunce el ceño.

—¿Qué lo hace tan horrible?

Miro a Ellie, y ella agacha la mirada.

—Es manipulador, cruel y calculador.

—Muchas de las personas que he conocido en Los Mágicos lo son —murmura Rhi.

Ahora soy yo el que frunce el ceño.

—¿Quién? —digo con tono sombrío.

—Da igual.

No da igual. Se lo preguntaré sin falta cuando se haya marchado mi hermana.

—Créeme, nadie iguala a nuestro tío —dice Ellie.

—¿Ni siquiera el canciller?

Niego con la cabeza.

—Mi tío se cree el mago más poderoso de la Tierra.

—¿Y lo es?

Le sostengo la mirada.

—No lo sé. —Desde hace un tiempo sospecho que yo soy más fuerte, y quizá también Tristan; pero nunca le hemos desafiado, nunca nos hemos enfrentado a él. Lo mismo me equivoco. Quizá mi tío nos oculta tantos secretos como nosotros a él. No, no hay ninguna duda—. Mi tío cree que su poder le da derecho a gobernar el país, que sea suyo, como los reyes en la antigüedad. Si alguna vez llegara a convertirse en canciller, lo haría. Haría suyo el país. El canciller actual es el único hombre que se interpone en su camino. No es perfecto, pero sí mejor que mi tío.

—Si tu tío tiene más poder que el canciller, ¿cómo es que el canciller puede impedirle llegar al cargo?

—Mi tío tiene poder, pero está solo, la gente apoya al canciller.

—Te refieres al Consejo, la gente corriente como yo no tiene voz.

—Es más seguro así

—Esperemos… —Ellie se revuelve en el sofá y baja el pie.

La miro a la cara.

—¿Qué quieres decir con eso, Ellie?

—¡Oh! —Se inquieta un poco más—. Es solo un mal presentimiento. Esas mierdas espirituales —sonríe desanimada.

—Ellie —presiono.

Se ajusta el pañuelo.

—Seguramente no sea nada…

—¿Qué es?

—El tío, papá…

—¿Qué están tramando? —Me enderezo con un deseo abrumador de proteger a mi compañera.

—No lo sé con certeza, pero han tenido reuniones y mensajeros.

—Siempre ha sido así. —Por mucho que mi tío y mi padre se hayan esforzado siempre por disimularlo, es inevitable enterarse cuando vives con ellos.

—Sí, pero más que de costumbre.

Permanecemos los tres en silencio un momento, reflexionando. Dudo que Ellie se equivoque al respecto. Normalmente se lo preguntaría a Tristan, pero ahora mismo no nos hablamos. Tendré que vigilar de cerca a la familia y seguir en contacto con mi hermana.

Rhianna me mira y luego desvía la vista a su collar.

—Es un relicario de invisibilidad—le cuenta a Ellie mientras pasa los dedos por el grabado—. Era de mi madre.

—Es un amuleto muy valioso —interrumpo—. Te ayudaría a mantenerte a salvo, Rhi.

—Sí, pero no sé usarlo.

—Tienes que aprender.

—Estoy en Arrow Hart, que según tú, es el lugar más seguro. Te tengo a ti velando por mí, además de a Stone; y por si no lo habías notado, se me da muy bien cuidarme yo solita.

—¿Puedo? —pregunta Ellie extendiendo la mano.

Rhi se lo quita y se lo pasa. Ellie examina el intrincado diseño.

—Es muy bonito. —Cierra la mano a la vez que cierra los ojos—. Siento su magia.

—¿Sabes cómo hacerlo funcionar? —pregunta Rhi.

—No, pero lo averiguaré.

—Ellie es una empollona y una friqui.

Ellie me señala con el dedo.

—Solo porque me molesté en trabajar duro y conseguí mejores notas que tú en la escuela.

—Mentira —me defiendo—. Todos sabemos lo lista que eres. Es una alquimista muy cualificada. Si alguien puede descubrir cómo funciona tu relicario, esa es Ellie.

Mi hermana sonríe, y luego se vuelve hacia Rhi.

—No te preocupes, yo me encargo.

5

Rhi

—Gracias —me dice el hombre de negro después de acompañar a Ellie al coche y despedirse de ella— por acceder a conocer a mi hermana.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

—¿Estás de coña? ¡Si estaba deseando conocerla!

—Sí, pero sé que querías hablar conmigo. Perdón por hacerte esperar.

—No pasa nada —Me entran los nervios de repente, y procuro camuflarlos con una sonrisa.

¿Y si no se lo toma bien? ¿Y si se escandaliza? ¿Y si le hiere? No quiero hacerle sufrir.

—Rhi, ¿qué es? —pregunta desconcertado; ha debido de percibir mi remolino de emociones a través del vínculo.

Agarro su enorme mano y entrelazo los dedos.

—Es sobre Stone. —Hago una pausa para templar los nervios. No consigo reunir el valor suficiente para mirarle a los ojos, así que me centro en las manos—. Anoche nos acostamos y sellamos el vínculo.

Me aprieta la mano, y pasa su duro y áspero dedo por mis nudillos. Sigo sin poder mirarle.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿Eh? —Finalmente, mi mirada se cruza con la suya, preocupada.

—No se te ve muy contenta. ¿Te arrepientes? ¿Él te…?

—No, no. Nada de eso. Me alegro de haber tomado esta decisión, Azlan. Me alegro muchísimo. A lo mejor soy una ingenua, una tonta de remate y…

—No eres ninguna de esas cosas, Rhi.

Asiento.

—Toda esta situación es un despropósito, y nos va a traer muchos quebraderos de cabeza. Pero es que con vosotros dos… se está tan bien… Tal vez sería igual incluso si no existiera el vínculo.

—Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación?

—Por ti.

—¿Por mí? —Tensa los hombros.

—Quiero que tú también seas feliz, Azlan. No quiero hacerte daño.

Su rostro se ilumina con una amplia sonrisa, que parece disipar todas las sombras de su semblante.

—Rhi, soy feliz así.

—¿En serio? —digo no muy segura a pesar de la alegría que siento a través del vínculo—. Porque imaginarte con otra mujer me parte el alma.

—Pero en este caso no se trata de un hombre o de una relación cualesquiera, Rhi. Se trata de Phoenix, y es tu compañero predestinado.

—¿Y eso marca la diferencia?

—Sí —dice con rotundidad—. Es lo que el destino quiere para nosotros.

—Entonces, si hubiera otro compañero… —Se echa a reír—. Lo digo en serio, Alzan. Estoy intentando entender cómo funciona esto. ¿Está solo Stone o…?

Niega con indulgencia.

—No lo sé con total seguridad, Rhi, no hasta que me encuentre esa situación; pero si el destino te asignara otro compañero más, creo que lo aceptaría.

—¿Aunque fuera un gilipollas?

—¿Como Phoenix, quieres decir?

—Peor que Phoenix.

—Entonces le bajaría los humos de un plumazo. El destino me ha unido a ti, Rhi, y estoy destinado a seguirte hasta el fin del mundo y más allá, afrontando todas las piedras que el destino nos ponga en el camino.

—Vaya, qué espiritual se ha vuelto usted, señor Ejecutor.

—Quizá en el fondo crea en esas tonterías más de lo que me gustaría admitirle a Ellie. Quizá, al haber experimentado el poder de toda esa mierda, ahora creo más; pero no se lo digas a mi hermana.

—Me gustaría veros a los dos juntos. Hoy me he podido hacer una idea de vuestro lado más tierno.

—¿No habías visto aún mi lado tierno?

—Un poco, de tanto en tanto.

Se le escapa un suspiro.

—Tenéis razón Ellie y tú. No he estado a la altura como pareja. Te he cuidado, pero no me he preocupado de ti como debería. Voy a compensártelo. A partir de ahora voy a mimarte, compañerita. Te daré y te comparé lo que desees.

—¿De verdad? —digo burlona—. Eso suena caro.

—Rhi, llevaba soltero una buena temporada, trabajando como un burro. Tengo dinero para dar y regalar. —Examina mi cara—. ¿Tenías algo pensado?

—Una moto nueva —sonrío sin cortarme.

—No —responde tajante.

—¿Y por qué no? —En realidad, no la quiero. Bueno, es mentira; me encantaría tener una moto nueva. Echo de menos la libertad que me daba la mía. Echo de menos conducir. Pero las motos son caras, y jamás podría aceptarla como regalo.

—Me gusta que te montes conmigo en la mía.

—Sí, a mí también —confieso con un suspiro.

—Te compraré tu propia moto, pero para que la mires, no para conducir. Prefiero que vayamos juntos en la mía —dice con un tono tan posesivo que casi me fallan las rodillas—. Y también te compraré otras cosas, Rhi.

—¿Sí?

—Sí. Comenzando por algo de ropa nueva. Te conseguiría la mejor habitación de toda la escuela si no fuera tan cantoso pasar de un cuartucho a una *suite*.

—Se pensarían que tengo un *sugar daddy* y me harían un buen interrogatorio —sonrío—. Lo que también va a ser cantoso es pasearme con ropa de marca; además, no es lo mío.

—Está bien, pero lo que sí pienso comprarte es un par de vaqueros. —Me mete un dedo por la cinturilla de los pantalones y me acerca aún más hacia él—. Estos se te han quedado muy pero que muy ajustados.

—¿No te gustan?

—Me vuelven loco. Me encanta agarrarte del culo así. —Me acaricia una nalga y procede a hacer lo que ha anunciado, y después lo mismo con la otra, me coge en brazos y me lleva a su dormitorio.

Ya en la cama, nos desnudamos el uno al otro como dos desesperados; y cuando me tiene debajo de él en ropa interior, se para y me dice:

—También voy a comprarte braguitas nuevas; un montón de braguitas diminutas y caras. No las verá nadie, así que qué más da.

—Stone —le recuerdo.

Suelta un gruñido, pegado a mi cuello.

—Igualmente, esas braguitas no son muy cómodas —le incordio.

—No importa. —Me baja las bragas, tipo bóxer, blancas lisas y de algodón—. No las llevarás puestas mucho rato.

Cuando me quedo desnuda para él, me abre las piernas, se coloca entre ellas e inhala profundamente.

—Hueles a él —susurra—. ¿Con él también estás así de mojadita? —Pasa los dedos por mi vulva húmeda.

Gimo y me retuerzo ante su contacto. Acto seguido, introduce su grueso dedo.

—Joder, sí que lo estás. Estás bien mojadita… llena de él. Ahora me toca a mí follarte, llenarte de mí.

Recuerdo lo obsesionado que estaba Stone al respecto. ¿Es algo típico entre las parejas predestinadas? Qué obsesión por llenarme con su semen… ¿Y por qué es tan erótico?

Me restriego contra sus dedos mientras masajea mi interior y frota el clítoris con el talón de la mano; con la otra, me estruja el culo. A continuación, desliza los dedos entre mis nalgas y comienza a acariciarme esa zona.

—¿Qué tal, princesa?

Bien, extraño, pero bien. No me salen las palabras con la forma en que me está subiendo el calor. Consigo por fin murmurar justo antes de correrme en sus dedos; y entonces, mientras me rindo al orgasmo, me mete otro dedo. Pero esta vez no en la vagina, sino en el trasero, y se me escapa un gritito. Me siento en el paraíso.

Me susurra al oído con voz ronca:

—Estoy deseando que lo hagamos los tres juntos.

¿Juntos?

No se me olvida lo intenso que fue cuando nos liamos los tres en la cabaña de Stone. Cómo exploraban, me besaban, me tocaban por todas partes, abrumándome los sentidos por completo.

Aunque el hombre de negro se refiere a algo más.

Intento imaginar cómo sería cuando en este momento, el real, me da la vuelta bocabajo, me arquea las caderas y me penetra tirándome de la trenza. Me embiste una y otra vez. ¿Podría montármelo con dos a la vez?

¿Me apetece?

Mientras me folla duro en la cama, y el dolor del tirón de pelo se acompasa con las vibraciones de mi coño, sé que sí.

Me muero de ganas.

✷

MÁS TARDE, insiste en pedir algo de comer, y saca un montón de folletos de distintos restaurantes de la ciudad.

—Elige lo que quieras, pide cuanto quieras. Nos vamos a dar un festín. No te traté lo suficientemente bien la última vez que viniste a mi casa, así que te lo voy a compensar ahora.

—Me gusta que me cocines —reconozco, y echo una ojeada a uno de los folletos.

Me sienta en su regazo y me acaricia el cuello con la nariz.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—Hum… —murmura contra mi piel—. Esta noche no, compañerita. Esta noche nos vamos a dar un capricho con la comida más exquisita que Los Mágicos puede ofrecer.

Sonrío. Es una sensación extraña, no estoy acostumbrada a que me traten con mimo, pero creo que podría llegar a disfrutarla.

—No sé qué escoger. No he probado ni la mitad de los platos.

—Entonces escogeré por ti. —Coge varios folletos y sale de la habitación. Como tarda en regresar, pillo una de sus camisetas y voy a ver por dónde anda. Me lo encuentro en el comedor, una estancia que tiene pinta de no haberse usado mucho. Está ocupado poniendo la mesa, alineando los cubiertos y la vajilla. Hay varias velas encendidas y una botella de vino sin abrir en una hielera.

—¡Qué elegante! —le digo desde la puerta.

—Hoy vas a ser mi consentida. —Coloca una servilleta blanca junto a uno de los platos y viene a abrazarme.

—Creo que no voy vestida con la etiqueta adecuada. ¿Me cambio? —bromeo; no he traído ropa de repuesto.

—No, me gusta cómo que te queda mi camiseta —dice, y sus manos desaparecen debajo de ella. Suspiro, olvidándome de la cena, pero entonces nos interrumpe el timbre de la puerta.

—Debe de ser el repartidor. Espérame aquí.

Me siento a la mesa y me coloco la servilleta en las piernas. Enseguida regresa con una bandeja cargada de platos, nada de envases de plástico. Los coloca encima de la mesa y me va explicando lo que llevan; me anima a que me sirva de todo un poco. Hay comida típica de todos los rincones del país: estofados del norte, pollo frito del sur, así como panecillos con especias del otro lado del océano y empanadas de carne de las islas.

Se sienta a mi lado y sirve vino blanco. Da un sorbo de su copa mientras que yo le hinco el diente a un panecillo, poniendo los ojos en blanco de lo rico que está.

—¿Te gusta? —me pregunta mirándome; él todavía no se ha echado nada en el plato.

—Nunca había comido algo tan delicioso. Tienes que probarlo.

—Ahora lo probaré.

Le miro de reojo.

—¿Qué? —me dice.

—¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote observándome?

—Me gusta verte comer, sobre todo cuando se te escapan esos gemiditos al saborear —me dice seductor al oído.

—Hum… —Termino de masticar y tragar—. ¿Eres un *feeder*?

—¿Qué es eso de *feeder*?

—Son personas que, al igual que tú, encuentran placer sexual al cebar a otra. Ya me diste de comer un montón de camino a Los Mágicos, cuando nos conocimos, y ahora esto.

—Me estás volviendo un pervertido, compañerita, porque encuentro placer sexual al verte hacer casi cualquier cosa.

El vínculo pega un brinco. Me gusta excitarle. Me siento al mando. Doy otro bocado y le ofrezco otro a él llevándose a la boca. Me mira a los ojos y da un mordisco atrapándome y chupándome los dedos.

—Sin lugar a duda, un pervertido —digo entre risas.

—No te imaginas cuánto —masculla.

Estoy en parte tentada por apartar la comida, recostarme encima de la mesa e incitar al hombre de negro a hacerme su manjar, pero está todo tan rico… y no he comido nada en todo el día.

Pruebo también algunos de los estofados, y le animo a qué él también.

—Mi tía solía preparar estofado en invierno —le cuento—, pero no le salía tan bien.

—Es mi comida favorita. —Pincha un trozo con el tenedor y se detiene antes de metérselo en la boca—. Bueno, hasta que te conocí a ti.

—Mira que eres pervertido… —sonrío—. Ya en serio, ¿es tu favorita? Con la de opciones de hojaldre relleno que hay… O algún dulce con chocolate y crema…

—Es que mi madre nos lo hacía a menudo. Me recuerda a ella. —Se queda mirando su plato antes de dar otro bocado.

—Ya no… —Vacilo; nunca la había mencionado.

—Ya no está entre nosotros, no, falleció. —Da un trago al vino.

Poso una mano en su muslo y me la sujeta.

—¿Hace cuánto?

—Yo tenía quince años; mi hermana, ocho. Murió en un accidente de coche.

—Lo siento —digo, y me aprieta la mano—. ¿La echas de menos?

—Pues claro. —Gira la cabeza para mirarme—. Era una buena mujer, amable y divertida. Nuestro hogar nunca volvió a ser el mismo después de su muerte. Las risas y la alegría se esfumaron, y se instauró un ambiente gélido y lúgubre.

A mí me pasó lo mismo cuando murió mi tía; las noches se hacían más largas; y los días, más apagados. Las nubes parecían más pesadas; y el viento, más frío.

—Le habrías caído bien —retoma.

—No como al resto de tu familia.

—Mi madre era una buena influencia para mi padre. Odiaba a mi tío, y mientras ella estuvo en vida, no tuvimos mucho trato con él. Pero luego… todo cambió. Si siguiera aquí, otro gallo cantaría. Te habría cocinado este estofado ella misma, y estaríamos tomándolo en la casa familiar.

Le doy un beso en la mejilla y le acaricio el pelo. Se queda callado, pensativo, y siento su respiración.

Me inclino aún más hacia él, intentando levantarle la moral.

—Aunque el postre no habría podido igualarlo.

—¿El postre? —dice saliendo de su burbuja.

—Sí, el postre.

Me siento encima de él a horcajadas.

—Me vas a tomar a mí de postre, ¿verdad?

—Joder… —murmura con las manos en mi culo, mientras me froto en él—. ¿Qué te parece si nos saltamos el palto principal y pasamos al postre?

Le sonrío y exploro su cuello con unos suaves mordiscos. Interpreta eso como un sí, de modo que libera su polla erecta de los calzoncillos y me acomoda. Como no llevo bragas, me dejo caer y lo acojo sin demora en mi interior, apoyándome en sus hombros. La comida estaba bien, pero no se puede comparar con esto, con sentir

cómo me llena tan profundamente a la vez que el vínculo vibra de placer. Me pregunto por qué nos hemos molestado con la comida en lugar de seguir en la cama.

En una de mis subidas y bajadas, me quita la camiseta y me quedo desnuda, con las tetas rebotando ante él. Luego sus dedos se hacen con mi clítoris, y me fundo en un orgasmo y un ritmo que nos tiene a los dos jadeando.

—Joder, eres preciosa, Rhianna —dice mientras comienzan a flaquearme las piernas y pierdo el control. Me corro retorciéndome y convulsionando todavía con su polla dentro de mí. Me levanta y me tumba encima de la mesa, tirando los platos y las copas al suelo. Me chupa las tetas y vuelve a penetrarme para prolongar mi orgasmo, con los ojos clavados en los míos—. No me canso de ti.

6

Spencer

HAY un sobre esperándome encima del escritorio cuando vuelvo de salir a correr el domingo por la noche.

No me hace falta encender la lámpara; examino la letra y lo abro para saber quién me ha enviado esta carta.

Mi madre.

Es la única persona que me escribe. La única forma que tiene de comunicarse.

Hacía meses que no recibía ninguna carta. Ya empezaba a creer que se había olvidado de la existencia de su hijo menor.

Recojo la toalla que he tirado en el suelo y me seco el sudor de la frente, del cuello y de los hombros sin perder de vista la carta, como si esperara que fuera a saltar y morderme en cualquier momento.

Tiro de nuevo la toalla, dejo el teléfono y los cascos en la cama y me planto ante el escritorio.

Miro con más detalle su letra, y su manera tan elegante de escribir mi nombre sobre el papel, de un blanco nítido.

Entrecierro los ojos pensando en su mano, y procuro determinar si la ha escrito con amor o con enfado. Desde la neutralidad, más

bien. Mi madre no es una mujer sentimental.

Quizá a raíz de haber criado a niños como nosotros.

Doy la vuelta al sobre; está cerrado con el sello familiar. Paso el dedo por encima —es el relieve de un lobo majestuoso—, lo abro y saco la hoja que contiene.

La leo. Una breve nota felicitándome por la victoria del equipo de duelo, por mi éxito como capitán y por mi buena jugada.

Termina haciéndome saber que mi padre está orgulloso de mí. Me río en voz alta, sarcástico, tan fuerte que hace eco en la habitación.

Últimamente mi padre se pasa más tiempo como bestia que como humano, escondido en los terrenos de la familia. Dudo que se haya enterado del torneo. No sé ni para qué me ha escrito. ¿Por si se lo cuento a alguien?

Me rasco la barbilla con la mirada fija en la carta.

Mi madre es quien ha sacado adelante a la familia, ocultando nuestra verdadera naturaleza, manejando nuestro infortunio, negociando y sobornando a quien hiciera falta.

¿Podría solucionármelo a mí ahora? ¿Podría detener esta energía inquieta, a la bestia que hay dentro de mí y su incesante despertar?

Si las circunstancias fueran distintas, habría pedido consejo a otra persona, alguien que me habría ayudado a pesar de nuestras diferencias, quizá la única persona en el mundo que me habría entendido. Pero ya no está, y no tiene sentido remover el pasado.

Dejo la carta sobre el escritorio, pillo una toalla de la pila de colada limpia que ha dejado en la puerta el servicio de limpieza y me voy directo a la ducha. Intento pensar en cualquier cosa menos Cerdita: revivo los dos partidos de ayer —tanto el oficial como el extraoficial—, repasando mi rendimiento, debatiendo conmigo mismo sobre qué podría cambiar la próxima vez.

Pero estas distracciones no me sirven de nada. Solo para un rato. Mi cuerpo y la criatura que alberga en su interior no son los únicos que tienen una fijación con la chica. Mi mente también. No deja de volver a ella una y otra vez. Su imagen se niega a borrarse de mi retina. Mirándome desde las gradas del estadio. Alzando la mirada

hacia mí, tirada en el suelo de los jardines de la casa común de Venus.

Me enjabono. Al frotar me duele más que de costumbre.

Me pesa todo el cuerpo, me duelen las articulaciones, como si estuviera incubando un resfriado. No soy de enfermar fácilmente. ¿Qué diablos me ocurre?

Abro de golpe la mampara y salgo a toda leche, sin toalla y goteando por todo el suelo. Me apoyo en el escritorio y miro fijamente la carta. Me cae una gota del mentón. Luego otra. Y otra. La tinta comienza a correrse.

Me seco la cara, me siento y saco una hoja de papel. No recapacito demasiado mi respuesta y me pongo a escribir antes de que cambie de opinión. Cuando acabo, la meto en un sobre y lo cierro con el sello familiar que también tengo yo y escribo el nombre de mi madre en el destinatario.

Después me enderezo y paso la mano por encima; titila un minuto entero antes de desaparecer de mi vista.

Miro el escritorio vacío.

Ya no hay marcha atrás.

✷

A LA MAÑANA siguiente estoy en la entrada de la mansión, en lo alto de la escalinata, a las nueve y cincuenta y cinco, tal y como se me indicó. A las diez en punto, oigo el crujido de unos neumáticos sobre la gravilla; su elegante coche plateado se detiene y, un minuto más tarde, el chófer se baja, se ajusta la gorra y se dirige a una de las puertas traseras.

La abre y veo a mi madre.

Sabía que vendría. Rehúye las multitudes y evita los partidos, pero hoy la escuela está tranquila, y hace mucho que se han marchado los espectadores y el equipo visitante. Además, mi carta basta para retarla a salir de sus sombras.

El chófer le ofrece la mano y se baja del asiento de cuero ajustándose su americana de satén negro. Lleva una falda a juego,

pantys y botas negras de tacón, todo en negro. El atuendo de siempre desde que tengo uso de razón.

Mira hacia aquí, con sus ojos ámbar alerta y puestos en mí primero, y luego en la directora, que está a mi lado.

La directora York capta el mensaje y baja a estrecharle la mano.

—Señora Moreau, no la esperaba, pero es un placer recibirla. —Le brinda una sonrisa forzada—. ¿A qué se debe su visita?

—He venido a hablar con mi hijo —dice mi madre con habitual tono cortante, que ignora la mano de la directora y camina hacia mí.

Parece haber envejecido desde la última vez que nos vimos; le han salido más canas en su melena azabache y en las cejas, aunque conserva su belleza, en su línea rígida y aterradora.

La directora nos invita a entrar.

—¿Les gustaría venir a mi despacho? Puedo pedir que nos manden algo de beber y comer.

—No, iremos a la sala común de antiguos alumnos. Tengo llave.

—Y Spencer tiene clase —dice la directora, ya menos amable.

Mi madre mira a la directora por encima del hombro.

—El sábado tuvo torneo, esperaba que hoy se quedara descansando y reponiendo fuerzas. ¿O prefiere que se lesione?

La directora sopesa qué responderle a mi madre, si vale la pena discutir con ella o no. Es obvio, se le nota en la cara. Mi madre la mira sin pestañear, hasta que la directora asiente con la cabeza, cediendo.

—Una madre siempre sabe lo que es mejor, señora Moreau. Si cree que Spencer necesita un día de descanso extra, se lo autorizaré.

En lugar de darle las gracias, mi madre dirige su mirada intensa hacia mí, comienza a subir los escalones y se engancha a mi brazo.

También es más bajita de lo que recordaba, y más frágil, pese a su carácter autoritario.

—Vamos a dar un paseo, Spencer. Necesito estirar las piernas después del viaje.

—Gracias por venir —digo cuando nos hemos alejado de la entrada y hemos rodeado la mansión en dirección a los senderos que atraviesan las instalaciones de la escuela.

—Deberías haberme pedido antes que viniera.

Me quedo callado. No quiero hablar del tema. Pasa por nuestro lado algún que otro estudiante corriendo y llegando tarde a clase, y no quiero que nos oigan. Ya me he fijado en las miraditas que nos echan. Ahora irán con el chisme: la señora Moreau vista en público por primera vez desde hace años. Me da igual.

Mi madre percibe mi reticencia a hablar, así que ella también guarda silencio y me sigue. Hoy hace un día nublado y húmedo, el otoño está a la vuelta de la esquina.

Sus uñas se me clavan en el brazo, los tacones crujen con la gravilla y su aroma natural contrasta con las notas florales de su perfume.

Bordeamos el gimnasio y el campo de duelo, que hoy están sumidos en un silencio sepulcral, y pasamos por delante de los laboratorios de magia, con sus altas chimeneas perdidas entre las nubes bajas.

Estamos pasando por delante la puerta, cuando oigo a alguien aproximarse por detrás, corriendo y con la respiración jadeante.

Sigo andando, con la mirada al frente, obligándome a no girarme, aunque la garra del estómago tire hacia ella y me puedan las ganas.

Pero mi madre se pone tensa.

Se para en seco, se vuelve y entorna los ojos, rebosantes de curiosidad.

No puedo evitar mirar yo también, mirar cómo Cerdita abre la puerta y entra al edificio.

Mi madre no aparta la mirada.

—¿Quién es esa chica, Spencer? —Sus ojos ámbar regresan a su expresión habitual.

—Nadie —digo, y la tiro suavemente del brazo.

—¿Cómo que nadie? No me suena de nada.

—Es nueva. Ha llegado a la escuela hace unos meses.

—¿De dónde es?

Hago una pausa.

—De la zona de los páramos.

—¿Una no-registrada?

Asiento.

—Tiene buenos poderes —añade mi madre, y yo vuelvo a mirar hacia la puerta—. Ya he caminado bastante, vamos a hablar.

La sala de antiguos alumnos se sitúa junto al gran comedor; es antigua y alargada, con un suelo de láminas de madera que cruje nada más pisarla, un montón de sillones de cuero hechos polvo y fotos de antiguos alumnos colgadas por las paredes. Ni que decir tiene que los estudiantes no podemos poner un pie en ella; solo tienen permitido usarla los antiguos alumnos distinguidos. Cada uno tiene su propia llave para ir cuando les plazca.

Mi madre va directa a la ventana más cercana y abre las pesadas contraventanas para que entre la poca luz que hay. Luego se vuelve hacia mí, con la mano apoyada en el respaldo de la silla que tiene al lado.

Me quedo parado cara a cara, en la otra punta de la sala. La distancia entre nosotros es enorme, como siempre.

—Las pastillas ya no hacen efecto —dice.

—No. Imagino que la directora York te lo ha contado…

Mi madre mueve la mano, harta.

—Sí, sí, pero pensaba que no era más que una chiquillada. Si ha surgido algún problema… si el problema persiste… deberías haberte puesto en contacto conmigo antes, Spencer.

¿Un problema? No tiene ni puta idea.

De repente, siento todo el peso encima de mis hombros. Esta carga —esta cruel y estúpida carga— es demasiado. Joder, no aguanto más.

Me siento en una silla y hundo la cara en las manos.

—Creí que podría solucionarlo por mi cuenta —digo con un nudo en la garganta—, tenerlo bajo control.

Resopla aún más enfadada.

—¿Ha ocurrido algo que haya causado este cambio? Las pastillas siempre te han ido bien.

Sigo cubriéndome la cara, no quiero que me lea la mentira en la frente cuando murmuro:

—No, nada. ¿Me puedes preparar otras más fuertes?

—No, Spencer. Sería peligroso. —Alzo la mirada hacia ella. Me he estado tomando el doble y el triple de pastillas que debería, pero eso tampoco se lo voy a confesar—. Tenemos que encontrar otra solución. Una chica, tal vez. —Suelto un bufido—. O un chico. Algo con lo que descargar toda esa energía reprimida.

—¿Me estás diciendo que folle para salir de esta situación? —reacciono enfadado.

He estado follando mucho. Vale, quizá no tanto últimamente —no he echado ni un polvo—, pero hasta hace nada sí, y no servía de nada para contener al monstruo.

Mi madre pone el grito en el cielo por mi lenguaje.

—Tómatelo a broma, pero ¿qué crees que es lo que ha calmado a tu padre? Yo. Su compañera. Su esposa. Una pareja.

Me reclino en la silla cruzado de brazos.

¡Y una mierda! Estos últimos días mi padre se pasa la mayor parte del tiempo escondido, como bestia. Lo tiene incluso menos controlado que yo.

¿Ese es el único futuro que me espera, vivir como un animal salvaje en un zoo sobrevalorado?

Sin embargo, soy cauto en mi cinismo delante de mi madre; tiene muy mal genio y no me apetece provocarla.

—Papá no está obligado a vivir como…

—¿Qué te parece esa chica?

Me trago mis palabras y la miro incrédulo. No puede saberlo, por muy astuta que sea y pese a su capacidad de ver más allá que la mayoría de los magos. Es imposible.

Procuro relajarme, pero no ayuda esa mirada suya tan incendiaria.

—¿Qué chica?

—La que nos hemos cruzado por el sendero, la que tiene buenos poderes.

—No tiene buenos poderes —me burlo.

Mi madre se acerca, me agarra del mentón con su manicura perfecta y me obliga a mirarla a los ojos.

—Sí que los tiene, y estoy segura de que tú los sientes tan bien como yo, Spencer. Una pareja como ella te proporcionaría la

estabilidad que tanto ansías… que la familia ansía.

Claro, no podemos tener por ahí suelto a un hombre bestia Moreau, causando estragos, desprestigiando nuestro gran apellido, exponiendo todos nuestros secretos que tan cuidadosamente hemos guardado.

—No está registrada. Es una chica sin habilidades, sin formación, sin familia, sin contactos.

—Mejor me lo pones. Así te será más fácil someterla a tu voluntad, manipularla. Tampoco te estoy pidiendo que te cases con ella, Spencer. —Me acaricia la mejilla casi con ternura—. Simplemente aprovéchate de ella.

—¿Ese es el consejo que le diste también a mi hermano, que se tirara a alguna chica?

—Tu hermano nunca tuvo problemas para controlarse, Spencer.

La vergüenza y la pena me atraviesan todo el cuerpo.

—Pero ella también tiene que querer, debe ser recíproco.

—¡Vaya moderneces! —Se ríe—. ¿Qué es lo que quiere tu bestia?

Echo un vistazo por la ventana.

Es imposible que lo sepa. No puede ser.

7

Rhi

Después de cenar, pongo como excusa que tengo que sacar a pasear a Pip y aprovecho para adentrarme en la noche cerrada. Me siento culpable por usarlo así, para mí es muy importante, ¡que se burle la gente todo lo que quiera! Además, ya va siendo hora de que mis dos compañeros lo conozcan mejor.

Tomo un desvío y me paro dos veces para que Pip olisquee un arbusto; luego vuelvo sobre mis pasos y cruzo el prado en dirección a la cabaña de Stone, con mi sentido del rastreo activado por si hubiera alguien cerca.

Sé que Stone está en casa, nuestro vínculo recién sellado martillea con su presencia, y casi me tropiezo por apresurarme en llegar.

La puerta se abre antes de terminar de subir el último escalón del porche, y entonces sale él, inspeccionando el alrededor.

Esperaba que me regañase por venir sin avisar, pero para mi sorpresa, me coge en brazos para estar a la misma altura y me besa en los labios apasionadamente como si, en vez de horas, no me hubiera visto en meses.

—Joder, se me ha hecho eterno. Esto del vínculo… No sabía que podía desearte tanto.

Sonrío y le devuelvo el beso, pero Pip comienza a refunfuñar a nuestros pies, y me bajo para acariciarle la cabeza.

—¿Te has traído al cerdo? —dice Stone asqueado.

—Sí, no os he presentado oficialmente, y pensé que ya era hora.

Pip le gruñe enfadado.

—Me lo tomo como un «gracias» por aquella vez en que lo rescaté del sótano. A buenas horas…

—No. Es el ruido que hace cuando aborrece a alguien.

—Me parece un poco injusto.

—Vas a tener que ganártelo si queremos llevarnos bien entre todos.

—Tu compañero predestinado soy yo —dice un poco enfurruñado —, no el cerdo. —Intenta agarrarme de la mano y llevarme dentro, pero Pip se interpone.

—¡Hay que joderse! ¿Le cae bien Azlan?

—Se están cogiendo cariño.

Stone menea la cabeza, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se dirige hacia la puerta.

—Vamos, entremos antes de que te vea alguien.

Cargo a Pip en brazos y sigo a Stone.

¿Es mi imaginación o ha limpiado a fondo la cabaña? Se ve más recogida y limpia que ayer, huele a ambientador y las pilas de libros y trabajos de clase están bien ordenados en un rincón. ¡Hasta ha barrido el suelo y ha quitado el polvo de las estanterías!

Suelto a Pip y empieza a corretear.

—¿Ahora qué está haciendo? —pregunta Stone sin fiarse un pelo.

—Está explorando.

—¿En busca de comida?

—Es un cerdo, siempre tiene hambre.

Stone abre el armario de la cocina.

—¿Le gustan los cereales?

—¿De qué tipo?

Stone vuelve la cabeza y me sonríe.

—Aros de colorines.

—¿De verdad comes esa porquería? Se te van a picar los dientes.

—Llevo tomándolos treinta años, señorita Blackwaters, y mis dientes están perfectamente.

—¡Caray! Pensaba que te conocía, Stone.

—Hay muchas cosas que no sabes.

Me siento en la encimera columpiando las piernas mientras echa esos cereales radioactivos en un bol y lo deja en el suelo.

Pip los mira con recelo y olfatea para cerciorarse antes de lamer uno.

—¿Como cuáles? ¿Qué no sé? —pregunto.

Me mira intensamente de arriba abajo y siento un escalofrío.

—¡Ah, no! No intentes distraer mi atención —le digo negando con el dedo—. No he venido a eso. —Mentira.

—¿Estás segura? —Se acerca y se detiene entre mis piernas.

—Bueno, no, pero primero tengo que hablar contigo, antes de que me desconcentres, ¿vale?

—¿Hablaste ayer con Azlan? —Adopta un tono más serio.

—Sí, y le parece bien. Hasta le alegra, por extraño que suene.

—Alegre o triste, es un rarito, así de simple.

—Se supone que es tu mejor amigo.

—Y por eso puedo llamarlo rarito.

—Pues para mí no lo es —digo un poco molesta.

El profesor me sonríe.

—Qué mona eres.

Me enderezo.

—No soy mona.

—Sí, y mucho, sobre todo cuando te pones de morros. —Me hace cosquillas en el cuello con la nariz.

—No estoy de morros —digo de morros.

—No, por supuesto que no.

Le aparto.

—Ya estás otra vez —le reprocho, aunque me ignora y sigue bajando por mi cuello.

—¿Con qué? —murmura al cuello de mi camiseta.

—Me distraes, y te estoy hablando en serio.

Deja un beso a medias, levanta la cabeza y da un paso decidido hacia atrás con las manos en alto como gesto de aceptación. Se inclina y me mira a los ojos con total sinceridad.

—Te pido disculpas. A partir de ahora tienes toda mi atención.

—Bien, pero no hace falta que estés tan retirado. —Le agarro y le tiro de la camisa.

—¿Mejor? —dice frente a frente.

—Hum… —Le observo, y entonces le cojo las manos y las pongo en mis muslos—. Ahora sí.

—Sabes que esto me distrae también a mí, y mucho.

Asiento coqueta. Estoy aprendiendo cómo y cuándo actuar en plan niñata para provocar al profesor en el momento adecuado.

—Habla, Blackwaters, antes de que te me eche al hombro y te lleve en volandas a la cama.

—Bla, bla, bla… Mucho hablar y poco hacer.

Frunce el ceño, y me doy cuenta de que estaría jugando con fuego si sigo provocándole.

—Los recuerdos. Mi madre.

—¿De eso hablaste con Azlan? ¿Le contaste lo que averiguaste sobre aquel hombre mayor?

—No… Estábamos ocupados haciendo otras cosas.

Stone me fulmina con la mirada.

—¿Ya está haciendo favoritismos, señorita Blackwaters? Él sí puede estar ocupado contigo, pero yo me tengo que aguantar y hablar.

—Vino su hermana de visita.

—¡Ahhh! —Nunca le había visto tan avergonzado.

—¿Acaba de tener un ataque de celos, profesor? Los dos dijisteis que…

—No estoy celoso del tiempo que paséis juntos.

No puedo evitar ponerme de puntillas y hacerle una caricia en la cara.

—No entiendo cómo no puedes estar celoso. A mí me entran mil males solo de imaginaros con otra mujer. Es más, seguro que me cargaría a cualquiera que intentara tocaros.

—Y yo haría lo mismo con cualquier hombre que se te acercara. Excepto con Azlan. Es diferente. Es igual de compañero tuyo que yo. Es complicado de explicar, pero es diferente. Lo siento como algo natural.

¿Tan natural como tener sentimientos por estos dos hombres a la vez? No importa lo que me digan, sé que es insólito. La mayoría de la gente tiene una sola pareja. Un único amor. Pero al mismo tiempo, me encanta mi situación, y no creo que haya nada de malo en ello.

—¿Qué has ido averiguando sobre tu madre, Rhi? —me pregunta.

—Aún no he terminado, Phoenix. Necesito saber qué les ocurrió a ella y a mi padre.

—Lógico.

—Así que quiero explorar esos recuerdos de nuevo, solo que esta vez profundizando un poco más, para ver si mi tía me dejó alguna pista.

—No, Rhianna, ni hablar.

—¿Qué? —tartamudeo incrédula—. ¿Por qué no?

—¡¿Que por qué no?! Por el daño que te causó, por todo lo que sufriste. No voy a dejar que vuelvas a pasar por eso.

—No fue para tanto.

—Sí que lo fue, Blackwaters. Tuve que sacarte de tu mente a la fuerza. Yo estaba ahí contigo, vi lo que te costó, y ni por asomo vamos a volver a acercarnos a esos recuerdos.

—¡Es mi elección!

—Encontraremos otra manera.

—No hay una manera mejor.

—Blackwaters, he dicho que no.

—Son mis recuerdos. ¡Es mi cabeza!

—Pues entonces búscate a otro, porque yo no pienso ayudarte.

—¿Eso es todo? Para ti es «no» y de ahí no te mueves.

—Exacto.

—No es justo. Es mi decisión.

—No voy a seguir discutiendo contigo.

—¿Así que tampoco podemos siquiera hablar del tema?

—Es inútil. No me vas a hacer cambiar de opinión.

Le lanzo una mirada furiosa. Sorprendentemente, ya no me salen más palabras combativas, y rompo a llorar, con unos buenos lagrimones.

—Rhi. —Me seca las lágrimas.

Agacho la cabeza.

—Estoy muy enfadada contigo. Enfadada… y frustrada. Tú sí sabes quién eres, Stone. Azlan y Winnie también. ¡Maldita sea, hasta Pip conoció a sus padres! —Pip levanta la cabeza del bol de cereales y suelta un chillido—. Me estás negando mi oportunidad.

—Rhi —dice con voz suave—. Por favor, no me pidas hacerlo. Fue horrible, y ahora que eres mi compañera, no puedo. No puedo permitirte hacer algo tan doloroso. No puedo verte sufrir así.

—¡¿Cómo va a funcionar lo nuestro, Phoenix?! —Niego con la cabeza vehemente, a lágrima viva—. No hacemos más que discutir.

Sonríe.

—El vínculo es una magia muy fuerte, pero no es todo color de rosas, no es como lo pintan en los cuentos de hadas. Habrá veces en las que sigamos discutiendo, y nos odiaremos a rabiar.

—¿Me odias, Phoenix? —Le pregunto con los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Odiarte yo? Rhi, no. Yo…

—Porque teniendo en cuanta algunas de las cosas que me has hecho, el modo en que me has tratado…

Se pasa la mano por el pelo.

—Sabes que lo siento, Rhi. Joder, no hay nada de lo que me arrepienta más. Sabes que, si pudiera viajar en el tiempo, regresaría al pasado y lo enmendaría todo.

—Pero no puedes. Y ahora que solo te pido hacer esto…

—Rhi, estoy intentando hacer lo correcto, compensar el mal que te he causado. Pero no puedo hacer eso. Simplemente no puedo. No puedo hacerte daño.

—Entonces, ¿qué puedes hacer Phoenix? —espeto.

Deja escapar un suspiro y me toma la mano, jugueteando con mis anillos.

—Lo he estado pensando y… No tengo mucho que ofrecerte, Rhi. No es que nade en la abundancia, ni de dinero ni de contacto. Pero sabes que, cuando quiero, puedo ser un profe cojonudo.

—¿Ah, sí? —Enarco una ceja

De nuevo esa sonrisa tímida suya.

—Sí. Sé lo desesperada que estás por aprender, por ponerte al día, así que he pensado que podría ayudarte con unas clases particulares.

—¿No levantaríamos sospechas al pasar más tiempo aún juntos, profesor?

—Sería la excusa perfecta para pasar tiempo juntos —añade sin dejar que le corte—. Tengo el visto bueno de York. Podemos empezar mañana después de cenar, si te parece.

Me sorbo la nariz y considero su oferta. Sigo enfadada con él y decepcionada por su negativa a explorar esos recuerdos, pero he de admitir que es un buen plan. Todavía tengo mucho por aprender. Quiero poner a prueba mi magia, llevarla al límite, pero hasta ahora me daba miedo. Con Stone me sentiría segura y guiada.

—Está bien —digo finalmente.

—Vaya, cuánto entusiasmo, señorita Blackwaters… —ironiza.

—Hum…

Escudriña mi cara y me tira la mano para bajarme de la encimera.

—¿No has quedado lo suficientemente satisfecha? ¿Qué más tengo que hacer para redimirme?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, confusa. Me apetece volver a la cama con él. Que me abrace. Que me vuelva a besar. Pero mi corazón no consigue perdonarlo del todo—. Me has hecho cosas horribles, Stone.

Me acerca más a él.

—Lo sé, y haría lo que estuviera en mis manos para compensarte, Rhi. Así que, si quieres castigarme, adelante.

—¿Castigarte? —digo entre dientes—. ¿Cómo? ¿Tirándote a la cara sándwiches de jamón? ¿O mejor un poco de mierda? ¿Te ato a la cama?

—Si te hace sentir mejor, si con eso me perdonas… —Me rodea por la cintura y me susurra al oído—. Señorita Blackwaters, si quiere atarme a la cama, yo la dejo.

—No suena nada mal —digo mientras me mordisquea el cuello.

Se ríe por lo bajo.

—Eso te lo aseguro.

8

Stone

Se lo he propuesto de broma, no esperaba que fuera a aceptar mi oferta. Aunque a estas alturas, debería saber que esta chica no hace las cosas a medias. Además, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no para hasta conseguirlo. Ahora mismo está enfadadísima conmigo por no desbloquearle más recuerdos, por cómo la he tratado. Quiero hacérmelo pagar, y si ello implica cogerme de la mano y llevarme a mi habitación, pues no me voy a quejar, la verdad. De hecho, lo acepto sin rechistar, con la polla dura al imaginarme tumbado bocarriba y atado a mi cama, mientras esta preciosidad me cabalga o me la chupa. Oh, sí, no puedo estar más de acuerdo.

Cuando entramos en la habitación, cierra las cortinas con brío y se gira hacia mí con esa mirada fiera.

—¿Dónde quiere que me coloque, señorita Blackwaters? —sonrío con picardía—. Soy todo suyo.

—¿Me lo promete, profesor? ¿Promete hacer lo que le pida?

—Palabra de *scout*.

—Nunca has sido *boy scout* —dice con menosprecio.

—No, pero de pequeño quería.

—Prométemelo, venga.

La miro a los ojos.

—Rhi, estoy intentando arreglar las cosas, haría cualquier cosa que me pidas. Te doy mi palabra. Aquí mandas tú. Tú estás al mando. —¿Soy gilipollas? Todo esto resulta tan fácil y placentero. Me gusta la idea de que mi pequeña niñata tome las riendas, que me muestre lo que quiere.

—Muy bien. Entonces, profesor, desnúdese.

—Ni un «por favor»… —Le guiño un ojo y comienzo a desabotonarme la camisa, disfrutando de la manera en que su mirada se vuelve más sombría mientras me la quito—. ¿Me tengo que quitar todo? —pregunto, y tiro la camisa a sus pies.

—Todo —confirma.

Me desabrocho el cinturón, me quito los pantalones y los calzoncillos a la vez, y los tiro junto a la camisa. Me quedo de pie con la polla apuntando directamente hacia ella. Hago ademán de agarrármela, pero ella dice que no con la cabeza.

—¿Quieres venir tú a tocarme? —sugiero.

—Todavía no, no hemos llegado a la parte en que te ato.

Se me escapa una risilla. Ya casi se me había olvidado esa parte.

—¿Dónde quiere me ponga entonces, señorita Blackwaters? —Doy un paso adelante, deseando que responda que entre sus piernas.

—Tumbado bocarriba en la cama —sonrío ante la imagen de lo que está por venir. Mi polla se pone como un mástil, con el líquido preseminal goteando en la punta.

Me tiro en la cama y me coloco en el centro. Luego levanto los puños ofreciéndole mis muñecas.

—Listo, señorita Blackwaters.

—Las manos a los lados, profesor. —Obedezco. Agita la mano y aparecen unas cadenas frías enredadas por la cama y atadas a mis tobillos y mis muñecas. Exactamente como habían hecho las mías aquella noche en el motel. Tiro de ellas para comprobar; están apretadas, con una resistencia formidable, aunque podría romperlas si lo necesitara.

—¿Contenta? —pregunto.

Apoya una rodilla en el colchón y se inclina sobre mí. Su cabello me roza la piel al mismo tiempo que su aroma lo hace en mi nariz. Tira de las cadenas para comprobar y mi polla se excita con su proximidad, pero enseguida se retira y vuelve a ponerse de pie junto a la cama.

—¿No piensa acompañarme, señorita Blackwaters?

Sonríe como si estuviera tramando algo, y la temperatura de mi sangre aumenta varias decenas de grados. Entonces se lleva las manos al cuello de la camisa y se desabrocha lentamente el primer botón. Verla con ese estúpido uniforme siempre me ha incitado al pecado. La de veces que he soñado con abrirle la camisa de un tirón, hundir la cara entre sus tetas y levantar esa diminuta falda y encontrármela húmeda y caliente.

Gruño al ver cómo se va desabrochando cada vez más botones, hasta que la camisa queda totalmente abierta y, su sujetador, a la vista, ajustándoselas tanto que parece que se van a salir.

—¿Quiere que se lo quite, señorita Blackwaters? —pregunto, encantado con el pequeño rebote de sus tetas mientras se baja las mangas.

—Tiene las manos atadas, profesor.

—Podría usar los dientes.

Vuelve a dedicarme la misma sonrisa de antes, se quita los zapatos y me da la espalda. Se agacha y, al subírsele la falda por detrás, alcanzo a ver sus braguitas. Luego procede a bajarse los calcetines por su piel lechosa. Joder, quiero hacerlo yo. Quiero bajárselos y seguir su rastro con la lengua, lamerle hasta la punta del pie y volver a subir hacia su coño.

Manda los calcetines lejos con el pie y la tengo frente a mí solo con el sujetador y la falda. Está increíble con esa trenza medio deshecha, esa mirada penetrante y esos labios rosados medio abiertos.

—Quítese las bragas y venga a sentarse en mi polla, señorita Blackwaters. Como una niña buena.

—No. Yo estoy al mando, no usted. ¿Lo recuerda, profesor?

Gimo, pensando en mis pensamientos de antes. Es un castigo en condiciones. Una tortura. Mi vínculo se tensa por ella, mi polla se

muere de ganas de su coño, y siento que me van a estallar los huevos. Pero por mucho que ella sienta también mi deseo a través del vínculo, está decidida a continuar con este tortuoso *striptease*: se desabotona la cinturilla de la falda, y saca primero una pierna y luego la otra. Ahora solo le queda la ropa interior.

Espero hambriento mientras me da la espalda por segunda vez y se desabrocha el sujetador. Deja caer los tirantes por brazos, y que luego caiga al suelo. Mis ojos recorren su preciosa espalda y el corazón casi se me sale del pecho. Ya he visto sus pechos antes. Sé lo impresionantes que son. Generosos y redonditos, con unos pezones pequeños y rosados que estoy deseando atrapar con la boca.

—Señorita Blackwaters —la llamo con voz ronca, pero no se gira todavía, sino que se aprieta los pechos y, acto seguido, comienza a bajarse las bragas dolorosamente despacio. Esta vez me recompensa con la gloriosa vista de su culo… Daría lo que fuera por cacheteárselo ahora mismo. Se endereza con un meneo que hace que le reboten las nalgas.

Contengo la respiración esperando a que se dé la vuelta y camine hacia mí.

De nuevo, me sorprende. No se mueve de donde está, a medio metro, y me veo obligado a permanecer aquí recostado y resignarme a mirar cómo se acaricia y se lleva la mano a la parte delantera. Por cómo gime, deduzco dónde ha terminado la mano… Justo donde yo quiero estar.

—¿Te estás masturbando, cielo? —pregunto con evidente tono de desesperación.

No contesta, pero el movimiento de su mano y los ruiditos que empieza a ahogar su garganta me dicen que sí.

—Joder —mascullo—. Joder, señorita Blackwaters, gírese y déjeme ver.

Sigue ignorándome. Los ruiditos se vuelven más altos, y el movimiento de su mano, más frenético. Juro que alcanzo a oír el chapoteo de su coño húmedo. Joder, qué mojadita debe de estar, casi hasta lo puedo saborear en la punta de la lengua.

Jadeo y echo la cabeza hacia atrás lleno de frustración.

—¡Señorita Blackwaters, traiga aquí ahora mismo ese culo melocotón!

—¡No! —gimotea. Comienzan a temblarle las piernas, su magia la ilumina toda entera a la vez que chisporrotea en el aire y el placer se apodera de su vínculo.

Tiro de las cadenas, desesperado por ver qué está haciendo, cómo se toca exactamente, queriendo que haga eso justo encima de mi cara para contribuir a su placer con mi lengua y mi boca.

—¡Oh, sí! —grita, y yo jadeo de nuevo, esta vez intentando romper las cadenas con mi magia. Pero estoy demasiado frustrado, demasiado excitado, y no atino; no me queda otra que seguir inmovilizado.

Suelta un largo suspiro, su mano se detiene y su cuerpo se sacude con oleadas de felicidad.

—Blackwaters —le ruego—, por favor. Por favor, ven aquí. Por favor, déjame verte, tocarte, follarte.

Intento de nuevo usar mi magia, pero choca con la suya.

—Lo has prometido —gime mientras continúa masajeándose la entrepierna—. Lo has prometido.

—¡Joder! ¡Joder! Pero estás tan… Y me la has puesto tan dura… Ven aquí y te enseño lo dura que está.

—Mmm… —Se contonea recorriendo su cuerpo con las manos, desprendiendo lujuria—. No.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que no?

—No, profesor. —Se agacha para recoger su ropa, todavía de espaldas—. Creo que le voy a dejar aquí y me voy a volver a mi habitación.

Vuelve la cabeza hacia mí y me dedica una sonrisa maliciosa que termina de volverme loco.

—¡No puedes dejarme aquí! —me quejo. La deseo tanto que creo que podría explotar y prender fuego a la cama y la cabaña.

—Ya lo creo que si puedo. —Me tira un beso—. Le veo mañana en las clases particulares, profesor.

Sale de la habitación con un caminar increíblemente provocativo. ¿Cómo narices ha aprendido eso? Cierra la puerta al marcharse, y al

ser las paredes finas, la oigo vestirse; luego llama al cerdo y se acerca.

—¡No es tarde para cambiar de opinión! —voceo.

—Adiós, profesor —responde con un portazo.

Me cago en… Reposo la cabeza en las almohadas y se me dibuja una sonrisilla en la cara y se me termina escapando la risa.

¡Será niñata!

Aunque creo que me lo tenía merecido.

9

Rhi

—¿Volviste anoche tarde a hurtadillas? —me pregunta Winnie mientras nos preparamos a la mañana siguiente.

—¿Yo? ¡Qué va! —digo lo más inocentemente que puedo.

Se acerca a mí, junto al espejo, y me da un pequeño codazo.

—Claro, claro… ¿Y también me vas a negar ese chupetón que tienes en el cuello?

—Mierda… —murmuro, y me echo un vistazo en el espejo más de cerca.

Me da otro codazo.

—Rhi, estoy de coña. No tienes ningún chupetón. Pero deduzco que…

—Deduce lo que quieras, Winnifred Wence. Tengo órdenes estrictas de no contarte toda nuestra vida amorosa con pelos y señales.

—Hum… —No parece impresionada—. Los hombres no deben entrometerse en los asuntos de las mujeres, y uno de los fundamentos de dichos asuntos es: le contarás a tu mejor amiga toda tu vida amorosa, con excesivos y lascivos detalles, aunque esos

hombreas sean el ejecutor de las autoridades y uno de los profesores más sexis de la escuela.

—El más sexi —corrijo con una sonrisita.

—¿Y no quieres contarme cómo de sexi es en otro plano? —Me da un tercer codazo.

Pero antes de que pueda contárselo, alguien toca a la puerta.

Nos miramos la una a la otra; ya sabemos que, cuando tocan a nuestra puerta, no es buena señal.

—Ya voy yo —digo poniéndome la boina.

Abro y me saluda el conserje cargado con un paquete gigantesco.

—Es para usted —dice muy seco, obviamente fastidiado por tener que venir a entregarme lo que sea esto—. ¿Dónde se lo dejo?

—Dentro, supongo. —Me echo a un lado para que pase.

—No está maldito, ¿no? —pregunta Winnie mirando el paquete con recelo—. ¿Lo han comprobado?

—Pues claro —refunfuña el conserje, que apoya el paquete y se marcha sin más dilación.

—Eso no significa que no contenga nada macabro —empieza a elucubrar Winnie mientras cierro la puerta—. ¿Te acuerdas del jamón?

—Ni me lo mientes… —Intento no vomitar.

Nos acercamos al paquete, y Winnie pega un chillido de asombro.

—¿Qué? —digo.

—Es de Colette.

Apoyo una mano en la cadera y miro fijamente a mi amiga. Sabe que me suena a chino.

—Son unos grandes almacenes superglamurosos donde compran los magos ricos. Summer, Aysha y las demás lo llevan prácticamente todo de Colette, hasta las bragas.

—Le dije que nada de marcas.

—¿A quién? ¿Al hombre de negro?

Asiento con la cabeza.

—¡Bah! Ya es hora de que te comprara algo. Es un Kennedy…

—Un Kennedy que rehúye de su familia.

—Apuesto que, aun así, él solo tiene más dinero que nosotras dos juntas.

—No es que sea algo muy difícil.

—Ábrelo, anda.

Me pongo de rodillas. Por mucha indiferencia que pretenda mostrar ante Winnie, por dentro estoy emocionadísima. En casa nunca hemos podido permitirnos regalos. Para los cumpleaños, mi tía me regalaba lo que había conseguido en algún trueque o lo que hubiese encontrado por ahí, o bien elaboraba ella uno artesanalmente. Creo que jamás en la vida he tenido un regalo nuevo, comprado en tienda.

Protegida entre papel de estraza, me encuentro con una fastuosa bolsa con el logo de Colette bordado.

—¡Dios! ¡Hasta el embalaje es bonito! —se extasía Winnie.

Abro con cuidado la cremallera dorada y descubro varias capas de papel de seda en rosa palo. También las quito, y lo que emerge al fin es seda de verdad en tonos oscuros.

—¡Uooh! —Winnie se deja caer de rodillas y mira cómo saco varias braguitas, algunas de encaje y otras con lacitos—. Parecen salidas de una galería de arte.

—¡Y que lo digas! ¿Qué hago yo llevando estas bragas? Son espectaculares.

—Te las vas a poner, Rhianna Blackwaters, y vas a tirar algún par de las bragas de abuela que tienes.

—Oye, mis bragas no son de abuela —digo ofendida.

—¿Pero a que no son así de bonitas? —pregunta mientras saca otras tres bragas más del paquete.

—¿Solo me ha enviado bragas? —musito.

—No, mira. También hay sujetadores a juego.

Los sujetadores son incluso más bonitos. Le quito uno a Winnie de la mano y palpo el tejido, suave y sedoso.

Estoy casi hipnotizada por el diseño, pero entonces Winnie se ríe y vuelvo a poner los pies en la tierra.

—¿Qué?

—Te ha enviado además sujetadores deportivos y braguitas tipo bóxer. —Me tira varios a la cara—. Ahora sí que no tienes excusa

para unirte a las conejitas saltarinas.

—No, gracias. —Me siento más agradecida por estos sujetadores de alta sujeción que por la ropa interior sexi.

—También hay calcetines.

Mi atención vuelve a centrarse en el paquete. Los últimos artículos que quedan no son tan bonitos ni tan caros: unas camisetas básicas, un vaquero nuevo y unas cuantas mallas. No son muy diferentes de mi fondo de armario, excepto que estas prendas están nuevas, no para el arrastre.

—Por fin algo útil —digo estirándome una de las camisetas por encima del pecho. ¿Se notaría mucho si me pongo debajo uno de esos sujetadores?

—Hay una cosa más, Rhi. —Winnie señala una cajita rosa.

La cojo y la examino sin terminar de fiarme.

—¡Cielo santo! ¡Ábrela ya, Rhi! ¡No me tengas con la intriga!

Levanto la tapa, con el corazón a mil. Una cosa es la ropa, que es algo práctico y necesario, aunque para Winnie no tan romántico. Seguro a que ni a Azlan ni Stone les hace mucha gracia que su compañera vaya como un adefesio, y estaban deseando vestirme con algo más decente.

Pero esto…

Dentro hay más papel de seda rosa y Winnie se queja frustrada.

Al retirarlo, resulta haber un pequeño cojín de terciopelo con una pulsera de plata formada por diminutas estrellas entrelazadas.

—¡Guau, Rhi! Es preciosa. Igual que tú.

La saco con cuidado, es muy bonita y me quedo mirándola embobada. No me puedo creer que alguien me haya comprado esto, y mucho menos un hombre como Azlan. Me tengo que pellizcar, porque todo esto es un sueño, ¿verdad?

—Trae una nota —añade Winnie.

—¿Qué dice?

—¿Te parece bien que la lea?

Me abrocho la pulsera en la muñeca derecha.

—Winnie, acabas de decir que nada de secretos entre chicas.

—Cierto. —Abre el papel y se aclara la garganta.

—Para mi querida compañera… —Winnie alza la vista hacia mí—. ¡Oh! ¡Qué cuqui!

—Sigue leyendo.

—Gracias de nuevo por dejarme entrar en tu vida y en tu corazón. Por favor, acepta este regalo como muestra de mi amor. Eres la luz que guía ahora mi camino, mi estrella polar. Para que, cuando lleves esta pulsera, pienses en mí como yo pienso en ti.

—Con todo mi amor y mi corazón. Siempre tuyo.

—Azlan.

—Besos.

Winnie hace un aspaviento con la mano y me mira.

—¿Esto lo ha escrito él?

Me encojo de hombros.

—Es tan…

—Cursi —me sale decir, aunque en mis adentros estoy dando saltitos y el vínculo no para de martillearme.

—Romántico. —Menea la cabeza—. La seguridad del país se va al garete —agrega dramática.

—¿Por qué? —Me río, le quito la nota y la vuelvo a doblar. Tengo que buscar un lugar seguro en el que guardarla.

—Porque has ablandado al ejecutor de las autoridades, nuestra arma clave contra los criminales. La próxima vez que le envíen a capturar a alguien, seguramente se ponga a recitarle poesía.

—Es más dulce de lo que crees.

Llevo la carta a mi escritorio y encuentro un lugar especial en el cajón de arriba.

—No, si me parece estupendo. Te mereces a alguien dulce a la par que buenorro. —Viene hacia el escritorio y me envuelve en un inesperado abrazo—. Me alegro un montón por ti. Me alegro de que por fin te vaya todo bien.

—Toquemos madera. —Le doy un golpecito en la cabeza—. No sea que vayamos a gafarlo.

Por mucho que quiera creerla, y pese a cómo esos dos hombres me hacen sentir, no las tengo todas conmigo. Me cuesta confiar en la suerte. Winnie, en cambio, parece totalmente convencida de que,

ahora que tengo a mis dos compañeros predestinados, seré feliz y comeré perdices.

Estrellas, yo también quiero creerlo; pero Stone está atrapado en este trabajo, lo que nos obliga a llevar una relación ilícita y clandestina, a Azlan lo han mandado a otra misión, y yo tarde o temprano me graduaré de la escuela y me dirigiré con los demás a proteger las zonas fronterizas del oeste.

No nos veo viviendo felices y comiendo perdices juntos a corto plazo.

10

Rhi

—Sí que te ha puesto de buen humor mi vida amorosa —le digo a Winnie, que va tarareando de camino a la clase de la doctora Johnson.

—No sé, hoy tengo un buen presentimiento.

—Claro, claro… Un buen presentimiento que no tiene nada que ver con lo que hiciste anoche, supongo. —A Winnie le fascina mi complicada vida amorosa, pero yo me quedaría con la suya, le va genial y es muchísimo más sencilla. Winnie y Trent se están volviendo inseparables, y me alegro por ella. Trent es un amor de chico.

—Eso sin duda ayudó —confiesa.

Sin embargo, el buen humor de Winnie se lleva un chasco cuando llegamos al aula de la doctora Johnson y nos la encontramos esperando fuera con el fin de que la sigamos de nuevo hacia el prado para otra lección sobre combinación de magia.

Winnie se agarra de mi brazo mientras caminamos tras los demás.

—¿Crees que formará las mismas parejas que la otra vez?

—Ni idea. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema con Dane?

—Exceptuando que era amigo del traidor de mierda de Andrew, no. Pero a ti te encasquetaron a…

—Tristan —digo dirigiendo la mirada hacia su espalda y su pelo rubio.

—¿Estarás bien?

—Tristan Kennedy no me da ningún miedo. —Se me va el tono y las chicas de delante se giran.

—Eso no me preocupa —sisea Winnie.

—Al contrario que todo el mundo, no estoy obsesionada con su culo.

Las chicas se vuelven a girar.

—Vale. —Me aprieta el brazo en señal de ánimo—. Ojalá no te toque con él. Ojalá podamos elegir pareja.

Ese atisbo de esperanza se desvanece en cuanto nos llama la doctora Johnson.

—Busquen a su pareja de la última vez y continúen donde lo dejaron.

Tristan está cuchicheando con Spencer y desoye a la profesora. No tengo ni pizca de ganas de retomar lo que dejamos, sobre todo cuando me dejó tirada de rodillas. No espero a que Summer proteste y reclame su pareja, lo hago yo misma.

—Doctora Johnson. —Me abro paso entre el grupo y me dirijo hacia ella.

Hoy trae el pelo rosa chillón, aún más cantoso que las enormes gafas naranjas que lleva colgadas con una cadena plateada.

—Señorita Blackwaters. —Frunce ligeramente el entrecejo al ver que soy yo quien la llama—. ¿Hay algún problema?

—Sí, me gustaría cambiar de pareja.

—No —dice una voz firme justo detrás de mí, y no me hace falta darme la vuelta para saber de quién se trata. Lo sé por la sensación que me da en el estómago. ¡Mierda!

No le hago ni caso.

—Fui incapaz de trabajar con Tristan Kennedy la última vez. Somos incompatibles.

Summer pone el oído para escuchar la conversación; Aysha está cabreada y de brazos cruzados.

—Por supuesto que son incompatibles —Summer mete baza—. Tristan es uno de los estudiantes con mejores poderes de la escuela, mientras que Cerdita… —Resopla—. Me encantaría ponerme de pareja con Tristan. Somos muchísimo más afines. Mis habilidades y mis poderes son mucho más similares a los suyos. —Me sorprende que se contenga y no le guiñe un ojo o le tire un beso a Tristan.

Hoy la profesora está exhausta; al contrario que en la última clase, no se la ve dispuesta a rebatir a Summer.

—Bueno, ya estuvieron juntos la última vez. Supongo que no les importará por cambiarse hoy.

A Summer se le ilumina el rostro, mientras que Aysha parece que nos va a saltar a las dos a la yugular.

Lo que no esperábamos era que Tristan fuese a imponerse ante nosotras cuatro.

—No —dice casi soltando fuego por la boca—. La directora lo eligió así, sus razones tendría.

Summer lo mira estupefacta y luego desvía la mirada hacia mí.

—Pero la doctora Johnson tiene razón —razono—. Ya trabajamos juntos la otra vez y fue un desastre.

—Pues lo volvemos a intentar. Somos alumnos de élite, de la escuela Arrow Hart, no nos rendimos a la primera de cambio. Lo seguimos intentando una vez tras otra. No aceptamos. La palabra «derrota» no forma parte de nuestro vocabulario. Lo llevas escrito en el escudo, Cerdita.

Señala mi teta y me miro el escudo cosido en la americana, con su corazón y su flecha. Alzo la vista hacia la doctora Johnson, esperando a que regañe a Tristan por insultarme. En lugar de eso, mira a Tristan y Summer, dudosa de qué lado posicionarse. Determina que Tristan es la amenaza inmediata y dice:

—El señorito Kennedy y la señorita Blackwaters seguirán juntos. No vamos a cambiar las parejas.

Summer refunfuña y se cruza de brazos, y la profesora se escabulle. Por otro lado, Tristan va directo al punto del prado en el que estuvimos la otra vez, con una sonrisita de satisfacción por haberse salido con la suya.

Respiro hondo y le sigo. Pero apenas he dado dos pasos cuando Summer está ya bloqueándome el camino; me agarra del brazo y me clava las uñas.

—No he terminado contigo, Cerdita. No pienses que he olvidado lo de la otra noche. Voy a hacer de tu vida un infierno y voy a destrozarte esa carita.

—¿Como te hice yo a ti, quieres decir? —digo con aplomo—. Sabes que no te has arreglado bien la nariz, ¿verdad? Está torcida.

—¿Qué? —grita Summer cubriéndose la cara con las manos.

No espero a que me agarre de nuevo y corro tras Tristan.

Ahí está, de pie, con la americana tirada en la hierba y la camisa remangada.

—No vuelvas a hacer eso. —Se sube aún más las mangas por esos musculosos brazos.

—¿El qué? —suelto con el mismo tono aburrido que acabo de emplear con Summer.

—Tú no eres quien decide si cambiamos o no de pareja. Cambiaremos solo cuando yo lo diga.

—¿Por qué? No quieres trabajar conmigo y yo tampoco contigo.

—Eso no es lo que transmite tu magia, cerdi —dice cogiéndome de las manos.

Me quedo sin aliento, el vínculo se enciende y mi magia comienza a brotar. Debería apartar las manos, pero la sensación es increíble, como un chute de éxtasis, directo en vena.

—No me sueltes —murmura con sus ojos fijos en los míos, con un semblante atento como jamás lo había visto; inteligente, astuto, sin rastro de ese niño rico aburrido que siempre se empeña en proyectar.

No podría soltarme ni aunque quisiera. Nuestras magias ya se están retando: la mía se desvía y la esquiva, mientras que la suya salta y la persigue. Es como si mi magia pensara por sí misma, decidida a retozar con la de Tristan, como dos cachorros que quieren jugar.

Su magia intenta atrapar la mía, pero esta se escapa y ya están otra vez bailando las dos juntas, fuera de mi control, entrelazándose y girando vertiginosamente sobre mi cabeza.

No puedo evitar reírme; los colores son tan vivos, tan perfectos en contraste con el cielo otoñal…

Me aprieta aún más las manos, pero ahora no de manera violenta ni controladora. Es como si no quisiera que me separara, como si no quisiera dejarme ir.

—Es más fuerte —susurra.

Yo también lo pienso. Es la primera vez que he desatado mi magia en días, desde que sellé el vínculo con Stone, y aunque lo sospechaba, no estaba del todo segura. Ahora siento lo vibrante y lo poderosa que es en realidad. Me pregunto qué podría hacer con ella, hasta dónde podría llegar, cuánta podría usar.

Nuestra magia se dispersa y comienza a danzar sobre los altos pinos que bordean esta zona del prado. Por un minuto, nos quedamos mirando cómo se dispara como fuegos artificiales; luego, todavía agarrada de la mano de Tristan, tiro de él para ir tras nuestro torbellino mágico.

—Vamos —le digo entusiasmada vislumbrando sus ojos esmeralda, tan verdes y radiantes como la hierba que nos rodea.

Me sonríe y perseguimos nuestra magia entre los árboles, alejándonos del prado y de los demás, en dirección a la cima de la colina que hay más allá.

Los dos respiramos entrecortadamente, el corazón me late con fuerza y Tristan me gira para mirarle de frente mientras mi magia sale disparada hacia arriba como la flecha de un arco, y la suya se eleva igual justo después. Con la melena al viento, bailando al son de la corriente que hemos creado, echo la cabeza hacia atrás para admirar nuestra magia, cada vez más alta, hasta que me inclino tanto que pierdo el equilibrio y caemos los dos al suelo.

Luego echamos a rodar cuesta abajo, y nuestra magia gira tan rápido que los colores se funden en uno solo, combinado con la armonía del rostro de Tristan, con el verde sus ojos y el dorado de su cabello. Y, de repente, me estoy riendo. Es una sensación tan liberadora, tan pura, tan mágica…

Rodamos durante lo que parece una eternidad, hasta que se acaba la pendiente y su pesado cuerpo aterriza encima del mío.

La magia deja de girar. Se queda suspendida en el aire. Como si estuviera esperando. Como si estuviera conteniendo la respiración.

El corazón me zumba en los oídos. El vínculo centellea. Mi cuerpo palpita.

El tiempo se detiene.

Tristan Kennedy me mira fijamente a los ojos, y entonces, me besa.

11

Spencer

Llevo observándolos todo el rato por el rabillo del ojo. No puedo evitarlo.

Los han puesto juntos. Por decisión de la directora. ¿Por qué?

¿Por qué no conmigo?

¿Y por qué demonios parece que Tristan lo está disfrutando?

Odia a la chica, o al menos eso dice. Nunca le había tan obsesionado con algo o alguien como lo está con ella. Aunque nadie se percata, ni los estudiantes ni los profesores. Es muy buen actor y se le da estupendamente hacer de pasota, pero yo sí lo veo, y me veo a mí también en su puñetero comportamiento.

—Spencer —dice Dan chasqueándome los dedos. Joder, se está buscando una buena hostia—. ¿Nos ponemos a ello o qué?

Caliento un poco los hombros y asiento, pero nada más cogerme la mano, la retiro.

Es esa risa. La que calienta el alma como el sol invernal. La que me hace querer besarla.

Él también la oye, y se revuelve dentro de mí.

Tengo que ponerme de rodillas y taparme los oídos. Es como una puta sirena.

Una sirena poderosa. Una sirena que mi madre quiere que…

Se me van los ojos hacia ellos de nuevo, y alcanzo a ver cómo se pierden entre los árboles, de la mano, corriendo como dos críos enamorados.

La bestia ruge desde mi interior.

Pero esta vez no es el monstruo en sí, sino yo mismo.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —dice Dan alejándose un poco.

Sí, estoy harto de toda esta mierda. ¡Harto!

Comienzo a caminar. Lejos de ellos. Lejos de él. Lejos de todo. Con la bestia volviéndose loca, con tal presión en la cabeza que siento que me va a explotar.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —me llama Dan.

—Me largo —gruño.

—¿Te largas? ¡Verás tú cuando se entere Johnson!

Si Johnson tiene algún problema con que me vaya, que venga a decírmelo. O que se lo diga a la directora y que sea ella quien venga a hablar conmigo. Que hablen las dos con mi madre. Me la suda.

Estoy harto de este lugar. ¡Harto!

Jugué el torneo. Lo gané para ellos. Les di la copa. ¿Qué más queda por hacer?

Nada.

Ahora que lo pienso, sé todo lo que hay que saber. Soy diez veces superior al 99 % de los estudiantes de esta escuela. Y de los profesores también. Mierda, es que ni York podría conmigo.

Así que, ¿qué sentido tiene seguir aquí y perder el tiempo otros seis meses, cuando podría estar ahí fuera como mi hermano, marcando la diferencia?

¿Qué sentido tiene quedarme si es una tortura? La bestia se revuelve más y más cada día que pasa. Encima tengo que verla a ella la cara todos los días. Una puta tentación servida en bandeja. Es demasiado.

Voy a volver a escribirle y a comunicarle mi decisión. Eso es lo que necesito para calmar a la bestia, no una chica. No esa chica.

No sé muy bien dónde estoy ahora, algún lado de los jardines de la escuela. Me tambaleo y me apoyo en el tronco de un roble; me impregno de su fuerte olor y del tacto áspero de la corteza.

No puedo hacer lo que me pide mi madre. No podría hacerle eso a ninguna chica, y mucho menos a ella.

He visto lo que le ha hecho a mi madre, lo que esconde bajo esa camisa abrochada hasta el cuello. Todas esas cicatrices. Sé los sacrificios que ha debido asumir.

Yo no haré eso. La chica se merece a alguien mejor que yo. No importa lo que piense la bestia, lo que diga mi madre, ni lo que designe el destino; no lo haré. No ataré otra vida a la mía. No podría hacerle daño de esa manera. No soportaría verla sufrir.

Además, ella ya tiene a su compañero predestinado. El ejecutor. Y, joder, quizá hasta tenga también al chico de oro de la escuela: Tristan Kennedy.

No puedo quedarme ahí a presenciar esa escenita de mierda, sabiendo que la deseo, sabiendo que no puedo tenerla.

No. Le mostraré al mundo entero de lo que soy capaz sin cascos ni protección, sin reglas y sin árbitro. Ya verán.

12

Tristan

Rhianna Blackwaters me besa durante un minuto entero. Un minuto con sus labios moviéndose contra los míos, con su lengua en mi boca, con los dedos enredados, su cuerpo cálido pegado al mío, y su corazón retumbando en mi pecho.

Nuestra magia crea una espiral tan eléctrica e intensa que deslumbra y aturde.

Sabe a menta y a flores. Su piel es suave, pero más lo son sus labios; y de su garganta emanan unos dulces gemidos.

La sensación del estómago —la que me está volviendo loco— se eleva tan alto que casi roza el orgasmo.

Besarla es un orgasmo en sí.

Cada vez estoy más hambriento y la beso más fuerte, presionándola contra el suelo, frotándome, deseando cada parte de ella, deseando hacerla mía. Entera. Me dejo llevar, todo lo que me impedía acercarme a esta chica se ha esfumado. En este momento, me entrego a ella por completo.

Mientras me besa, mientras nuestra magia titila a nuestro alrededor, salvaje, sin ataduras, me olvido de todas mis reservas. Ya

no significan nada. No tienen sentido. Ya no me importan. Lo único que me importa es ella.

Pero así, sin más, me separa.

Abro los ojos como si me hubieran despertado de un sueño sonámbulo o de un encantamiento; tiene los labios hinchados de besarme, las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas… y cara de pocos amigos.

—¿Quieres que vayamos a la sala común? —murmuro. No quiero moverme. Quiero tomarla aquí mismo, en el suelo, con nuestra magia entrelazada en el aire y la hierba cosquilleando nuestros cuerpos bajo el cielo infinito.

—¡Que te den! —Me da un empujón, pero no me inmuto—. ¡Quítate de encima! —Me empuja más fuerte e intenta escapar.

—Estoy muy bien aquí.

Se para y me mira confundida.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Quiero besarte de nuevo. Así que podemos jugar a que tú te enfadas conmigo y yo me disculpo profundamente arrepentido o podemos saltarnos esa parte y volver a los besos. —A besar y follar, porque voy a follármela.

Me da igual que pertenezca a mi primo. Porque a mí también me pertenece. Y voy a conseguirla.

A tomar por culo todo, las inquietudes, las preocupaciones y todo lo que me ha estado reteniendo. Me importa una mierda. La deseo.

—¿Se te ha ido la olla? —dice.

—¡Venga ya! Estábamos a punto. —Todas esas sensaciones gloriosas de hace cinco segundos se desvanecen y las sustituye mi habitual frustración con esta chica.

¿Por qué nunca hace lo que espero de ella?

—¡Que te quites, Tristan! ¡Joder! ¡Aparta!

No me muevo. Como he dicho, estoy muy bien aquí, con su cuerpo atrapado debajo del mío y sus manos clavadas en el suelo. Me está poniendo cachondísimo.

Me fulmina con la mirada, me sujeta las manos tan fuerte que debe de estar haciéndose polvo en los nudillos y me da una descarga.

—¡Hostia! —Retiro las manos y me separo de ella a regañadientes. No tiene ganas de jugar. El momento ya ha pasado. Puede que sea un gilipollas, pero no de ese tipo; si va a correrse, quiero que lo haga por voluntad propia, con pasión, gritando mi nombre.

Se echa hacia atrás y se tumba bocarriba sin dejar de mirarme mal.

—No puedes luchar contra esto —le digo abiertamente.

—¿Contra qué? ¿Contra tu cara bonita, tu irresistible magnetismo, tu carisma legendario? No, no creo que pueda.

—Contra el vínculo predestinado.

Se sobresalta y se pone roja como tomate.

—No sé de qué me hablas.

—Ya tienes un compañero predestinado, cerdi. Creo que lo sabes muy bien.

Se queda dudando, como si fuera a decirme algo, pero entonces cambia de opinión. Ojalá fuera como Stone y pudiera leer la mente. Quiero saber en qué está pensando. Todo el tiempo. Incluso mientras duerme. Quiero explorar su mente y comprender cada detalle sobre ella.

Ahora mismo estoy tan ávido por explorar que apenas puedo contenerme.

Ella debe de sentirlo. No es posible que mis entrañas aguarden un sentimiento tan intenso y ella no lo sienta a la vez.

No necesito un estúpido análisis de sangre para saber de qué se trata, para saber que es real. No tengo ninguna duda.

Cerdita es mi pareja predestinada.

—No sé qué película te estás montando. No sé qué te has fumado…

—No me he fumado nada, y sabes que no me estoy montando ninguna película. Y sabes que ninguno de los dos podemos resistirnos a esta atracción entre nosotros. Has visto cuánto desean unirse nuestras magias, cuánto desean que nos unamos nosotros mismos.

—¿Resistirnos? —Se pone de rodillas frente a mí—. Digamos que te he seguido un poco el rollo, Tristan. Digamos que el destino nos

está juntando. —Se lleva las manos al vientre, justo en la zona en la que yo siento esa atracción literal hacia ella. Siempre es en esa zona. Siempre. Es algo violento e irremediable—. Entonces resistirse es exactamente lo que tú has estado haciendo. Te has resistido a aceptarlo, has truncado el destino siempre que se te ha presentado la oportunidad. Y… —Le tiembla la voz por un momento antes de recuperar la compostura—. Me has tratado como una mierda. Peor. Como algo que no pudieras tocar ni con un palo. Y ahora me vienes con estas. —Chasquea los dedos y la magia estalla sobre nuestras cabezas—. De pronto has cambiado de opinión y esperas que te reciba con los brazos abiertos.

—Hace cinco minutos bien que estabas dispuesta a recibirme —digo señalando al suelo.

—Te odio, Tristan Kennedy. Te odio más que a los hombres que pegaron a mi tía mientras estaba inconsciente, más que a los hombres que nos torturaron, más que a los hombres que intentaron matarme, más que a los soldados que casi matan a Winnie. ¡Te odio, te odio, te odio! —chilla conteniéndose las lágrimas—. ¡Te odio tanto…!

Se levanta y me apresuro a frenarla, pero se marcha corriendo colina abajo, dejando el rastro de su magia entre los árboles. Una magia caótica, salvaje, indomable. Igual que ella.

Me empiezan a temblar las manos y, enseguida, todo el cuerpo; mis huesos chocan entre ellos como un carillón de viento.

Miro fijamente el hueco que ha dejado en la hierba. El que han dejado nuestros cuerpos juntos.

No he sido previsor, podría haberlo gestionado mejor.

Mucho mejor.

✳

No me molesto en regresar a la clase de la doctora Johnson. Total, ¿para qué? ¿Para que Summer y su cuadrilla me incordien con preguntas?

No soporto sus voces ni sus conversaciones de besugo. Necesito paz y silencio. Lejos de todo el mundo.

Me encierro en mi cuarto, bajo la persiana y me tumbo en el suelo.

Todo esto es nuevo, diferente.

Nunca me habían rechazado. Nunca me habían dicho que no. Al menos no mis iguales, ni nadie de la escuela.

Podría haberme salido con la mía si hubiera querido. Es fuerte, pero no tanto como yo, tanto a nivel mágico como físico. Además, su magia aún está muy verde. Por mucho que estudie y practique, tiene un largo camino por recorrer para poder usarla como yo.

Pero no soy mi padre. No importa cuánto haya querido hacerme a su imagen y semejanza. No importa cuánto haya intentado yo mismo forjarme un corazón de hierro como el suyo. No puedo.

—A ti lo que te pasa es que quieres que te quieran —me ha soltado en más de una ocasión—. Y será tu perdición.

¿Tiene razón?

Me llevo una mano al corazón y la otra a la tripa. Me duelen los músculos y tengo tiritona y sudores fríos, como la gripe.

¡Dios, cómo duele! Me dan pinchazos por dentro, como si ella me hubiera clavado entre las costillas el cuchillo más afilado que hubiese encontrado.

¿Esto es lo que se siente cuando te rechazan, cuando te desechan, cuando te descartan? ¿Esto es lo que se siente al ser ella?

No sé cómo arreglar esto, pero tengo que encontrar una manera.

Dejo que mi mente divague y que mi cuerpo se disuelva y desaparezca en la alfombra, donde nadie pueda encontrarme, donde nadie pueda herirme.

Hasta que una hora más tarde me suena el teléfono. Una vez. Y otra. Una serie de notificaciones que hacen que el teléfono se deslice por el suelo con tanta vibración.

Mi primer pensamiento es Rhianna. ¿Ha cambiado de opinión? ¿Va a suplicar que la perdone?

Pero la esperanza desaparece tan rápido como ha aparecido. No va a perdonarme.

Vuelvo en mí, me siento con todo el cuerpo dolorido y pillo el teléfono. Echo un vistazo a los mensajes y me levanto de un salto. Salgo corriendo de la habitación, bajo por las escaleras y aporreo su puerta.

No contesta, pero sigo insistiendo y llamándole a voces, hasta que me abre. Entro y me encuentro con varias cajas ya apiladas.

—¿Te vas? Solo es un rumor, ¿verdad? No puede ser cierto.

—Sí, me voy —dice deteniéndose junto al escritorio, y mete unas cuantas cosas en otra caja.

—No puedes irte, aún no nos hemos graduado.

—Ya he conseguido suficientes créditos. Mi madre ha solicitado el trámite a la directora hace una hora y me lo han concedido. Tengo permiso para abandonar la escuela y unirme a las tropas del oeste inmediatamente.

—¿Qué? —Sus palabras no dejan de resonar en mi cabeza.

—Lo que lo has oído.

—Sí, pero no tiene sentido, joder. ¿Por qué te vas? Estamos a mitad de curso.

—Es una gilipollez quedarse. Ya sabemos todo lo que hay que saber. Tío, Tristan, tú yo somos cien veces mejores que todos estos perdedores. Prefiero estar ahí fuera luchando, marcando la diferencia, en lugar de seguir sentado en clase con estos holgazanes.

—Te equivocas. Aún nos queda por aprender, y cosas que nos serían muy útiles. —Ni siquiera he llegado a aprender la mitad de lo que me puede ofrecer este lugar. Cada dato, cada puntualización es un paso más para ser el mejor, para ser mejor que él.

Spencer niega con la cabeza.

—Ya he tenido bastante.

Me acerco a él. Quiero apoyar las manos en sus hombros y hacerle entrar en razón, pero sé que no soporta que le toquen, no con la bestia acechando desde su interior.

—La realidad ahí fuera no es como en el campo de duelo, Spencer. Joder, ni siquiera como en el Almacén.

—¿Me tomas por tonto? —espeta—. Esa es una de las principales razones por las que me largo. Estoy cansado de tanta simulación,

quiero hacer algo real, poner a prueba mis límites. ¿Acaso no es lo que tú también quieres, Tris? —pregunta girándose finalmente hacia mí, curioso por ver mi reacción.

La verdad es que es muy tentador. Tirarlo todo por la borda. Mandar a mi padre a la mierda y pasar al frente. Enseñarle a todo el mundo lo poderoso que me he vuelto, lo que puedo hacer.

Aunque hay algo que me frena y me ata a este lugar más allá del aprendizaje, la información y la oportunidad de crecer.

Rhianna.

—Ya tenemos que pasar cinco años en las Fuerzas Armadas. ¿Por qué adelantarte y darles más años de tu vida? —procuro disuadirle.

Spencer se ríe irónico.

—No finjamos que me espera algún tipo de vida más allá de mi tiempo en el servicio. Con lo que soy, Tristan, con el monstruo dentro… Para mí no hay vida. Ni un puñetero puesto en el Consejo, ni esposa ni familia.

Así que esa es la verdadera razón. Nunca he considerado a mi amigo inferior por su aflicción. Joder, de más jóvenes, cuando me hizo jurar que no se lo diría a nadie, pensé que era lo más guay del mundo. Ahora que somos mayores y que tengo más conocimiento, veo la carga que es. Es una prisión. No tiene nada de guay.

—Tu padre tiene esas cosas —digo con tacto.

—Mi padre es uno de los afortunados. —Aparta la mirada—. Mira lo que le pasó a Tobias.

Se me parte el corazón por mi amigo, y me miro el pecho. Pensaba que me había arrancado ese órgano hacía mucho tiempo. Parece que estaba equivocado.

Parece que estaba equivocado sobre muchas cosas.

Pero él también.

—Puedes tener la vida que quieras —le animo, pero menea la cabeza—. Sí. Y te prometo que siempre estaré a tu lado.

Sus ojos castaños se vuelven hacia mí y, por primera vez, veo que no me cree. Ya no confía en mí y no tengo ni idea de por qué.

13

Rhi

Aún sigo temblando cuando me alejo del prado y corro campo a través. A través del vínculo siento que Azlan y Stone están inquietos por saber qué me ha alterado tanto.

Pero ¿qué les voy a decir?

Los he acusado a ambos de guardar secretos, de ocultarme la verdad, pero yo soy igual de culpable. Debería habérselo contado nada más comprender qué significaba este sentimiento, nada más sospechar.

Imagino cómo se sentirán. El mismo dolor que he sentido yo cada vez que me han mentido.

Vaya berenjenal en el que me he metido… La he cagado de una manera tan tonta… Y luego está el otro problema. ¿Qué pasa si están de acuerdo con Tristan? ¿Si me dicen que no puedo huir del destino, que no tengo otra opción?

No quiero a Tristan ni a Spencer cerca de mí.

Y en lo que respecta a…

No, no son mejores que aquellos hombres que nos aterrorizaban por las noches y aparecían en mis sueños. Me harán daño, me aplastarán, me destruirán. Y no me he pasado luchando todo este

tiempo para terminar siendo una mujer florero. Ni su saco de boxeo personal con el que desahogarse.

Me seco las lágrimas y aflojo el paso. Estoy sin aliento. Me detengo y apoyo las manos en las rodillas intentando coger aire.

Contemplo el paisaje; la temporada de cosecha se aproxima y los árboles del huerto están cargados de fruta.

Es precioso. Está saliendo el sol y los rayos me hacen entrar en calor.

Quizás eso ha sido todo. Quizá ha sido solo el calentón del momento, el ejercicio de combinar nuestra magia nos ha abrumado y nos ha arrastrado en una ola de sentimientos erróneos. Seguramente Tristan se olvide de todo de aquí a que acabe el día. Hará como que no sabe nada, que tiene una conmoción cerebral o que he sido yo quien le ha seducido.

¡Pff! Ni siquiera llevo la ropa interior de seda que me ha regalado Azlan. Mis poderes de seducción son pésimos.

Respiro hondo de nuevo y parece calmar a los dos hombres a los que estoy unida, y a mí misma también.

Luego me doy prisa en regresar. La siguiente clase es Gimnasia, y cruzo los dedos para que, pese a que no siento las piernas, hoy hagamos *sprints* y no me toque entrenar con Spencer; aunque he de reconocer que la última vez resultó ser muy útil.

Sin embargo, cuando llego al gimnasio, me encuentro con una multitud de estudiantes apiñados justo delante de la puerta de los vestuarios, cuchicheando entre ellos. Dos conejitas saltarinas están llorando la una en el hombro de la otra, y Summer no deja de andar de acá para allá. Me abro paso y veo que Winnie está charlando con Trent y Dane.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mirando los gestos devastados de Trent y Dane.

—Es Spencer —dice Winnie, que me lleva a un lado.

Todo me da vueltas, de repente dejo de oír el barullo, se me nubla la vista y me tambaleo.

¿Spencer?

Winnie me sujeta del brazo.

—¿Rhi? ¿Rhi? ¿Estás bien?

Me obligo a concentrarme en su cara, en su boca.

—¿Spencer? —Oigo mi voz muy de lejos—. ¿Qué le…?

—Se marcha. ¿Rhi? ¿Me has oído? Se marcha.

El ruido regresa como un estruendo brutal.

—¿Se marcha? ¿A dónde?

—Al frente. Al parecer, ya tiene suficientes créditos para graduarse con antelación, así que se va.

Trent coge a Winnie de la cintura por detrás y apoya la barbilla en su hombro.

—No puedo creerme que vayamos a perder a nuestro mejor jugador.

—Ya hemos ganado la copa interescolar. Supongo que estaría esperando a que pasara el torneo para irse.

—No sabía que podíamos graduarnos antes —murmuro, con una mezcla de emociones que no consigo comprender.

—Sí, si has obtenido suficientes créditos —explica Trent—. ¿No se graduó antes tu antigua compañera de habitación? —le pregunta a Winnie.

—Sí —responde ella—, pero es algo muy excepcional. La mayoría de los mortales tenemos dificultades en al menos una o dos asignaturas, y necesitamos los tres años completos para obtener suficientes créditos.

Pongo los ojos en blanco. Como si mi amiga tuviera dificultades en alguna de sus asignaturas…

La agarro por la manga y la suelto de Trent.

—Winnifred Wence, ¿cuántos puntos te quedan para graduarte? No irás a darte a la fuga y dejarme aquí sola, ¿no?

—¿Te vas a ir? —dice Trent alarmado.

—¡No! Aunque tuviera suficientes créditos, que no estoy diciendo que los tenga, no tengo ninguna prisa por volver a casa —Trent y yo la sonreímos—. Mis hermanas me sacan de quicio.

—Oye —digo apuntándola con el dedo—, y me echarías de menos, ¿verdad? ¿Y quizá a él también? —Ahora apunto hacia Trent.

—Pip es el único que me ata a aquí —bromea, y Trent le rodea el cuello con el brazo y le da un beso en la mejilla.

Ella se ríe, pero se le apaga la sonrisa enseguida cuando se abren las puertas del gimnasio y aparece el entrenador echando humo por las orejas.

—Señoritas, ¿qué hacen ahí de cháchara? Vayan a cambiarse. Hoy vamos a hacer unos circuitos.

Todo el mundo empieza a protestar hasta que el entrenador nos dedica una mirada amenazadora, y nos dirigimos en pelotón a los vestuarios.

Ya dentro, varias conejitas están demasiado afectadas como para encontrar la energía de cambiarse, y se sientan en el banco lamentándose de cuánto van a echar de menos a Spencer y de que la escuela no será la misma sin él.

Summer camina tan rápido de un lado a otro que va a terminar formando un surco en el suelo. Todas evitan hacer contacto visual con ella.

Winnie y yo nos quedamos en un rincón, abrimos nuestras taquillas y continuamos nuestra conversación mientras nos cambiamos. Winnie asiente con aprobación a mi nuevo sujetador deportivo.

—¿No te parece todo un poco repentino? —susurro—. Ha pillado a todos sus amigos de sorpresa. Dan estaba como si hubiese visto un fantasma.

—Supongo que es la primera vez que sucede algo así. Saskia se fue el pasado trimestre por su situación familiar, y hubo otro chico que se fue el año pasado por circunstancias similares. Pero nunca he sabido de nadie que se haya graduado antes de tiempo y se haya unido voluntariamente a las Fuerzas Armadas.

—A él le gusta ser diferente —resoplo.

Winnie se encoge de hombros.

—Todo parecía irle bien aquí. Era la estrella del equipo de duelo, el sueño de todo tío. —Hace una pausa para ponerse la sudadera—. Dicen que se va la semana que viene.

—¿Tan pronto? —La noticia me deja con sensación de malestar, y Winnie me mira atentamente.

—Conociendo a Spencer, no me extrañaría que aprovechase para tirar la casa por ventana y dar una megafiesta de despedida con

desfile incluido… ¡Oh, se va a perder el baile!

—Dudo que le importe.

—¿Te has fijado en que tampoco estaba Tristan?

—¿Ah, no? —Me hago la inocente rezando por que mi cara no me delate.

—No creo que él también se vaya, ¿no?

El malestar empeora y siento que casi se me sube la bilis a la garganta. Winnie sigue escudriñándome y esbozo una sonrisa forzada.

—¡Por soñar no se pierde nada!

Tanto Spencer como Tristan faltan a la clase de Gimnasia, y el mal humor del entrenador va *in crescendo*.

Nos manda hacer un circuito tan duro que una de las chicas se desmaya, y otro chico se derrumba con un calambre grave y le tienen que llevar a enfermería.

Para cuando volvemos a los vestuarios, somos incapaces de pronunciar una palabra, y mucho menos una frase entera, pero ello no impide a las conejitas saltarinas cotillear entre ellas. Está claro que hay algún rumor circulando. Trent nos pone al corriente mientras caminamos por el sendero al salir del gimnasio.

—Spencer va a participar en una última pelea esta noche en el Almacén antes de marcharse.

Pongo los ojos en blanco. Al final resulta que Winnie tenía razón: Spencer no podía irse si no era por la puerta grande. Aunque una pelea en el Almacén no es exactamente el fiestón que me esperaba viniendo de él.

—¿Seguro que no es más que un rumor? —digo.

—No, Spencer y Tristan le han escrito a Dan mientras nos estábamos cambiando ahora. —Trent se rasca la nuca—. Creo que voy a ir. Nunca le he visto batirse en duelo así y puede que sea mi última oportunidad.

—¿Pero no es peligroso? —se preocupa Winnie, y le coge de la mano.

—Solo si participas, no si estás mirando. ¿Vosotras vais a ir?

—No sé —dice Winnie. Trent asiente, le da un beso en la mejilla y se va al club de informática.

—¿No quieres ir? —le pregunto una vez que él se ha ido.

Se ríe por lo bajo.

—He querido que alguien me invite a ir al Almacén desde el momento en que puse un pie en esta escuela, pero es demasiado peligroso.

—Pues a Trent no se lo parece.

—Rhi —dice Winnie deteniéndose—, para ti sí que lo es, y no pienso ir si tú no vas.

—¿Por qué es tan peligroso para mí?

—Renzo Barone. —Winnie me dedica una mirada severa.

—No intentaría nada en un almacén repleto de gente.

—Precisamente, el Almacén está repleto de SU gente —puntualiza—. Y con lo loco que está, quién sabe de lo que sería capaz de hacer.

—Pues entonces ve sin mí. —Nunca he entendido el interés de ver a tíos simulando que pelean, y tampoco me apetece nada verlos hacerlo de verdad. Ya he presenciado bastante violencia y daño en mi propia vida. No entiendo que a la gente le guste ir de espectador como si fuera un deporte—. No hace falta que vaya yo.

—De eso nada, no te voy a dejar sola.

—Yo elijo quedarme, Winnie. No me estás dejándolo sola. Ve con Trent, en plan cita.

Pero Winnie no da su brazo a torcer y todavía seguimos discutiendo sobre el tema cuando llegamos al gran comedor para el almuerzo.

No hay casi nadie dentro, y por una vez conseguimos ser las primeras y elegir entre los mejores platos. Yo me cojo una ensalada que parece fresca de verdad y con más de dos ingredientes, y echo un ojo a las mesas centrales, vacías.

—Supongo que la tristeza les ha quitado el apetito —me burlo mientras disfruto de un buen bocado de aguacate.

—No sé yo. —Winnie señala a un grupo de estudiantes que están sentados cerca de nosotras. Se les ve charlar muy animadamente—. Parece que toda esta movida de la pelea les ha hecho olvidar que se marcha. No se va a hablar de otra cosa en las próximas semanas…

Se me escapa un suspiro y suelto el tenedor.

—Entonces tenemos que ir, Winnie. —Si somos las únicas sin ir, quedaremos como unas marginadas, si cabe más todavía. A mí no me molesta, pero no quiero que mi mejor amiga pase por ello.

—Ya te lo he dicho, no es seguro.

—Bueno, quizá haya una manera de que lo sea.

✷

No tengo ni idea de si la hermana de Azlan estará de acuerdo con que vaya a ver pelear a Spencer Moreau en un duelo ilegal en un almacén de la ciudad. No tengo ni idea de si se chivará directamente a Azlan.

Pero Winnie no va a ir sin mí, y para ser sinceros, cuanto más oigo hablar del tema, más me come la curiosidad. No creo que sea el fin del mundo asistir solo como espectadoras, ¿no? Además, parece ser que va a ir toda la escuela. Justo en ese momento, recibimos un mensaje informando de que los mentores de las casas darán permiso a cualquiera que desee salir de la escuela esta noche.

Winnie está en su escritorio y finge que le da igual. Lee el mensaje y vuelve a concentrarse en la redacción que está escribiendo.

Decido que no tengo nada que perder.

Salgo al trocito de césped que tenemos junto a la habitación, con Pip siguiéndome, y marco el número de Ellie.

Da señal, pero tras dos tonos, me salta directamente el contestador, y recibo un mensaje diciéndome que me llama en dos minutos. Me siento en el suelo y dejo que Pip se suba a mi regazo. Me quedo esperando, acariciándole las orejas y, por fin, al cabo de quince minutos, Ellie me devuelve la llamada.

—Lo siento mucho, Rhi. —Se la oye atorada—. He tenido que encontrar un lugar más privado para hablar. ¿Va todo bien? ¿Le ha pasado algo a Azlan?

—No, no. Estamos los dos bien. —Pobre, la he alarmado. A lo mejor no ha sido muy buena idea—. Te llamaba para preguntarte sobre… mi medallón. ¿Has averiguado cómo funciona?

—¿Lo necesitas para algo?

Dudo si ser sincera o no, no me gusta la idea de mentir a Ellie.

—Esta noche toda la escuela va a ir al Almacén para ver…

—A Spencer Moreau. Sí, ya me he enterado. Me lo ha dicho Tristan. De hecho, me ha invitado a ir.

Me quedo boquiabierta.

—¡Oh! ¿Y tu padre te va a dejar?

Ellie se ríe.

—Ni de coña. Pero cuando salgo porque me lo ha propuesto Tristan, nunca me hacen preguntas, y a él tampoco.

—¿Y no es un poco arriesgado? —pregunto, más preocupada por ella que por mí misma.

—Bueno —vacila—, si se entera, me meteré en un buen lío; pero ya he corrido ese riesgo otras veces. ¿Tú vas a ir? Tristan dice que vais casi toda la escuela.

—Me lo estoy pensando, es solo que…

—¿Qué?

—Puede que para mí también sea arriesgado. —No sé si el hombre de negro le ha contado a su hermana que hay un precio por mi cabeza, pero decido contárselo yo.

—Hum… Imagino que a Az no le haría mucha gracia que fueras.

—Ya, pero tengo el medallón. Si consigo que funcione, entonces nadie sabrá que estoy allí. Así que me preguntaba…

—¿Si he descubierto cómo usarlo?

—Sí.

—Has tenido suerte, porque sí.

Sonrío al teléfono.

—¿En serio?

—Sí. Voy a reenviarte lo que he encontrado, ¿vale? Te veo allí. O no, depende de si quieres que te vea o no. —Se ríe.

—¿Y te parece bien todo esto sabiendo que a Azlan no le va a gustar un pelo?

—¿No se lo vas a decir?

—Creo que sería mejor pedirle perdón que permiso.

—Ya veo… Se preocupa y puede llegar a ser un poco asfixiante.

—No, es que…

—Rhi, yo que tú iría. Ir al Almacén es un rito de iniciación icónico de la escuela. Todo el mundo termina yendo en algún momento. Y de esta forma, vamos juntas.

—No nos pueden ver juntas, Ellie —le recuerdo.

—Pero llevarás el medallón. Nadie te verá, salvo que tú quieras.

14

Rhi

Me cuesta un poco convencer a Winnie del plan. Pese a que se muere por ir, está intranquila por el medallón y si funcionará, sobre todo porque es la primera vez que lo usamos. Entonces caigo en que, si Winnie está nerviosa por mí, el hombre de negro y Stone deben de estar tirándose de los pelos. No me dejarían ir bajo ningún concepto, pero como bien ha dicho Ellie, se trata de un rito de iniciación. No voy a permitir que unos gilipollas como el canciller y Renzo Barone me impidan vivir mi vida.

Estudio las instrucciones que Ellie me ha enviado al móvil y me pongo a practicar con Winnie. Nos lleva unos cuantos intentos dar con el conjuro que activa el medallón, pero nada más lograrlo, vemos el poder que implica: Winnie desaparece delante de mis narices, aunque sigo oyendo su respiración y, sobre todo, la siento cuando me pellizca el brazo.

—¡Oye! —exclamo.

Suelta una risita nerviosa y vuelve a aparecer mientras se quita el medallón para colgármelo a mí.

—Me pregunto si la persona que me atacó en el bosque, la que me defendió del hombre bestia, llevaba uno de estos.

—Tal vez.

—¿Entonces te animas?

Se muerde el labio.

—Sigo teniendo un mal presentimiento…

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —sonrío, pero ella me mira muy seria.

—¡Ay! ¡Calla, calla! Sí, vamos. Me puede más la curiosidad que la prudencia.

—A mí también.

Comenzamos a arreglarnos, aunque realmente no me va a ver nadie aparte de Winnie, Trent y si acaso Ellie, así que no me esmero mucho en el peinado y el maquillaje. Me hago una trenza, me echo un poco de rímel y estreno la ropa que me ha regalado el hombre de negro.

Trent llama justo al poco de haber terminado y le explicamos lo del medallón y cómo funciona.

—Así que, para los demás —dice rascándose la cabeza por encima del gorro—, parecerá que solo estamos Winnie y yo, en plan cita. No verán a Rhi.

—Eso es.

—Sabes que va a estar petado de gente, ¿no? Podrían pisotearte, aplastarte o algo así.

—Estaré bien.

Trent se encoge de hombros y salimos hacia la parada de autobús. Ya hay una cola larguísima, y nos toca esperar al siguiente porque no cabemos en el primero que llega.

—¿A qué hora es la pelea? —le susurro a Winnie al oído mientras subimos apretujadas y Trent coge asientos. El autobús está igual de lleno que el anterior, y al ir de pie y ser invisible, todo el mundo se me apelotona encima. Para salvarme de morir aplastada, me siento en las piernas de Winnie.

—No hay un horario fijo —dice como si estuviera hablando con Trent.

El trayecto es incomodísimo, aunque más para Winnie que para mí. No sé yo si esto es tan práctico como decía Trent. Me planteo bajarme y coger el autobús de vuelta a la escuela, pero el barullo de

fondo es contagioso y ya estoy demasiado metida en el ambiente. He visto lo bueno que es Spencer en el campo de duelo, pero ahí estaba sometido a unas normas y todo estaba controlado. ¿Cómo será sin límites, libre para luchar como le plazca?

Sin embargo, cuando el autobús para en los muelles y todos se bajan, estoy hecha un manojo de nervios, y tengo un ataque de ansiedad serio por primera vez. Aquí fue donde me la jugó Andrew, donde casi me mata Barone, donde casi muero. Incluso rodeada de gente parloteando, riendo y gritando, este sitio me da escalofríos, sobre todo por la bruma que sube por la acera y las bocinas de los barcos a lo lejos.

Agarro a Winnie de la mano. No quiero que nos separemos, no aquí.

—¿Estás bien, Rhi? —murmura; habrá notado cómo me tiembla el brazo.

—Sí, eso solo que este sitio me da mal rollo.

—¿Y eso? A mí me encanta.

Eso es porque, además de todas esas comedias románticas cursilonas, Winnie tiene también una extraña afición por las películas de terror.

Seguimos a la multitud hasta llegar a un almacén inmenso bastante turbio, en contraste con la vida y las luces de la ciudad. Hay que hacer cola para entrar y echo un vistazo en busca de Ellie, pero no está, ni Spencer, Tristan ni ninguna de las conejitas saltarinas. O han llegado antes o entran con acceso VIP sin necesidad de esperar. Probablemente sea lo segundo. Resoplo de frío y me cierro más la chaqueta. En esta zona junto al agua refresca bastante, y la humedad y la sal se me meten hasta los huesos. Winnie se apoya en Trent y esperamos a que avance la cola.

La entrada está flanqueada por cinco hombres corpulentos armados, que se quedan mirando a Winnie y Trent y se empeñan en cachearles y preguntarles sus nombres. Yo contengo la respiración, sobre todo cuando uno mira directamente hacia mí con recelo. Da un paso adelante, examinando todo en mi dirección, y empiezo a marearme.

Luego menea la cabeza y retrocede, y pasamos al tenue pasillo que hay al entrar. Por fin respiro tranquila.

—Ya estamos dentro —se alegra Winnie, y yo vuelvo a cogerle la mano y dejo que me lleve hasta la nave principal del Almacén. El ruido es abrumador.

Creo que esta noche hay más gente aquí que en el partido interescolar. Ha venido casi toda la escuela, además de otras muchas personas mayores que nosotros que no conozco: algunos van vestidos con trajes de alto *standing*; otros, con botas desgastadas y vaqueros rotos. No hay escenario ni plataforma, solo gente formando un *ring* bajo unos focos que hay montados.

Hay por lo menos diez filas de gente por delante y no sé si vamos a llegar a ver gran cosa del combate. Vaya chasco…

¿Tantas ganas tenía de verle pelear? ¿Y por qué? ¿Por qué me importa?

Porque puede que sea la última vez que le vea, y a pesar de cómo me ha tratado, a pesar de todos los moratones que tengo de todas las veces que me ha tirado al suelo, no puedo evitar sentir una extraña tristeza.

—Hay una zona de bar —dice Trent, señalando a una mesa improvisada en la que está atendiendo un hombre. Hay botellines de cerveza, y detrás se ven palés apilados.

Trent pide tres cervezas, pero enseguida se corrige y pide dos, y les sigo hacia el *ring*.

—No veo nada, ¿y tú? —pregunto a Winnie. Niega con la cabeza, y escaneo la multitud por segunda vez. El pelo dorado de Tristan sobresale entre las cabelleras de las primeras filas. Pero no hay rastro de Spencer.

De repente hay una ovación estrepitosa que hace temblar el suelo. Winnie me hace señas y, entre empujones, nos metemos más al centro; finalmente veo a Spencer bajo la luz de uno de los focos. La gente se aparta para dejarle pasar, y se queda de pie en el centro. Solo lleva unos pantalones cortos, y al ver su torso desnudo, me doy cuenta por primera vez de lo fuerte e imperioso que es. Todos corean su nombre, pero no parece percatarse; se queda mirando al frente, impasible, estoico.

—Parece que va a matar a alguien —dice Winnie un poco insegura, y sé a qué se refiere. Incluso en sus picos de odio hacia mí, Spencer siempre ha rebosado energía, poder y vida. Casi hasta podías sentir las ondas que desprendía en el aire. Ahora, en cambio, está tranquilo, con toda esa energía desactivada. Es desconcertante, y para nada propio de él.

No puedo apartar mis ojos de él, y el vínculo me tira tan fuerte que comienzo a abrirme paso entre la gente hasta llegar delante del todo, justo al lado de Ellie.

—Hola, Ellie —susurro—. Soy yo, Rhi.

Sonríe, mira hacia mí y luego de nuevo hacia Spencer.

—Te veo —murmura—. ¿Funciona bien el medallón?

—Sí, solo podéis verme tú y mis amigos.

—¿Me has dicho algo? —pregunta Tristan a su prima, con la mirada clavada en su amigo.

—No, nada —dice Ellie, que encuentra mi brazo y me da un apretón.

Me dispongo a proseguir la conversación, cuando otro tipo, algo más mayor, sale también al centro. Lleva una camiseta negra y, colgada del cuello, una cadena que debe de pesar un montón. Levanta las manos y se hace el silencio.

—Queridos hermanos. —Suelta una carcajada—. Estamos aquí reunidos para presenciar la última pelea de nuestro amigo el Lobo, apodado así por su fuerza, su agilidad, y su astuto uso de la magia. Invicto en veintidós combates. ¿Llegará a veintitrés? ¿Nos dejará y se irá directo a defender nuestras tierras… —hace una pausa para aportar más drama, lo que hace que se les salten las lágrimas a las conejitas saltarinas en primera fila— en una racha ganadora? —sonríe, mirando a la multitud—. Tal vez no, damas y caballeros, porque esta noche le traigo a nuestro lobo un oponente formidable.

Se gira y estira el brazo. Una parte del público se abre de nuevo y dicho oponente sale a grandes zancadas: piel cetrina, pelo oscuro, el cuerpo cubierto de tatuajes, aros en los lóbulos de las orejas.

Me quedo de piedra.

—Con todos vosotros, el Asesino.

Me vuelvo hacia Ellie y me agarro a su brazo.

Nadie reacciona con horror o consternación. Es más, están animando y algunos hasta corean su nombre.

Nadie mueve un dedo para echarle o noquearle. Ni siquiera Tristan ni Spencer, y en ese momento entiendo por qué.

Todos han oído hablar del famoso asesino de los Lobos de la Noche, de sus hazañas. Todos conocen su nombre.

Pero nadie conoce su rostro. Solo unos pocos lo han visto y han vivido para contarlo. Es posible que, en este almacén con cientos de personas, Winnie y yo seamos las únicas en conocer la identidad del Asesino: Renzo Barone.

Miro hacia atrás en busca de Winnie, pero ya no está. No sé si ella también le ha reconocido.

El presentador sigue hablando, y la gente se ríe y vitorea, pero no distingo las palabras. Estoy demasiado perdida en mis pensamientos, reflexionando sobre qué debería hacer.

—¿Qué te pasa? —susurra Ellie preocupada, como si pudiera leerme la mente. Sacudo la cabeza, incapaz de hablar, sin saber qué demonios hacer.

Si Spencer supiera a quién tiene delante, estoy segura de que se lo cargaría. Aunque da igual lo bueno que sea Spencer, Renzo también tiene mucha fuerza y está totalmente loco. Si Spencer intenta matarle, Renzo se la devolverá multiplicada por diez.

Se me revuelve el estómago. No quiero que Spencer salga herido. No quiero que muera. ¿Pero quiero que se vaya Renzo, que se dé a la fuga? ¿Acaso no es la ocasión perfecta para atraparle? Así no tendría que vivir con miedo de que me siga, de que me tenga bajo su lupa. Sería libre… o al menos, más libre.

Entorno los ojos. Porque me ronda otra idea. Una que no quiero reconocer. Ni considerar. Es una locura. Es una locura sentirme así. Pero por mucho que quiera sacarme esa idea de la cabeza, me es imposible.

No quiero que Renzo muera. Ni que salga herido.

¿Qué narices me pasa?

Me sobresalta un disparo de magia, y abro los ojos; ya están peleando. No hay vuelta atrás. No creo que pueda quedarme a mirar, y sin embargo, mis pies están clavados en el suelo. No me

puedo mover. No puedo dejar de mirar cómo se lanzan magia el uno al otro, arremetiendo, esquivándose. Les alcanzan algunas chispas, pero no por ello y el olor a carne chamuscada dejan de luchar. Apenas se inmutan. También hay magia girando por encima de ellos o rebotando en el suelo, y el público retrocede.

Sus movimientos resultan fascinantes, casi preciosos, como una especie de *ballet* violento, coreografiado a la perfección.

—¡Vamos, Spencer! —grita Tristan, que sigue al lado.

Ellie se engancha fuerte de mi brazo, hablándole a él, o a mí, o a nadie en particular.

—Ese tío es fortísimo. Va a estar la cosa muy reñida. ¿Tú le habías visto pelear alguna vez, Tris?

—No —sisea Tristan, y hace una mueca de dolor al impactar un rayo en la pierna de Spencer—. No le había visto nunca.

—¿Cuándo acaba? —pregunto a Ellie cuando Renzo sufre un corte en la cara por la magia.

—Cuando uno de los dos se rinda.

¡¿Cómo?! ¡¿Cuando uno de los dos se rinda?! Conozco muy bien a estos dos y sé que ninguno va a ceder. Antes muertos que rendirse. Y no pienso quedarme para verlo. Mi vínculo siente cada golpe que reciben, hasta tal punto que me doblo de dolor.

Tengo que largarme de aquí.

Me doy la vuelta, doy un paso tambaleante, y entonces se desata el caos.

Se apagan las luces. Alguien grita: «¡La poli!». Y se oyen sirenas a lo lejos.

La gente echa a correr, empujándose y chocándose, desesperada por llegar a la salida que está al fondo. Se forma una estampida. Algunas personas caen al suelo y las aplastan. Todo el mundo está chillando. La magia sobrevuela nuestras cabezas y el suelo retumba.

Yo también intento correr, pero es imposible al estar tan apelotonados. Entre empujón y empujón, me tiran al suelo y me pasan por encima. Consigo ponerme en pie, mareada y confundida, con las costillas doloridas por un pisotón que me han dado. La gente sigue empujando y me falta el aire.

Las sirenas se oyen ya aquí y una luz azul penetra a través de las ventanas. Gritos. Más gritos. Gente llamando a sus amigos. No sé por dónde ir. Empiezo a entrar en pánico cuando me arrojan al suelo por segunda vez.

Y, entonces, siento posarse en mi hombro una mano fuerte, que me levanta.

15

Spencer

—¡Cerdita! —le grito a la cara—. ¿Qué haces ahí tirada?

Me devuelve una mirada llena de horror e incomprensión mientras la gente sigue agolpándose a su alrededor.

Se lleva las manos al medallón que lleva colgado del cuello.

—¿Me ves? —pregunta.

—¿Qué? —digo atónito—. Pues claro que te veo. —Esta chica está fatal de la cabeza—. ¿Qué haces ahí? ¿No lo has oído? La poli está a punto de entrar, tenemos que irnos.

La agarro del brazo, ignorando cómo intenta zafarse, y tiro de ella mientras me abro paso entre la multitud hacia la salida.

—No necesito tu ayuda —gruñe—. Y no la quiero.

—¿Quieres que te aplasten? ¿O que te arresten?

—¿Qué pasa si nos arrestan? —me pregunta a voces entre el griterío, ya más serena y sin oponer resistencia. Avanzo a empujones, y algunos se giran listos para mandarme a la mierda; aunque cuando ven que soy yo, cambian repentinamente de opinión.

—Si me arrestan a mí, me iré de rositas: verán que soy yo, hablarán con mis padres y me soltarán. Si te arrestan a ti…

Llegamos por fin a la puerta. Fuera hay mucha humedad, y a pesar de que solo llevo unos pantalones cortos, no siento el frío. La adrenalina me corre por las venas y ahora, con ella tan cerca y mi mano sujetándola, estoy que exploto. La bestia está prácticamente bufando, desesperada por tocar ella misma a la chica.

Podría dejarla aquí y que encontrara solita la manera de salir de este lío. Pero no quiero.

—Si me arrestan a mí, ¿qué?, imbécil —protesta, y se suelta de mi brazo otra vez mientras corremos.

La bestia se enfurece ante el insulto, pero yo lo dejo estar.

—¿Es tu primera infracción? —Bajamos por la cuesta que hay detrás del Almacén, a ras del agua, lóbrega. Recapacito sobre dónde ir. Tristan nos ha traído en coche a mí y a su prima, pero ha aparcado delante, justo donde están los polis.

—¿En qué sentido es una infracción ir al Almacén?

¡Pff! ¿Me lo pregunta en serio?

—Esa pelea era ilegal. Cualquiera que la viera estaba infringiendo la ley. Seguramente te dejarían ir y solo se quedaría en una advertencia y una multa, pero mancharía tu expediente; y teniendo en cuenta todos los problemas que has causado en la escuela, es bastante probable que York te expulse.

—¿Y qué les sucede a los que pelean?

—No tengo ni idea de quién era el otro tío —digo volviendo la cabeza, y ella agacha la mirada; incapaz de mirarme a la cara—. Pero como te decía, mi apellido me protege.

—Eso es injusto —se queja, y yo me encojo de hombros. Seguimos corriendo, sin aliento, y la gente a nuestro alrededor se va haciendo cada vez más pequeña a medida que nos adentramos en las calles del puerto—. Y —continúa— que sepas que no he causado ningún problema en la escuela.

Me río, deteniéndome.

—Le rompiste la nariz a Summer.

—Eso no lo considero un problema, sino justicia.

—Creo que nos hemos librado —digo mirando hacia el ya lejano Almacén, que asoma por encima de las manzanas de edificios grises.

Se encorva con las manos apoyadas en las rodillas para recuperar el aliento; yo escupo en el suelo y me examino el corte del muslo y el rasguño del costado. No son heridas muy profundas, las puedo curar fácilmente yo mismo con mi magia. Coloco la mano por encima de la pierna, cierro los ojos y dejo que la magia haga su trabajo. ¿Es cosa mía o ahora es más intensa, más viva? ¿Será el efecto de tener a Rhianna tan cerca?

La bestia se revuelve en mi interior, deseosa por liberarse, reclamando su oportunidad de estar cerca de ella también; me llevo la mano al costado y me concentro en contenerla con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa? —dice. Abro los ojos como platos y me la encuentro observándome, curiosa—. ¿No has salido herido del combate?

—¿Tú me ves herido?

Se cierra la chaqueta y me fijo en que tiene un desgarrón.

—Sabes perfectamente quién era, ¿verdad? El otro luchador.

Frunzo el ceño.

—¿Quién?

Abre la boca para decírmelo, pero nos interrumpe alguien llamándola.

—¡Rhi! ¡Rhi!

Se dirige al final de la calle, y voy a detenerla.

—Es Winnie —farfulla—. ¡Winnie! —chilla, ahuecando la mano y usando la magia para aumentar el volumen de su voz—. ¡Por aquí!

Un minuto más tarde, dos amigos suyos aparecen a la vuelta de la esquina. Al ver a Cerdita, corren hacia ella, y la chica alta de pelo oscuro se abalanza sobre ella y la abraza fuerte.

—¡Dios mío, Rhi! ¡Me tenías tan preocupada! ¿Has visto quién era? ¿Has visto quién era el otro luchador?

Las palabras de Cerdita se ahogan en el hombro de su amiga.

—¡Venga! Vámonos antes de que… —dice su amiga cogiéndola de la mano—. Trent ha parado un taxi. —Me mira mal—. ¿Qué hace este aquí?

—La he salvado el culo.

—No te flipes —masculla Cerdita.

—Hum… —La amiga nos mira como si se estuviera decidiendo por algo—. ¿Quieres venirte con nosotros?

Me quedo cabizbajo. No sería una buena idea. Una cosa es tirar de Cerdita hasta llegar a un lugar seguro y otra es ir confinado a su lado en un vehículo, sobre todo con la bestia forcejeando por liberarse.

—No, me vuelvo andando.

—¡¿Andando?! —exclama Cerdita—. Te va a llevar toda la noche.

—Spencer —dice su amiga seriamente—, haz el favor de venirte con nosotros. El tipo con el que estabas peleando era Renzo Barone.

✳

Pasamos el trayecto de vuelta en silencio, ellos tres apretados en el asiento trasero y yo sentado en el del copiloto, mirando el campo y la carretera por la ventanilla.

Renzo Barone.

El maldito Renzo Barone.

Lo tenía ahí, delante de mis narices, a dos pasos. Podría haber acabado con él, haberlo matado. Podría haberlo fulminado y asegurarme de que no volviera a por ella nunca más. Podría haber garantizado su seguridad. Podría haber eliminado ese peligro. En cambio, he peleado con él como si de un juego se tratara, como si no contara para nada.

Mierda, sí que contaba esa pelea, y mucho.

Si lo hubiera sabido…

—Deberías habérmelo dicho —suelto.

—¿Disculpa? —contesta el taxista, desviando los ojos de la carretera hacia mí.

Paso de él, y me cruzo con los ojos caramelo de Cerdita en el retrovisor.

—Deberías haberme dicho que era Renzo Barone.

—¡Renzo Barone! —El taxista pega un chillido y casi se sale de la carretera, pero recupera el control y se santigua—. ¿Estáis metidos en algún lío con Renzo Barone? —Por lo angustiado que se le ve,

creo que sería capaz de echarnos del coche si le doy la respuesta equivocada.

—No —digo crujiéndome los nudillos—. Es que he tenido un combate con él esta noche en el Almacén.

El taxista me mira boquiabierto, se santigua de nuevo, y pisa el acelerador. Es obvio que quiere dejarnos en la escuela lo antes posible.

—No quería que supiera que estaba allí —explica Cerdita—. Si te hubiera llamado, si hubiera intentado avisarte…

—Para empezar, no deberías haber venido —digo bruscamente, apartando la mirada—. No se te ha perdido nada allí.

—Tío, estaba todo el mundo —dice el que va sentado a su lado —. Todo el mundo quería verte pelear.

¡Ja! Está visto que no soy más que un mono de feria. Da igual cuánto me golpeen y cómo salga de herido siempre y cuando les ofrezca un buen espectáculo.

Vuelvo a crujirme los nudillos. No me he curado el costado y me dan pinchazos.

—Hay que ser tonta para salir de la escuela con Barone buscándote —murmuro.

—¿Barone está buscando a esta chica? —pregunta el taxista, y sujeta tan fuerte el volante que se le ponen los dedos blancos.

—Siga conduciendo —gruño. Cualquiera sabe que, si Barone anda buscando a alguien, ese alguien tiene un precio por su cabeza; y no quiero que este tío se huela nada—. Podría haberle echado —digo por lo bajo, más para mis adentros que para los tres que van detrás.

—El combate estaba muy reñido —dice Cerdita, y no puedo evitar girarme. A diferencia de muchos otros, no se acobarda ante mi mirada furiosa, simplemente se queda mirándome y me desarma por completo.

Me doy la vuelta y respiro aliviado al ver que estamos llegando a la escuela. Ahora hay más coches; un poco más adelante está el de Tristan, y también el autobús escolar. Todo el mundo está regresando con el rabo entre las piernas.

No ha sido la noche que todos esperaban, pero apuesto a que pasará a ser leyenda de todos modos, y no se hablará de otra cosa en las próximas semanas. Lo único es que yo no estaré aquí para enterarme de esas conversaciones. Agacho la cabeza y cierro los ojos.

Desde mi asiento alcanzo a oír su respiración, que sobresale entre las del resto, y a oler el dulzor de su perfume. Mierda, también siento el calor y la magia que irradia su pequeño cuerpo.

El monstruo me araña por dentro, desesperado por salir. Desesperado por abalanzarse sobre ella.

Vuelvo a centrar toda mi atención en reprimirlo, apretando los dientes y entrecerrando los ojos con fuerza.

—¿Joven? —Los abro, con el campo de visión un poco borroso—. Ya hemos llegado.

—Gr-gracias —tartamudeo. Los demás ya se han bajado.

Cuando salgo del taxi, me fallan las piernas y siento que me empiezan a crujir los huesos.

¡¡No!! ¡¡Ahora no!! Me enderezo y echo a correr todo lo rápido que puedo, ignorando todos los vítores y gritos de los estudiantes. Ya en mi habitación, cierro la puerta de golpe y caigo de rodillas. Mi cuerpo se sacude mientras lucho a muerte contra él. Llego a la mesilla de noche y pillo el bote de pastillas de mi madre. Rompo el tapón para abrirlo y se me caen la mitad al suelo por cómo me tiembla el brazo. Al menos consigo tragarme las que quedan. No sé cuántas. No importa.

Sigue forcejeando y me tiro al suelo retorciéndome hasta que por fin se hace la calma y me quedo ahí, jadeante, con la mirada fija.

Soy tan peligroso para ella como el psicópata de Renzo Barone. Joder, puede que incluso más.

He tomado la decisión correcta. Ahora sí que estoy seguro. Tengo que marcharme.

16

Renzo

AQUÍ ESTOY, ante una multitud de subnormales, corriendo todos como borregos hacia la salida, tropezando, pisoteándose y empujándose.

Bostezo y me rasco la cabeza, buscando a mi ratoncito entre toda esta masa de gente. ¿Dónde se habrá metido?

La he sentido nada más salir al *ring*, casi me hace pararme en seco. ¿Qué hace mi ratoncito en un sitio como este? ¿No aprendió la lección la última vez? Este sitio no es seguro para alguien como ella. Puede que yo sea el encargarlo de atraparla, pero hay una recompensa por su cabeza, y un montón de cabrones dispuestos a hacer el trabajo por mí con tal de llevarse todo ese maldito dinero.

Pero no me ha quedado más remedio que enfrentarme al Lobo. Vaya apodo más ridículo. Aunque más ridículo es lo ciega que puede llegar a estar la gente. Lobo de nombre y lobo por naturaleza. ¿No se dan cuenta?

No me habían dicho que me tocaría con él. Simplemente recibí una llamada y vi la oportunidad perfecta para visitar la ciudad —una excusa para estar más cerca de ella—, no podía negarme. Además, ¿a quién no le gusta una buena pelea? Siempre ha sido mi mayor

entretenimiento. Siempre. Desde que eché a andar y podía mantenerme en pie moviendo los puños. Así fue como me encontraron los Lobos de la Noche: peleando en callejones para ganar dinero y sobrevivir. Y todavía me encanta, a pesar de que aquí se pierda un poco la gracia al impedirme matar a mi rival.

¿Dónde está mi ratoncito? Me ha parecido verla entre el público, envuelta en un halo de magia. Estaba asustada, con los ojos abiertos como platos. ¿De qué tendría miedo? ¿De mí? La cosa esa me da vueltas en el estómago. Me gusta aterrarla. Me la pone dura. Aunque al mismo tiempo no me gusta. Quiero volver a hablar con ella. Quiero tocarla. Y huirá si tiene miedo.

Quizá no tenía miedo de mí. Quizá se ha dado cuenta de que venir aquí esta noche era una estupidez.

¡Pfff! ¡Lo que faltaba! Ha llegado la pasma y se les oye a lo lejos dando órdenes. Van a entrar en nada, y vendrán a por mí en cuanto me vean. Me crujo los nudillos. La pelea ha terminado demasiado pronto, apenas había empezado. Bueno, aún queda algo de tiempo para disfrutar de la noche.

Niego con la cabeza. ¡No! No hay tiempo para divertirse, Renzo. La chica. Esta noche había por lo menos un tío que se habría deshecho de ella si se hubiera percatado de que estaba aquí. Uno de los matones de Lowsky.

Me toqueteo nervioso los anillos. Puede que aún pueda pasármelo bien después de todo. Lowsky se va a cabrear —no le gusta que me cargue a sus marionetas—, pero podría hacerlo parecer un accidente. No tendría por qué enterarse de que he sido yo.

Me abro paso entre los rezagados que quedan en la nave y salgo a la fría noche. La neblina se arremolina sobre el agua como una manta asfixiante. Entrecierro los ojos para ver mejor, la luz es muy tenue.

¿Me ha arrebatado ya a mi ratoncito? No creo. Lo sabría. Lo sentiría en mis adentros.

La gente corre en todas direcciones. Se oye el rugido de los motores y, a mis espaldas, las sirenas siguen sonando. Camino

rápido, con las manos en los bolsillos, con mi cuchillo, silbando por lo bajo. La gente se aparta, y no dejo de buscar ni un segundo.

Ya lo veo. Es un tío grande, un armario. Se creerá invencible e intocable, y que los polis no podrán con él, pero su tamaño le hace lento. Le asalto con facilidad, es casi decepcionante. Dos segundos y ya estoy encima de él. Le doy un golpecito en el hombro, se gira, me reconoce, veo el terror en sus ojos. Sabe lo que voy a hacer. Siempre lo saben. ¿Cómo? ¿Me delata la mirada? Va a levantar la mano, pero entonces… ¡Zas! Ya ha pasado a mejor vida.

Joder, me encanta ese sonido. Me encanta la facilidad con la que se puede fracturar una médula espinal, es como partir en dos un colín de pan.

Me habría gustado rebanarle el cuello con el cuchillo de la chica, pero no habría parecido un accidente. El tío era tonto, pero no tanto como para resbalar con un cuchillo y clavárselo en el cuello. Ese cuello que ahora está roto.

«Ya no podrá hacerte daño», digo entre la neblina. Ojalá estuviera ella aquí. Ojalá lo hubiera visto. Ojalá supiera cuánto me estoy esforzando por mantenerla a salvo.

Pero no está aquí. Su voz no me responde. No cuento más que con el sonido del océano, el de las olas rompiendo contra el hormigón.

Empujo el cuerpo del hombre con el pie, haciéndolo rodar.

—Hasta luego, croquetilla —me despido, y le tiro al agua de una patada.

Me salpica en las botas, y permanece un rato en la superficie, a la deriva, hasta que poco a poco se hunde. Los peces se van a poner morados.

Me seco la puntera de las botas frotándome en el pantalón, primero una pierna y luego la otra.

Ya no siento a mi ratoncito. Se ha largado. Está a salvo. Pero es solo temporal, y eso no me gusta. Para nada.

17

Rhi

No dejo de dar vueltas en la cama, no consigo dormirme. Sigo con la adrenalina por las nubes por los acontecimientos de esta noche, pero también estoy desvelada por Spencer.

No me cae bien. Nunca me ha caído bien. Es cruel conmigo, odioso. Joder, hasta me ha llegado a encerrar en una taquilla. Me ha machacado en las colchonetas una y otra vez. No intervino ni detuvo a Summer cuando me atacó; de hecho, se quedó mirando como un pasmarote. Sin embargo, durante todo este tiempo, él también ha debido de sentirlo, ha debido de saber qué significa, y aun así ha decidido ignorarlo, igual que los otros. Ha decidido ignorarlo y humillarme.

Debería estar dando saltos de alegría por que se vaya, celebrándolo. Pero no estoy muy pletórica. Siento una inquietud apremiante. No dejo de pensar en aquel beso. Ni en que nunca delató cuando le herí con mi magia. No dejo de pensar en cómo me ha salvado esta noche en el Almacén.

Es todo tan confuso… Tal vez lo mejor será que se vaya, pero sigo sin entender por qué se marcha.

Cuando suena la alarma de Winnie por la mañana, ya estoy duchada, vestida y a punto de salir por la puerta.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—Al gimnasio —le respondo. Mi explicación le parece insuficiente, pero no le doy tiempo a hacerme otra pregunta. Aparto a Pip de la puerta, cierro, y salgo del edificio a toda prisa.

La emoción de ayer se ha evaporado y la misma tristeza de antes parece flotar en el aire entre los pocos madrugadores que deambulan por los senderos. Los ignoro y, al llegar al gimnasio, me pregunto qué demonios estoy haciendo.

Teníamos un trato, que apenas habíamos podido empezar. Aunque se va hoy, y las posibilidades de que se presente son mínimas…

Me miro el vientre y abro las puertas. Quizá quiera respuestas, quizá quiera verle una última vez, quizá esté jodida de verdad.

Está sentado en medio de las colchonetas, con los brazos apoyados en las rodillas flexionadas.

Levanta la cabeza al oír la puerta y nuestras miradas se cruzan; mi vínculo se sobrecoge.

—No sabía si vendrías —dice, y me siento junto a él.

—A las ocho, todos los martes, ¿cierto? Ese era el trato.

—Me voy. Ahora por la mañana.

Asiento, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, ya me he enterado. Las noticias vuelan, ya sabes. Sobre todo las buenas.

Resopla.

—¿Te parecen buenas noticias? ¿No te da pena entonces?

—¿Que se marche el chico que me ha estado haciendo *bullying* durante los últimos meses? Va a ser que no.

—Yo no te he… —dice arisco.

—Ya da igual —murmuro. No sé qué hago aquí, pero estoy muy cansada para discutir con él.

—Tendrás que buscarte a otro que te enseñe defensa personal. —Me sostiene la mirada—. ¿Tristan Kennedy, por ejemplo?

Arrugo el entrecejo.

—¿Todavía me ves muy verde pese a que has mejorado tus técnicas de enseñanza?

Se le ve desanimado, más pequeño y menos intimidante que de costumbre. Como alguien que necesita un abrazo desesperadamente.

Bueno, tiene todo un equipo de animadoras que estarían encantadas de dárselo.

—Algo has mejorado, Blackwaters, pero aún te queda mucho camino por delante. Y tienes tendencia a meterte en problemas.

Baja la mirada a sus manos y se rasca los nudillos.

—¿Por qué te vas, Spencer? —le pregunto sin poder contenerme. ¿Es por mí? Me odia. Me lo ha dejado claro desde el principio… aunque su comportamiento haya sido a veces ambiguo. La mayor parte del tiempo ha sido un ruin. ¿Se ha cansado? ¿Ya no puede soportar estar cerca de mí?

Le miro. ¿Me dirá siquiera la verdad?

Respira hondo.

—Ya iba siendo hora.

—¿Hora de qué?

—Ya he logrado todo lo que me había planteado aquí. Quiero irme a un lugar donde pueda ser útil.

Ladeo la cabeza y le escudriño. Cuando le conocí, me dio la impresión de que era el típico musculitos deportista arrogante y con la cabeza llena de serrín. Ni de lejos alguien con el deseo de servir a su país, de ayudar a su pueblo. ¿Le he juzgado mal? ¿O me está mintiendo? ¿Por qué irse? En la escuela todos besan el suelo que pisa. Es más, anoche se jugaron el pellejo por ir a verle pelear. Dudo que reciba la misma adulación en las Fuerzas Armadas, por muy bueno que sea. Dudo que las cosas funcionen así en el frente.

—Toda la escuela te va a echar de menos.

Esboza una sonrisa.

—¿Y tú?

Se me escapa la risa.

—Tanto como tú a mí —le digo, y me dedica una mirada tan intensa que el vínculo comienza a girar más y más rápido, despertando algo en mí—. Bueno —añado mientras me pongo de pie

—, estoy segura de que tendrás cosas más importantes que hacer que enseñarme. —Vacilo—. Solo quería… Solo quería despedirme.

¿Por qué? ¿Por qué quería verle una última vez? ¿Para convencerme a mí misma de que no siento lo que siento? ¿Para convencerme de que tengo muchos pájaros en la cabeza y vivo en los mundos de Yupi? ¿Para convencerme de que puedo verle marcharse sin sentir nada?

Porque si ese era mi plan, he fracasado por completo. Lo siento más que nunca. ¿Esa es la verdadera razón por la que se va? ¿Quiere irse lo más lejos posible de mí?

Pues muy bien.

No es mi amigo. Aunque me haya salvado el culo anoche, me ha demostrado una y otra vez cuánto me desprecia; y ese desprecio es mutuo, pese a ese estúpido presentimiento arraigado en mis adentros.

Spencer también se levanta y se coloca cara a cara como hace siempre.

—Ten cuidado —me aconseja.

—Si lo dices por Summer…

—En serio, no te la juegues. Renzo Barone…

—Eres tú quien debe tener cuidado —digo elevando el tono, con el vínculo palpitando—. Eres tú quien se va al frente. —No quiero ni pensarlo. No me lo quiero imaginar allí, arriesgando su vida. Es demasiado… es demasiado…

Abre la boca, pero decide no decir nada. Tan sorprendido como yo por mi arrebato.

—¿Qué te parece si nos hacemos una promesa? —susurra, y yo no doy crédito—. Los dos tendremos cuidado. —Me extiende su mano.

En serio, esto no me puede estar pasando.

—Si acepto, ¿me tirarás a la colchoneta?

Se ríe. Es una risa natural. Nunca le he hecho reír así, y mi vínculo no deja de girar.

—No me tientes…

Dudo un instante, y finalmente le miro a la cara y le estrecho la mano. La electricidad crepita entre nuestros dedos, pero él lo ignora

y yo también. Somos un par de cabezones.

Nos quedamos ahí de pie, dándonos la mano, mirándonos a los ojos, sabiendo que esto se acaba, que es la última vez.

A lo mejor el destino nos quiere juntos, pero Spencer ha elegido un camino distinto, y por mí está bien así.

18

Azlan

Acabo de recoger y guardar todo en la moto cuando recibo el mensaje.

El canciller quiere verme. Anda que no he recibido citaciones de este tipo, y siempre me han resbalado. No como ahora, que se me dispara la tensión nada más ver quién lo envía.

Ahora siento cada citación como si jugara a la ruleta rusa. ¿Qué querrá esta vez? ¿Retarme? ¿Revelar que lo sabe todo? ¿Darme un hachazo en la cabeza? ¿Dárselo también a Rhianna y a Stone?

No me lo imagino aceptándolo. Las parejas predestinadas son un fenómeno raro hoy día. Hay quienes dicen que solo se forma una al año. Otros dicen que ni eso, que una cada década. Las autoridades son bastante herméticas al respecto. No hay informes oficiales. Dicen que el declive de las parejas predestinadas está ligado a los tiempos que corren, que es una señal de que nuestros poderes se están debilitando.

Pero ¿y una tríada predestinada? Ni yo lo había oído en mi vida. El canciller nos vería como una amenaza, un desafío a su posición. Iría a por nosotros. Nos borraría del mapa en menos que canta un gallo.

¿Como a la madre de Rhianna? ¿Como a su padre? ¿Eso fue lo que les ocurrió?

¿Qué puedo hacer yo? ¿Negarme a verle? ¿Renunciar a mi puesto?

Necesitamos más tiempo, para que Rhianna desarrolle sus poderes y sus habilidades y para que Stone y yo acabemos con la amenaza de los Lobos de la Noche y elaboremos un plan. ¿Y si nos embarcamos rumbo a Aropia? Lejos de aquí. Lejos de todo. Como vivía antes Rhianna: a la fuga, escondidos, lejos de nuestra gente y de nuestra familia.

Prefiero no pensar en Ellie. ¿Podría llegar a dejarla?

Por Rhianna, sí. Quizá podría persuadirla para que se viniera con nosotros.

Aunque bueno, es hablar por hablar. Por ahora no nos queda más remedio que quedarnos aquí y seguir haciendo el papel.

Así que arranco y me dirijo al Consejo, fingiendo un semblante pasivo, dispuesto a recibir órdenes, decidido a no soltar prenda, rezando por que no me toque el hachazo esta vez.

De ser así, lucharé. Lucharé con uñas y dientes, haré tiempo para que puedan huir los dos.

Me está esperando fuera de la cámara, engalanado con su pesada toga ceremonial y su cadena distintiva, escoltado por el dragón de cristal que nos vigila desde el techo con sus ojos rubí.

La escena me hiela la sangre. Hoy impone más que nunca como el político sin escrúpulos que es.

Sin embargo, no le acompaña ningún guardia. No hay a la vista ningún guardia listo para arrestarme.

—Azlan —me llama cuando me oye acercarme, y levanta sus ojos grises hacia mí—. El Consejo le está esperando.

—¿El Consejo? —El corazón me late a mil por hora y contengo un escalofrío.

El canciller me hace una seña para que le siga y entro con él en la cámara, cegado por la vibrante luz de hoy que deja pasar la bóveda acristalada. Me quedo perplejo al ver cómo el canciller toma asiento rodeado por los grandes magos de la república, mi padre y mi tío incluidos.

Me coloco con la cabeza bien alta y las manos detrás de la espalda, como un soldado, tal y como me entrenaron.

No sé de qué se trata, ni si mi padre y mi tío les han dicho que tengo una pareja predestinada, pero voy a afrontar cualquier dardo que me lancen.

—Señor ejecutor —dice el canciller—, el Consejo ha solicitado un informe sobre los… —vacila— disturbios del oeste.

—¿Disturbios? —se burla mi tío—. Son algo que más que meros disturbios, canciller.

El canciller ignora el arrebato de mi tío —lo que debe seguro de desquiciarle—, a pesar de que otros miembros murmuren apoyando su opinión.

—¿Qué ha averiguado? —me pregunta el canciller.

—Que las fuerzas del oeste están cada vez más organizadas.

Algunos miembros exclaman sorprendidos.

Mi tío, vestido con su toga ceremonial negra, da un golpe en el brazo de su escaño.

—¿Cómo se ha permitido llegar a esto? Usted nos aseguró… Usted aseguró al pueblo de esta república, canciller, que estábamos totalmente a salvo de las fuerzas oscuras y sin ley del oeste.

Una mujer algo mayor de pelo canoso, a la que reconozco de la familia Darlian, asiente y coincide con él.

—A los magos oscuros se los desterró al oeste en la última guerra. Sus fuerzas restantes fueron devastadas hace veinte años. Nos hicieron creer que no representarían nunca una amenaza para nuestro país, que un ataque por su parte sería imposible.

—Siempre ha existido una amenaza —no puedo evitar implicarme —. Siempre ha habido ataques.

Estos magos mayores y de alta cuna llevan muchos años sin poner un pie cerca del frente. Se han olvidado del horror que se vive allí. Pero yo no. Yo sí que me acuerdo.

—Sí, en la frontera —persiste la mujer—. Nunca hacia nuestro país. Les expulsamos. Les destruimos.

—Eso fue hace mucho tiempo —digo de manera comedida. El oeste es un páramo yermo con pocos recursos y escasa riqueza. Los

desterrados no iban a resignarse a permanecer allí para siempre. La amenaza de que regresaran siempre ha sido real.

—Duplicaremos nuestras fuerzas en la frontera, llamaremos a nuestras reservas —dice el canciller—. Estamos a salvo, pueden quedarse todos tranquilos.

—¿Que estamos a salvo? —Mi tío no esconde su mordacidad. El canciller le dedica una mirada fulminante, pero él le devuelve una sonrisa—. Según mis fuentes, el oeste no está tan mal equipo ni tan mal organizado como antes. Sus fuerzas se han reagrupado y se han rearmado.

La cámara se llena de asombros y de murmullos.

—Entonces deberíamos atacarles —retoma la mujer—, antes de que nos ataquen ellos a nosotros. Antes de que se vuelvan más fuertes.

El canciller va a hablar, pero mi tío le corta.

—No sea exagerada, Dorothea. No hay necesidad de alarmarse ni de una ofensiva. Estoy seguro de que el canciller tiene todo bajo control… o lo tendrá en un momento dado. —Asiente al canciller con irónica amabilidad.

El canciller comienza a enervarse.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? —dice de nuevo la mujer—. ¿Quién les lidera? ¿Lo sabemos?

Niego con la cabeza. La información que he recibido de mis fuentes más próximas a la frontera, de los soldados occidentales que hemos capturado, ha sido muy escasa. Si hay un individuo liderando y organizando las fuerzas en el oeste, lo mantienen bien oculto.

—Pienso averiguarlo. —El canciller sostiene la mirada de cada miembro de la cámara—. Y, de nuevo, les aseguro que no hay por qué preocuparse. Tenemos a nuestros magos, con un entrenamiento de élite, velando por la protección de nuestra república en la frontera. Las fuerzas del oeste no la pueden cruzar, y no la cruzarán nunca —concluye el canciller con fervor, poniendo así fin a la sesión, y marcha hacia la puerta indicándome que le siga—. Vayamos a hablar a algún sitio más privado —me dice en voz baja mientras pasamos por debajo del amenazante dragón.

Subimos por la escalinata del vestíbulo y entramos a su despacho, con el busto de mi abuelo mirándome fijamente desde la mesa.

No me ofrece asiento. Nos quedamos de pie, él con las manos detrás de la espalda y yo totalmente recto.

—¿Cree que la amenaza es grave? —me consulta.

—No… no lo sé. Siempre ha sido muy difícil obtener información sobre el oeste. Los comerciantes de allí están asociados con las bandas y tienen negocios ilegales; a veces puedo obtener información por esa vía. Pero esta vez…

—Va a tener que esforzarse más —dice el canciller con un tono de amenaza. No le gusta cómo le ha humillado mi tío en la cámara. No le gusta que yo lo haya presenciado—. Hay otros dos aspectos de los que querría hablarle.

Vuelvo a asentir. El corazón se me sale del pecho. Seguro que debe de oírlo, pero salgo airoso y me mantengo inexpresivo.

—¿Se dirige de nuevo a la frontera occidental esta noche como se le ordenó?

—Sí, señor.

—Entonces me gustaría que se llevara al hijo más joven de la familia Moreau.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué razón?

—Va a alistarse allí.

—¿No está matriculado en la escuela de Arrow Hart?

—Lo estaba, pero ha conseguido suficientes créditos para graduarse con antelación, y ayer recibí una petición de su familia para que se conceda una exención especial para unirse a las Fuerzas Armadas inmediatamente. Dadas sus… habilidades, creo que será útil allí.

—Entiendo —respondo. Pese al misterio que la rodea, la familia Moreau tiene mucho poder, y todas las generaciones se han hecho un nombre en el ejército. El canciller no ha perdido la oportunidad de captar a otro de sus hijos, sobre todo dadas las circunstancias actuales—. ¿Lo habitual no sería que viajara con los nuevos refuerzos?

—No sale ninguno hasta finales de semana, y no veo necesidad de hacer esperar al chico teniendo en cuenta que usted va en esa dirección.

Discrepo, pero asiento por tercera vez. El chico va con aires de príncipe y esperará que se le trate como tal. Se va a llevar un buen chasco cuando se una a las fuerzas del frente.

—¿Quería algo más? —pregunto. No puedo con tanta tensión.

—¡Ah, sí! La joven Blackwaters.

Me obligo a sostenerle la mirada y a mostrarme natural, aunque el corazón me repiquetee como un tambor.

—¿La joven Blackwaters?

—Mmm… —Da la vuelta a la mesa y se deja caer en la silla—. Hay algo que no le he contado sobre ella.

Ahora sí que me ha descolocado, y me sobresalto, pero el canciller no se da cuenta; está demasiado ocupado rebuscando entre los papeles.

—Es sobre su madre —continúa—. Sí que la conocí.

Doy un paso adelante involuntariamente, aunque tal vez podría estar tendiéndome una trampa.

—Pensaba que se trataba de una chica más sin registrar. Nadie importante. No tenía ni idea de que usted sabía quién era.

—Y tengo entendido que la chica sabe muy poco de su familia.

Asiento.

—Tenía mis razones de guardarme para mí esta información. De hecho, solo lo sabe la directora, y no está al corriente de todo. Ha estado observando a la chica por mí, me ha ido informando de cualquier signo de habilidades o atributos inusuales.

¡Grrr! ¿Hasta qué punto ha estado observando e informándole la directora?

—No lo entiendo —digo.

—Su madre era una maga con… un talento interesante. —Espero a que desvele algo más, pero no lo hace—. Un talento que las autoridades encontraron particularmente útil.

—¿Qué talento?

Sonríe.

—Un talento que, por desgracia, resultó igual de fascinante y tentador a nuestros enemigos. Después de su muerte, se rumoreaba que dejó una hija, pero las búsquedas no dieron resultado. —Su sonrisa gélida me recuerda a mi tío—. Y entonces la encontró usted… O bueno, más bien esa banda del páramo.

Reprimo un gruñido, procurando no imaginarme lo que habrían hecho con mi compañera.

—Por supuesto —prosigue—, no podía dejar entrever que sabía quién era la chica. No quiero que nuestros enemigos se enteren de que encontramos a la hija.

—¿Cree que ha heredado el talento de su madre? —pregunto cauteloso.

—Ojalá que así sea. Era un talento especialmente útil. Es más, gracias a él dominamos a las fuerzas del oeste y las mantuvimos a raya. En cambio, York dice que por ahora no hay signos de ningún talento inusual. Una decepción. Parece que no es más que una chiquilla revoltosa.

Miro al canciller. No es tan astuto como mi tío, pero se las ha ingeniado como canciller durante mucho tiempo. Es un político hábil, de eso no hay duda.

—¿Por qué me lo cuenta ahora?

—¡Ah! —exclama el canciller, quitándose las gafas—. York no comprende lo poderosa que podría llegar a ser esta chica si poseyera el don de su madre. Dudo de que realmente la haya vigilado muy cerca.

—Supongo que vigila muy de cerca a todos sus estudiantes.

—Pues yo creo que entre estudiantes son más observadores. Hable con el joven Moreau de camino al oeste, sonsáquele si sabe algo sobre la chica, si ha notado algo fuera de lo común.

—¿Y si me dice que sí?

El canciller me mira fijamente y se vuelve a poner las gafas.

—Entonces me informará y consideraré qué paso deberé dar.

Me muero por preguntarle qué planea hacer con Rhianna si resulta tener habilidades especiales, pero sería en vano. No me lo va a decir y lo único que conseguiría es levantar sospechas. Además, de

ninguna manera voy a dejar que le ponga esas sucias manos encima a mi compañera.

En cuanto salgo del edificio, arranco la moto y aparco a la vuelta de la esquina. Existe la posibilidad de que el canciller esté monitoreando mis llamadas, pero también hay formas de garantizar que las llamadas que quiero se mantengan en privado.

—Phoenix —digo cuando contesta. Ya habrán terminado las clases, y me lo imagino refugiado en su guarida, su despacho, concentrado en sus libros. O quizá está en la cabaña con Rhianna.

¿Se lo cuento a ella?

Me rasco la barba incipiente. Prometí que no habría más secretos, que sería sincero y abierto con ella.

—Te hacía a medio camino hacia la frontera —dice.

—El canciller me ha pedido que me reuniera con él.

Mi amigo se queda callado durante un largo minuto, y luego pregunta con voz tensa:

—¿Va todo bien, Azlan?

Le cuento la conversación que he tenido con el canciller, todo lo que me ha dicho. Phoenix se calla de nuevo.

—Es peligroso.

—¿Por qué crees que te estoy llamando?

—¿Qué vas a hacer sobre lo de Moreau?

—Le interrogaré como me han pedido y rezaré por que no haya notado nada inusual en Rhianna.

—Azlan, es el mejor amigo de tu primo. Puede que sepa lo de vuestra unión.

Aprieto los ojos. ¡Mierda! ¡Mierda! Si el chico fuera tan poco observador como cualquier niño rico tonto de la escuela, me ahorraría todo este quebradero de cabeza. Si el canciller decidiera comprobar mi trabajo, el joven Moreau diría que le he hecho unas preguntas sobre la chica, y no habría motivo de alarma.

Si tiene algo que contarme, la cosa se complica.

—Me las apañaré —le digo a Stone—. Solo… asegúrate de que Rhi esté al tanto.

—¿Crees que es prudente contárselo?

—Se acabaron los secretos, Phoenix. Y cuéntale lo que me ha dicho el canciller sobre su madre. Está como loca buscando la más mínima información.

—Lo sé. Quiere que vuelva a explorar sus recuerdos.

Inspiro profundamente.

—No puedes dejar que…

—Eso es justo lo que le he dicho.

Se hace el silencio, solo oigo su respiración a través del auricular.

—Te llamo cuando llegue al campamento militar.

—Pásatelo bien con Moreau —dice Phoenix antes de colgar.

Guardo el teléfono y enciendo el motor. Me han dicho que recoja al chico a la entrada de la escuela; le han proporcionado una moto propia para el viaje.

Sopeso colarme para ver antes a Rhianna, pero es demasiado arriesgado y me tengo que conformar con contemplar nostálgico la escuela de lejos, sabiendo que ella anda por algún lugar allí dentro.

Hay mucha gente esperándome cuando llego: la directora, un montón de profesores, casi todo el equipo de duelo y varias animadoras.

Para mi sorpresa, Moreau está apartado del resto, hablando con la directora.

Es igual de moreno que su hermano mayor, solo que más alto, y eso que su hermano era un gigante. Lleva puesto unos vaqueros oscuros, una sudadera y una mochila, que tiene en el suelo apoyada en las piernas.

Su moto ya está lista y aparcada fuera, y dejo la mía al lado. Mientras camino hacia ellos, no dejan de mirarme, y hay un par de chicas sollozando.

—¿Spencer Moreau? —Me detengo ante el chico y la directora.

—Sí —dice él, y se cuelga la mochila del hombro.

—¿Listo para irnos?

—Sí. —Da un paso hacia mí, ignorando los llantos, cada vez más intensos.

—¿Le gustaría decir unas palabras antes de marcharse? —le pregunta la directora York.

Se vuelve para mirarla y niega con la cabeza.

—Bueno, déjeme entonces a mí decirlas. Ha sido alguien que ha dejado huella, uno de los mejores jugadores de duelo que verá esta escuela. Sé que será un excelente soldado…

Dejo de escuchar a la directora. Estoy concentrado examinando al chico: los hombros ligeramente caídos, ni una sonrisa. ¿Cómo esperaba encontrármelo? ¿Eufórico? ¿Emocionado? ¿Pavoneándose ante sus amiguitos?

Pero no es así. Está tranquilo, resignado. Ni rastro del jugador que acaba de ganar la copa interescolar.

La directora termina su discurso y la aplauden; los compañeros de equipo de Spencer se le acercan para darle una palmadita en el hombro y desearle suerte, y luego las chicas, que se le enganchan al cuello suplicándole que no se vaya.

Mi primo es el último en acercarse, cuando ya se han ido los demás. Una chica tenía tal sofoco que la han tenido que sujetar entre dos amigas.

Apoya la mano en el hombro de su amigo y le mira a los ojos.

—Cuídate, ¿vale?

Moreau esboza media sonrisa.

—Siempre lo hago, tío.

—Ya nos veremos entonces.

—Sí.

Tristan se da la vuelta, me mira un instante y le hago un gesto con la cabeza a Moreau para que me acompañe.

Nos subimos a las motos y arranco la mía, esperando a que él haga lo mismo. Levanta la mano a modo de despedida y, ya en marcha, algunos de sus compañeros y varias chicas nos siguen hasta que nos alejamos y nos perdemos por las solitarias carreteras rurales.

19

Spencer

Nos pasamos casi todo el día en carretera, y vamos dejando atrás ciudades cada vez más sucias y decrépitas según nos alejamos de Los Mágicos: las tiendas de las calles principales, todas cerradas y tapiadas; bloques de pisos a medio construir y maquinaria oxidada abandonada en los campos. Al atardecer, el ejecutor para en una pensión que no tiene ni cortinas en las ventanas, y en la que todas las bombillas cuelgan al descubierto. Este nido de ratas da incluso más grima que el edificio donde se aloja Cerdita.

Me miro la mano y pienso en ella por millonésima vez esta tarde. Todavía siento cómo me cosquillea la electricidad, justo donde ella me ha tocado.

No esperaba que viniera a despedirse, pero lo ha hecho. Y me ha dejado ir.

Se confirman mis sospechas.

El hombre de negro está charlando en la puerta con una mujer mayor. Luego me da un silbido y los sigo hacia la cocina, impoluta pese a su escaso espacio de almacenaje y tener solo los electrodomésticos básicos.

—Puede que no esté a la altura de tus altos estándares, pero sé educado y agradecido, ¿de acuerdo?

Le clavo la mirada sin decir nada, mientras me siento en el taburete que me indica la mujer y le doy las gracias por el vaso de agua turbia que me ofrece.

Nos sirve un estofado que parece comida para perros, pero que sabe bastante bien, y nos deja a solas. El ejecutor no me dirige la palabra, se pone a comer en silencio mirando el teléfono.

Por mucho que lo intente, no puedo dejar de mirarle a la cara.

Rhianna le pertenece. Eso es lo que ella me dijo. Es su pareja predestinada y, lo que sea que esté tramando Tristan, nada lo va a cambiar.

Intento imaginármelos juntos, al ejecutor y a Cerdita. Las manos enormes de él alrededor de la cintura de avispa de ella; sus muslos lechosos abiertos para él, que posa su áspera boca en su tierno…

—¿Hay algo que quieras preguntarme? —dice el ejecutor sin levantar la vista del teléfono.

Casi se me cae el tenedor del susto.

—No —digo tajante, y me focalizo de nuevo en los trozos de esta comida inidentificable.

Compartimos habitación, con dos camas individuales enanísimas e incómodas. El ejecutor no se desviste ni se quita las botas, simplemente se tumba bocarriba, con los brazos cruzados en el pecho, y cierra los ojos.

Yo también me acuesto, y ya a oscuras sigo observándole, con la electricidad aún bailando por mi piel, y me pregunto si esa misma electricidad también baila por sus labios cada vez que la besa y por su alma cuando se la folla.

Entorno los ojos. Qué extraño, el monstruo está muy callado. No parece querer guerra ni empujar para salir. Sigo sin entenderlo. Mi madre me dijo que la manera de solucionarlo era estando con Rhianna. Pero quizá, por una vez, tenga razón yo. Quizá la respuesta siempre ha sido alejarme de ella.

Al día siguiente conducimos sin hacer ninguna parada. Ahora ya son todo pueblos, mugrientos, y cada vez más dispersos entre la naturaleza a medida que nos vamos acercando a la frontera. Para

cuando el sol se vuelve a poner, ya no hay rastro de civilización, y el ejecutor aparca bajo unos árboles junto a la carretera principal.

—Acamparemos aquí esta noche —me dice, allanando una zona del suelo con el pie—. Ve a buscar leña para hacer fuego.

Cuando regreso media hora más tarde, lleno de palos, ha sacado dos sacos de dormir y unas latas de conserva.

Señala el suelo y tiro los palos; coge unos cuantos, los parte a la mitad, y enciende un fuego entre ambos sacos.

—¿No podríamos hacerlo con magia? —pregunto.

—¿Y hacernos notar?

—¿Estamos en peligro? —pregunto con el ceño fruncido. Aún estamos a un día en moto del campamento militar de la frontera donde están posicionadas nuestras tropas.

—No podemos descuidarnos de los Lobos de la Noche y de la Princesa de la Muerte. Quieren verme muerto. —Hace una pausa—. Y a ti también, teniendo en cuenta quién es tu familia.

Muy preocupado no debe de estar, porque chasquea los dedos, lo enciende con una chispa, y lo va avivando.

Me pasa una lata.

—Toma. Espero que te gusten las judías.

Me encojo de hombros, la abro y la caliento al fuego hasta que la salsilla que trae comienza a burbujear.

Me quemo la lengua al probarlas, pero no me quejo, y las engullo. Rebusco en mi mochila y saco las barritas energéticas que he traído. Han sido todo un acierto, menos mal.

—¿Quieres una? —le ofrezco. Levanta los ojos de su lata de judías, perdido en sus pensamientos—. ¿Quieres una barrita? —vuelvo a preguntarle.

—No.

Pues él se lo pierde. Yo me abro una y doy un buen bocado, que se me queda pegado en los dientes.

El ejecutor deja la lata y se calienta las manos en el fuego. Ya ha llegado el otoño y las noches se están volviendo más frías, sobre todo aquí a la intemperie en el oeste, donde el viento tiene fama de helar.

—Mañana llegaremos al campamento militar y te llevaré directamente con el oficial al mando.

Asiento, esperando a que me pregunte por qué estoy haciendo esto, como han hecho todos los demás. En cambio, él me pregunta algo que no tiene nada que ver.

—¿A tu hermano lo destinaron aquí?

Me trago un trozo de barrita sin masticar y casi se me va por mal sitio.

—Sí —digo.

—Entonces sabes lo que te espera.

—No, la verdad es que no. Hace mucho que no le veo. —Doy otro bocado, no quiero pensar en ello—. ¿Qué debo esperar?

El ejecutor aparta la vista del fuego.

—Te cambia —dice enigmáticamente.

¿Qué narices pretende decirme con eso?

—¿Cómo?

—La gente vuelve después cambiada, diferente. Lo que experimentas, lo que ves… te cambia. Las condiciones en el frente son muy duras.

—Eso no me preocupa.

—Batirse en duelo no es lo mismo que luchar de verdad. Matar a alguien, arrebatar vidas, te trastoca. Ver a alguien morir delante de tus narices te cambia para siempre. —Hace una pausa—. Ver morir a tus amigos…

—Pero eso raramente pasa. Hay pocos enfrentamientos con las tropas del oeste, y si los hay, muy de cuando en cuando.

El ejecutor suelta un resoplido, coge de nuevo su lata y pincha las judías que quedan con el tenedor.

—Eso es lo que las autoridades quieren haceros creer. Hay batallas constantes, es un derramamiento de sangre continuo.

Hago una bola con el envoltorio de la barrita y miro al ejecutor, tratando de determinar si me está tomando el pelo o si quiere asustarme al ser el nuevo recluta.

—Si ese fuera el caso, ¿por qué ocultarlo?

—A las autoridades les gusta guardar las apariencias haciéndonos pensar que lo tienen todo bajo control; pero ¿crees que se tomarían

tantas molestias en entrenarnos y enviarnos si la amenaza fuera tan mínima?

—Pensaba que nos enviaban más que nada como medida disuasoria.

Niega con la cabeza.

—No. Nuestro ejército está allí con el fin de proteger a nuestro pueblo, a nuestros territorios.

—Está bien. —Quiero ser útil, quiero servir a mi país, quiero marcar la diferencia.

El ejecutor menea la cabeza como si yo fuera estúpido.

—¿Cuánto tiempo estuviste tú en el ejército? —le pregunto.

Escarba en la lata los últimos restos de judías. Luego la deja en el suelo y se pasa la mano por la cara.

—Fue hace mucho, hará más de diez años. —Mira el fuego fijamente—. Resulta que se me daba muy bien matar a la gente, rastrearlos y luego matarlos. —Se mira las manos, como si estuviera viendo las vidas que ha quitado con ellas—. Llevaba en el ejército menos de seis meses cuando me contrataron como ejecutor.

—¿Querías serlo?

—Me parecía una opción igual de buena que cualquier otra. Preferible a hacer cualquier cosa que quisiera mi familia.

Me acuerdo de que me lo contó Tristan cuando éramos pequeños, de la admiración con la que hablaba de su primo, que se había marchado en contra de los deseos de su familia.

—¿Sigues pensando que fue la opción correcta? —Trabajar como ejecutor puede ser apasionante, una aventura, pero imagino que también será una profesión peligrosa y solitaria. Un ejecutor no es un buen partido con el que casarse. Siempre lejos de casa, en peligro. Ahora tiene una pareja predestinada, a Cerdita. ¿No se arrepiente de no haberse colocado en política? ¿De no poder presumir de su esposa en sociedad y vivir en una gran mansión en la ciudad?

—Creo que este es el camino que quería el destino para mí. Creo que era inevitable —dice de nuevo con ese tono misterioso tan irritante.

Voy a hacerle otra pregunta, pero un ruido a lo lejos capta nuestra atención. Es un ruido débil. ¿Un trueno? No, suena más bien como unas pisadas fuertes.

—Viene alguien —digo, con la bestia dentro de repente alerta, a la escucha.

El hombre de negro se pone en pie de un salto y apaga el fuego con el pie. Le ayudo, y nos sumimos así en la oscuridad.

—¿Crees que vienen a por nosotros? —pregunto.

—No lo sé. —Ladea la cabeza.

—Vienen hacia aquí. —La bestia tiene mucho más oído que yo.

Acto seguido, los vemos salir de entre los árboles. Dos… tres… cinco… ocho… Son tantos hombres que pierdo la cuenta. Varios truenos mágicos se ciernen en el cielo sobre nosotros.

—¡Corre! —me dice el hombre de negro, que se gira para plantarles cara.

—No —digo, y justo cae un rayo junto a mis pies.

No voy a salir corriendo. Esto es a lo que he venido. Es la razón por la que estoy aquí.

Me levanto y zigzagueo entre los árboles lanzando magia en dirección a esos cabrones.

—¡Moreau! —me llama el hombre de negro.

Pero ya es demasiado tarde. No hay límites, ni normas. Rujo con furia mientras siento como mi propia magia me abrasa a nivel de los hombros y de las caderas: la bestia toma el mando. Mi cuerpo comienza a transformarse a la vez que corro, mis huesos se rompen, mis músculos se estiran, hasta que son patas y no pies lo que sostiene mi peso, y los dos juntos cargamos contra ellos, destrozándolos con nuestros dientes y nuestras garras.

Siento el sabor de la sangre en la boca, un sabor metálico, y luego todo se desvanece, lo veo todo negro.

20

Rhi

—En serio, ni que se hubiera muerto alguien —murmuro a Winnie, sentadas en el gran comedor, intentando enrollar los espaguetis empapados que nos han servido.

Son todo sollozos, llantos y rostros demacrados.

—Es que se hace raro —dice Trent, al otro lado de la mesa; y me fijo en que, al igual que muchos otros estudiantes a nuestro alrededor, apenas ha tocado su plato.

—Brillaba con luz propia.

—Sí, bueno, no recuerdo a nadie tan triste cuando anunciaron que desapareció Andrew.

—Andrew se merecía lo peor —dice Winnie amenazándome con el tenedor.

—Recuérdame que seas tú quien rompe conmigo y no al revés.

—¿Estás pensando en romper conmigo?

—No, les tengo mucho cariño a mis testículos.

Winnie le saca la lengua y me echo a reír.

—Me ha dicho un pajarito que ella les tiene mucho cariño también.

Trent sonríe, pero su expresión se borra cuando Winnie pincha una de sus albóndigas con muy mala leche.

Me río de nuevo, y unos cuantos casi nos maldicen con la mirada. Uno hasta me manda callar.

—¡Por favor, que no estamos en un funeral!

Después de la cena, el ambiente es igual de fúnebre de camino a los dormitorios. No se oye a los del equipo de duelo practicando, ni a las animadoras ensayando. La gente ni siquiera pone música.

¡Qué gusto al llegar! Es exagerado, parece como si hubieran hechizado a la escuela entera y la hubieran sumido en un luto.

Nos encontramos otro paquete en el felpudo de la puerta, aunque esta vez mucho más pequeño.

—¡Jo, sí que se ha tomado al pie de la letra lo de darte caprichos! —dice Winnie.

Me miro el reloj; aún falta media hora para mi clase particular con Stone. Cojo el paquete y leo la etiqueta.

—Es para ti, Winnie, no para mí.

—Tal vez se ha dado cuenta de que la amiga de su compañera también debería dar unos caprichitos —bromea antes de echar un vistazo—. Es de mi abuela.

—¿Sí? —digo, y entramos. Pip está tumbado tranquilo, y me acerco a acariciarle, sorprendida por su apagado recibimiento—. No me digas que tú también estás triste porque se ha ido Spencer. Le tenemos tirria a ese tío, ¿recuerdas?

Pip levanta levemente la cabeza y la vuelve a bajar dejando escapar un suspiro dramático.

—No tiene nada que ver con Spencer —dice Winnie, sentada en su silla y abriendo el paquete—. Está así desde que fuimos a casa de mi abuela.

—A lo mejor se quedó traumatizado por tu forma de conducir. —Le doy un besito en la cabeza.

—Yo conduzco perfectamente, Rhianna. Creo que es otra cosa —dice misteriosa.

Miro preocupada a mi mascota.

—¿Crees que está enfermo? —Le pongo en la mano en la frente y gruñe.

—Enfermo no, pero yo creo que se encuentra mal.

—¿De qué? —No parece tener fiebre, pero ahora que lo pienso, está mañana no tenía mucho apetito a la hora de desayunar.

—Tiene mal de amores, Rhi. Echa de menos a Cliff.

Pip levanta la cabeza nada más oír su nombre y gruñe de nuevo.

—¿Quién es Cliff?

—El cachorrito de mi abuela.

Me quedo mirando a mi viejo amigo.

—¿En serio? —Pip suelta un suspiro y se hace un ovillo—. ¡Ay, Dios mío!

—¡Ajá! —exclama Winnie—. ¡Lo ha encontrado!

—¿El qué?

—La vieja antología de cuentos de hadas. —Me enseña la cubierta, de cuero, estropeada y con un título dorado descolorido—. Esta historiadora, Grace Emilie, los recopiló todos el siglo pasado. Se dice que viajó por todo el país escuchando las historias que les contaban las madres a las hijas, los padres a los hijos, los abuelos a los nietos, y las escribió en este libro. —Desliza la mano por la cubierta—. Este ejemplar lleva años en mi familia. Mi abuela dice que a su madre se lo leían de pequeña.

En el interior tiene ilustraciones muy coloridas.

—¿Por qué te lo ha enviado? —pregunto, y me acerco a su escritorio para verlo mejor.

—Porque se lo pedí yo. Contiene una historia que… —Sigue hojeando—. No me acuerdo de cómo se titulaba… ¡Ah! ¡Aquí! —Se apoya el libro en las piernas y lee el título, con una tipografía en cursiva y retro, pasando el dedo por encima—. *La reina Æðelflæd y sus cinco caballeros*.

—Guay —digo mientras leo el resto de la página—. ¿Y por qué…?

—Cuando estuvimos hablando el otro día sobre las parejas predestinadas, me preguntaste si había habido casos de magos con más de una pareja, y este es un ejemplo: la reina *Æðelflæd* y sus cinco compañeros predestinados.

—No conozco la historia.

—¿No? —Sonríe y hace un gesto para que corra mi silla y me siente junto a ella. Pasa la hoja y hay una ilustración a doble página

—. De pequeña era una de mis imágenes favoritas del libro. Podía tirarme horas contemplándola. —Señala la mujer elegante situada en el centro—. Esta es la reina *Æðelflæd.* Mira cómo va vestida, con una armadura en vez de un vestido de gala. ¿Sabes por qué? Porque era una reina guerrera. Con la ayuda de sus cinco caballeros, acabó con todos los monstruos del país y lo salvó de la oscuridad.

La han dibujado con un rostro precioso, con unos rasgos finos y delicados, y unos ojazos dorados, pero con una mirada de acero.

—¿Quiénes eran sus compañeros? —pregunto, examinando las caras de los cinco hombres que la rodean.

—A ver… —Winnie tamborilea la página con el dedo—. Había un príncipe… Este es. —Apunta a un joven con el pelo tan dorado como la corona que lleva en la cabeza—. Luego estaba el Erudito. —Un hombre con un libro en las manos—. Era mi preferido. Y luego… el Cazador y el Cambiaformas.

—¿El Cambiaformas? Muy realista todo, claro. Como existen tantos cambiaformas…

—Pero sí que hay hombres bestia, ¿o no? —dice Winnie sin levantar la vista de la página.

Vuelvo a echar un vistazo a la ilustración.

—¿Y este quién es? El del fondo. —Lleva una túnica en marrón oscuro, con una capucha echada.

—El Monje. Es el que salvó a *Æðelflæd*.

—¿De qué?

—La leyenda dice que por entonces había muy pocos magos, y cuando el pueblo descubrió que *Æðelflæd* tenía poderes, la tacharon de bruja y la sentenciaron a ser quemada en la hoguera. —Me deja sin aliento, pobre mujer—. Fue el Monje quien la rescató y se la llevó.

—Pero decías que era una reina.

—Se convirtió luego en una.

—Eso es una rueda, ¿no? Ella es entonces el núcleo de los cinco. Así me lo explicaron Stone y Azlan.

Winnie chasquea la lengua.

—Por eso también deben leerlos los chicos, Rhi, no solo las chicas. No es una rueda. Es una estrella. ¿Ves? —Pasa el dedo por

unos trazos de colores dibujados en el aire y que conectan a la reina con sus cinco caballeros, y a estos a su vez entre ellos—. Una estrella.

Miro la forma hasta que las líneas se desvanecen.

—¿Crees que es también mi caso?

—¡Ah, no! No digo que… Quizá no es más que una leyenda, o quizá sucedió de verdad. Puede que alguien especial tenga más de una y de dos parejas predestinadas…

—Ejem… Yo no soy especial. Y no es más que un cuento de hadas, Winnie. No es real.

—¿Y quién lo dice? Grace Emilie hizo todo un trabajo de recopilación, y decía que a menudo una misma historia se contaba por todo el país. A veces con alguna variación según la ciudad que visitaba; otras era la misma. Dicen que eran historias transmitidas de generación en generación, pero en ningún momento se especifica que sean inventadas.

21

Rhi

Estoy un poquito nerviosa por ver a Stone esta noche. Después de todo, la última vez que le vi estaba atado a su cama. A la que le até yo. Hay muchas papeletas de que esté mosqueado conmigo.

Sin embargo, cuando toco a la puerta de su aula, me abre entusiasmado, como si nada.

—Qué bien que hayas venido. Vamos a empezar. —No lleva corbata ni americana, y va con la camisa remangada. Y hay varios objetos repartidos por los pupitres. Parece que nos vamos a poner en serio, yo que pensaba que esto de las clases particulares era una artimaña suya para…

—Me estoy esforzando en ser bueno contigo, Rhi.

No estoy segura de que follar sea algo malo, pero…

—Rhi, me va a ser difícil tener las manos quietecitas, pero te lo he prometido.

Ladeo la cabeza.

—Ajá.

—Y, además, la directora podría venir en cualquier momento para ver cómo vamos.

Pongo los ojos en blanco. Así que esa es la verdadera razón por la que va a dejar las manos quietecitas.

—Es una de las razones, no la primera —explica—. Hale, en marcha. —Se balancea de puntillas, muy motivado—. He pensado que podríamos empezar con las huellas dactilares mágicas…

—En realidad… —digo, mordiéndome el labio.

—¿Sí?

—Lo que de verdad me gustaría que me enseñaras es a mantenerte fuera de mi mente.

Se queda un poco desconcertado y se mete las manos en los bolsillos, pero enseguida recupera la compostura y sonríe picarón.

—Si tan obsesionada estás conmigo que no puedes dejar de pensar en mí, entonces…

—Sabes que no me refiero a eso.

—Está bien. ¿No quieres que me meta en tu mente? —Asiente, algo dolido—. He de confesar que me gusta meterme en su mente, señorita Blackwaters. Lo observas todo de una manera tan distinta a como lo ven los demás… Es fascinante. Más aún… Hermoso.

—Según dijiste tú mismo, lo más cercano a mi mente sería una cloaca.

—Fui un gilipollas. —Se encoge de hombros.

—Quiero tener elección. Quiero tener el control de cuándo entras y cuándo no. O sea, sé que no estoy lo suficientemente capacitada para aprender a mantenerte alejado…

—Rhi, lo vas a conseguir sin problema. Eres fuerte, y si quisieras, podrías impedirme entrar. Si es lo que realmente deseas, te enseñaré.

Le sonrío.

—Sí, es lo que deseo.

Se acerca y me coge la mano.

—Cierra los ojos. —Le obedezco, y entrelaza sus dos dedos con los míos—. Siento mucho lo de la Noche de los Fundadores, Rhi. Sabes que nunca más te lo volvería a hacer.

Me muerdo el labio. Creo que lo dice de todo corazón. Creo que estoy empezando a confiar en él, incluso a perdonarle. Quiero que seamos felices. No quiero cargar con este rencor por el resto de mi

vida. Quiero ser libre para disfrutar de nuestro tiempo juntos. Puede que incluso amarle.

¿Estará leyéndome la mente ahora mismo? ¿Sabrá cómo contenerse? Si me la está leyendo, no dice nada.

—Despeje la mente, señorita Blackwaters.

Abro un poco un ojo.

—Odio cuando te dicen eso. Es imposible. Nada más intentarlo, yo ya estoy pensando en cómo hacerlo.

Se ríe.

—Ya veo, tienes una mente muy ocupada y caótica.

—¿Hermosa o como una cloaca? Aclárese, profesor.

—Desordenada y caótica… Y eso es lo que la hace tan hermosa.

Vuelvo a cerrar los ojos.

—A ver, dime qué tengo que hacer.

—Tienes que usar tu magia para bloquearme. Tu magia es muy potente, ahora incluso más que antes.

—Ha crecido desde que sellamos el vínculo.

—Sí —susurra—. Puedo verlo. Puedo sentirlo. Tienes que asegurarte de que tu magia esté ahí, en tu mente, en cada recoveco, lista para atacar si alguien entra sin ser invitado.

—¿Cómo? —digo frustrada.

—Concéntrala ahí, deja que cale tu mente.

Lo intento, aferrándome a sus dedos mientras me esfuerzo por alejar la magia de mis yemas y que suba por los nervios hacia mi mente. Pero es obstinada, y no es innata, no circula de manera natural como la de otros magos.

—No puedo —protesto.

—Sí que puedes —susurra, y le hago un corte de manga mental.

—Señorita Blackwaters —me advierte—. Un poco menos de soberbia y un poco más de paciencia.

—Mi magia no quiere hacerlo.

—Rhi —me dice con suavidad, acariciándome la mano, calmándome—, no es algo que haya que forzar.

—Pero…

—Rhi —continúa—, has mantenido tu magia oculta tanto tiempo que has construido una barrera en tu mente. Lo único que tienes

que hacer es encontrar esa barrera y romperla, entonces sería tan fácil y natural como el respirar.

Entrecierro los ojos y busco qué retiene mi magia, busco esa barrera, ese candado. ¡Grrr! ¡Vaya pérdida de tiempo! Estoy a punto de abandonar, cuando algo se rompe, algo fuerte y sólido, y la magia fluye por mi mente tan poderosa que expulsa a Stone de mis pensamientos y le manda literalmente a la otra punta del aula, aterrizando de culo.

—¡Stone! —Abro los ojos corro hacia él.

Se pone de pie quejándose y limpiándose el polvo de los pantalones.

—Primero me atas, y ahora esto.

—No pretendía…

Se ríe.

—Ya lo sé, cielo. Creo que la mitad de las veces no te das cuenta de lo fuerte que eres.

—Pero ¿ha funcionado? ¿Puedes entrar en mi mente? —Preparo mi magia en las sienes, por si tiene que atacar.

—¿Me vas a lanzar por los aires otra vez? —pregunta desconfiado.

Me encojo de hombros y me limito a sonreír. ¡Ups! Él me sostiene la mirada. Siento que me empuja, poniendo a prueba mis defensas, pero no logra franquearlas. Frunce el ceño y aprieta los dientes. Noto más presión, pero le contengo con facilidad.

—¿Y bien? —pregunto.

—Nada —admite dejando escapar un suspiro.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Y ahora? —Expulso mi magia de mi mente y le invito a entrar, mostrándole cuánto le deseo, cómo y dónde.

—Sí —dice con una sonrisilla—, ahora sí que veo.

Sin embargo, por mucho que le tiente con escenas cada vez más eróticas en mi cabeza, el profesor se mantiene firme. Esta noche no va a hacerme nada, no cuando la directora podría entrar sin avisar en cualquier momento.

Salgo a hurtadillas para volver a mi habitación, agradecida por haber aprendido algo nuevo, pero también frustrada.

Winnie está absorta con los deberes, así que cojo el libro, que ha dejado en el suelo.

Me pongo a leer la historia de la reina *Æðelflæd* mientras ella está a lo suyo, mirándome de vez en cuando. Cuando me la termino, me meto en la cama y sigo leyendo las demás historias. Algunas son absurdas, claramente pura fantasía; mientras que otras podrían haberle pasado a cualquiera. Al cabo de un rato, Winnie se pone el pijama, se lava los dientes y apaga la luz del techo, y yo aún sigo leyendo.

Me acabo el libro de madrugada, casi de día; lo dejo con cuidado en el suelo y me vuelvo a arropar con las sábanas, no me molesto ni en desvestirme.

Poco a poco me vence el sueño, envuelta en esas historias y los rostros de los cinco caballeros.

22

Azlan

Por un momento, todos se paralizan al ver a la enorme bestia emerger entre los árboles. Mitad lobo, mitad humano, sus ojos fieros iluminan la oscuridad.

Es de un tamaño descomunal: medio metro más alto que yo, y el doble de corpulento, con una fuerza evidente en cada uno de sus movimientos.

Se abalanza sobre el primer hombre sin darle tiempo a reaccionar, le arranca la cabeza y desata un torrente de sangre. Luego aniquila al siguiente, y el resto sale huyendo, pero él se vuelve hacia ellos con una destreza y una velocidad increíbles para una criatura de su tamaño y cuyo peso debería entorpecerle.

Los hombres a mi alrededor se quedan bloqueados, indecisos de hacia dónde tirar.

Aprovecho la oportunidad y les disparo con mi magia. Eso les despierta y se embalan hacia mí. Me agacho y esquivo sus disparos. Son muchos, pero están mal entrenados, su magia es débil e ineficaz, de modo que la mitad están ya muertos antes de atravesar los árboles

Ahora más de cerca, veo que son muy jóvenes, de la misma edad que Moreau y Rhi. Vacilo, y justo me alcanza un rayo en el hombro. ¡Arg, duele!

—No tenemos por qué hacer esto —digo, desviando su magia y esquivando más ataques.

—¿Te rindes? —pregunta uno con una sonrisita de desprecio—. Porque nos dijeron que no tomáramos a nadie prisionero.

—No quiero haceros daño —gruño.

El tipo se ríe.

—Os superamos en número.

—Sí —murmuro. Le mando un rayo al vientre y sale volando contra un tronco. Le dejo inconsciente, y debería rematarle, pero no soy capaz. Además, tengo que lidiar todavía con los otros cinco y su magia de parvulitos. Golpeo con mi magia a dos, que caen redondos al suelo; y luego a los tres restantes, que se me echan encima asestándome puñetazos y patadas. Por suerte, sus técnicas de combate son igual de nulas que las mágicas, y me deshago de dos en un santiamén.

El último se dispone a pegarme un puñetazo en la cara, pero me adelanto y se lo pego yo. Me estremezco al oír cómo le cruje el cuello. Un muerto más.

No tenía elección. Eran ellos o yo. Y ahora tengo pareja, una que me estaba predestinada, y no estoy para preparado para irme de este mundo y dejarla destrozada.

¿Estos tipos también tendrán seres queridos? ¿Madres, padres, novias, novios? ¿Personas que quedarán desoladas cuando no regresen? Sacudo la cabeza. Vaya desperdicio de juventud. ¿Serán los Lobos de la Noche o de alguna otra banda? ¿O quizá infiltrados del oeste? Es difícil de saber con exactitud. Podrían ser unos contrabandistas que no se han tomado muy bien que anduviéramos por aquí fastidiando sus chanchullos. Me acerco a verlos mejor: uno tiene una quemadura en carne viva en el brazo; otro, la marca de una quemadura en la mejilla izquierda; un tercero tiene las manos vendadas. ¿Cómo se lo han hecho? ¿Ha sido con magia? ¿Algo con lo que estaban traficando?

Me alejo de los cadáveres y busco a la bestia en la oscuridad. Veo a lo lejos ráfagas de luz y oigo un rugido. Luego, silencio.

Me quedo esperando, recuperando el aliento y saliéndome vaho de la boca.

Nunca me he enfrentado a un hombre bestia, pero si viene a por mí, estaré preparado. Con todas mis fuerzas. Al contrario que esos chavales, yo sí voy a regresar con mis seres queridos. Con mi Rhianna.

Entonces oigo unas pisadas. Avanzo entre los árboles. Listo para atacar.

Pero resulta ser Moreau, que viene tambaleándose, desnudo, con el cuerpo lleno de magulladuras y las manos ensangrentadas.

—¡Eras tú! —rujo, encarándome a él.

Mira a su alrededor alerta y levanta las manos para protegerse, pero entonces se da cuenta de que soy yo y las baja, avergonzado.

Arremeto contra él y le doy un puñetazo en el pómulo. Pierde el equilibrio hacia atrás y le doy otro.

—¡Eras tú el hombre bestia! —Le golpeo una y otra vez. No hace por defenderse ni protegerse—. ¡Fuiste tú quien la atacaste! —Continúo golpeándole, y esta vez se tambalea y cae de rodillas—. ¡Atacaste a Rhianna! ¡A mi pareja!

El corazón me va a estallar de rabia. Quiero matarle. Me da igual ensuciarme las manos. Me da igual vivir con otro cargo de conciencia más. Dejar una familia más de luto. Intentó matar a mi pareja, y ahora le mataré yo a él.

Me mira, escupiendo sangre y con una ceja partida.

—Él no iba a hacerla daño —me dice, y cierro el puño aún más fuerte—. De verdad. —Se le cae un lagrimón que le limpia un poco la sangre—. No iba a hacerla daño. Él… La desea. Quiere hacerla suya. —Le tiembla el labio—. Por eso he tenido que marcharme.

Se derrumba con la cabeza gacha, goteando sangre y lágrimas sobre las hojas secas.

Mi ira se desvanece, y relajo los puños y los hombros.

¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Cómo no me he dado cuenta?

—La quieres… —digo.

No contesta, pero no me es necesario. ¿Acaso no lo he visto ya antes, con Stone y conmigo mismo?

Moreau está enamorado de Rhianna.

23

Renzo

No soy bueno con los planes.

Me aburro enseguida. Se me olvidan. Me hago un lío con las directrices y las etapas.

Los planes son un rollo. Siempre he preferido guiarme por mi intuición.

Al parecer, soy muy impredecible. Al parecer, es una virtud.

Pero ahora sí que necesito un plan, y uno bueno.

Estoy plantado en medio del bosque. Solo mi moto y yo. Lejos de la gente y del ruido.

Muevo nervioso la pierna y mastico un chicle, pensando, intentando poner un poco de orden en el caos que vive en mi cabeza.

¿Qué tengo que hacer?

Proteger a mi ratoncito y hacerla mía.

Pero Lowsky la quiere muerta. Dice que se buscará a otro que le haga el trabajo si yo no lo termino.

Y no puedo permitir que eso ocurra. ¿Entonces qué hago? ¿Mato a Lowsky?

Muevo la pierna, aún más nervioso. Para mí él es lo más parecido a una familia. Fue él quien me sacó de la vida en la calle. Pero lo haría. Lo haría por ella. A la mierda Lowsky. A la mierda todos, excepto mi ratoncito.

Aunque matarlo conlleva su riesgo. Puede que me mate él a mí primero, y entonces no habría nadie para protegerla. Solo esos mamones.

No, esa no es la solución.

Tengo que pensarlo mejor.

Me doy en la frente, a ver si así se me aclaran las ideas.

No puedo matarla a ella, y tampoco a él.

Me doy más y fuerte y… ¡Bingo!

Tengo que hacerle creer a Lowksy que está muerta. Tiene otros asuntos más importantes que tratar. Si cree que está muerta, se olvidará de ella. No funcionará eternamente, terminará sabiendo la verdad, pero ahora mismo está metido en otros marrones que le mantendrán distraído. Así tendré tiempo para pensar qué hacer a continuación.

Escupo el chicle.

¡Ah! ¡Mierda! Al final no me va a quedar más remedio que matarle para mantenerla a ella a salvo.

Aunque por ahora —solo por ahora—, voy a hacerle creer que por fin he acabado con ella.

Lo que significa que voy a tener que volver a hacer una visita a mi ratoncito.

Dejo la pierna quieta y sonrío.

Joder, qué ganas tengo de verla. Y esta vez no me iré sin tocarla.

✳

Al final, ver a mi ratoncito no va a ser tan difícil como pensaba. Resulta que el ejecutor y el hombre bestia se han ido de la ciudad estos días. Obviamente, quedan otros dos vigilándola, pero todo parece estar a mi favor.

La escuela está blindada por todo tipo de conjuros, diseñados para impedir el paso a gentuza como yo.

Aunque he de decir que muchos están ya anticuados y resquebrajados, a ver si los arreglan o los reemplazan. Debería decírselo a ella, para que esté prevenida, la quiero sana y salva.

De todas formas, ahora mismo no voy en esa dirección. Me dirijo al bosque. El bosque es imposible de penetrar por medios corrientes, y no hace falta aislarlo como el resto de las instalaciones.

Puedo entrar si quiero. Con un poco de esfuerzo.

Regreso al complejo de Lowksy para darme una ducha, lavarme los dientes, peinarme y cambiarme de camiseta.

Quiero estar guapo para mi chica.

Me miro en el espejo. Un niño algo mayor que yo me dijo una vez que tenía una cara bonita. Intentó meterme mano por dentro de los pantalones. Le rompí la mandíbula y la mano, y me aseguré de que nunca procreara hijos pervertidos como él.

Desde entonces, se me han formado muchas cicatrices. Dudo que siga teniendo una cara bonita. Me toco las marcas. ¿A ella le importará?

Apago la luz, me palpo los bolsillos para comprobar que llevo su cuchillo y salgo rumbo al bosque, ignorando todo el movimiento que tiene aquí montado Lowsky.

Perdido entre los árboles, respiro hondo y cierro los ojos. Hay mucho ruido en mi cabeza, pero si afino bien el oído, puedo silenciarlo. Tiempo. Espacio. Ambos tienen un sonido propio, como una nota en un piano.

Lo único que tengo que hacer es estirar la mano y pulsar esa nota, hacer que suene más o menos baja, y dejarme llevar.

Cuando abro los ojos, estoy en un bosque distinto. Uno más oscuro, más denso.

¡*Voilà*!

Me tomo un minuto para adaptarme, masajeándome las sienes. Duele, siempre es así. Por eso no lo hago a menudo. El dolor se acentúa si abuso.

Pero ha merecido la pena, aunque solo sea por verla un instante, por tocarla, por asegurarme de que está a salvo.

No se oye un alma. Ni una hoja moviéndose con la brisa. Ni el crujido de una rama. Serpenteo entre los árboles, y mi corazón parece trazar el mismo movimiento a medida que me acerco a la salida del bosque. Su habitación da a esta zona del bosque. De hecho, desde aquí se ve su ventana.

Tiene las luces apagadas, y el cerdo está durmiendo fuera en el césped.

Lo llamo chistando y chasqueando los dedos. Levanta la cabeza con las orejas tiesas, y lo llamo de nuevo.

—¡Pst, pst! Vamos chico, ven con papá.

El cerdo me hace caso y viene trotando hacia mí.

—Me alegro de volver a verte, amiguito —digo divertido, y me saco una chuchería del bolsillo.

El cerdo me gruñe.

—Sí, lo sé, metí la pata hasta el fondo. Pero ahora he venido para ayudarla. Lo sabes, ¿verdad?

El cerdo me examina con sus ojitos enanos y brillantes.

—Vamos. Te he traído chuches y todo.

Se la ofrezco y la olfatea con recelo.

Después me vuelve a mirar y ladea la cabeza, primero a la izquierda y luego a la derecha, sin dejar de gruñir.

Me llevo la mano donde se supone que está el corazón.

—Lo juro por mi vida.

El cerdo me arrebata la chuchería de la mano y se tumba. Mientras se la come, le cuento mi plan. Cuando termina, se acomoda a mi lado y esperamos juntos.

—¿Crees que tardará mucho?

El cerdito suelta un chillido. Está tan harto de esperarla como yo, pero no sabe dónde se encuentra.

—¿Crees que estará con el profesor? —Miro hacia la mansión, con todas las luces encendidas.

Tal vez en otra vida habría podido venir aquí a estudiar magia y pasar las horas leyendo en la biblioteca. Quizá habría podido ser alguno de esos niños ricos y vivir en uno de esos casoplones con mamá y papá. Pero la vida me tenía preparado otro camino, uno menos remilgado.

El cerdo se pone a gruñir de nuevo.

—Sí, tienes razón. Y aun así, mira dónde estoy ahora, ¿eh?

Una hora más tarde, por fin me entra esa sensación. Me enderezo y el cerdo se estira. Ahí está, con ese uniforme pijo y la melena al viento, mordiéndose las uñas, en su mundo.

Le doy un codazo al cerdo.

—Anda amiguito, ve a buscarla.

Mueve la cola mientras considera mi petición, y finalmente se pone en marcha con resoplido.

Yo también me pongo en pie, me sacudo los pantalones, y me escondo entre los árboles.

El cerdito se reúne con su dueña en el exterior de la habitación. La llama con un gruñido y le da golpecitos en los tobillos con el hocico. Se agacha para cogerlo, pero él da un salto hacia atrás. Ella le dice algo, pero no consigo oír nada desde tan lejos. Vuelve a juguetear alrededor de sus pies, alejándose cada vez más. Ella se ríe, y verla irradiar tanta felicidad me altera todo por dentro.

El cerdito repite su bailecito tres veces más, hasta que ella capta que insinúa algo y le sigue; duda un poco al adentrarse en el bosque, pero no le queda más remedio que ir tras él.

Yo permanezco escondido hasta que el cerdo llega al punto en que estoy, ralentizando el paso, esperando a que mi ratoncito lo alcance.

Levanta el hocico y gruñe alto, y salgo de mi escondite.

Sus ojos, tan brillantes como la crema de caramelo, se posan en mí abiertos como platos.

—¡¿Tú?! —dice con las manos en alto, lista para atacarme.

—Sí, yo. ¿Me has echado de menos?

—No —dice de una manera tan contundente que estoy seguro de que habría herido mis sentimientos si los tuviera.

—¿Cómo narices has entrado?

—Esto… —sonrío burlón—. Con magia.

Qué chispa tiene mi ratoncito.

Doy un paso hacia ella. Ya alcanzo a oler ese aroma a sol tan suyo, que sobresale a los toques silvestres del bosque. Joder, qué ganas de lamerla. Como si fuera un chupachups.

—Un paso más y te fulmino.

—¡Oh, sí! Fulmíname. —Apuesto a que sería hasta excitante.

Frunce el ceño. Ya la estoy cagando otra vez. Cuando hace eso es mala señal, y no me dejará tocarla.

Ni lamerla.

Miro al cerdo, pidiéndole ayuda, pero arruga el hocico y se marcha a escarbar en un arbusto.

—¿Qué le has hecho a mi cerdo? ¿Lo has hechizado?

—Hemos llegado a un acuerdo. —Me mira como si estuviera loco, cuando es ella la que tiene un cerdo como mascota. He visto cómo le habla, le mima como a un bebé—. Sabe que quiero mantenerte a salvo.

—¡¿Que quieres mantenerme a salvo?! ¡Pero si no has hecho más que intentar matarme! —Da un paso enérgico, la garra tira de ella hacia mí.

Quiero estirar la mano y enredarla en mi magia, arrastrarla directamente a mis brazos. Pero lo más probable es que se ponga a gritar y armar escándalo.

—Sí, pero ya no.

—¿Y esperas que me crea que Marcus Lowsky me ha… yo qué sé… perdonado? ¿Que me ha olvidado?

—No. Te sigue queriendo muerta.

La magia le sisea en la punta de los dedos como una serpiente a punto de atacar. Magia escarlata. Quiero verlo de nuevo. Quiero ver cómo la usa.

También quiero seguir con vida. Al menos por ahora. Lo suficiente para poder lamerla.

—Pero yo no —añado.

—¿Por qué? —Su tono deja entrever algo de curiosidad. Puede que se me dé como el culo leer la mente de los demás, pero con ella es diferente. Todo lo veo claro.

Nuestras miradas se cruzan. No se acobarda como los demás. Me sostiene la mirada y su magia comienza a crepitar en el aire.

Veo cómo le palpita el pulso en la garganta, cómo sale su respiración por esos lindos labios, oigo bombear su corazón. Su piel

es pálida, translúcida. Alcanzo a ver todos los ríos de sangre fluyendo debajo de ella. Es tan frágil, tan preciosa…

Apuesto a que la zona entre sus piernas es igual de preciosa. Igual de frágil.

Apuesto a que podría destrozarla.

—Me caes bien, ratoncito. Y eso que a mí no me gusta la gente. La gente es como los acertijos, me da dolor de cabeza. En cambio, tú…

—Pues a mí no me caes bien —dice simplemente.

Así es como me hablan a veces. Al no razonar como ellos, me toman por tonto y me tratan como a un niño.

Yo no creo que sea tonto; la inteligencia puede manifestarse de diferentes formas.

No siempre es bajo la figura de un profesor trajeado, sentado en su despacho, rodeado de libros polvorientos.

—Está bien, ratoncito. Con lo bien que me caes vale por los dos. —Arquea una ceja, y el cerdo vuelve gruñendo. Tengo que ir al grano—. Lowksy te quiere muerta. Quiere que me encargue yo. Y si no, se buscará a otro que lo haga. No quiero matarte, y tampoco quiero que te mate otro.

—Esto… ¿Gracias?

—De nada. —Me mira con tal intensidad que parece que es ella la que ahora va a matarme a mí. Unos buenos preliminares—. Se me ha ocurrido una solución —digo orgulloso—. Tengo que hacerle creer que te he matado de verdad.

—¿Qué?

—Que tengo que hacerle creer que te he matado de verdad.

—Pues ve y dile que me has matado. No hace falta que vengas aquí a hablarme. —Fulmina al cerdo con la mirada.

Niego con la cabeza.

—No. Lowsky es un dramas y no se fía ni de su sombra. Querrá pruebas.

—¿Y qué quieres como prueba? —Vuelve a mirarme y hace vibrar esa cosa de mis adentros—. ¿Mi dedo meñique?

Lo sopeso como opción.

—Sí, podría funcionar.

Pero supongo que no he acertado, porque se horroriza y retrocede.

—Ah, lo decías de broma —murmuro.

—Pues claro. —Me escudriña la cara—. ¿Cómo sé que estás siendo sincero? ¿Cómo sé que dices la verdad, que esto no es una… una… trampa?

¿Por qué me hace esas preguntas? Si de verdad pensara que le estoy tendiendo una trampa, a estas alturas ya me habría acribillado y me habría hecho añicos.

—¿Quieres tú mi meñique? —le propongo.

—¡No! ¡Estás como una puta cabra!

Me encojo de hombros, como si no me lo hubieran dicho ya millones de veces.

Doy un paso adelante. Y otro. Uno más. Me observa, pero no se inmuta. Se queda con los pies clavados como la buena testaruda que es.

—Ratoncito, sabes por qué no te haré daño… No al menos que tú quieras… No al menos que te guste ese rollo… En ese caso…

—¿Cómo le convencerás de que me has matado?

—Voy a entregarle un corazón. Voy a decirle que es el tuyo.

Vaya, por la cara que pone, el plan no parece entusiasmarla. Parece decepcionada, y no quiero fallarla.

—Se dará cuenta de que no es el mío.

Meneo la cabeza, y levanto la mano.

Sus mejillas se ven tan suaves… como copos nieve. Acerco mis dedos. Ella permanece inmóvil, mirándome a la cara, pero esta vez no es obra de mi magia, es otra cosa. Y entonces, la acaricio. Su piel es más suave de lo que recordaba. Mucho más suave que la mía. Cero imperfecciones. Ni cicatrices, ni marcas. Tersa como el mármol.

—Puedo hacer que cuele. Necesito algo tuyo, ratoncito. Por eso he venido a visitarte, aunque sé que no te gusta.

—¿Qué? —susurra, dejando que mis dedos bajen por su mejilla hasta la curva de su mandíbula—. ¿Qué necesitas?

Su magia nos rodea y comienza a dar vueltas, y la oscuridad de la mía se me intensifica por las venas y me produce el mismo efecto que una droga.

Me inclino hacia ella, inhalando su aroma, y al bajar los dedos por su garganta, siento su pulso. Me acerco para hablarle al oído, y su pelo me hace cosquillas en la cara.

—Tu sangre.

24

Rhi

No sé por qué me sorprendo. Este tío es un psicópata. Pero soy yo quien ha decidido quedarse con él a solas en medio del bosque, dejando que me toque la garganta, en lugar de huir.

¿La loca soy yo?

Probablemente. Esto es lo más insensato que he hecho jamás, y eso que he cometido estupideces… En cambio, mi instinto me dice que no es una amenaza, que ya no supone un peligro. No va a hacerme daño.

¿A quién quiero engañar? Sé exactamente qué es ese «algo».

Además, no nos olvidemos de Pip. En lo que respecta a las personas, se mantiene firme en su impresión inicial. Hazte enemigo de mi cerdo y lo serás de por vida. En casa había una gallina que odiaba sin motivo aparente. Se pasaban el día enzarzados.

Y, aun así, me ha traído hasta aquí.

Tal vez este tío nos ha embrujado a ambos.

—¿Mi sangre? Lo llevas claro.

—Ratoncito, ¿sigues sin confiar en mí? —Niego con la cabeza—. Pero si los dos sabemos que eres mucho más fuerte que yo. Podrías hacerme añicos si quisieras.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no…

—Lo he visto, ratoncito. Puedes usar magia escarlata.

La magia me chisporrotea en la punta de los dedos solo de oír esas palabras, como si la estuviera llamando.

Sonríe y, fugazmente, parece menos hombre, más niño.

Aparta los dedos y ese algo de mis adentros no parece alegrarse. Quiere sus manos en contacto con mi piel. Pero justo después se quita la camiseta, toma mi mano, y la presiona contra su pecho, igual de duro y musculoso que sus abdominales, y en el que siento su corazón. No queda casi un ápice de su piel sin tatuar.

—Mátame si quieres —dice—. Si no confías en mí, si crees que tengo malas intenciones, acaba conmigo ahora mismo.

Alzo la vista a su cara. Sus ojos son de colores distintos, pero eso no los hace feos, y los realzan unas largas pestañas por las que cualquier chica mataría. No son propios de un asesino.

Dejo que presione un poco más la mano contra su pecho, y esa sensación del estómago se vuelve loca.

Trago saliva.

—¿En qué sentido va a ayudar mi sangre?

—Con magia —sonríe de nuevo, y yo arqueo una ceja, sin dejarme impresionar—. Conozco una manera. —Mira hacia la escuela —. No todo se aprende en una escuela pija.

No hace falta que me lo digas.

—¿Por qué no has estudiado? Todos los magos tienen la obligación de…

—Los Lobos de la Noche me encontraron primero, cuando era muy pequeño, y mi «educación» tomó otro rumbo. De todas formas, mi madre era fabricante de pociones; vendía todo tipo de porquerías a los no-mágicos ingenuos, y algunas funcionaban. Supongo que algo aprendí antes de que me echara de casa.

—¿Te echó de casa? ¿Qué edad tenías?

Su semblante ahora es inexpresivo. No contesta.

—Yo no llegué a conocer a mi madre. —No sé por qué le cuento esto—. Lo único que sé es su nombre.

—Y quieres averiguar más sobre ella, ¿no?

Asiento. No necesito que me explique por qué sabe ese detalle. Me ha estado vigilando, y ahora también parece llevarse a las mil maravillas con mi cerdo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta.

—Bronwyn.

Se queda pensando un momento, con el corazón todavía a mil por hora; un ritmo acorde a su carácter hiperactivo.

—Me basta un par de gotas, nada más. Deja la mano como está. —Su mirada recorre mi brazo—. Si intento matarte, mátame tú primero, ¿entendido?

—Entendido. —Se mete en el bolsillo la mano que tiene libre—. Pero Renzo…. —Vuelve a mirarme a los ojos—. Te lo advierto, lo haré.

—Ya lo sé, ratoncito —dice la mar de contento, como si no le estuviera amenazando de muerte.

Se saca mi cuchillo del bolsillo y le ofrezco mi mano libre. Examina las líneas de la palma y las traza suavemente con su índice.

—Una gota —le recuerdo.

—Tres —replica, y gira el cuchillo apuntando mi mano con la punta.

—Era de mi padre.

—No es un cuchillo cualquiera —susurra mientras me lo clava. Hago una mueca de dolor, y empiezo a sangrar.

—Qué bonita es tu sangre. —Tira el cuchillo al suelo y vuelve a meterse la mano en el bolsillo. Esta vez se saca una botellita, y abre el tapón con los dientes—. Esto a lo mejor te duele. —Me aprieta la mano para que brote más cantidad, y me la inclina para que caiga dentro de la botella. Observo cómo va goteando, y su corazón late aún más caótico. Luego cierra botella y se la guarda con cuidado en el bolsillo.

Ya está. Ya tiene lo que necesita.

En lugar de soltarme la mano, se la lleva a la boca y, sin que me dé tiempo a detenerle, la lame.

—¡Vaya! Qué bien sabes, ratoncito.

Me chupa y absorbe la sangre, saboreándola. Debería estar aterrorizada, con náuseas, pero no es el caso. El vínculo del estómago me vibra de satisfacción, y la magia me sube y baja por todo el cuerpo.

—También me llega el sabor de tu magia. —Me besa la mano y aparta la boca.

El corte ha desaparecido, se ha curado. El único rastro que queda son sus labios manchados. Se relame y me sonríe de nuevo.

Le doy un chispazo como aviso.

—No te he dicho que pudieras hacer eso.

—Sí, bueno, pero ya está hecho.

Me mira con avidez, como si quiera saborear otras partes de mi cuerpo, y un escalofrío de placer se apodera de mí involuntariamente.

Todo esto ha ido demasiado lejos. Es un disparate muy peligroso.

—Ya tienes la sangre. Ya tienes lo que necesitabas.

—Tengo la sangre —coincide conmigo—, pero no tengo lo que necesito.

Doy un paso decidido hacia atrás.

—Deberías irte antes de que vengan a buscarme y te encuentren aquí.

Relaja la postura, y parece un niño al que acaban de arrebatar su juguete favorito. Esa sensación del estómago se tensa en su dirección.

—¿Puedo venir a verte de nuevo otro día, ratoncito?

Sigo con una mano extendida, lista para dispararle si es necesario; y la otra, con el puño bien cerrado, clavándome las uñas.

—No, no. No creo que sea buena idea.

Asiente y se agacha a recoger el cuchillo.

—Ahora es mío —me dice.

—Sí, lo sé… —Antes de terminar la frase, ya se ha ido, se ha esfumado ante mis ojos.

25

Rhi

Pip se pasa el camino de vuelta gruñéndome.

—No sé qué me estás queriendo decir, pero lo que acaba de suceder es culpa tuya —le regaño mientras abro la puerta de la habitación—. Me has llevado directa hacia él. Te acuerdas de quién es, ¿verdad?

Juraría que Pip pone los ojos en blanco antes de entrar.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —pregunta Winnie, que está en la cama con el teléfono.

—¿Los cerdos también una etapa adolescente? Porque te prometo que…

—¿Ya estaba restregándose con lo primero que ha pillado? —Menea la cabeza como si le estuviera leyendo la cartilla.

—¡Puaj! ¡No! —Me siento en la cama al lado de Winnie—. ¿En serio ha estado haciendo esa guarrería?

—No, pero es lo que hacen los adolescentes.

Pip resopla digno, y se mete en su camita.

—¡Madre mía! ¿Has visto lo que han publicado sobre Spencer? Dicen que casi la palma —me dice Winnie cambiando de tema.

—No.

Sacude la cabeza y continúa leyendo. Me muerdo el labio.

Dijimos que no más secretos, pero no me atrevo a hablarle del encuentro que acabo de tener con el asesino que, se suponía, me estaba acechando. No me veo capaz de contárselo tampoco a Stone ni a Azlan. Me querrán matar si se enteran… Que irónico, considerando que Barone no quería.

Dejo a Winnie a su bola con el teléfono y voy a comprobar si tengo yo alguna notificación en el mío: Azlan me ha respondido al que le envié dándole las gracias por los regalos. Me recuerda que le puedo enviar esas imágenes a través del vínculo, y dice que me quiere.

Leo esas últimas palabras una y otra vez. Puede parecer algo muy básico, pero para mí son fundamentales. Azlan me quiere, y de algún modo hace que me olvide de todas mis preocupaciones: de Spencer, de Tristan, de Renzo Barone y de los Lobos de la Noche.

Aunque solo hasta la mañana siguiente, cuando abro la puerta de la habitación para ir a clase y me topo de frente con un tío enorme.

Durante una fracción de segundo, pienso que se trata de Renzo, que ha vuelto a hacerme otra visita, pero entonces mi vista se enfoca mejor, y no doy crédito.

Tristan Kennedy. Aquí. En mi puerta. En mi habitación. A la luz del día.

—¿Qué co…? —dice Winnie, tan sorprendida como yo.

Ambas le miramos expectantes. Sea lo que sea, no puede ser algo bueno.

Tristan, en cambio, está de lo más tranquilo, peinándose el pelo de una manera que seguramente habrá provocado más de un desmayo en la escuela.

—¿Qué quieres… a qué has venido, Tristan?

—A acompañarte a clase —dice, señalando los libros que llevo.

—¿Qué? —¿La directora quiere ponerme ahora escolta? ¿Se ha corrido la voz de la visita de Barone? ¿O, ahora que su amiguito no está, Tristan está buscando nuevas formas de entretenerse, como torturarme?

—He venido a acompañarte a clase y a llevarte los libros.

—¿Por qué? —dice Winnie entornando los ojos.

—Estoy intentando ser amable —dice Tristan; y si no le conociera, casi creería que hasta parece un poco cortado.

Winnie y yo nos miramos.

—¿Amable? —decimos al unísono.

—¿Te importa si vamos los dos solos? —dice Tristan, haciendo ademán de agarrarme del brazo.

—No hace falta que seas amable conmigo. Solo quiero que me dejes en paz. —Me separo, sin dejar que me coja.

—Pues vas a tener que aguantarte —dice.

—¿Ves? No sirves para ser amable, ya estás comportándote como un imbécil.

—Solo dame tus libros.

—No. —Me enebro al brazo de Winnie y la saco de la habitación.

—¿Qué mosca le ha picado? —dice Winnie mientras caminamos apresuradas por el sendero hacia el gran comedor para desayunar, y yo evito caer en la tentación de volver la cabeza para ver si Tristan nos sigue por detrás—. ¿Crees que la ausencia de Spencer le ha provocado un repentino despertar de conciencia?

Niego con la cabeza.

—Él… Nosotros…

Winnie se detiene en seco y me gira cara a cara. Mira a alrededor y luego se inclina.

—¿Vosotros qué?

Trago saliva, me arden las mejillas.

—Nos hemos besado.

Winnie coge una gran bocanada de aire y sé qué va a gritar tan alto que la va a oír media escuela, así que le tapo la boca con la mano. Los ojos se le salen casi de las órbitas.

—¿Muándo? —masculla como puede.

—¿Qué?

Resopla y me aparta la mano.

—¿Cuándo? —vuelve a decir, ya claramente.

—En el prado, en la clase de Johnson.

—¿Y me lo dices ahora?

—Tengo la cabeza en mil cosas. —Mi otro gran secreto me reconcome—. Lo siento.

—No pasa nada… Es que me cuesta seguir el ritmo de vida amorosa, Rhi.

—Dímelo a mí…

Winnie me pellizca.

—Prácticamente eres la fantasía de toda la escuela… ¡Puede que incluso de la directora! El hombre de negro, Stone… ¡Y TRISTAN!

—Tristan es un gilipollas. Una mala persona que me ha hecho cosas horribles.

—¿Como besarte? ¿Besa mal? No me imagino a Tristan Kennedy besando mal, pero puede que sea pura fachada y no…

—No me refiero a besar. Me refiero a cosas como tirarme encima un cubo de agua helada para que se me transparentara la ropa y toda la escuela me viera las tetas. ¿Te parece poco?

—¡Aaah! ¿Pero entonces besa bi…?

Le aprieto el brazo y bajo aún más la voz.

—Pues él debe de pensarse que sí, y supongo que habrá tenido un repentino cambio de opinión. Pero dudo que le dure mucho.

—¡Ay, madre! Para lo buen mago e inteligente que se supone que es, le faltan luces.

—Muchas. Y no me interesa en absoluto.

—¿De verdad? —Winnie no parece muy convencida—. Porque eso mismo dijiste de Stone y…

—¡Winnie! —grito, y acelero el paso hacia la mansión.

Nos ponemos a la cola como de costumbre, esperando a que nos sirvan las viscosas gachas de avena. Sin embargo, llega nuestro turno, la señora se me queda mirando, y luego desvía la mirada hacia un papel colgado en la pared.

—¿Eres Rhianna Blackwaters?

—Sí —respondo, mirando a Winnie. ¡No me digas que me han asignado más tareas en la cocina!

—Nos han pedido que te guardemos esto. —Se agacha y saca una bandeja con una tortilla francesa, cruasanes, *bagels* y fruta—. No sabía qué te gustaba, así que nos ha pedido que te guardemos un poco de todo.

—¿Quién? —El estómago me empieza a rugir al ver la buena pinta que tiene toda esa comida.

La mujer se inclina hacia delante.

—El señorito Kennedy —susurra.

No lo puedo evitar. Se me va la vista automáticamente hacia su asiento en medio del comedor. Está enredando con el teléfono, como siempre.

¿Qué narices le pasa hoy?

—Gracias, pero me quedo con las gachas.

—De eso nada —Winnie coge la bandeja y se dirige a sentarse.

—Winnie —digo cuando consigo alcanzarla—, no quiero aceptar nada suyo.

—No vas a rechazar el primer desayuno decente desde que llegaste. —Pilla el cruasán, lo unta de mantequilla y lo parte a la mitad—. Además, así lo compartes conmigo.

Me siento.

—No quiero darle alas.

—No creo que alguien como Tristan lo necesite.

—Winnie, se supone que estás de mi lado.

Mi amiga deja el cruasán justo cuando se lo va a meter en la boca. Se le ha quedado un poco de hojaldre pegado, pero no le digo nada todavía.

—Rhi, yo siempre estaré de tu lado. Siempre he te apoyado. ¿Que no quieres nada con Tristan Kennedy? Lo acepto. Estoy de acuerdo contigo, es un imbécil. —Baja el tono—. Pero si resulta ser otro de tus compañeros predestinados, entonces…

—No quiero saber nada.

—Vale, pero al menos vamos a disfrutar de la buena vida mientras podamos—. Me pasa la otra mitad del cruasán. Es una delicia. Podría acostumbrarme sin problema a comer así.

✳

A LO QUE no me acostumbraré es a tener a Tristan Kennedy hasta en la sopa. Me ha estado esperando a la salida del comedor después de desayunar, y también después de clase. A la hora de la comida, me tratan otra vez como una marquesa y me ofrecen lo mejorcito que

tienen, y me insiste en llevarme los libros cada cinco segundos. Yo procuro ignorarle, con la esperanza de que capte el mensaje.

Pero no, no lo capta. Erre que erre con lo mismo al día siguiente, y al otro, pese a que le ninguneo y hago como si no existiera, dejándole a veces hablando solo.

Desafortunadamente, por mucho que quiera ignorar esta situación, está siendo la comidilla de todos. Al principio, solo miraban raro a Tristan, pero ahora todo son cuchicheos cada vez que nos ven ir juntos. Y si la escuela entera se ha fijado, tampoco se le ha podido escapar a una persona en particular.

Sin embargo, en lugar de encararse conmigo como suele hacer, lleva a cabo su también habitual campaña de intimidación. Esta mañana las conejitas saltarinas pasan por nuestra ventana haciendo *footing* a todo volumen, hablando en voz especialmente alta sobre lo fea, estúpida y aburrida que soy. Cuando Tristan no está, me empujan o me ponen la zancadilla por los pasillos, mi chándal desaparece y me gano una reprimenda del entrenador, y también da la «casualidad» de que nunca llega el pedido con la comida de Pip.

Tristan cree que me está haciendo un favor acompañándome a todas partes, pero la cantidad de cardenales que me están saliendo sugieren más bien lo contrario.

Los ratos en los vestuarios son los peores. Summer no quiere que Tristan se entere de la que me tienen montada, pero como él no puede entrar —aunque me da la impresión de que está muy tentado —, Summer y su cuadrilla tienen vía libre para actuar sin consecuencias. Ya no hay más torturas ni intentos de hacerme daño físicamente. Parece que, desde que le rompí la nariz, Summer está siendo un poco más cauta conmigo. O quizá es tan simple como que teme que le vaya llorando a Tristan si me hace algo, y Summer le tiene pavor.

A finales de semana, me planteo seriamente faltar a Gimnasia, pero el entrenador es uno de los pocos profesores que me caen bien, y no podría soportar otra charla sobre lo decepcionado que está. Ignoro a Tristan y me armo de valor para lo que me tenga preparado hoy Summer.

Me huelo algo malo, porque cuando entro en los vestuarios, hay un silencio sepulcral, y me encuentro a una chica temblando.

Genial. Estoy pensando en darme la vuelta, pero ya tengo a Summer enfrente.

Es un pelín más alta que yo, y detesto tener que mirar hacia arriba al dirigirme a ella. La hace sentirse aún más superior.

—Anda, si es la zorra de la escuela.

Pongo los ojos en blanco. ¿En serio? Vale que he adquirido algo de experiencia sexual desde que llegué a la escuela —bueno, bastante, la verdad; últimamente he pasado casi todas las noches en la cabaña de Stone a escondidas, y por mucho que se queje de que tengo que ser más cuidadosa, no me ha rechazado—, pero eso Summer no lo sabe, y ella no es que sea precisamente la Virgen María.

—Me pregunto —dice con una sonrisa de oreja a oreja que me pone de los nervios— si tu nuevo admirador está al tanto de lo zorra que eres. —Vuelve la cabeza hacia sus sumisas, y asienten todas a la vez—. Creo que es nuestro deber contarle que le estás poniendo los cuernos.

Opto por hacerme la tonta. Casi siempre me funciona.

—No sé a qué te refieres.

—¡Oh! Sí que lo sabes, sí. Le tienes como a un títere por el embrujo que le hayas echado, pero no te conoce de verdad. No sabe lo que eres.

—Repito: no sé a qué te refieres.

Aysha rechista sarcástica por detrás.

—Creo que deberíamos contarle lo que Cindy te vio hacer anoche. —Se me hiela la sangre. Mierda. ¿Anoche? No pudo habernos visto, ¿no? Tuve mucho cuidado. Pero si me vio…

—Yo… Yo… —No se me ocurre ninguna excusa. Mierda, ¿por qué no nos hemos preparado para esto? Tendríamos que haber pensado en alguna coartada. Stone va a perder su trabajo. Peor, nos llevarán ante las autoridades y… Me estoy mareando.

La sonrisa burlona de Summer se vuelve depredadora.

—Se la estabas chupando a un friqui en la biblioteca.

—¿Qu-qué? —tartamudeo, perpleja. ¿En la biblioteca? ¿A un friqui?

—Y Chloe te vio antes entrar esa misma noche en la habitación de uno de esos friquis de la informática.

—Seguro que era el novio de su mejor amiga, Sum —grita Chloe.

Summer menea la cabeza fingiendo disgusto.

—Das asco, Cerdita. Te oí presumir con tu amiguita de haberte un trío en el baño.

—Y luego está ese tal Andrew al que se folló en su escritorio —interviene Aysha añadiendo más leña al fuego.

—Y yo la vi con uno de los de teatro follando en el prado, al aire libre, para que todo el mundo los viera.

Espero a que terminen. No importa un comino lo que digan o piensen de mí. Mientras no vayan propagando rumores sobre mí y un profesor en particular, que se inventen lo que quieran.

Aunque Winnie no está nada nada de acuerdo, y se indigna por mí.

—Todo eso es mentira, Summer, y todo el mundo lo terminará sabiendo.

—Winnie Wence —dice Summer toda inocente, con las manos en el pecho—. Siento mucho que tengas que enterarte así de la puñalada trapera de tu amiga y de lo guarra que es.

—Como mujer, ¿no te da vergüenza atacarla así sin fundamento?

Summer mueve la coleta y dice con la cabeza bien alta:

—Cerdita puede acostarse con quiera… Los tontos son ellos por arriesgarse a pillar una enfermedad porcina, es problema suyo. Pero ¿engañar? ¿Jugar a dos bandas? Creo que es justo que la gente lo sepa. No quiero que les haga daño.

¿Y lo dice ella, que estuvo acostándose a la vez con Tristan y Spencer?

—Díselo a quien te plazca. Me importa una mierda. Igual hasta me haces un favor —digo.

Summer debe de pensarse que voy de farol, porque no deja de sonreír. Pero lo digo muy en serio. Si le va con el chisme a Tristan, quizá me deje en paz. Al fin y al cabo, es un hipócrita arrogante. En

lo que respecta a las relaciones, tiene una doble moral: su novia debe serle fiel, mientras que él puede tirarse a quien le dé la gana.

Empujo a Summer para pasar e ir a mi taquilla, donde me encuentro de nuevo con que mi chándal ha desaparecido, y lo han sustituido por un mono de cerdito.

—Ya que estamos, ¿no preferirías regalarle un colgante que diga «gilipollas», con la «g» bien grande? —le suelta Winnie a Summer, y le tira a la cara el mono.

—¿Qué? —Summer arruga el entrecejo.

Winnie sacude la cabeza.

—Tenía el presentimiento de que iban a volver a las andadas —me dice en voz baja—, así que te he traído uno de repuesto. Es el mío del año pasado, y está un poco usado, pero…

—Es mucho mejor que otra charla. Gracias, Winnie. No sé por qué no se me había ocurrido a mí antes.

—Porque tenías la cabeza en otras cosas —dice dándome una palmadita en el hombro.

Tengo que reconocer que Summer y sus conejitas saltarinas son muy eficaces difundiendo cotilleos. De hecho, me pregunto si recurrirán a la magia, porque para cuando llego al gimnasio, todo el mundo parece estar ya hablando de mis hazañas sexuales, y Tristan está solo a un lado, con la mirada perdida.

Sí, todo esto es una verdadera putada, pero tal vez sea la solución a mis problemas con Tristan Kennedy.

26

Rhi

A LA MAÑANA SIGUIENTE, no nos despierta el repulsivo acoso de las conejitas saltarinas, sino el jolgorio que hay por el pasillo. Me doy la vuelta, saco el teléfono de debajo de la almohada y miro la hora.

—¡Mierda! ¡Son ya las siete y media, Winnie!

—¿Qué? —dice bostezando desde la litera superior—. ¿Hemos dormido tan profundamente que no hemos oído ni a las conejitas saltarinas hoy?

—Debe de ser. —Me bajo de la cama y, al salir al pasillo, entendemos que las conejitas no han salido a correr esta mañana. Tenemos dos sobres pegados en la puerta; parecen comunicados oficiales de la escuela, con texto dorado impreso en un papel grueso de lujo.

—¡Son las invitaciones para el baile! —Winnie da un gritito de alegría y me pasa la mía.

—¿Tanto jaleo por esto? —Abro el sobre y saco la tarjetita—. Si ya sabíamos la fecha.

—Aquí nos dan todos los detalles. —Winnie abre el suyo con mucho cuidado—. ¡Oh! Va a ser en el gran comedor. Barra libre y

música seguidos de un banquete, discursos, presentaciones y más música.

Winnie se aprieta la invitación contra el pecho y cierra los ojos.

—Va a ser alucinante.

—Si tú lo dices… —murmuro.

—¿Te acuerdas de lo que molaron la decoración y todo el despliegue de magia de la Noche de los Fundadores, Rhi? Pues no es nada comparado con esto. Va a ser algo fuera de serie. Seguramente nunca tengamos la oportunidad de volver a asistir a una fiesta así por el resto de nuestras vidas.

Yo no recuerdo precisamente la Noche de los Fundadores como algo maravilloso, y en cuanto a la decoración y todo el despliegue de magia, aparte de lo que hice yo, solo vi algunos de pasada en la sala común de Venus, y ya está. Nadie en los baños comunes parece tan escéptica o desinteresada como yo. En nuestro edificio no se habla de otra cosa, es bastante contagioso. De repente, todos han dejado de hablar de mí y ahora el único de tema de conversación es el baile.

Se tiran hablando de ello durante el desayuno y las clases prácticas, y aún tienen de qué hablar en el gimnasio al inicio de la clase. El entrenador no está para perder el tiempo con cotilleos, y les pone a todos firmes: manda callar y nos lleva al exterior para el entrenamiento de combate.

Miro a Winnie entusiasmada. Al haberse ido Spencer, no hay nadie para darme sesiones de entrenamiento individuales, y se me permite unirme al grupo.

Nos colocamos en círculo alrededor del entrenador, nos explica los movimientos que quiere que practiquemos, y luego nos mete prisa para que nos organicemos por parejas.

—Tened cuidado si os ponéis con Cerdita, chicos. Se rumorea que está contagiada de todo tipo de enfermedades de transmisión sexual.

—Clutton-Brock —reprende el entrenador—, cállese a menos quiera perderse esta sesión y pasarla haciendo *burpees*.

Summer niega con la cabeza y se agarra del brazo de Aysha.

Miro a Winnie.

—¿Nos ponemos juntas? —pregunto.

—¡Dios, sí! —Me coge del brazo—. Siempre me quedo de las últimas y me toca con uno de esos tíos enormes con los que nadie quiere ponerse.

—Así que no soy la única que está acostumbrada a comer colchoneta…

—Ah, no. Eso solo tú —sonríe—. A mí no se me da nada mal, Blackwaters.

Se coloca frente a mí en posición agachada, lista para atacar.

—¿Winnie? —digo un poco nerviosa, antes de que se tire a por mí de lleno.

Intentamos hacernos doblar las piernas la una a la otra, y enseguida me caigo al suelo con un ataque de risa y Winnie encima de mí.

—No te lo estás tomando en serio.

—No puedo —le digo, y me vengo haciéndole cosquillas en las axilas.

Empezamos las dos a rodar por el suelo desternillándonos, hasta que levantamos la vista y nos topamos con el entrenador.

—¿Les parece gracioso?

—No, entrenador —contestamos al unísono, conteniéndonos la risa.

—Esto es algo serio, chicas. No están aquí para divertirse. Bien… —Pone las manos en jarras—. Si no saben comportarse como adultas, las separo. —Intentamos replicar, pero levanta la mano cortándonos la palabra—. Wence, usted se pondrá con Malik. Y Blackwaters, usted vaya con Clutton-Brock. —Abro la boca para protestar, pero empieza a dar palmadas—. Vamos, deprisa.

Me uno desganada a Summer, que me está esperando en una colchoneta de brazos cruzados y con una expresión de deleite. Se creerá que es su oportunidad para darme una buena paliza, lo cual resulta gracioso teniendo en cuenta que fui yo quien le rompió la nariz la última vez que nos enfrentamos.

—Hola, Cerdita —sonríe maliciosa—. ¿Por qué no me enseñas lo que has aprendido? —Me indica con el índice que me acerque.

¡Pfff! ¡Qué ganas de tirarla al suelo y liarme a puñetazo limpio! Pero eso es lo que quiere, y encontrará la manera de usarlo en mi contra para que termine yo en el suelo.

Adopto mi semblante más aburrido, siguiendo el ejemplo de Tristan Kennedy.

—No me apetece, la verdad.

—¡Oh! —Hace un mohín—. ¿Nuestra Peppa Pig tiene miedo? No me extraña, eres tan floja y estás tan escuchimizada que te vuelas con el viento. —Se coloca sus impresionantes tetas como para enfatizar su comentario.

No puedo evitar mirarme a mí misma. Quizá su valoración habría sido acertada hace unos meses, pero ya no estoy tan palillo. Ahora tengo más de donde agarrar, y en gran parte es músculo, gracias a todas estas clases de Gimnasia.

—¿Qué tal la nariz, Summer? ¿Por fin has conseguido ponerla recta?

—Mi nariz está perfectamente. En cambio, a la tuya no le vendría mal algún arreglillo; te mejoraría la cara. De hecho, no sé por qué no te dejaste el hocico que te di. Te quedaba mucho mejor que la napia esa que tienes. —Se ríe sola de su propio chiste. ¡No puedo odiar más a esta tía!

—¡Chicas! —nos llama el entrenador desde el porche—. Déjense de cháchara y empiecen a practicar. —Nos miramos mutuamente, ninguna estamos dispuestas a ceder, y el entrenador viene hacia nosotras—. Blackwaters, hoy está acabando con mi paciencia. —Summer suelta una sonrisita—. Usted también, Clutton-Brock. Dejen de hablar y empiecen a pelear. Clutton-Brock, enséñeme un lanzamiento de hombro.

A Summer se le ilumina la cara y avanza sigilosamente hacia mí. Yo retrocedo, ni de broma voy a dejar que me haga eso. Esta tía ya se ha ensañado bastante conmigo.

El entrenador se lleva las manos a la cabeza, frustrado.

—¿Cómo van a aprender si ninguna de las dos pone de su parte para practicar?

—Dejaré que Winnie practique conmigo —digo, volviéndome hacia él. Summer aprovecha y se abalanza sobre mí, intentando

hacerme caer. Pero la he visto venir y me he girado a tiempo. Nos chocamos y nos agarramos de las camisetas, haciendo fuerza para tirar a la otra al suelo.

—¡Basta! —grita el entrenador—. ¡Fuera! ¡Las dos fuera! —Nos coge del brazo y nos lleva al campo de duelo—. Y ahora, tres vueltas enteras a la escuela.

—¡¿Tres?! —se queja Summer.

—Tres. Y no crean que no me daré cuenta si hacen trampa e intentan acortar. —Nos suelta y se da un golpecito en la cabeza—. Lo sé todo. ¡En marcha! No quiero verlas por aquí hasta que terminen sin aliento, empapadas en sudor y suplicándome perdón. ¡Vamos!

Para mi sorpresa, Summer lo acata sin rechistar y comienza a correr. Tal vez conoce muy bien al entrenador como para saber que no queda más remedio.

—¡Blackwaters! —gruñe el entrenador, y me pongo yo también a correr, a regañadientes. Odio admitir que Summer es mejor que yo en cualquier cosa, pero cuando se trata de correr, es cierto; es mejor que yo. Al ser mucho más alta, da unos pasos larguísimos, y también me supera con creces en la velocidad. Intento alcanzarla por orgullo, pero enseguida le pierdo la pista, y me quedo corriendo yo sola con mis pisadas y el latido de mi corazón como única compañía.

Hoy el día está nublado. El tiempo va cambiando, las pocas hojas rojizas que quedan en las ramas se mecen con el viento y los gansos sobrevuelan el cielo gris. Me recuerda a casa. Al cambio de estación. Ahora mismo, estaríamos encurtiendo y enlatando las verduras y las frutas recolectadas el mes anterior.

Me invade la melancolía, y me doy cuenta de que llevaba días, puede que incluso semanas, sin sentirme así. La escuela se está convirtiendo poco a poco en mi hogar. Bueno, quizá no la escuela en sí, sino la gente que cuenta para mí: Winnie, Trent, Stone, Azlan.

A lo mejor lo que echo de menos no es mi casa, a lo mejor es mi tía. Mis sentimientos hacia ella se han vuelto de lo más confusos. Cuanto más averiguo sobre mi pasado, sobre mi madre, más resentimiento guardo hacia mi tía. ¿Por qué no me contó nunca

estas cosas? ¿Por qué me dejó tan ignorante y expuesta? Pero esos sentimientos van siempre seguidos de culpa. Hizo todo lo que pudo. Lo dio todo cada día por mantenerme a salvo.

La echo mucho de menos. Quiero a Winnie infinito. Agradecí el consejo que me dio su abuela en nuestra breve visita. Pero no es lo mismo que mi tía. Me pregunto qué habría hecho ella en mi situación. Me pregunto qué pensaría de los dos hombres que son ahora mis compañeros. Me pregunto qué pensaría de los otros también. No recuerdo que ella tuviera a alguien especial en su vida, hombre o mujer. Otro sacrificio que hizo por mí.

Las hojas caídas de los árboles crujen bajo mis pisadas mientras corro entre los árboles en muda y la sombra, absorta en mis pensamientos.

Tan absorta que no la veo venir a por mí.

27

Rhi

Esta vez consigue derribarme, me golpea con una rama y me da manotazos en las piernas. Levanto las manos para defenderme, lista por si me salta encima. Pero no es tan tonta como para cometer ese mismo error. Imagino que le tiene mucho aprecio a su nariz.

Noto que se me ha enganchado la cadena en el cuello. Intento desenredarla, pero se rompe y el medallón sale volando y va a parar en las manos de Summer.

Me doy la vuelta y me coloco bocarriba, dedicándole una mirada asesina. Qué guapa es la jodía. No me creo que se nos haya ido todo tanto de las manos. Aunque bueno, sí que hay una razón. Tengo algo que Summer quiere desesperadamente: la atención de Tristan Kennedy.

—Si todo esto es por Tristan… —digo.

—No lo es —dice con voz de pito. Podrá ser una animadora estupenda, pero como actriz es pésima.

—No quiero pelearme por un tío. Es todo tuyo, para ti solita.

—No se trata de Tristan Kennedy —insiste.

—Entonces, Summer, ¿cuál es tu problema? Ya en serio. —La veo girar el medallón entre los dedos. Voy a intentar razonar con ella, y

si no funciona, le daré su merecido. Estoy harta de esta tía.

—¿Que cuál es mi problema? —Sujeta la cadena y deja el medallón colgando, girándolo hacia un lado y luego hacia el otro—. Tú. Tú eres mi problema, Cerdita.

—Pero ¿por qué? —pregunto, sintiendo cómo la ira y la exasperación me hierven en las entrañas—. ¿Qué te he hecho yo?

Su mirada se enciende.

—¿Aparte de romperme la nariz?

—Summer, ¡tú me transformaste la mía en un hocico! —Una nariz por otra, me parece bastante justo.

—No es solo eso. Es tu existencia. Tu presencia. No me gusta tu aspecto ni tu manera de actuar, y aún menos tu olor.

Para ser sinceros, ahí me ha pillado. Acabo de dar media vuelta a la escuela corriendo, la cara me chorrea de sudor y me apesta la camiseta. Seguro que debo de oler fatal.

Me pongo de pie y me sacudo las hojas secas que se me han quedado pegadas.

—Vale. No te gusto, no te caigo bien. ¿Podemos pasar página? Estaré encantada de ignorarte, de hacer todo lo posible por no mirarte o no hablarte nunca más. —Extiendo la mano—. Y ahora devuélveme mi collar. —Apuesto a que el entrenador nos está cronometrando. Si no nos ve pasar pronto por el gimnasio, vendrá a buscarnos, y ya ha perdido dos veces hoy la paciencia conmigo. Estoy procurando mantenerme alejada de los problemas, no meterme de lleno en ellos.

Se enrolla la cadena entre los dedos y sujeta fuerte el medallón.

—Sobre todo no soporto que seas el centro de atención de todo el mundo. No soporto cómo te miran, cómo hablan de ti…

—Hablan de mí porque tú vas difundiendo esos rumores absurdos.

Se le dibuja una sonrisa cándida, como la que a menudo usa con la doctora Johnson.

—No sé de qué me hablas.

—Antes de esos rumores, casi nadie sabía siquiera que yo existía.

—¡Pero él sí! —chilla. Se pone roja como un tomate en cuanto las palabras salen de su boca.

—No es mi culpa que me miré a mí en vez de a ti, Summer. Arréglatelas con él.

—Sí que es culpa tuya. Sé que has hecho algo, le has embrujado. —Sacude el medallón—. Le has lanzado un hechizo para enamorarle. Con esto, con un amuleto. —Se ríe—. Qué patética eres, Cerdita. ¿De verdad crees que no se iba a dar cuenta?

—Devuélvemelo, Summer.

—Ni de coña.

—No le he lanzado ningún hechizo. Si realmente quisiera seducirle, ¿no estaría con él en lugar de rechazarlo cada vez que he tenido la oportunidad? Usa un poco la lógica. ¿Por qué iba a hechizarle y luego a pasar de él? Tristan Kennedy no me interesa lo más mínimo.

Se queda pensativa, seguro que se está dando cuenta de que llevo razón. Pero entonces niega con la cabeza.

—Estás haciéndote la difícil. Quieres que todo el mundo piense que eres demasiado buena para Tristan Kennedy. ¡Ja! Estás muy equivocada.

—Que no le he hechizado. Y no es un amuleto, Summer.

—Esto es mágico, Cerdita. Lo sé, puedo sentirlo. Voy a enseñárselo. Voy a decirle lo que has estado haciendo. —Se queda mirando fijamente el medallón, con el brillo típico en los ojos que tiene cuando se le ocurre una idea.

—Es un relicario —digo—. Perteneció a mi madre. Devuélvemelo.

—¡No! Me lo quedo —sonríe, y según se lo cuelga del cuello, veo que ha cambiado de opinión. No tiene ninguna intención de contarle a Tristan su teoría sobre este «amuleto», no. Va a intentar usarlo ella misma para «hechizarle».

¡Esto es de traca! La dejaría ir con su juguetito si tanta ilusión le hace, pero ese medallón es mío. Salvo Pip, es la única conexión que me queda con mi tía, mi casa y mi madre. Y lo quiero de vuelta.

—¡Que me lo devuelvas! —Siento cómo esa magia oscura comienza a erizarse dentro de mí.

—No. —Me mira desafiante.

—No me calientes, Summer, o si no… —Levanto la mano, con esa magia siniestra crepitándome en los dedos, haciéndome oscuras

promesas.

—¿O si no qué? ¿Me vas a disparar? Adelante, Cerdita. Siempre amenazas con hacerlo, y llevo todo este tiempo esperando a que des el paso.

No aguanto más, ni la situación ni a ella. Verla con el medallón de mi tía colgado ya es el colmo. Puede llamarme por todos los motes que quiera, difundir rumores, incluso darme empujones… Yo tengo tan poco y ella tiene todo lo que se le antoja, y aun así tiene que arrebatarme lo único que me es preciado. Entonces se me ocurre algo. No es la primera vez que me quita algo de valor. Ahogo un gruñido, convencida ahora más que nunca de que fue ella.

—¿Secuestraste tú a mi cerdo?

—¿Secuestrar yo a tu cerdo? —Me mira divertida y se ríe—. Estaba intentando deshacerme de él. La escuela no es lugar para un cerdo maloliente. Te lo dije el día que nos conocimos. Te dije que me desharía de él.

—¡Serás zorra! —Le lanzo esa magia oscura sin darme cuenta de que lo estoy haciendo.

Summer se agacha y la magia se estrella contra un tronco detrás de ella. El árbol queda envuelto inmediatamente en una capa de oscuridad y la corteza del tronco comienza a crujir como si se estuviera quemando viva. Y entonces el árbol muere, totalmente seco y marchito.

Me quedo en estado de *shock*, estoy demasiado aturdida como para intentar apuntar a Summer una segunda vez.

—¿Qué narices…? —dice Summer, girando la cabeza hacia mí—. ¡Te vas a enterar! ¡Prepárate!

Se marcha corriendo, aún con mi medallón, pero tengo los ojos tan fijos en el árbol que me da igual.

Mi magia sigue envolviéndolo entero hasta pudrirlo, como si lo hubiera arrasado una enfermedad. Se balancea y retrocedo observando cómo se cae y se consume hasta quedar reducido a una montaña de cenizas.

Me miro los dedos. Ya no chisporrotean, están fríos como el hielo. Un miedo gélido se extiende por mi mano y el resto del cuerpo.

¿Eso lo he hecho yo?

28

Stone

—¡Blackwaters! —le lanzo un alarido cuando se presenta en mi clase como si no estuviera pasando nada fuera de lo común—. Tengo que hablar con usted. El resto abran los libros y pónganse a leer.

Me dirijo a mi despacho al fondo del aula, y los otros estudiantes nos miran boquiabiertos. Ya lo sé, probablemente no he estado muy lúcido, pero joder…

La semana pasada me las arreglé para mantener las manos quietas y alejadas de ella (al menos durante el día, ya que la muy atrevida ha estado viniendo a mi cabaña a hurtadillas casi todas las noches). Pero no ha sido nada fácil. Se me levantaba en casi todas las clases, y con el vínculo zumbando tan violentamente que en varias ocasiones he estado a punto de ordenar a los alumnos que salieran del aula solo para poder inclinarla sobre mi mesa y follarla.

Y ahora esto…

Me sigue contoneando las caderas y el culo con ese estilo suyo que casi me hace caer de rodillas. Luego cierro la puerta de golpe y agito los brazos para sellar el despacho con un conjuro de efecto inexpugnable.

—¿No deberíamos ser más discretos? —Se cruza de brazos y se me van los ojos directos al escote de su blusa. ¡Dios santo!—. Ya hay varios rumores circulando sobre mi reputación sexual, e invitarme a solas a tu despacho va a avivarlos todavía más. Hasta tal punto que la verdad podría salir a la luz —añade con el gesto torcido.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué van diciendo esas sandeces sobre ti?

—¿No les crees entonces? —Relaja los brazos—. Pensaba que me ibas a hacer un interrogatorio sobre mi vida sexual.

—Blackwaters, he visto lo que hay en tu mente. Lo sé todo sobre tu vida sexual.

—Tal vez soy más inteligente de lo que te crees. Tal vez te he estado facilitando solo lo que quiero veas.

Sonrío fanfarrón.

—No es así, y he estado acaparando una parte considerable de tu vida sexual. Estoy segurísimo de que aparte de Azlan, que está ahora en el oeste, no hay nadie más.

Me acerco a ella y me agarra del cuello de la camisa.

—Tiene usted mucha confianza en sí mismo, profesor.

—Sí, aunque…

—¿Aunque…?

—Me hirió que se la hubieras chupado a todo el equipo de duelo cuando todavía yo no he tenido ese honor.

Me pasa sus delicadas manos por el pecho y las baja hasta la cinturilla del pantalón. Ahora sí que me la ha puesto bien dura.

—Con que es un honor, ¿eh?

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y me inclino para susurrarle:

—Sería un gran honor correrme en esa boquita, Blackwaters. Hacer que te atragantes y ver cómo te lo tragas todo. No hay nada que me apetezca más que te arrodillaras aquí ahora mismo y que me dejaras follarte la boca.

Se estremece, y me contengo para no ponerla yo de rodillas.

Esta chica me ha trastocado por completo, ha alterado todo mi sentido común, lo ha corrompido. Al otro lado de la puerta hay un

aula llena de estudiantes propagando rumores lascivos sobre mi ella. ¿Acaso quiero empeorar las cosas? ¿Quiero que nuestra relación salga a la luz y que esté en el punto de mira del canciller? No, es demasiado peligroso.

Trago saliva.

—Esta noche —susurro, porque ella es mi debilidad, y no puedo resistirme a ella—. ¿Vas a venir a venir esta noche?

Deja escapar un gemidito, y a través del vínculo siento lo difícil que va a serle esperar. No es la única.

Le retiro las manos de mi camisa.

—¿Quién ha hecho correr esas gilipolleces? —pregunto.

—¿Los rumores? —Pone los ojos en blanco—. Pues quién va a ser, Summer.

Frunzo el ceño. Ya le he estado dando vueltas a cómo lidiar con esa bruja de Clutton-Brock. Voy a tener que ser sutil porque a la mínima le irá con cualquier cuento a su papi, y ya solo me faltaba tener conflictos con ellos.

Beso a Rhi en la boca y la acompaño a la puerta.

—Hasta luego —le digo, y vacila—. Señorita Blackwaters… —Entonces leo su mente y siento su preocupación—. ¿Qué tienes?

—Ha pasado algo.

Se la ve asustada, así que la cojo de las manos con una mirada tranquilizadora.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño con algo?

—Estoy bien.

Asiento.

—Entonces lo hablamos esta noche, ¿vale? —Le doy un beso en la frente.

De vuelta en el aula, libero cierta satisfacción al hacerle a Summer las preguntas más difíciles sobre el temario de alquimia avanzada. Por lo general, la chica adora ser el centro de atención y se regodea porque se cree que sabe más y que es mejor que los demás. Qué divertido es verla avergonzarse, incapaz de responder a ninguna pregunta.

Me satisface aún más poner los ojos en blanco y chasquear la lengua dándole a entender lo estúpida que es.

—En serio, señorita Clutton-Brock, es algo muy básico. —Winnie Wence arruga el entrecejo. Sabe claramente que no lo es—. La consideraba a usted más inteligente.

—Y lo soy. Es que…

—Pues está claro que no lo parece. —Finjo una expresión de lástima. Rhi se tapa la boca con la mano para disimular su sonrisa mientras el semblante de Summer se descompone—. Pero no se preocupe, le mandaré deberes extra que la ayudarán a ponerse al día.

Agito la mano y aparecen en su pupitre tres hojas de ejercicios. Summer los coge y echa un vistazo.

—Pero voy a tardar…

—Puedes dejármelos sobre mi mesa mañana por la mañana.

—¡Esta noche tengo ensayo con las animadoras!

—Entonces sospecho que hoy la tocará trasnochar. —Le lanzo una mirada viperina que la hace empequeñecer. Eso bastará para tenerla ocupada y así evitar que espíe a Rhi.

Al terminar la clase, Summer viene a mi mesa con los ejercicios. Me levanto con un bostezo, y me fijo en que Tristan Kennedy está merodeando fuera e intentando hablar con mi chica. Con esta ya va la quinta vez esta semana.

Vuelvo la mirada hacia Summer.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Clutton-Brock? —pregunto de brazos cruzados y sentado al borde de la mesa.

—No es justo. ¿Por qué soy la única a la que ha mandado deberes?

—Porque es la única que ha mostrado lagunas en ese tema.

La chica se ruboriza.

—Eso no es…

La miro muy serio.

—Me temo que sí. Se está quedando atrás. Quizá su puesto como líder de las animadoras está interfiriendo en sus estudios. Debería reunirme y exponérselo a la directora York.

—¡No! —pega un grito y se lleva los papeles al pecho—. Me pondré al día. Mañana le entrego los ejercicios, lo prometo.

—No esperaba menos de usted —sonrío, y se guarda los ejercicios en la mochila—. ¡Ah! Señorita Clutton-Brock.

Levanta la vista.

—¿Sí, profesor?

—He oído rumores de que algunos miembros del equipo de duelo y de las animadoras exigen a otros estudiantes que les hagan los deberes por ellos—. Se pone roja como un tomate y no puede seguir mirándome a los ojos. —Imagino que usted no será de uno de ellos, ¿verdad? —Niega despacio con la cabeza—. Porque yo sí que soy de esos profesores que se enteran de todo.

La chica es buena a la hora de ocultar sus pensamientos, pero tampoco es para tirar cohetes, ni nada que no pueda franquear fácilmente. No es algo que suela apetecerme. La chica es vanidosa, cruel y sosísima. Además, inmiscuirme en su mente me hace sentir sucio.

Hoy hago una excepción. Lo que me encuentro es una mente que hierve de celos.

29

Rhi

Me arrepiento de no haber aprovecho la ocasión para contarle a Stone lo de la magia escarlata. Estoy hecha un manojo de nervios, esperando a que surja una fuerza sobrenatural y me lleve lejos. Summer no va a guardar un secreto así. Lo usará en su beneficio, y como su objetivo siempre ha sido librarse de mí en la escuela, irá directa a ver a York con la historia de la magia escarlata. ¿Y cómo voy a negarlo con la montaña de cenizas del árbol como prueba sólida?

Debería habérselo contado a Stone. Si me detienen, si me llevan presa o lo que sea, pondré también en peligro a Stone y al hombre de negro.

Hago la cola del almuerzo con el piloto automático activado, camino sin ser consciente y disocio de lo que me está diciendo Winnie.

Si soy sincera, sé por qué no se lo he contado a Phoenix. Porque tengo miedo. Miedo de que, si descubre la verdad, de lo que soy capaz, ya no me mirará igual. Se arrepentirá de haber sellado el vínculo conmigo.

Me miro las manos de nuevo. ¿De qué se supone que soy capaz? Ni yo misma lo sé. Pero no creo que sea nada bueno, como tampoco lo creen Tristan, Spencer y, ahora también, Summer.

Es nuestro turno, y la mujer me entrega la ya habitual bandeja con un montón de opciones. Todos a mi alrededor están que trinan con las sobras que les han servido.

Miro la bandeja y gruño por dentro.

Está claro que el plan maestro de Summer ha surtido efecto y tiene a la escuela entera cotilleando sobre mí, pero no ha tenido el impacto como deseaba respecto a Tristan. Por una vez, probablemente estoy tan decepcionada como ella.

Intento devolverle la bandeja, pero Winnie me la arranca de las manos y se la lleva a nuestro sitio.

—Al aceptarla, lo único que consigo es crearme más enemigos —le digo—. ¿No has visto cómo me miraban?

—No es que seamos populares, Rhi. No tenemos muchos amigos que perder. ¿Qué más da si unos idiotas nos tienen envidia por nuestra comida *premium*? Eso deberían tratarlo con la escuela, no con nosotras.

Pincha una salchicha y le da un buen bocado. Un bocado con el que casi se atraganta cuando sus ojos se posan en algo detrás de mi cabeza. Me acuerdo de mi primer desayuno aquí, y por un momento, imagino que es Stone. A lo mejor se ha enterado de lo que pasó con Summer y viene a «dialogar».

Mi vínculo se tensa hacia él. Me arden las mejillas. Esa sensación de mis adentros es más fuerte que nunca cuando Stone anda cerca, ahora que ya hemos sellado el vínculo. Es… Es…

Hago una mueca.

Es Tristan.

—Rhianna.

Sopeso ignorarle, fingir que no he oído su voz, pero los ojos de Winnie están a punto de salírsele de la cara, y me doy cuenta de que se ha hecho el silencio en todo el gran comedor. Solo oigo su respiración, no cuela que no le oiga, sobre todo cuando me vuelve a llamar una segunda vez, más alto, y resonando en toda la sala.

—Rhianna.

Me armo de valor y me doy la vuelta. Casi tengo que mirar dos veces para creérmelo. Está cambiado. Incluso más guapo. Con el pelo peinado hacia atrás, afeitado, y con el nudo de la corbata bien hecho. ¡No me digas que hasta ha pulido los zapatos!

¿Qué está pasando aquí?

—¿S-sí? —murmuro, consciente de que todos los ojos están puestos en nosotros. De hecho, algunos se han levantado y se estiran para ver mejor, con la oreja puesta para oír cada palabra.

Les diría cuatro cosas, pero Tristan me coge las manos y me pone de pie.

Un murmullo recorre todo el comedor. La tensión se palpa en el ambiente.

Tristan Kennedy nunca se aventura en esta zona de las mesas. ¿Por qué iba a hacerlo si su sitio está en el centro, con los demás populares? Pero aquí está, con la plebe, los pringados, los perdedores, y está cogido de una de ellos. Y no una cualquiera. Cerdita. No me extraña que nadie pueda apartar la vista.

—¿Qué haces? —siseo, e intento soltarme pese a la electricidad que crepita entre nosotros.

—Rhianna Blackwaters —dice con sus ojos clavados en los míos, y proyectando la voz para que le oigan hasta los que están al fondo. Hago un gesto de dolor, esperando un golpe verbal o físico. Después todo, puede que el plan de Summer haya funcionado. A lo mejor ha venido a llamarme «zorra» delante de toda la escuela o a iniciar otro rumor inventado por él. O a lo mejor va a acusarme de haberle embrujado—. ¿Me concederías el honor de asistir conmigo al baile el próximo fin de semana? ¿Me concederías el honor de ser mi pareja?

Todo el comedor exclama estupefacto, incluida yo, y Winnie.

Miro a mi mejor amiga. Está tan sorprendida que se ha quedado con la salchicha colgando todavía de la boca.

—¿Rhianna? —me dice Tristan, y me vuelvo hacia él. ¿Lo dice en serio? ¿O es una broma de mal gusto?

Alguien en el comedor debe de pensarlo, porque se oye una fuerte carcajada entre los susurros.

Summer.

Se levanta de su asiento, agarrándose la tripa, riéndose lo más alto que puede. Las conejitas saltarinas y la mitad del equipo de duelo no tardan en unirse a ella, convencidos de que todo es una broma.

Tristan se enfada, y su mirada se endurece a medida que se extienden las risas por todo el comedor.

Le sujeto fuerte de las manos y lo llevo conmigo afuera.

Summer grita por detrás mientras cruzamos la puerta:

—¡Me parto! ¡Eso sí que ha sido un chiste de los buenos!

—¿Qué narices estás haciendo? —le reprocho a Tristan nada más salir al pasillo, lejos de todas las miradas y los oídos indiscretos.

—Invitarte al baile —dice simplemente, como si no fuera el mayor sinsentido que haya en su vida. ¿Invitarme a mí? ¿Delante de toda la escuela?

Me exaspera.

—¿Puedes parar ya? Me sigues como una lapa, me quieres llevar los libros, luego está lo de la comida… ¡Y ahora esto! Olvídame, Tristan.

—Hacemos una cosa: yo paro si tú te paras ahora y me hablas.

—No, no y no. —Me suelto las manos y echo a caminar. No le debo nada a Tristan Kennedy, y mucho menos mi atención, aunque mi cuerpo opine distinto y quiera brindarle toda mi atención.

—Mira que eres cabezota… —dice en ese tono aburrido tan irritante.

Me giro lista para hablarle sin pelos en la lengua, pero de repente el pasillo se llena de estudiantes —la mayoría nos habrán seguido aposta— que nos miran impacientes, como si fuéramos a pelearnos. No quiero alimentar los cotilleos más de lo que ya he hecho esta semana.

Me dirijo a la primera clase que veo vacía y hago una seña a Tristan para que me siga. Una vez dentro, echa el pestillo y bloquea la entrada con su enorme cuerpo. En qué momento he pensado que podría ser buena idea… Le apunto con el dedo.

—¡Sí, soy cabezota! Tristan Kennedy, da gracias de que no estoy siendo o haciendo algo peor, porque francamente te lo mereces.

La máscara de indiferencia se cae y atisbo algo de enfado en su mirada. Apenas dura, enseguida regresa esa sonrisa suya pasota.

—¿Por qué? ¿Por qué me lo merezco?

—Por el modo en que me has tratado.

—¿Y cómo te he tratado? Como a cualquier otra chica de esta escuela.

—¡Y una mierda!

—Estás enfadada porque no te recibí con los brazos abiertos. Porque no caí a tus pies ni te los besé. Porque no te confesé mi amor eterno desde que te vi por primera vez. —Resopla—. Deja que te diga una cosa, Blackwaters. Has leído demasiadas novelas románticas. Las cosas no funcionan así en la vida real.

—No, no es por eso. Es porque me has tratado como un trapo.

—¿Tú a mí me has tratado mejor?

—¿Me has dado alguna oportunidad?

Se apoya en la puerta de brazos cruzados.

—Solo porque mi primo…

—Esto no tiene nada que ver con él.

Se sacude el mechón que le ha caído a la cara y me mira.

—¿Crees que esto es lo que yo quería, cerdi, que mi pareja predestinada fuera una cualquiera? —Se ríe—. ¿Sin registrar? Ya viste cómo reaccionó mi familia con Azlan. Bueno, él ya era una causa perdida. Él no es el heredero en el que tienen puestas todas sus esperanzas. ¿Sabes lo furiosos que se van a poner cuando se enteren de lo mío?

Puede que estas palabras me hubiesen herido semanas atrás, pero las he oído tan a menudo que ahora casi no me afectan. Casi.

—Si ese es el caso, entonces ¿a qué viene todo lo de esta semana, Tristan? ¿Por qué me invitas al baile? No ha cambiado nada. Sigo siendo la misma. Sigo siendo esa chica sin registrar de los páramos. Sigo siendo una cualquiera. Tu familia no ha tenido ninguna epifanía ni ha perdonado mis pecados. Van a repudiarte de todas formas si… si…

—Si sello el vínculo —dice con una voz tan baja y profunda que me tiemblan las rodillas.

Le brillan los ojos, y solo de verlo siento que mi vínculo también comienza a brillar. Cierro los puños y me clavo las uñas hasta que me hago daño. Cada palabra que acabo de decirle es cierta.

Se estira y da un paso hacia mí, y agacha la cabeza de manera que nuestros ojos quedan al mismo nivel.

—Piglet —dice con un toque casi afectivo—, no estoy diciendo que tenga sentido. Lo que digo es que lo que siento por ti ha cambiado. Todo eso ya no me importa. Mi familia, la escuela, el país entero… No me importa lo que piensen. Te deseo a ti. Quiero hacerte mía.

Sacudo la cabeza. Estoy hecha un verdadero lío. Me está enredando con su labia. Seguro que me está mintiendo. No puede ser verdad lo que me está diciendo. Una acción vale más que mil palabras, y sus acciones ya me han dicho todo lo que necesitaba saber.

A la mierda el vínculo. A la mierda la manera en que hace que me tiemblen las piernas y mi pulso se acelere.

Spencer. Barone. Tristan. Lo que han hecho. Cómo me han tratado. Debería quererlos lo más lejos posible.

—Demasiado tarde, Tristan…

—No…

Levanto la mano.

—Sí lo es. Me merezco a alguien mejor que tú, a alguien que vea más allá de su ombligo privilegiado y que me vea por lo que realmente soy, no por quien se pensaba que era. Así que déjame en paz, ¿vale?

Se endereza y tensa la mandíbula.

—No puedo.

—Pues vas a tener que hacerlo. —Le aparto para abrir la puerta, ignorando el hormigueo que me provoca en la piel al rozarnos.

30

Rhi

Winnie me ve salir al pasillo y se abre paso a empujones entre el enjambre de alumnos.

—¿Estás bien? —me pregunta, y enlaza su brazo al mío.

—De maravilla.

Me mira a la cara, y luego a la gente a nuestro alrededor, desesperados por escuchar la conversación.

—¿Quieres que vayamos a hablar a un sitio más tranquilo?

—¿Y llegar tarde a la clase de Estrategia de Batalla y Teoría?

Winnie hace un mohín, y sé exactamente en qué está pensando.

Summer también asiste a esa clase.

Que Tristan esté tan centrado en mí la ha hecho patinar, cuesta abajo y sin frenos. ¿Pero esto? Con esto se le irá pinza por completo. Todo el mundo en la escuela sabe que Tristan debería haberla invitado a ella. Como Spencer se ha ido, es evidente que le elegirán a él como capitán del equipo de duelo. Y cuando se trata de bailes y pijadas por el estilo, el capitán siempre invita a la líder de las animadoras. Está escrito en una especie de ley de chicas guapas.

Pero me lo ha pedido a mí, no a ella. A mí, la chica más odiada. La chica a la que todos desprecian. Sobre todo Summer Clutton-

Brock.

Está siendo un trago muy amargo para ella, y no tardará en escupírmelo a la cara. Sí, va a hacer de mi vida un infierno. Y empezará por delatarme.

—Podríamos saltárnosla —sugiere Winnie un tanto insegura— o decir que nos ha venido la regla y tenemos dolor de ovarios.

—¿Las dos a la vez?

—Las compañeras de habitación sincronizan sus ciclos.

—Sí, seguro que el viejo Browne está al día de ese tema. —Pongo los ojos en blanco—. Van a cotillear sobre mí tanto si estoy presente como si no. No me da vergüenza… ni miedo —añado, aunque no es del todo cierto. Puede que no me dé miedo Summer, pero sí lo que está por llegar. Por un instante, considero el plan de Winnie, si sería mejor fingir que me ha venido la regla e ir a buscar a Stone.

Winnie me mira de reojo.

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué te refieres? —digo con un nudo en el estómago.

—Después de haberos marchado del comedor —susurra.

Me encojo de hombros.

—Quiere invitarme al baile.

—Porque… —me intenta sonsacar.

—Estoy buenísima y soy guapa e irresistible, obvio —respondo sarcástica.

—Obvio. Eso te lo llevo diciendo semanas —sonrío—. ¡Recórcholis, Rhi! ¡Tienes a Tristan Kennedy coladito!

—¡¿Recórcholis?! —Me río.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Que qué le he dicho? Pues que no, evidentemente.

—¡Nooo! —chilla, y varias cabezas se vuelven hacia nosotras.

—¡Shhh! ¿Qué esperabas? Me ha tratado fatal y…

—Es Tristan Kennedy, y te ha invitado al baile.

—Me da igual quién sea, Winnie. ¿De verdad habrías dicho que sí en mi lugar?

Se lo piensa, y niega con la cabeza.

—Me habría muerto de miedo. Dudo que alguien como Tristan Kennedy se tome bien un «no» por respuesta, pero habría rechazado su invitación.

—Exacto.

Estoy segura de que ahora considerarán aún más que estoy como un cencerro, pero para mí es una de las decisiones más lógicas que he tomado. Aunque Winnie tiene razón. Tristan no va a quedarse indiferente ante mi negativa. No sé cómo reaccionará. Se me vienen a la mente algunas de sus palabras, y el vínculo se resiente. No me gusta guardarle secretos a mi mejor amiga. Hay algunos que me cuestan admitírmelos a mí misma, pero este tengo que contárselo.

—Winnie —le digo más de cerca cuando casi hemos llegado a clase, para que no nos oigan los otros estudiantes que también van de camino—, la verdad es que no me ha invitado por ser guapa e increíble.

—¿Eing?

—La razón por la que quiere invitarme al baile… —Winnie se detiene y me mira a los ojos—. Él también lo siente. —Bajo tanto la voz que casi ni me oigo—. El tirón por dentro.

Por una vez, no parece impactada. No se queda ojiplática, no palidece ni se desmaya. De hecho, asiente como si en cierto modo se lo esperase.

—Me lo olía.

—¿Cómo?

—El beso. Su comportamiento últimamente. Tristan Kennedy nunca había mostrado interés por nada ni nadie. Tenía que ser algo más que un simple encaprichamiento.

—Sí… —¿Acaso no me lo ha dicho ya él?: todo esto es cosa del destino, no soy el tipo de chica que él mismo elegiría.

31

Tristan

La estoy cagando. Yo nunca la cago. Toda mi vida he sido un estudiante de sobresaliente, el mejor de mi año, un deportista icónico. Nunca he fracasado en nada. Siempre he tenido éxito en todo, y siempre he conseguido lo que quiero.

Y lo que quiero ahora mismo más que nada es a Rhianna Blackwaters.

Me siento en la mesa más cercana y me paso la mano por la cara. No debería ser tan complicado. Es mi pareja predestinada. Vale, también la de mi primo, pero no es algo incompatible. No debería impedirla caer a mis pies. Caer en mis brazos. Caer en mi cama. Justo donde la quiero.

Me restriego la mano aún más fuerte, arañándome con el anillo familiar. Observo el escudo gravado en el baño de oro.

Ella lleva razón. No debería haberme importado lo que mi familia ni nadie pensara. Bueno, ahora ya no me importa. Ya sé lo que está por llegar. Es solo cuestión de tiempo que mi padre se entere de mi interés por la chica y me haga ir a hablar con él. Me la suda. Me da más miedo no tenerla a ella nunca que enfrentarme a él.

Me quito el anillo de mala leche. Que me llame si quiere. Que vaya echando pestes de mí. Que me deje un ojo morado. No va a cambiar cómo me siento.

Ni que eso importara. Porque mis sentimientos a ella no le importan, y los esfuerzos que he estado haciendo esta semana no han supuesto ninguna diferencia. Es más, lo único que han hecho es que Summer enloquezca y pregone unos rumores ridículos sobre ella. Joder, se van a creer que se ha acostado con media escuela.

Resoplo y doy un zapatazo en el suelo. Que se ha acostado con media escuela, pero conmigo no.

Tengo que cambiar de estrategia.

Echo un vistazo al pasillo. No soporto a los parásitos de esta escuela. No soporto la manera en que hablan de ella. Les haría papilla a todos.

Exhalo. Eso no ayudará.

Salgo, con la cabeza bien alta, con desaire y mirando con desprecio, como si no me importara una mierda lo que acaba de suceder, ajeno a lo que están diciendo sobre mí.

Estoy bajando por las escaleras hacia el vestíbulo cuando veo que Summer me está esperando ahí. ¡Arg! Podría hacerme el longuis y perderme entre la muchedumbre, pero ya me ha visto, y no hay escapatoria.

Me espera con esa sonrisa falsa ya integrada en su cara, rodeada por su grupo de amigas.

Sigo caminando, con la cabeza gacha, cruzando los dedos para poder pasar de largo. Imposible. Summer se planta delante de mí y se echa a reír; las otras chicas la imitan y se ríen también. Por un momento, creo que se están burlando de mí, y no puedo evitar mosquearme. Entonces Summer posa una mano en mi pecho y dice:

—¡Dios, Tristan! ¡Qué chistoso eres! ¡Ha sido para morirse de risa!

Habla a voces para asegurarse de que todo el mundo la oye.

Adopto una expresión más neutra. No puedo perder el tiempo ahora con las tonterías de Summer, pero tampoco me conviene discutir con ella. Tan solo quiero llegar a mi refugio, a mi habitación.

—Ya te vale hacerle creer a Cerdita que la vas a invitar de verdad al baile —continúa—. Debe de haberse meado en las bragas de la emoción. Aunque lo más divertido va a ser cuando descubra que no lo decías en serio.

—Sí lo he dicho en serio —digo por lo bajo, pero Summer se vuelve a reír.

—Estábamos hablando sobre no ir en parejas al baile. Estaría feo por Spencer. Hemos pensado que lo mejor sería ir en grupo, el equipo de duelo y el de las animadoras, todos juntos. Molaría, y podríamos hacer una gran entrada triunfal.

—Yo voy a ir con Rhianna Blackwaters —digo fríamente, aunque ella no haya aceptado. Terminará haciéndolo. Encontraré la manera de convencerla. Solo es cuestión de tiempo.

—Pero eso es solo de coña —dice Summer con voz tensa, y su sonrisa comienza a desdibujarse.

—No lo es.

Me apunta con un dedo en el pecho y baja la voz. Sus amigas hacen como que miran a otro lado y empiezan a charlar entre ellas.

—¿Tú estás loco o qué te pasa? ¿En serio vas a invitar a esa en lugar de a mí? —sisea—. Eres Tristan Kennedy. Eres el capitán del equipo de duelo. Y yo soy la líder de las animadoras. ¡Se supone que tenemos que ir juntos!

—Me da igual.

La miro impasible, y ella me devuelve una mirada llena de ira. Luego mira a su alrededor.

—¿Podemos hablar de esto en un sitio más privado? ¿Vamos a mi cuarto? ¿O a la sala común?

—No.

—No sabes cómo es ella en realidad. Deberías haber visto lo que me ha hecho hoy, Tristan Kennedy. Me ha disparado magia escar…

La agarro del brazo y la arrastro hacia la puerta más cercana. Resulta ser el baño de las chicas, y se nos quedan mirando horrorizadas y gritando.

—¡Largo! —grito, y salen corriendo como ratoncillos asustados. Doy un portazo y me dirijo a Summer—. A ver, cuéntame.

Mueve la melena coqueta.

—El entrenador nos ha mandado dar unas vueltas en la clase de hoy, y Rhianna me ha atacado cuando pasábamos entre los árboles.

—¿Por qué?

—Porque es una zorra.

Pierdo la poca paciencia que me quedaba. Me sale humo por las orejas. No si se lo está inventando, pero parece asustada de verdad. Bien, quizá así deje en paz a Rhi de una vez.

—¿Por qué te atacó, Summer?

—Porque me odia. Porque tiene celos de mí. Sabe lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —me mofo—. No hay nada «nuestro».

—Tristan —dice con lágrimas de cocodrilo. No lo soporto más.

—¿Qué ha pasado?

Summer se sorbe los mocos y me dedica una mirada inocente que seguramente lleve perfeccionando toda su vida.

—Me disparó magia escarlata, Tristan. Fue directa a por mí. ¡Magia escarlata! Esa tía es peligrosa. Quién sabe qué será lo siguiente. Si su magia me llega a alcanzar… —Se sorbe de nuevo—. Está para encerrarla.

Me pitan los oídos y se me ponen los pelos de punta.

—¿A quién se lo has contado, Summer?

La inocencia se desvanece y da paso a una sonrisa. La sonrisa de quien cree que ha ganado.

—A nadie… todavía. Supongo que ahora me dirás que no se lo cuente a nadie. —La miro con recelo—. No lo contaré si a cambio tú no la invitas al baile. No es buena idea, Tristan. Podría hacerte daño.

Pienso en el dolor punzante que ya reside en mi cuerpo. Rhianna Blackwaters me ha causado más daño que el que Summer podría imaginar.

—No voy a aceptar ese trato, Summer.

Deja de sonreír.

—Pero ¿por qué? —dice altiva—. Ni siquiera es guapa. No tiene familia, dinero ni amigos. ¡Y huele a caca de cerdo!

—Sí es guapa.

—Te ha hechizado, Tristan. Con alguna poción… o con un amuleto. Pero no lo ves. —Da un paso hacia mí—. Puedo ayudarte. Puedo ayudarte a romper el hechizo.

—No hay ningún hechizo ni nada por el estilo.

—Es peligrosa. Te ha embrujado…

No oigo el resto de la frase. Cerdita me ha hechizado, solo que no del modo que Summer piensa. No lo ha logrado ningún conjuro, ningún amuleto, ninguna poción. Y, aun así, me tiene totalmente hechizado.

—Se lo voy a decir a York. —Me saca de mi ensoñación—. Lo de la magia escarlata.

—Ni se te ocurra —ordeno con firmeza.

—No puedes impedírmelo, Tristan Kennedy. —Se sacude la melena y camina hacia la puerta.

—Sí que puedo. —Le bloqueo el paso, a la defensiva—. Lo digo muy en serio, Summer. Esta chica es importante para mí. Si le cuentas a alguien lo sucedido, si la haces daño una vez más, te mato.

—¿Vas a matarme? Sí, claro. —La agarro de nuevo, y la aprieto tanto que se sobrecoge e intenta liberarse.—. Me haces daño, suéltame.

—Y te puedo hacer muchísimo más si dices una sola palabra, Summer. Te lo juro. —Con la mano que tengo libre, invoco un viejo conjuro en el aire. Uno que hicimos Spencer y yo hace mucho tiempo. Una promesa vinculante—. ¿Y ahora? ¿Me lo prometes? —La magia centellea a la espera de su respuesta. La zarandeo para que le quede claro—. ¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

El terror inunda su mirada cuando entiende que no estoy bromeando. La mataré.

—L-l-l-o prometo. —dice. La magia emite un destello, y la promesa queda sellada.

—Bien. —La dejo ir, y sale por patas como las chicas de antes—. Y, Summer —añado mientras abre la puerta—, has comprendido lo que era, ¿no? Así que no te pases de lista. Me enteraré si has roto la promesa —gruño—. Y tú también.

Cuando se va, cruzo el pasillo a zancadas y subo a mi habitación, con el corazón saliéndoseme del pecho, con la imagen de esa promesa aún fresca. Entro directo al escritorio, abro el cajón superior y saco un porro de mi alijo perfectamente ordenado junto a

los lápices. Me lo llevo a la nariz y lo huelo. Lo vuelvo a poner en su sitio y pruebo otro, y otro más, hasta que elijo uno que me satisfaga.

Me lo enciendo con la otra mano. Me lo llevo a los labios y doy una pequeña calada. Dos. Tres. Hasta que arranca en condiciones. El olor a maría flota por el ambiente y me empieza a colocar antes incluso de empezarlo. Fumo muchísimo, pero no puedo evitarlo. Me siento fatal. Siento un nudo en el estómago constante, y el cuerpo me duele como si tuviera la gripe. Los porros ayudan a paliarlo.

Me hundo en la silla y me mezo con los ojos cerrados, tragándome el humo, con la imagen de Cerdita bailando en mi retina.

Saco uno de los lápices del cajón y compruebo la punta. No está muy afilado, y me paso un minuto sacándole punta, sin soltar el porro de la boca. Después rebusco entre los papeles del cajón hasta que encuentro mi cuaderno. Lo abro y miro el boceto. Ya está casi terminado. Tengo la estructura de la cara, la forma de los ojos y de los labios. Doy una larga calada al porro y lo apoyo en el cenicero. Doy vueltas al lápiz con los ojos fijos en esa cara, y difumino con los dedos las líneas de los pómulos, para aportar sombra y profundidad.

Parece magia, como si estuviera tocando su verdadero pómulo. Suave, aterciopelado. Toco los labios, recordando la sensación de tenerlos presionados contra los míos.

Joder, la deseo tanto que se está volviendo algo insoportable.

Se me levanta solo de pensar en ella. De pensar en cómo su cuerpo se estremecía debajo del mío. De pensar en cómo se frotaba conmigo.

¡Joder!

Me meto la mano en el pantalón de chándal y me agarro la polla, dura. Imagino cómo podría haber terminado aquello, en el prado, lo bien que habría terminado. Ella abriéndose de piernas, y yo metiéndome bajo su falda para quitarle las bragas. Imagino lo mojadita que estaría, gimoteando y frotándose contra mis dedos; cómo le mordisquearía el cuello; cómo le diría que se quedara quieta y que me dejara penetrarla. A pelo, sin condón, sintiéndola toda.

Suelto un quejido y me masturbo imaginándomelo. Imaginando cómo jadearía ella pidiéndome más, cómo se correría contrayéndose contra mi polla.

¡Joder!

Abro los ojos y me quedo mirando su cara. Sus ojos estarían llenos de lujuria; la piel, sonrosada por el orgasmo; los labios, hinchados por mis besos.

La follaría aún más duro.

Y después me correría dentro de su precioso, apretadito y dulce coño.

Gimo. Me corro con la polla en la mano, y el semen me salpica en la pierna.

Tiro el cuaderno al suelo e inclino la cabeza hacia atrás. Por un momento, me siento tranquilo, nadando en los efectos soñolientos del orgasmo y del porro.

Literalmente, me dura un minuto. Después vuelven a inundarme la vergüenza, el odio, la frustración y la desesperación. Como la ola de un maremoto, me golpean tan fuerte que casi me caigo de la silla.

No aguanto más.

Agito la mano para limpiarme, e intento con todas mis fuerzas no imaginármela lamiéndomelo.

Apago el porro y me pongo de pie. Necesito volver a verla.

✳

A ESTAS ALTURAS ya sabe cómo mantener la habitación cerrada con magia, así que no hay ninguna posibilidad de poder entrar a hurtadillas, de verla mientras duerme, y me quedo fuera en la oscuridad. Es patético. Cualquier que me viese, se reiría de mí. Si es que consigue creérselo. ¿Tristan Kennedy mendigando amor en la puerta de una chica como un perrito abandonado? Normalmente es al revés, son las chicas las que mendigan en la mía.

No sé si me importa. El dolor de estómago es menos intenso si estoy cerca de ella, aunque haya una puñetera pared separándonos.

Mi cuerpo —probablemente el destino también— me quiere cerca de ella, y es muy difícil resistirse a esa atracción.

De modo que aquí estoy esperando, ansioso por oír un susurro de su voz, mirando por la ventana.

Es obsesivo. Quizá es un rasgo mío que desconocía y que nadie sospecha.

Por una vez, mi obsesión y mi paciencia se ven recompensadas: se abre la puerta y sale apresurada, con las manos en los bolsillos de la cazadora, con la capucha de la sudadera echada y con su cerdo trotando a su lado.

Se gira para decir algo a su compañera, y luego sale del edificio mirando a todas partes.

Camina rápido y toma un sendero serpenteante e inusual. No tiene mucho sentido. ¿Estará paseando al cerdo? Nunca lo ha hecho antes. Al animal se le ve contento saliendo al pequeño trozo de césped bajo la ventana.

Me acerco un poco más y vuelve la cabeza entrecerrando los ojos, pero no se detiene ni me desafía. Está en las nubes. Justo cuando pienso que a regresar y considero interceptarla, da un repentino giro a la izquierda, por detrás del edificio de los laboratorios, y cruza el camino trasero del prado.

El prado. ¿Por qué se dirige al prado a estas horas de la noche? ¿Para dejar que corra el cerdo libremente por el campo? Es cierto que ha ganado tripita estas últimas semanas, pero no tiene pinta de gustarle el ejercicio.

Al final del prado, vacila, mira a su alrededor otra vez. Cuando se asegura de que no hay nadie, atraviesa la zona arbolada y baja pendiente donde la besé hasta llegar a otro prado…

Me detengo.

¿Qué co…?

La cabaña de Stone. Ahí está él, en el porche. ¿La está esperando? ¿Sabía que venía?

Habrán quedado para hablar de mi primo. Le han ordenado que acompañe a Spencer al frente. Estará fuera unos días. Tal vez semanas. Quizá el profesor tenga un mensaje de su amigo para ella.

Cuando llega a los escalones de la cabaña, el profesor la sonríe… No con su habitual sonrisa sardónica, sino una natural, incluso feliz. Una expresión que nunca le he visto, creo. Rhi los sube corriendo, con el cerdo rezagado tras ella, y cae directa en los brazos del profesor.

No puede ser real. ¿Estoy teniendo alucinaciones?

Me quedo ahí observando, bajo el cielo estrellado, demasiado petrificado como para moverme, y el colmo es cuando el profesor abraza a mi pareja predestinada y la besa en la boca. Después la coge en brazos y la lleva dentro.

Nunca pensé que se me pudiera venir encima el mundo de esta manera.

¿Qué cojones acabo de presenciar?

Subo corriendo los escalones de la cabaña, sin recapacitar, y abro la puerta de golpe. Les pillo infraganti, y me miran horrorizados; Stone rodeándole a Rhi la cintura con la mano, y ella aferrada a la camisa de él.

—¡Tristan! —grita ella.

La aparto para cargar contra el profesor. Le golpeo, pero se agacha y solo le rozo el pómulo.

—¡Azlan es tu mejor amigo! ¡Serás cabrón! ¡Es tu mejor amigo!

Le agarro de la camisa y le meto otro puñetazo.

—¡No! ¡Para! —chilla Rhianna, que intenta separarme, en vano.

—Todo el mundo llamándote zorra —siseo, fijando mi rabia en la cara del profesor— y yo que pensaba que era una trola, rumores absurdos inventados por Summer… Pero al final resulta que te estás acostando con…

—Suéltame ahora mismo, Kennedy —gruñe el profesor—, o te rompo el cuello.

La rabia me abrasa todo el cuerpo, el vínculo del estómago vibra violento. Debería matarle. Acribillarle y hacerle mil pedazos.

Con la chica de su amigo… La pareja de su mejor amigo. Una estudiante. Este tío está enfermo, qué calaña más perversa…

Debería matarle por atreverse a ponerle un dedo encima.

Le suelto la camisa y doy un paso atrás. No necesito matarle, basta con destrozarle la vida.

—Pienso contárselo a York —digo firme. Y también se lo voy a contar a Azlan.

—Tristan, no —suplica Cerdita, intentando sujetarme del brazo otra vez—. Tú no lo entiendes.

—¡Oh, sí! Lo entiendo perfectamente. —Fulmino con la mirada al profesor, que permanece de inexpresivo.

—Kennedy, te lo advierto.

Sonrío malvado, la despego de mi brazo y salgo corriendo hacia la oscuridad de la noche, hacia las sombras.

32

Rhi

—¡Tenemos que detenerle! —Grito mientras cruzo la puerta.

—¡Rhi! —me llama Stone, pero ya he salido tras la pista de Tristan Kennedy.

Todo está muy oscuro y no le veo, por mucho que aguce la vista y que lance destellos de luz; pero le siento, siento ese tirón hacia él desde mis entrañas. ¿Por qué no le he sentido antes? Venía siguiéndome. Porque estaba en mi mundo, preocupada por la conversación que iba a mantener con Stone, y he descuidado mi vigilancia durante el camino. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

Dejo que esa sensación de mi interior me guíe colina arriba, entre los árboles, hacia el prado iluminado por las estrellas. Hay tanta claridad que alcanzo a ver cada brizna de hierba. Aunque no hay rastro de Tristan Kennedy.

—¡Sé que estás ahí! —grito al vacío y corriendo hacia él—. ¡Te siento!

Siento que se para, y yo hago lo mismo. Le siento cerquísima, pero solo veo la hierba y las flores dormidas que se mueven ligeramente con la brisa. Entonces aparece poco a poco justo frente

a mí; una silueta translúcida al principio y luego cada vez más sólida, hasta que aparece él, entero.

Lo miro atónita.

—¿Y qué sientes? —dice, con los ojos desbordantes de ira—. ¿Una atracción? ¿Una atracción que estás decidida a ignorar?

—¿Qué? ¿Cómo…? —Entonces caigo en la cuenta, estupefacta—. ¡Fuiste tú! ¡En el bosque! ¡Fuiste tú quien me atacaste! Y también fuiste tú… quien me salvó del hombre bestia.

Me mira sin decir palabra.

Vacilo. Me salvó. Pero también me atacó. El corazón me va a mil por hora. Estoy sin aliento por perseguirle. También confusa. Tengo ganas de llorar.

Pero ¿qué conseguiría con eso? No puedo consentir que Tristan nos delate a Stone y a mí. Tengo que persuadirlo de que no lo haga, lo que implica contarle más detalles de los que me apetecería. Pese a todas sus confesiones de esta semana, no me fío de él. Y ahora con más razón aún. ¡Fue él quien me atacó en el bosque! Fue él quien se coló en mi habitación…

También fue quien me salvó del hombre bestia.

—No puedes contarle a York lo mío con Stone.

—¿Ah, no?

Nunca le había visto tan enfadado; tiene todo el cuerpo en tensión, y su magia le rodea como una nube a punto de descargar una tormenta.

—No, porque no estoy engañando a Azlan. Él está al corriente.

—Sí, claro…

—Tristan, te lo digo de verdad. Stone… —Revelarle todo nos va a complicar la situación, pero no permitir que se lo diga a York. Porque si Summer también ha ido a contarle milongas, irá directa al canciller, y entonces estaremos en peligro los tres—. Stone…

—¡Stone qué! Habla, Cerdita, estoy como loco por escuchar tu pretexto, por oír cómo te has convencido a ti misma de que lo que estás haciendo con ese imbécil es…

—¡Stone es mi pareja predestinada, Tristan! —Da un paso atrás, y recibe mi respuesta como una bofetada.

—No. —Niega con la cabeza, como si hubiera visto un fantasma —. No es cierto. Me estás mintiendo.

—¡No te estoy mintiendo! —Me acerco a él, y me da un pinchazo en el vínculo—. Conoces bien a tu primo y a Stone. Son superíntimos, amigos del alma. ¿En serio crees que Phoenix actuaría a sus espaldas y…?

—No pueden serlo los dos.

—Tristan —digo amablemente, aunque no se lo merezca—, lo son. Por eso no puedes contárselo a York. Si descubre la verdad… si se lo dice al canciller…

Me mira pensativo, y casi hasta puedo ver cómo le dan vueltas los engranajes en el cerebro mientras deduce las consecuencias.

—¿Quién coño eres, Rhianna Blackwaters?

La pregunta me sienta como un jarro de agua fría. ¿Quién soy? Se me llenan los ojos de lágrimas.

—No lo sé —susurro—. No lo sé.

Ve que se me cae una lágrima y su semblante parece reblandecerse, pero enseguida vuelve a tensar los hombros.

—¿Esta es la razón por que no me quieres, por la que reniegas la conexión entre nosotros dos?

—No hay ninguna…

—¿Entonces por qué me has seguido hasta aquí, Rhianna? —Me mira de arriba abajo, y no digo nada—. Claro, como ya tienes a tus dos compañeros, vas a rechazar al tercero. ¿No te das cuenta de lo raro que es esto, de lo que podría significar?

—Me da igual lo que signifique.

—Claro, dos ya es suficiente, y te sacian bien…

—¡Joder, Tristan! ¡Yo qué iba a saber!

—Esa es la razón por la que rehúyes de nuestra conexión.

—No lo es, y lo sabes. Ya te lo dije. Me has tratado fatal. ¡Venga ya, si tú mismo me dijiste que te repugnaba y que habías luchado contra esto con todas tus fuerzas!

—También te dije que eso era antes.

—Y yo que te dije que es demasiado tarde.

Baja los hombros y mira al suelo. Por primera vez en la historia, miro a Tristan y veo derrota. Derrota y una profunda tristeza.

Mi vínculo se tensa aún más hacia él, queriendo que le consuele, que le envuelva en un brazo y le perdone. Pero no puedo.

—¿Se lo vas a contar a York? —digo con voz suave.

Clava los ojos en sus zapatos.

—Sabes que no sería capaz de contárselo. También me he asegurado de que Summer no se chive de vuestro pequeño incidente en el bosque. —Me quedo en *shock*, y él levanta la cabeza y me mira a los ojos—. Te guste o no, Rhianna Blackwaters, el destino ha determinado involucrarme en todo esto. Igual que a Azlan y a Stone.

✳

Stone está esperándome en la zona arbolada que bordea el prado, con el gesto torcido y Pip correteando a su alrededor.

—No va a contárselo a nadie —le tranquilizo. Quiero abrazarle y apoyar la cabeza en su torso, pero ya nos han pillado una vez esta noche, no tenga ninguna gana de que vuelva a suceder.

—Cree que estáis predestinados.

Doy un respingo. No he bloqueado mis pensamientos. Stone puede leerme la mente. Y no me cabe duda de que también la de Tristan. No me sorprende que lo sepa. Sin embargo, esos pensamientos llevan un tiempo ahí flotando, medio formados, y nunca los había detectado.

—Las ideas a medio formar son muy difíciles de leer —explica. Asiento, sin valor para mirarle a la cara—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—No es nada seguro —digo, arrastrando la bota en la arenilla.

—Rhi…

Las lágrimas de antes amenazan con derramarse de nuevo.

—¿Cómo puede el destino unirme con alguien a quien odio? ¿Con alguien que me odia de esa manera? ¡Debe de ser un error!

—No te odia —dice con tacto.

Me río irónica.

—No sabes ni la mitad de lo que me ha hecho, Phoenix.

—Rhianna Blackaters, no le debes nada. No le debes nada a nadie.

—¿Pero? —Siempre hay un pero.

—Ir en contra del destino, rechazar a tus parejas predestinadas…

—Es lo que estabas haciendo tú.

Deja escapar un suspiro, me coge del brazo y me acerca a él.

—Tú no eres tan tonta como yo, Blackwaters.

—Pues ya es decir, profesor…

—Mira lo que me estaba perdiendo.

El vínculo comienza a vibrar según se inclina para besarme, cogiéndome la cabeza por detrás y enredando su mano cálida en mi cabello. Y ahora, justo ahora, es el momento en que debería contarle lo de la magia escarlata. Debería confesarle todas las cosas oscuras que me imagino capaz de hacer. Pero no me sale. Ya le he confesado uno de mis secretos en una sola noche. Si le confieso otro más, uno peor, me la estaría jugando. No puedo perderle. Así, en lugar de eso, susurro:

—Podrían vernos.

Agita la mano en el aire, murmurando un conjuro, y crea una especie de cúpula centelleante.

—Ahora ya no. —Me besa más apasionadamente todavía, llevándome hacia atrás, hasta que me choco con el tronco de un árbol.

—Me da lástima, fíjate… —murmura mientras me besa el cuello.

—¿Quién? —He perdido el hilo de lo que me dice, sobre todo ahora que me mete la mano por la camiseta y me aprieta un pecho.

—Kennedy. Estás tan deliciosa, Blackwaters. Sabes exquisita. Debe de volverle loco desearte y no tenerte. A mí me hizo perder el norte por completo.

Su otra mano encuentra la cintura de mi vaquero y me desabrocha el botón, baja la cremallera y me los quita.

Le rodeo el cuello con mis manos y le rasco por detrás, algo que he averiguado que le gusta.

—Mmm… —gime mientras me mete la mano entre las piernas—. Tan deliciosa, tan deliciosamente húmeda…

—No soporto estar separada de ti —susurro; él se baja la bragueta, me coge por los muslos y me aúpa contra el árbol—. Ni de ti ni de Azlan. Cuando estamos separados, no dejo de pensar en vosotros y en lo que me hacéis.

—Creo que usted también me hace bastantes cosas a mí, señorita Blackwaters —dice introduciéndome su pene erecto. El vínculo cobra vida y jadeo mientras roza cada punto sensible dentro de mí. Sigue empotrándome, cada vez más salvaje, hasta que se me saltan las lágrimas y le clavo las uñas en los hombros, y sus palabras se vuelven igual de fieras.

—Yo tampoco puedo esperar a que él vuelva a casa, cielo. Me muero por que podamos darte placer juntos, compartirte, follarte a la vez.

—¡Oh! —Me corro a voces, al mismo tiempo que él. Flotamos juntos, por encima de los árboles y el prado, entre las estrellas, fluyendo en nuestra magia.

Cuando regresamos a la tierra, embriagados de felicidad, me dice al oído:

—¿Le gusta la idea, señorita Blackwaters? ¿Le gustaría que la folláramos juntos?

—Sí —respondo en un susurro. Sí, me encantaría. Tanto que no tengo palabras para describirlo.

33

Spencer

Después de lo sucedido, nos turnamos para que siempre haya uno despierto, al acecho de cualquier ataque, mientras el otro duerme. Durante el día, proseguimos nuestro viaje con precaución; el hombre de negro evita la carretera principal y conduce por caminos sin asfaltar llenos de curvas, y ambos permanecemos alerta a todo avistamiento y sonido.

Creo que a mí me vigila tanto como a los árboles y las carreteras. Siento que no me quita ojo, aunque cuando le miro yo tenga la mirada en otra parte. Pese a su curiosidad, no volvemos a sacar el tema. No hasta que divisamos los barracones en el horizonte, estelas de humo y ráfagas de magia.

—Es allí —me indica entre el rugido de los motores.

Como si no fuera evidente. Huele a magia desde aquí. Y a muerte y destrucción también. La bestia se estira en mi interior, curiosa como siempre.

El hombre de negro hace un gesto con la cabeza y nos paramos en el arcén para hacer nuestras necesidades en un arbusto antes de retomar la ruta. Se saca una botella de agua de la mochila y da tres

tragos largos mirándome fijamente; cuando termina, se seca la boca con su mano enguantada.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta mientras me subo a mi moto.

—¿El qué?

—¿Cómo sabes que la bestia no iba a hacerle daño? ¿Cómo sabes que la desea?

Cierro los ojos. ¿Cómo? No sé ni explicarlo, y de todas formas, él no lo entendería.

—¿Te habla? —Abre bien los ojos, intrigado.

—No exactamente.

—¿Es él quien la desea o tú? —No respondo—. Eres tú quien le controlas.

¡Ja!

—No, no somos un mismo ser. Él no me controla a mí y yo no le controlo a él.

—¿Entonces cómo lo sabes?

Es imposible encontrar las palabras para describirlo, pero me doy cuenta de que nadie me lo había preguntado antes, ni siquiera Tristan, de una curiosidad infinita. Encuentro lo que quiero decirle, y quiero intentarlo.

—Está dentro de mí todo el tiempo. A veces se revuelve porque quiere salir; otras, por extraño que parezca, está tranquilo y contento. Durante esos momentos, recibo imágenes de sus emociones y pensamientos.

—¿Y cuando te transformas?

—Nada. Me despierto y no recuerdo ni lo que hecho ni dónde he estado.

El hombre de negro sigue dándole vueltas mientras cierra la botella y se vuelve a guardar en la mochila.

—¿Y qué… qué siente por Rhianna?

—Está obsesionado con ella.

—Ya veo… —dice como si sintiera identificado. No me sorprende. Apuesto a que debe obsesionarle el estar unido a ella. Tengo que obligar a mi cuerpo a no estremecerse por el mero hecho de pensarlo. Se cuelga la mochila y me mira de nuevo—. ¿Por qué? ¿Por qué está obsesionado con ella?

La bestia está alerta. Tiene su respuesta, pero no estoy preparado para compartirla con el hombre de negro. Es algo que queda entre Rhianna y yo, y ya hemos tomado nuestras decisiones.

—No lo sé. —Enciendo el motor y arranco, sin darle la oportunidad de ver mi expresión afligida.

✷

Nos incorporamos a la carretera principal, con mucho atasco: camiones, tanques y maquinaria mágica avanzan a paso de tortuga; algunos en dirección a los barracones y otros hacia la capital. Nos abrimos paso entre los convoyes y veo las filas de soldados, hombres y mujeres, que van sentados dentro. Llevan la cabeza rapada y gorra, y tienen las pistolas apoyadas en las piernas. Enseguida me uniré a ellos. Seré un recluta más. Adiós a Spencer Moreau, estrella del equipo de duelo, heredero de su familia. Ahora seré un igual.

Piso el acelerador, ansioso por llegar, a tal velocidad que algunos camiones nos pitan y pierdo al hombre de negro entre el tráfico.

Me veo obligado a parar al toparme con una valla de alambre enorme. Al otro lado se encuentran los barracones, una monstruosidad marrón que parece más bien una caja de cartón. El hombre de negro me alcanza y me hace una seña para que le siga. Sorteamos la fila y nos detenemos en un control donde inspeccionan los vehículos que entran en el asentamiento.

El hombre de negro se quita el casco y se dirige al guardia de mayor rango, con varias rayas rojas en las mangas de la chaqueta.

El soldado le saluda con un movimiento seco de cabeza.

—Ejecutor —dice.

—Sargento, traigo a Spencer Moreau. Va a unirse a los nuevos reclutas.

El sargento coge el papel que le tiende el hombre de negro, y levantando la vista hacia mí.

—¿Va a alistarse antes de tiempo?

—Sí, señor.

—¿Le han expulsado de la escuela? ¿Es problemático?

—Según me ha informado el canciller, ha sido decisión propia del chico. Tenía suficientes créditos para graduarse con antelación.

El sargento suelta una risita.

—Su hermano nos causó muchos problemas.

Doy un paso amenazante hacia el sargento mierdecilla.

—Mi hermano era un héroe.

El sargento sacude la cabeza y dobla el papel por la mitad.

—¿Eso le han dicho?

Se me escapa un gruñido, y el hombre de negro apoya una mano en mi hombro.

—Ha sido un viaje largo, sargento. Y hay bandas por la carretera. Nos atacaron hace dos días.

—¿Cuántos eran?

—Diez, quince.

—Vaya…

Esta vez me mira con un poco más de admiración.

—Debe presentarse en la oficina del comandante. —Da un silbido y una soldado bajita abandona su puesto y viene corriendo—. Soldado, muéstrele al señor Moreau dónde dejar su moto, y después llévele a la oficina del comandante.

—Sí, señor —dice firme, juntando las piernas y llevando con energía la mano a la visera. Me sonríe y me hace un gesto para que la siga.

Me vuelvo hacia el hombre de negro.

—Gracias —le digo.

Me escudriña y aparta la mirada, y yo sigo a la soldado.

No deja de hablar mientras aparco la moto en un patio gigante, ni mientras me acompaña a la puerta lateral del barracón principal. Se creerá que así parece alegre y que transmite buen rollo, pero se nota que está nerviosa, inquieta; no sé si por mí o por los continuos estruendos que retumban en el patio.

Hace unos días no terminaba de creerme lo que me decía el hombre de negro. No sabía si intentaba acojonarme. Ahora me pregunto si quizá sus palabras eran ciertas.

—¿Eso es…?

—¿Una batalla? Sí. —Su sonrisa es aún más amplia—. Ha habido altercados continuos en las fronteras estos últimos días.

—¿Algún herido?

Sonríe de oreja a oreja.

Entorno los ojos en esa dirección. Empieza a salir humo y huele a quemado.

—Hay un incendio.

—Sí, eso es nuevo. —Mira también hacia allí, ahora seria y algo encogida—. Al parecer el enemigo tiene un arma nueva. —Se endereza y señala la puerta.

La bestia se eriza, alerta de algo que a mí se me escapa.

—Aquí es. Buena suerte. Seguro que nos volveremos a cruzar por aquí.

Y se marcha, dando un respingo con cada explosión.

Antes de entrar miro el letrero de la puerta.

Si cruzo esta puerta, ya no habrá marcha atrás. Ni a casa, ni a la escuela, ni a ella.

Retumban el suelo y el pomo de la puerta por la fuerza de otra explosión. Me duelen las entrañas más que nunca, no sé cómo he reunido la fuerza para seguir en pie.

Sujeto fuerte el pomo y respiro hondo. El destino no lo ha querido así. La bestia seguro que tampoco quiere esto por nada del mundo, pero yo sí. Aquí puedo ser útil. Allí sería un peligro para ella.

Abro la puerta y entro haciendo el mismo saludo militar que la soldado de antes. Solo que yo soy más alto y más fuerte que cualquier otro.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta un hombre con gafas sentado al otro lado de la mesa.

—Spencer Moreau, a sus órdenes.

34

Renzo

Me tumbo en la cama, con su cuchillo en el bolsillo y el vial con su sangre en la mano, observándolo al trasluz de la ventana. El sol poniente sumerge la habitación en una sombra escarlata.

Qué preciosidad.

La sangre me hipnotiza, me cautiva como nada más puede hacer. Todos esos ríos de sangre bajo la superficie de la piel, esperando a ser liberados. Pequeños riachuelos azules, verdes y morados ocultos bajo el velo de la carne, revelando su verdadera y viva naturaleza solo cuando se retiran esas capas.

Me gusta cómo se mueve. A veces brota goteando, otras como una fuente violenta, y otras como una cascada. Tan roja. Manchando allá donde roza. Imposible de quitar, de hacer desparecer. Una vez que te manchas las manos de sangre, estás marcado para siempre.

Canturreo feliz observando su sangre. Contiene magia, que también canturrea. La oigo. Siento su energía, su intensidad.

Justo igual que la sentí en mi boca, en mi lengua, en mis labios. Me los relamo ahora, aún queda algo de su sabor.

Joder, cómo me gustó. Lo mejor que he hecho en la vida. Mejor que mutilar, torturar y matar. Y eso que son mis aficiones favoritas.

Sujeto el vial con más fuerza y me lo llevo a la boca; beso el cristal cálido e inhalo, atrapando su olor, y mi sangre y la garra del estómago también se ponen a canturrear.

Debería haber mentido a mi ratoncito. Debería haberle dicho que necesita seis, siete, ocho gotas de sangre. Algunas para la poción y algunas para mí. Después llevaría este vial colgado al cuello, para que descanse junto a mi corazón.

Sin embargo, tengo que gastar esta preciosidad.

Frunzo el ceño.

No quiero. Quiero quedármelo. Me la ha dado ella. Es mía.

Pero si no sigo adelante con el plan, podría derramarse toda su sangre, y la perdería para siempre.

No es justo. Nunca he tenido nada mío. Ni de niño ni ahora. Nunca me ha molestado. No soy de esos que coleccionan cosas y personas. Siempre me ha impulsado lo que hago, no lo que tengo.

Quién me ha visto y quién me ve. Con un cuchillo que ni arrancándomelo me lo arrebataría y un vial con sangre de un ratoncito precioso. Quiero ampliar mi colección. Con mi ratoncito en sí. Quiero atarle un collar para llevarla siempre a mi lado. O mejor ponérmelo yo y que me lleve ella.

Me río y me bajo de un salto. Estoy peor de lo que imaginaba. Qué sorpresa.

Junto al lavabo de esta cabaña tengo una palangana con el corazón del hombre al que he matado. Huele a rancio, nada que ver con la sangre de ella, y es demasiado grande para hacerlo pasar por el suyo. Pero tengo preparado un poco de magia, una pocioncilla.

Me estiro, ladeo la cabeza y oigo cómo me crujen las vértebras.

Está anocheciendo, ya no entra el sol y me estoy quedando a oscuras. Chasqueo los dedos y aparece un farolillo encendido en el techo. Me pongo las botas y me dirijo al lavabo, meto la mano en la palangana y cojo el corazón.

Está frío y húmedo, blanducho y fuerte a la vez. El músculo que mantenía a ese tipo con vida. El órgano que dicen que yo no poseo. A veces pienso que tienen razón, aunque me lo oiga palpitar día y noche, haciéndome saber que está ahí.

Pero supongo que lo que quieren decir es que no tengo sentimientos ni remordimientos… ninguna empatía. La gente dice muchas tonterías. Este órgano feo y maloliente controla nada más y nada menos que el bombeo de la sangre en las arterias. Y lo único que tiene eso que ver con el amor es que te bombea la sangre a la polla cuando quieres follarte a una chica.

Si alguno de esos idiotas hubiera tenido corazón, lo habrían sabido.

Cojo los otros ingredientes que he esparcido por la encimera, las hierbas y los concentrados. Ha sido casi misión imposible reunir algunos, pero retorciendo un brazo por aquí y rompiendo un cuello por allá, he terminado encontrando todo lo que necesitaba.

Todo esto me recuerda a mi madre, de pie junto al fregadero de la cocina, con los calcetines rotos, la radio a todo volumen para no oír los gritos y el ruido de la calle. Solía balancearse y canturrear con la música de fondo. Su melodía sigue sonando en mis adentros, donde yacen todos esos sentimientos, en lo más profundo de mis entrañas. Así es como sé que ella es mía y yo soy suyo. Nada que ver con este músculo asqueroso.

Dejo el corazón en la palangana y me concentro en elaborar bien la mezcla. No puedo fastidiarla. Tiene que salir perfecta. Tiene que funcionar.

Me concentro tanto que me dan migrañas: mezclo cuidadosamente las hierbas y los líquidos y los echo a la palangana, y por último, vierto la sangre. Sumerjo las manos invocando unos patrones, murmurando las viejas palabras mágicas, dejando que mi magia se infiltre en el núcleo del músculo y lo moldee más pequeño, más bonito, femenino. Termino con las manos manchadas de rojo y me dejo caer en la cama, sin quitarme las botas y sin apagar la luz, y cierro los ojos. Me duele tanto la cabeza que siento que se me va a partir en dos.

✳

No sé cuánto he dormido, pero cuando me despierto, el farolillo se ha apagado y se oye ulular a un búho por alguna parte del bosque.

Encuentro una linterna debajo de la cama y, tras rebuscar en el armario, encuentro también una cajita de madera llena de billetes y monedas. Me guardo el dinero en los bolsillos y después, admirando mi obra de arte, cojo el corazón y lo meto en la caja. Cierro la tapa contento y me la coloco bajo el brazo.

En el recibidor de la cabaña, aparto con el pie el cadáver mutilado del hombre —un tipo al que le gustaba mandar mujeres al otro lado de la frontera para vete tú a saber qué—, y abro la puerta.

¿Voy a ir al infierno por todo el mal que he hecho? Al menos es lo que solía decirme mi madre. Aunque, bueno, también es lo que solían decir la mitad de mis víctimas. Un último intento para evitar lo inevitable. Pero ¿qué más me da si voy al infierno? Donde estoy ahora, aquí en la Tierra, con las botas hundidas en el barro, no es el paraíso. O no lo era antes de ella.

Quito el caballete de la moto y la arranco, con la caja apoyada en el asiento, delante de mí.

Voy a contarle a Marcus que la he matado. Que me colé en la escuela y la atraje hacia el bosque, haciéndome pasar por su amigo, diciéndole que la iba a ayudar, y que entonces la agarré de la garganta —su preciosa y tierna garganta— y le quité la vida.

¡Qué fantasía! Me excita y todo. Ahora me apetece agarrarla de la garganta y sentir cómo palpita su corazón.

¡Mierda! ¡No, Renzo, concéntrate!

Repaso la historia en mi cabeza una y otra vez de camino al complejo de Marcus. Cuando llego, me informan de que no está en la sala de juntas y de que ha pedido que no se le moleste. Hago caso omiso y subo las escaleras con la caja, y me lo encuentro con una chica en la cama, distinta a la de la otra vez. La chica parece casi aliviada cuando entro en la habitación y les interrumpo.

—¡Barone! ¿Qué narices…? —exclama Marcus, quitándose a la chica de encima y arropándose con la sábana, lo que la deja a ella desnuda y expuesta, tapándose las tetas con el brazo—. He dicho que no…

—Ya está hecho. —Dejo la caja en la cama.

—¿Qué es? —dice Marcus.

—La chica. Está muerta.

Los dos nos miramos fijamente. No puede leerme la mente. Nadie puede. Una de las ventajas de no tener corazón.

Coge la caja, se la apoya en las piernas y vuelve a mirarme antes de abrirla.

La chica no puede ocultar la curiosidad y se inclina para ver qué contiene. Aunque enseguida pega un chillido, y el aspaviento la hace caer de la cama.

Marcus estudia el corazón durante unos largos minutos, y yo me quedo mirándome las uñas y silbando por lo bajo.

—¿Es el suyo?

—Sip.

—Voy a tener que comprobarlo. —Pulsa un botón de la máquina que hay junto a la cama—. Que suba Carlton.

—Normalmente no compruebas los regalos que te traigo.

—¿Cómo lo has hecho? —Cierra la caja.

Le sonrío, y con las manos hago que retuerzo un cuello. La chica, que sigue en el suelo, se sobrecoge, pero Marcus se limita a mirarme.

Es muy astuto el cabrón. No sé si me cree. Está claro que intuye que algo no cuadra.

—Esa putita merecía sufrir —dice en voz baja.

Me miro las manos.

—¿He dicho que no haya sufrido?

Marcus asiente.

—Bien... bien. —Deja la caja en la mesita de noche—. Ya empezaba a pensar que te habías rajado, Renzo. Que a lo mejor había empezado a crecerte un corazón.

—¿A mí? —me río, y me doy un golpe de pecho, justo donde me late el corazón—. Estoy vacío. Completamente vacío.

—Eso mismo pensaba yo. —Se rasca el mentón.

—¿Cuál es el próximo trabajo, jefe?

—Renzo. —Ayuda a la chica a volverse a subir a la cama—. Que te jodan, lárgate.

Hago lo que me dice. No sirve de nada provocarle. La curiosidad me carcome por dentro. Quiero saber qué está pasando, qué está tramando. Nunca me había importado. Solo me había interesado el proceso de matar. Los motivos me la sudaban. Y ahora, necesito saberlos.

Fue Marcus el que me descubrió aquel día en la calle, peleando. Fue Marcus el que vio mi potencial. Él no estaba al mando por entonces, era su padre, pero ya apuntaba maneras y estaba claro que iba a heredar el trono. Era inteligente y sabía engatusar como dios.

Nunca me ha importado qué ha hecho ni el por qué, pero a mí siempre me ha parecido lógico: quiere poder y dinero, casi tanto como yo quiero hacerle daño a la gente. Cada movimiento suyo ha estado motivado por esas dos cosas.

¿Pero este?

Salgo al patio a contemplar a sus atareadas marionetas. ¿Es verdad lo que estoy viendo? ¿O lo estoy malinterpretando?

Soldados del oeste. Los reconozco por la forma de hablar, por sus caras chupadas. Parecen muertos de hambre. ¿Por eso está cargando las ovejas y enviándolas a la frontera?

¿Con armas?

No tiene sentido.

35

Azlan

He estado fuera mucho tiempo. Más de lo que pretendía. El ataque supuso desviarnos por rutas menos obvias. No pienso volver y aceptar ese riesgo, sea el peligro que sea. No me gusta estar lejos de ella, y no solo porque me preocupe su seguridad y me apetezca tenerla tumbada en mi cama. No. La echo de menos a ella. Se me ha impregnado en la piel y en el corazón, y echo de menos su voz, su cara, su olor. Echo de menos todo de ella.

Pese a conducir como loco, llevando la moto y mi propio cuerpo al límite, el día se me hace eterno. Cada metro, cada kilómetro parece no acabar nunca, y me dan ganas de gritar de frustración.

Pienso en el asesino y en su habilidad para huir en el espacio y el tiempo. Creo que nunca he envidiado la habilidad de nadie tanto como la suya. Si yo pudiera hacer eso, ahora mismo estaría ya con ella. Podría estar con ella cuando quisiera. Colarme en su habitación y en su cama.

Llevo conduciendo dos noches seguidas. Es una insensatez, por supuesto, sobre todo cuando se me empiezan a cerrar los ojos y la carretera se difumina; pero aprieto los dientes y sigo adelante. Hago

una parada en una cafetería para una buena dosis de café y escribo tanto a Rhi como a Stone.

Voy a ir directo a la escuela. Es un riesgo, pero el vínculo me dice que es uno que no me queda más remedio que tomar. No soporto estar lejos de ella ni un minuto más.

Siento un mariposeo cuando vislumbro Los Mágicos. Ya casi he llegado. A ella. Ya casi puedo oler su aroma en el ambiente, oír su voz con el viento. El tráfico me obliga a ralentizar, pero ya me da igual. Falta muy poco para llegar a casa.

Como no podía ser de otra manera, mis planes se van al garete cuando voy por la calle principal de la ciudad y me suena el teléfono en la cazadora. Paso de mirarlo. Será Rhi o Stone, y los voy a ver en cuestión de minutos. Pero entonces caigo en que puede ser importante, un aviso, alertándome de proceder con cautela.

Freno y, sin bajarme de la moto, me saco el teléfono.

El canciller.

Pego un berrido como si me estuvieran destripando. Me han visto por la ciudad y tiene una pequeña misión para mí. ¿Pequeña? Seguro que será una misión bien compleja.

Sigo bajando para leer el resto del mensaje.

Se ha vuelto impaciente.

No puede seguir esperando mi informe, ya no le importa lo que Moreau tenga que decir sobre la chica. Quiere hablar con ella en persona. Y quiere que vaya yo a buscarla.

Miro los coches pasar y empiezo a verlo todo borroso.

¿Será peligroso? ¿Está ella en peligro?

No lo sé.

¿Les llamo? ¿Les digo que huyan? ¿Que se piren ya mismo lejos de Los Mágicos? ¿Funcionaría? ¿Hasta dónde podrían huir?

Me masajeo las sienes. Ya hace rato que el efecto de la cafeína se ha disipado y se me agolpa el cansancio, me cuesta hasta pensar.

El canciller no sabe nada. Si lo supiera, ella ya estaría presa en alguna celda… Bueno, y yo también.

Por el momento, no hay nada que pueda descubrir. No si tenemos cuidado. Moreau y sus secretos están lejos, en la frontera. Y en cuanto a mi primo, en caso de contárselo a alguien, sería a su

padre, pero al no tener noticias de mi familia, deduzco que no lo ha hecho, por la razón que haya sido.

La llevaré a ver al canciller. Pero me quedaré en la puerta por si acaso… Si le toca un pelo de su preciosa melena, acabaré con él, sean cuales sean las consecuencias.

Le respondo al mensaje, me guardo el teléfono y arranco.

El último tramo del viaje, por las carreteras rurales, cuesta arriba, se me hace mucho más rápido, como si el destino hubiera elegido torturarme con el paso del tiempo.

Voy a tener que hacerlo por la vía oficial, informando a la directora. No hay tiempo ni para un beso robado, ni un abrazo, ni para decirle cuánto la he echado de menos.

Las verjas de la escuela se abren automáticamente según llego a la entrada frontal, y me encuentro a la directora esperándome en la escalinata.

—¿Me estaba esperando? —pregunto, y camino hacia ella quitándome los guantes.

—Sí, el canciller me ha avisado de que vendría a recoger a la señorita Blackwaters.

—Correcto.

—¿Tiene alguna idea de por qué desea hablar con ella? —dice con una preocupación inusual en ella.

—No.

—Ha mostrado un particular interés en la chica —murmura—. No entiendo por qué. No he observado nada fuera de lo común. ¿Y usted?

Me mantengo impasible.

—No, tampoco —titubeo, y añado—, salvo su edad. La mayoría de los magos sin registrar a los que capturo suelen ser mayores.

—Sí, ya me imagino. —El sonido de la gravilla crujiendo llama su atención, y al volverse ve a Rhianna acercándose. Ya se ha instalado el otoño y lleva una cazadora. Se ve muy usada, tengo que comprarle una nueva—. Señorita Blackwaters, el señor ejecutor la acompañará a ver al canciller.

Cruzamos miradas durante una fracción de segundo, y asiente. La directora vacila, como si quisiera decir algo más, pero se vuelve y

nos deja solos.

—Rhianna —susurro, con el vínculo tirándome hacia ella.

Gira la cabeza para comprobar que la directora se ha marchado, y me sonríe.

—Azlan. —Qué bien suena mi nombre en su boca.

—Te he echado de menos. —Me atrevo a cogerle la mano y acariciársela. Tiembla de pies a cabeza con mi contacto. Se avecina una buena agonía, lo sé.

—¿Por qué quiere verme, Azlan?

—No lo sé, cielo, pero no me separaré de ti. No permitiré que te pase nada.

Arruga el entrecejo y me aprieta la mano.

—Pero ¿y si me pone contra las cuerdas y me tiende una trampa para hacerme hablar y decir cosas que no debería? ¿Y si ya lo sabe?

—Rhi —le sonrío—, eres muy buena guardando secretos.

Se enfurruña aún más y, antes de que pueda ofenderse por lo que he dicho, la llevo a mi moto y nos montamos. Por fin de nuevo aquí, con sus brazos alrededor de mi cintura y sus muslos pegados a los míos.

Nos ponemos en marcha hacia Los Mágicos, y ya no me siento cansado; su presencia electrizante me ha despejado, y mi cuerpo y mi vínculo han recargado las energías al tenerla tan cerca. ¿Cómo he tenido la fuerza de voluntad de dejarla estos días? Estar con ella es como estar en el paraíso, es algo adictivo sin lo que ya no puedo vivir.

Al llegar a la ciudad, siento cómo se pone rígida y me sujeta fuerte. Poso mi mano en su muslo y, a través del vínculo, le transmito todas mis intenciones de mantenerla a salvo.

No la tranquiliza mucho, y aunque hiere mi orgullo, la entiendo. Solo soy un hombre, Un hombre contra el canciller y sus guardias. Pero lo que ella no comprende es que no tienen nada por lo que luchar, mientras que yo lo tengo todo. Llegado el caso, lucharía hasta el final para protegerla.

Al igual que las de la escuela, las verjas del Consejo se abren automáticamente, y entramos por la puerta lateral a la que la traje hace meses por primera vez. Parece que fue hace toda una vida. No

tenía ni idea de cuánto me iba a cambiar la mía, de cuánto iba a cambiar yo mismo. O quizá sí lo sabía, quizá siempre lo he sabido.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando se quita el casco y se peina su melena oscura.

—Sí.

Quiero abrazarla muy fuerte, o al menos volver a apretarle la mano, pero hay demasiados ojos puestos en nosotros, así que tengo que conformarme con indicarle el camino de entrada y, mientras la dejo cruzar la puerta, apoyar ligeramente mi mano en la parte baja de su espalda.

El secretario del canciller nos recibe bajo el dragón de cristal del vestíbulo. Hoy parece más siniestro que nunca, con esos ojos rubí como si estuvieran vivos de verdad, con las alas tensas como si estuviera a punto de salir volando del edificio. El primer dragón que se habría visto por el cielo de Los Mágicos en siglos.

—Rhianna Blackwaters. —Se dirige a mí en lugar de a ella.

—Sí —contesta ella de todos modos, perdonándole la vida con la mirada al chico, alto, delgaducho y no mucho mayor que Rhi.

Él le dedica una sonrisa exagerada que me pone de los nervios.

—El canciller la está esperando en su despacho. Acompáñeme por aquí. —Señala la escalinata y le sigo también—. Señor, no es necesario que venga con nosotros. Puede esperar en…

—Se me ha solicitado que custodie a la señorita Blackwaters hasta que regrese a la escuela. Hay riesgo de fuga. Esperaré fuera del despacho.

—En serio, no es necesario…

Mi mirada le hace callar y ceder, obviamente habrá captado que no me iba a ganar.

Arriba nos encontramos con dos guardias flanqueando las puertas del canciller, que cachean a Rhianna de una forma que me hace rechinar los dientes y apretar los puños. Después, el secretario llama a la puerta; se abre y ella pasa al despacho.

A ella le resulta muy arriesgado volverse para mirarme; y para mí es muy peligroso susurrarle lo que sea.

Se cierra la puerta, y tengo que ejercer todo mi autocontrol para no derribarla.

36

Rhi

El despacho está diseñado para intimidar. Me da esa impresión nada más entrar, y también por sus aires al sentarse en esa gigantesca mesa sin darse cuenta de que estoy aquí, garabateando en un folio con un bolígrafo dorado.

Me quedo de pie esperando, decidida a que no voy a entrar en ninguno de sus juegos. La primera vez que nos vimos era una ingenua e ignorante, no sabía cómo funcionaba el mundo, de qué pie cojeaba la gente. Pero la escuela no solo me ha enseñado a cómo manejar magia, también a la gente. Y si puedo manejar a una bruja despiadada como Summer Clutton-Brock, si puedo escapar de las garras del asesino de los Lobos de la Noche más de una vez, entonces puedo manejar a este hombre; este hombre que se cree mucho más listo de lo que en realidad es.

—¡Ah, señorita Blackwaters! —dice al fin, como si acabara de notar mi presencia—. Muchas gracias por venir a verme. —Como si yo tuviera algo que decir al respecto. Vuelve a poner la tapa al bolígrafo, se reclina en la silla y señala otra de madera justo delante de mí—. Tome asiento.

Me muero de ganas de volver la cabeza hacia la puerta, donde me está esperando Azlan. Sé que está ahí, el vínculo me tira en esa dirección como si quisiera alejarme de este hombre lo máximo posible para devolverme a los brazos del mío.

Al retirar la silla para sentarme, le asoman las piernas por debajo, apoyadas en el suelo pulido.

El canciller me mira directamente a los ojos. Los suyos son fríos y calculadores. Me recuerda a las serpientes que solían colarse en el gallinero; un momento podían estar tranquilas, contemplando, y al siguiente atacar y hundir sus colmillos en el cuello de una gallina. No solo el vínculo me envía señales de advertencia, mi magia también está repentinamente alerta.

—He pensado que ya iba siendo hora de hablar —dice.

Me concentro en respirar, en no dejar que se me acelere el corazón. No solo puede rodar mi cabeza, también la de Stone y la de Azlan. ¡Mierda, y la de Pip! Espero a que hable él, no confío en mi propia voz. Sé que, si hablo, me dejaré en evidencia.

—Verá, no he sido totalmente sincero con usted. Hace tiempo que sospecho que conocí a su madre.

—¿Mi madre? —No me pilla de sorpresa que el canciller me haya estado ocultando información sobre mi madre. Azlan me lo dijo. Pero oírle a él mismo reconocerlo, hablar de ella… Me inclino hacia adelante. Estoy desesperada por saber más sobre ella, aunque ello implique intercambiar secretos con una serpiente.

—Eso creo —sonríe con lo que para él es compasión—. Falleció cuando usted era pequeña.

—Un bebé, sí. No llegué a conocerla.

—¿Y a su padre?

—No… no sé qué fue de él.

—Pero ¿sabe quién era?

Tengo un nombre. Tengo una foto. No le pienso dar ninguno de los dos.

Examina mi cara, luego saca una carpeta de una pila de documentos. Le da la vuelta, la abre y me la pasa.

—Creo que esta era su madre: Bronwyn Eden.

—Mi madre no se llamaba así —miento, aunque ese apellido es nuevo. Nunca lo había oído.

—Pues se parecen mucho.

Me acerco más para echar un vistazo a la foto. Una mujer joven, hermosa. Una mujer que se parece a mi tía. Que se parece a mí. La foto es mucho más grande que la del medallón, y se aprecia mejor el color de sus ojos, la textura de su pelo, la suavidad de su piel.

—Era una maga con mucho talento… con un talento único. Poseía un don…

—¿Qué don?

El canciller sonríe de nuevo. ¿Sospecha que ya estoy al tanto?

—Era una buena baza para las autoridades.

Los ojos del canciller ahora denotan entusiasmo.

—¿Qué le pasó a esta mujer? —pregunto, desesperada por coger la foto y guardármela en la cazadora.

El canciller frunce el ceño y me quita la carpeta. Resulta doloroso, físicamente doloroso, verla ir, y tengo que contenerme para no arrebatársela. Cierra la carpeta y la mete en un cajón.

—Rhianna, he tenido mucho cuidado de mantener su parentesco en secreto. Creo que, si lo revelara, la pondría a usted en peligro.

Se me eriza la piel.

—¿Por qué?

—Como he dicho, su don era único y poderoso. Le dio a nuestro bando una ventaja sin precedentes en nuestra lucha continua con las bandas y con el oeste. —Se inclina hacia adelante—. Por aquella época yo no era canciller, pero ya estaba en el Consejo, y me eligieron para trabajar con su madre…

—No sabe a ciencia cierta si es mi madre —insisto.

—Fui testigo del alcance de su habilidad.

—¿Qué habilidad? —indago frustrada.

—La habilidad de leer el futuro.

Trago saliva. ¿Eso es un don? ¿Un talento? ¿Saber qué deparará el futuro impide que suceda, lo hace menos doloroso? Porque murió, ¿no? ¿Vio su propia muerte? ¿Trató de impedirla?

Pienso en esos recuerdos perdidos en mi mente. En los sueños que tenía de pequeña. Saber qué iba a pasar nunca impidió que

ocurriera. Aquellos hombres vinieron aun así esa noche. Aun así pegaron y abusaron de mi tía.

El futuro llegó independientemente, y esos sueños no hicieron más que torturarme y asustarme.

—¿Señorita Blackwaters? —El canciller me trae de vuelta al presente, a su despacho, en el que hace mucho calor y el ambiente está muy cargado.

—No veo en qué sentido era una habilidad poderosa.

Al canciller se le escapa una risita.

—Entonces teníamos menos control sobre las fuerzas del oeste. Nuestro país, nuestro estilo de vida, se veía amenazado a diario. Había con frecuencia batallas en la frontera y se extendían a nuestro territorio. Perdimos muchas vidas. Por no mencionar la cantidad de infraestructuras y recursos que fueron destruidos también. Estuvimos a punto de entrar en una guerra.

Asiento. Mi tía me habló de aquellos tiempos oscuros.

—Su madre…

—No es mi madre —persisto.

El canciller sonríe como si no me creyera.

—Podía predecir cuándo atacaría el enemigo y cómo. Podía ver sus planes y sus armas. Nos dio una ventaja que cambió el rumbo de nuestros enfrentamientos.

Pienso en mi tía. Con una gran fuerza de voluntad, valiente. Y sobre todo, con principios. Tenía sus propias creencias, su sentido del bien y del mal, y se aferraba a ello. Odiaba a las autoridades y todo lo que representaban. No dejaba de repetirme que no eran de fiar.

Siempre he supuesto que mi madre era como mi tía. Con la misma fuerza y los mismos valores. Pero colaboró con las autoridades, les ayudó a destruir a sus enemigos. ¿Será cierto?

Cuanto más sé de mi pasado, sobre quién soy y de dónde vengo, más confusa estoy.

—No se puede cambiar el futuro —murmuro.

—¿Y usted cómo lo sabe, señorita Blackwaters? ¿Lo ha intentado?

La inquietud que me consume por dentro parece expandirse por toda la sala, se arremolina, me acorrala y me oprime. Me cuesta respirar y me duele la cabeza.

El canciller sonríe, y sé que todo esto es un tejemaneje suyo.

—No —digo clavándome las uñas en la palma de la mano. No le daré nada. No me traicionaré a mí misma, ni a mi tía, ni a Azlan ni a Stone—. Pero el destino es una fuerza muy poderosa, al menos eso es lo que dicen los libros que he estudiado en la escuela, y no se puede ir en su contra.

—Pero el destino nos regaló a su madre como arma. El destino quiso que supiéramos a qué nos íbamos a enfrentar.

¿Es eso verdad?

—Me dijo —adopta un tono muy calmado— que un día llegaría una chica con habilidades incluso mayores que las suyas. —Toda su atención está puesta en mi rostro.

—¿Qué chica?

—No lo sé, Rhianna Blackwaters, pero a veces me pregunto si se trata de usted.

Esbozo una sonrisa irónica.

—¿Yo? En la escuela no han hecho más que burlarse de mí y de acosarme por mi ignorancia y porque no tengo solución. Tengo de poderosa lo que tiene mi cerdito de mascota de anuncio. No soy la chica que está buscando. —Me río—. O quizá esa mujer le mintió. Quizá no existe ninguna chica.

—¿Puede ver el futuro? —pregunta inexpresivo. Me tiene entre la espada y la pared, como si me hubiera cogido un gigante y me estuviera estrujando en su mano, como si una serpiente invisible se hubiera enroscado por todo mi cuerpo.

Me crujen las costillas, empiezo a ver puntos negros, me duele todo. Mantengo los ojos fijos en él, sin mostrar mi dolor. ¿Qué opción tengo? Si deshago su magia, entonces sabrá lo poderosa que soy. Y si grito de dolor, si dejo que esta agonía llegue al vínculo, Alzan entrará por esa puerta y será el fin de todos.

—¿Ver el futuro? No. No más que usted.

Aprieto los dientes y me esfuerzo por que el dolor no se filtre en el vínculo.

—Quizá necesita más tiempo y motivación para pensar, Rhianna Blackwaters.

Extiende la mano y chasquea los dedos. Le sale una llama de la palma de la mano, una llama que poco a poco se aproxima hacia mí. Siento el calor en la cara y la intensidad de la luz hace que me lloren los ojos.

—Sé lo vanidosas que pueden llegar a ser las jóvenes, lo mucho que valoran su aspecto. Y usted tiene un rostro muy bonito, aunque no sea muy sofisticado. Sería una pena estropearlo.

Acerca más la llama y el calor es insoportable, hasta me escuece la piel.

Entonces me viene un recuerdo a la mente. Uno con fuego. En el que todo se quemaba.

—Le estoy diciendo la verdad —digo sin apartar la mirada.

—¿Sí?

Deja que la llama arda ante mis ojos. Yo no me muevo. Ni siento ni padezco. Cree que es el primer hombre que intenta hacerme daño. El primer hombre que intenta sonsacarme algo. Pues no lo es. Y no le tengo miedo.

Finalmente se echa hacia atrás con un suspiro de decepción, la llama se apaga y mi cuerpo se libera de lo que me estuviese oprimiendo.

Reprimo mi propio suspiro de alivio cuando coge el bolígrafo. Sé que va a dejarme ir ya. Pero no quiero irme todavía. Conocía a mi madre. ¿Sabe qué le ocurrió?

—¿Qué ocurrió con esa mujer? —pregunto de nuevo.

—Estoy convencido de que esa mujer era su madre.

Me encojo de hombros, como si no me importara.

Sonríe fríamente.

—Nuestros enemigos se enteraron de nuestra estrategia, descubrieron nuestra arma, la descubrieron a ella, y se la llevaron. La usaron contra nosotros. Por supuesto, la rescatamos, la trajimos de vuelta a casa, su lugar era este. Pero para entonces, estaba embarazada. Hay quienes dicen que el padre era un mago oscuro del oeste.

Esas últimas palabras resuenan en mi cabeza. ¿Un mago oscuro? ¿Mi padre? Pienso en la foto del medallón, que ahora tiene Summer. El hombre de la foto parecía agradable, buena persona. ¿Lo era?

—¿Q-qué le pasó a ella? —repita.

—La asesinaron. —Regresa su mirada serpentina y cruel. Espero a la defensiva cualquier ataque y a que saque los colmillos—. La torturaron brutalmente y la asesinaron.

—¿Cómo? —De repente hace mucho calor y la sala da vueltas. El dolor se me concentra en el corazón.

—Magia escarlata.

Quiero vomitar, quiero hacerme un ovillo y llorar. Irme lejos de aquí y de todos.

Pero estoy atrapada en esta silla, con los ojos del canciller escudriñándome, aplastando toda emoción que siento en lo más profundo de mi ser.

—¿Quién la asesinó? —Mi propia voz me retumba en los oídos.

—Me temo que no lo sé. Pero, por su supuesto, usted no tiene de qué preocuparse, ya que no es su madre. —El canciller quita la tapa del bolígrafo y coge unos papeles—. Gracias por venir, señorita Blackwaters. Ha sido una conversación de lo más interesante. —El calor se me sube a las mejillas. ¿De verdad? ¿He hablado demasiado?

Aprovecho la ocasión para levantarme, y aunque me flojeen las piernas, aparento normalidad y compostura, y me dirijo a la puerta.

Cuando voy a girar el pomo, sintiendo ya a Azlan al otro lado, me llama el canciller sin apartar la vista de sus documentos.

—Si recuerda algo más, señorita Blackwaters, sobre su infancia, su tía o su madre, me avisará, ¿verdad?

—S-sí.

—Y también sobre cualquier habilidad inusual. Siempre seleccionamos el mejor talento de la escuela.

Salgo del despacho y casi me desplomo en los brazos de Azlan nada más cerrar la puerta.

—¡Rhi! —dice preocupado.

Sacudo la cabeza y me enderezo.

—Estoy bien —susurro, aunque todo mi cuerpo chilla de dolor.

Me mira, y luego a los guardias, y al secretario alejándose.

—Vamos. —Se pone recto y me agarra del brazo. Para todos los ojos que nos vigilan, seguro que parece como si estuviera sacando a rastras a una niñata, cuando en realidad me está sujetando para mantenerme en pie y poder caminar. Me flaquean tanto las piernas que podría caerme en cualquier momento, y el aire lucha por llegar a mis pulmones.

Acelera el paso al percibir mi angustia y salimos a la calle. Echo la cabeza hacia atrás y respiro aire fresco, con Azlan aún agarrándome fuerte el brazo, mientras con la otra mano me acaricia la parte baja de la espalda haciendo círculos.

—Respira, Rhianna. Respira.

Cierro los ojos y me centro en el tono grave de su voz, en su tacto cálido, en el consuelo de su vínculo. Consigo relajarme. La sensación de pánico disminuye. Me deshago de la ansiedad y abro los ojos.

—¿Mejor?

Asiento. Se nota un montón que está deseando preguntarme qué ha pasado ahí dentro, pero aquí sería muy peligroso. Hay demasiados fisgones.

Me ayuda a subirme a la moto, me agarro fuerte a su cintura y por fin nos largamos.

37

Stone

No dejo de caminar de un lado a otro del salón, mirando el reloj. Sé que están bien, lo siento en el vínculo, pero no me lo terminaré de creer hasta que lo vea con mis propios ojos, cuando la tenga a ella sana y salva en mis brazos.

Me asomo por la ventana para ver la calle, y sigo dando vueltas, revolviéndome el pelo, a punto de volverme loco.

Por fin oigo el motor de la moto de Azlan y me acerco a la entrada.

Oigo sus pisadas, la llave girar y la puerta abrirse, y entonces se desploma en mis brazos. La abrazo y miro a Azlan.

—¿No os han seguido?

—No, nos hemos desviado. No podemos entretenernos mucho, York nos estará esperando.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dice Azlan preocupado, y cierra la puerta.

—¿Rhi?

Está temblando, pálida y helada.

—Vamos al salón y a darle algo de beber —propone Azlan.

La cojo en brazos y la recuesto en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —vuelvo a preguntar, apartándole el pelo de la cara—. Cielo, ¿qué ha pasado?

Me mira tan triste que se me encoge el corazón, y me invita a entrar en su mente. Dudo, pero al final le cojo la mano, me arrodillo a su lado y me meto en sus pensamientos.

—¿Qué narices…? Me voy a cargar a ese vejestorio. —Ella niega débilmente con la cabeza, implorándome que mire más a fondo. ¿Hay más? Me dan escalofríos. La ha torturado, la ha amenazado con quemarle la cara. Espero que no haya más.

Me lo esperaba peor. No sabe nada sobre nuestros vínculos y sus compañeros predestinados. Ignora —al menos de momento— los poderes que posee Rhianna. Pero ella está sufriendo.

—¿Tus padres? —susurro, y Azlan le ofrece una taza de chocolate caliente.

—He añadido un chorrito de *whisky*. Bebe un poco.

Se lo acerca él a los labios y ella, agarrándole la mano, da un sorbo que le devuelve el color.

—Ha dicho que mi padre era un mago oscuro del oeste. Ha dicho que a mi madre la asesinaron, la torturaron con… con magia escarlata.

Alza me mira y se pone de rodillas a mi lado.

Estábamos esperando a que nos lo dijera ella, a que ella sacara el tema, para saberlo con certeza.

—Magia escarlata —repite Azlan.

—Ese tipo de magia es malo, ¿no? Malvada, oscura.

Ladeo la cabeza.

—¿Eso es lo que te han dicho o lo que has leído?

—Sí, y lo que he sentido.

Miro a Azlan, y luego otra vez a nuestra chica. Ahora mismo parece tan joven, tan pequeñita, tan vulnerable. Nada que ver con la mujer fuerte y fiera que es. Lo único que quiero es abrazarla y prometerle que todo irá bien. Pero cuanto más escarbo en esta extraña red, más seguro estoy de que no será tan sencillo.

Rhianna ha tenido sueños. Vale, fue hace mucho tiempo, pero se trataba de sueños que le mostraban el futuro. Igual que su madre.

No tiene uno, sino tres compañeros predestinados. No es una chica corriente.

—Rhi —digo con ternura—, esa visión de la herida…

—La de Spencer Moreau —agrega Azlan.

—¿Lo sabías?

Ella se echa a temblar y agacha la mirada. Se queda un rato sin contestar, y oigo de nuevo las manecillas del reloj. Pero entonces habla.

—Sí. Fui yo. Y… —me mira con miedo, a la par que desafiante—. Y después volvió a suceder, cuando me atrapó Barone. La volví a sentir, me crepitaba en la punta de los dedos, me rogaba que le matase. Y el otro día en el bosque, con Summer, cuando me quitó mi medallón.

—Puede que no fuera…

—Spencer me dijo que sí que lo era. Y Tristan. Y Barone. Incluso Summer. Todos reconocieron lo que era.

Yo también. Por eso ansiaba meterme en su mente.

—¿Qué significa? —Se muerde el labio—. Tristan me dio a entender que me encarcelarían.

—Es magia antigua, y poderosa.

—¿Magia oscura? —pregunto.

—A veces sí, pero no siempre.

Se estremece.

—No me gusta cómo me hace sentir.

—¿Y cómo te hace sentir? —pregunta Azlan.

—Como una asesina.

—A veces no nos queda más remedio que matar —dice severo, mirándose las manos—. A veces está justificado.

—Si Renzo intentaba matarte…

—Pero Spencer no. Y tampoco Summer. Me tocaron mucho la moral y yo… yo… casi…

—Pero no lo hiciste. Eres una buena persona, Rhi —digo cogiéndola de las manos—. Lo sabes. Esta habilidad no te hace…

—Malvada —termina ella la frase.

—Quizá un poco retorcida y chalada, pero no mala.

Me devuelve una sonrisa que enseguida se desvanece.

—El canciller me ha dicho que mi madre predijo algo, que llegaría una chica con más poderes.

Azlan se mofa.

—La gente lleva prediciendo chorradas durante siglos. Como el regreso de la reina de fuego.

—¿La del cuento de hadas?

—Exacto, la del cuento de hadas.

—Pues el canciller sí cree en ello.

—Y tú crees que eres esa chica. —Arqueo una ceja.

Se sonroja.

—No lo sé.

—Al canciller le encantaría que fuera cierto, Rhi. Eso es todo.

Azlan mira la hora.

—Tenemos que ir tirando, si no, York nos inflará a preguntas.

—No, esperad un ratito más —dice Rhi.

—Si nos retrasamos…

—Por favor —dice firme, agarrándome a mí de la camisa y a él de la cazadora, y nos arrastra al sofá. Azlan no parece muy por la labor, pero a mí me da igual. Si es capaz de usar magia escarlata, más vale hacer lo que esta chica nos pide. Si quiere apoyar la cabeza en el pecho de Azlan y los pies en mi regazo, que así sea.

—Llevaba mucho tiempo separada de vosotros. —Se acurruca—. Y mi vínculo ha estado muy disgustado.

Por una vez, el cabezota de mi amigo parece contento de ceder. Le pasa el brazo por detrás y le da un beso en la cabeza.

—Tienes razón, ha sido mucho tiempo. Ya se me ocurrirá alguna excusa para York.

Ella sonríe, casi ronroneando como un gatito feliz. Me encantaría quedarme así de acurrucado a ella después del día tan difícil que ha tenido, pero tenerla recostada entre los dos me está dando otras ideas… unas ideas muy sexis y explícitas. Además, también sería una manera de reconfortarla.

—¿Sabes también qué otra cosa no hemos hecho en mucho tiempo? —digo con voz ronca.

—Lo hicimos ayer —murmura con los ojos cerrados, frotando la planta del pie contra mi ingle, lo que me provoca una erección de

inmediato.

—Pero hacía mucho que no estábamos los tres juntos —digo, y abre los ojos como platos, percatándose del fervor de los míos.

—¡Oh! —exclama.

—Rhianna ha tenido… —Las palabras de Azlan se ven interrumpidas cuando ella se cuelga de su cuello y le roba un beso.

Mi vínculo se desenfrena, y no puedo evitar acordarme del primo de Azlan. El chico de oro de la escuela. ¿Él también le está predestinado? ¿Llegaría a funcionar? El tío es un arrogante, narcisista y guapo a rabiar.

—¿Profesor? —dice rozándome con el pie.

—¿Sí, señorita Blackwaters?

Con el dedo me pide que me acerque, y la beso mientras Azlan se ocupa de desvestirla. En cuestión de segundos, está encaramada entre nosotros, en bragas y sujetador.

—¡Guau! —Me quedo sin habla al contemplar el conjuntito sexi de seda y encaje, y lo poco que cubre.

—Me lo ha comprado Azlan.

—Qué cabrón estás hecho —sonrío a mí amigo.

—Qué quieres que le haga, no podía contenerme.

Le atrapo un pecho por encima del sujetador.

—Joder, pareces un regalo de Navidad envuelto en un lacito. Un lacito que me dan ganas de arrancar con los dientes —gruño, y comienzo a bajar por su cuerpo.

—No. —Me aparta de un manotazo—. No va a arruinarme mi lencería nueva, profesor.

—¿Estás segura de que no te la has arruinado ya tú misma, princesa? —pregunta Azlan, que introduce sus dedos por las diminutas braguitas y la hace gemir—. Ah, sí… Ya las has mojado.

Se arquea y jadea frustrada cuando saca la mano.

—Ha pasado mucho tiempo, y quiero que te corras en mi polla, no en mis dedos.

Ella le dedica una mirada pícara, el tipo de mirada que a mí me vuelve loco, de modo que la inmovilizo en el sofá al instante y le arranco las bragas.

—¿Qué os parece si me corro en los dos? —dice jadeante, y me coloco ante su precioso y húmedo coñito.

—Buena idea… Primero en la mía y luego en la suya. —Le agarro las manos y se las coloco por encima de la cabeza.

—No —dice salvaje, justo cuando la acabo de penetrar—. A la vez. Os quiero a los dos a la vez.

Me detengo. Miro a mi amigo, que tiene los ojos rebosantes de lujuria, y luego a los de ella, hambrientos.

—¿A la vez? —Estoy a punto de correrme dentro de ella solo de pensarlo.

—S-s-sí —gimotea, moviendo la cadera en círculos y excitándome aún más. ¡Qué rápido aprende!

—Aún no estás preparada para eso, cielo —dice Azlan tenso, con la vena del cuello muy marcada.

—Sí que lo estoy.

—No —insiste él—. Podríamos hacerte daño.

—Os quiero a los dos dentro de mí. —Se mueve más rápido y me aprieta los dedos.

—Está muy apretadita, señorita Blackwaters. Y, como habrá notado, las tenemos muy grandes —sonrío, y ella se estremece—. Si quiere probarlo, primero debemos prepararla.

—¿Qué tal si…? —Se incorpora y me rodea con las piernas—. ¿Qué tal si probamos por el otro lado?

—¿El otro lado? —pregunto perplejo.

—Ajá.

Azlan se acerca y queda emparedada entre ambos.

—¿Quieres decir… —interviene él, con la voz entre cortada— ahora?

—Ajá —dice ella, fantaseando.

—Joder... ¿Alguna vez has…? —Miro ávido a mi amigo, que niega con la cabeza—. Lo siento, cielo, pero tenemos que prepararte también para eso. Relajarte, acomodarte un poquito.

—Profesor, ¿me está diciendo que no hay un conjuro que pueda hacer eso por nosotros?

Vuelvo a mirar a mi amigo.

—¿Tú te lo sabes? —me pregunta.

¿Que si me lo sé? Pues claro, desde los dieciséis años, como cualquier mago adolescente.

¿Que si lo he usado alguna vez? Hace mucho que no.

—¿Estás segura? —le pregunto, y me inclino hacia atrás para verla mejor. Tiene un aire inocente y soñador, igual de sexi que su actitud rebelde, pero el brillo de sus ojos y el vínculo me confirman que es de verdad lo que quiere.

Joder, y yo también quiero. La de veces que he fantaseado sobre ello, sin saber que esa fantasía terminaría haciéndose realidad.

—Puedo invocar el conjuro, cielo. Pero ello no quita que sea incómodo, sobre todo al ser tu primera vez.

—No tengo miedo —dice con la cabeza bien alta y desafiante.

—Claro que no —sonrío y le aparto un mechón de la cara. Luego cierro los ojos y susurro las palabras mágicas, dejando que mi magia baje e intime con su trasero, lo que hace que mi polla se estremezca, todavía dentro de ella.

—¡Ohhh! —gime. Quizá estoy equivocado y en lugar de incomodarla le proporciona aún más placer.

Dejo que mi amigo se lleve el premio gordo. Al fin y al cabo, ha estado lejos de ella durante muchos días. Sin embargo, se pone de rodillas y le acaricia las nalgas con la nariz. Ella da un respingo, y él continúa con los labios y la lengua, dándole amor a ese agujerito prieto.

—¿Te gusta? —le pregunto con un vaivén mientras Azlan la lame por detrás.

—Sí —jadea. Creo que me estoy enamorando de ella. Las cosas que está dispuesta a probar, a hacer, a arriesgar. Joder, la quiero.

Le levanto la pierna derecha un poco más y la abro para mí y Azlan, y comienzo a besarla, hasta que atrapo su clítoris y estalla de satisfacción, gimiendo más y más.

—¿Lista? —pregunta Azlan, que se acerca de rodillas y apoya las manos en su cinturita.

Asiente, pero a él no le basta como respuesta. Quiere oírselo decir.

—Rhianna, dilo —gruñe.

Ella pone los ojos en blanco, pero por suerte solo me percato yo. Tuerzo el gesto.

—No le hagas esperar, princesa. No tienes ni idea de lo irresistible que eres.

Pone los ojos en blanco por segunda vez, y dice:

—Folladme.

Y no hace falta que la señorita lo pida dos veces. Azlan la sujeta fuerte y se introduce por detrás. Yo también le siento a través de sus delicadas paredes.

Ella echa la cabeza hacia atrás, apoyándose en el torso de mi amigo.

—¿Todo bien? —susurro.

—Mmmm —gime, y ya no puedo contenerme. La embisto, y Azlan también. Su cuerpecito se sacude entre los nuestros, mucho más grandes y fuertes.

Por un momento, me preocupa que sea demasiado violento para ella, pero entonces su magia se eleva por el aire, iluminando el salón, y me queda claro, sin ninguna duda, cuánto desea esto y cuánto está disfrutando.

Chilla y su magia explota en una multitud de colores. Le brillan tanto los ojos que parecen de otro mundo, y entonces se corre, convulsionando de placer y haciendo unos dulces soniditos que no había oído nunca salir de sus labios. Creo que nunca la había visto tan guapa.

38

Rhi

Me cuesta tanto separarme de estos dos hombres… especialmente cuando sé que quedarme a solas significa quedarme con mis propios pensamientos. En cierto modo sus palabras me han tranquilizado, pero no del todo. Puede que Stone sea capaz de leerme la mente —y el hombre de negro de sentir mis emociones—, pero ninguno sabe lo que es tener magia escarlata corriéndote por las venas. El poder, el peligro, el revuelo que ello conlleva. Una parte de mí está deseando jugar con ella, probarla de nuevo para ver qué puedo llegar a hacer; mientras que la otra está muerta de miedo.

¿Soy un monstruo? ¿Como mi padre? ¿Como el tipo de monstruo que torturó y asesinó a mi madre? ¿Eso es lo que me ocultaba mi tía con el fin de protegerme de mí misma?

Me he repetido esas ideas en bucle mientras me interrogaba York —quería saber por qué me había citado el canciller—, y también ahora de vuelta a mi habitación. Supongo que York no es la única curiosa, porque según me aproximo a mi edificio, Tristan Kennedy emerge de las sombras y se para ante mí.

Ya ha anochecido, la escuela está en silencio, y solo se oye el viento golpeando las ramas secas de los árboles, haciendo que las

hojas salgan volando y caigan como confeti.

—Has ido a ver al canciller.

—Vaya, sí que corre rápido la voz en esta escuela, roza lo paranormal. —Ladeo la cabeza—. ¿O has estado espiándome de nuevo?

—¿Qué quería? —Frunce el ceño—. Yo no he dicho nada. A nadie.

Me muerdo el labio. Por muchos defectos que tenga Tristan, en eso tiene razón. Nunca ha revelado ninguno de mis secretos: ni sobre que no estaba registrada, ni que me buscaban los Lobos de la Noche, ni que estoy unida a dos hombres, ni que he usado magia escarlata. Cualquiera de esos secretos habría sido el caramelito de los cotillas, y enseguida habrían estado en boca de todos, teniendo en cuenta que aquí los rumores corren como la pólvora.

Pero tampoco soy tonta. Se ha guardado esos secretos para protegerse a sí mismo, no a mí. Su reputación de chico de oro no puede verse empañada por una compañera predestinada descarriada.

—Lo sé —me limito a contestar. Sigo enfadada con él, pero mi cuerpo y mi vínculo parecen haberle perdonado. Al igual que mi magia, que le coquetea y revolotea a su alrededor, provocándole. Ojalá pudiera permitir que mi cuerpo, mi vínculo y mi magia se controlaran y dejasen de estar tan cachondos por un gilipollas de este calibre.

—¿Lo sabe? —Da un paso adelante.

Hoy hace una noche clara y fresca; puedo verle la cara, y el aire frío me pellizca la nariz. Está preocupado, angustiado. Tiene unas ojeras enormes y sus mejillas parecen hundidas. ¿Es solo un efecto de la luz de la luna? ¿O tal vez tengo razón? Está preocupado por verse envuelto en todos mis marrones si la verdad sale a la luz.

—¿El qué, Tristan?

Se pone nervioso; cambia el peso de una pierna a otra y se rasca la cabeza. Nunca lo había visto tan incómodo.

—Lo de que somos pareja, lo de los vínculos.

—No tienes de qué preocuparte.

—¿Y tú?

—¿Yo?

Asiente.

¿Debería preocuparme?

Al canciller es difícil colársela, es muy astuto. No sé si ha sospechado de algo, si sabe más de lo que mostré con mi comportamiento.

—No lo sé.

Se rasca de nuevo.

—Quizá debería hablar con mi padre. Es el único al que el canciller tiene miedo. Si el canciller va a…

—¿Pero tu padre no era peor?

—Sí —Asiente rápido con la cabeza—. Sí, tienes razón. Es una gilipollez.

—No pasa nada, Tristan. No se lo voy a contar a nadie…

—¿Qué quería? —Se enfurruña otra vez.

Suspiro. Qué ganas de meterme en la cama, acurrucarme con Pip, estar de palique con Winnie analizando todo lo sucedido hoy. No me apetece nada quedarme aquí parada con el frío ante un tío que me hace sentir cosas que no debería.

—Quería hablarme sobre mi madre.

—¿Tu madre?

—La conoció. Era… —Le miro a sus ojos azules. ¿Puedo fiarme? ¿Por qué estoy teniendo siquiera esta conversación con él?—. Era vidente. Imagino que se pensará que yo también lo soy.

Me sostiene la mirada intensamente.

—¿Lo eres?

Podría mentir y fanfarronear de que me he reunido con el canciller, pero con él no me sale. Con él es todo más difícil, y tengo que controlar tantas otras emociones…

—Creo que tenía ese don de pequeña, pero ya no.

—¿Viste… viste algo sobre nosotros?

Me llevo la mano a la cabeza. Aquellos recuerdos. Azlan cruzando la puerta. Aquella mano que se estiraba para tocarme… La mano de Renzo. Fuego por todas partes.

—¿Rhi? —Siento su mano cálida en mi hombro, y mi vínculo se prende. Me despierto de mi ensimismamiento y me aparto de él.

—¡No me toques!

Pone mala cara, pero más bien de enfado y no tanto ya de preocupación. Está a punto de comenzar a discutir, pero no dice nada.

—Me alegro de que estés bien —murmura, y se larga, así sin más. ¿Se alegra de que esté bien? Es lo más agradable que me ha dicho jamás.

Me río yo sola y me meto al edificio.

Winnie está en su escritorio con el edredón echado por encima de los hombros, y Pip en su regazo.

—¡Madre mía! —digo nada más entrar en la habitación—. Hace más frío aquí que fuera.

—Seguro. Esta habitación es una nevera.

Cojo mi edredón, corro la silla y me siento junto a ellos.

Ya le he resumido por mensaje mi encuentro con el canciller, pero supongo que mi actitud deja entrever que algo más ha pasado.

Le cuento primero lo de Azlan y Stone. Pip se escandaliza y no quiere ni oírlo. Lo siento por él, pero mi amiga insiste en saber todos los detalles.

Cuando queda contenta, me pregunta con expresión seria:

—¿Pero tú lo has disfrutado? Quiero decir, que es la fantasía de muchos tíos, pero no te veas obligada si no…

—Winnie, ¡ha sido increíble!

Suspira aliviada.

—¡Menos mal! Habrías acabado con muchas de mis fantasías si hubieras dicho que era una mierda.

Me estremezco al recordar lo bien que lo he pasado, y Winnie menea la cabeza.

—Debería estar muy pero que muy celosa de ti, Rhianna Blackwaters, pero eres tan mona que no puedo.

—¿Yo? ¿Mona?

Winnie pone los ojos en blanco.

—Ya estamos otra vez. Te acabas de montar un trío de la hostia con dos de los hombres más sexis del planeta, y te ha invitado al baile el tío más buenorro de la escuela. Pero nooo, de ninguna manera podrías considerarte mona.

Me encojo de hombros y Pip resopla. Tiro del edredón y me cubro un poco más.

—Hablando de Tristan Kennedy…

—¡Oh! ¿Así que reconoces que está buenorro?

—Winnie, no estoy ciega. Sé que está buenísimo. —Y mi cuerpo lo sabe de sobra cada vez que le tengo cerca—. No es eso.

—¿Qué quería esta vez?

—La verdad es que no lo sé. Imagino que quería cerciorarse de que no me chivaba de lo nuestro al canciller.

—O simplemente un pretexto para hablar contigo. Rhi, lo digo en serio. Nunca se ha comportado así por ninguna chica. Cree que es tu pareja predestinada. No va a rendirse tan fácilmente.

Me muestro indiferente y Winnie cambia de tema.

—Bueno, visto que no vas a aceptar la invitación de Tristan, ¿con quién vas a ir al baile?

—¿Contigo? —digo esperanzada.

Winnie sonríe.

—Claro, puedes venir conmigo y con Trent. Aunque mejor no le cuentes tus travesuras en trío. No quiero que coja ideas. Soy demasiado celosa como para compartirlo con otra chica. De hecho, no sé cómo tus dos hombretones han podido. Se les ve tan… tan… posesivos.

—Ya. —Otra razón por la que aceptar a Tristan como pareja —aceptar a alguien más, sea quien sea— sería una locura, y no funcionaría. Stone y el hombre de negro son amigos, mejores amigos, unidos por el destino de por sí. Su voluntad para hacerlo imagino que es algo que se reservan solo para ellos, sin importarles lo que digan los demás.

—¿Has pensado en el vestido? —Winnie señala su escritorio, lleno de recortes de revistas—. Mi abuela me va a coser el mío. Me ha enviado todos estos recortes para inspirarme. —Corro la silla para verlos más de cerca y cojo dos. Uno es un vestido elegante, sofisticado; otro, vaporoso y de princesa—. Seguro que también te haría el tuyo, si quisieras.

—¿Le daría tiempo? —El baile es en menos de una semana. Me sorprende que Winnie haya dejado el vestido para última hora.

—Rhi. —Se ríe y me da un golpecito en el hombro—. Existe algo llamado magia, ¿recuerdas?

—Ah, sí —sonrío. A pesar de todo el tiempo que llevo aquí y de la magia que he usado, aún no tengo ese reflejo de usarla tan libremente. Me pregunto si algún día llegaré a habituarme.

—Si no —dice con una sonrisa juguetona—, podrías pedirle al hombre de negro que te compre uno. Apuesto a que te escogería algo chulísimo y carísimo, algo que rivalice incluso con el vestido de Summer.

—Seguro que me mataría si me viese aparecer con un vestido mejor que el suyo.

—Hazlo, Rhi —me ruega con las manos juntas—. Da por sentado que será la más guapa del baile. Sería un puntazo que aparecieras y le quitaras el trono.

—¿Yo?

Pip pega un chillido y Winnie me da más fuerte en el hombro.

—¿Por qué crees que te odia tanto, Rhi? Seguro que el día que apareciste por la escuela su espejo le dijo que ya no era la más hermosa.

—Te quiero, Winnie, pero creo que se te está yendo un poco la olla.

Se ríe.

—Bueno, ¿se lo vas a pedir o no?

Niego con la cabeza.

—Si aparezco con un vestido demasiado caro, todo el mundo querrá saber cómo lo he conseguido, y entonces…

—¡Arg! Entonces supongo que lo mejor será que te lo cosa mi abuela.

—Seguro que los diseños de tu abuela son mejores que cualquiera que puedas comprar en una tienda.

—¡Ajá! —dice Winnie mientras contempla un vestido negro con escote *halter* y flores bordadas en el cuello.

39

Spencer

Ya han pasado unas semanas y me he adaptado sin problema a mi nueva rutina. Me levanto al amanecer y comienzo el día con entrenamiento físico en el patio, luego desayuno y me pongo con mis tareas: fregar el suelo y limpiar los barracones, lavar la ropa e inspeccionar las armas. Por la tarde, entrenamiento de combate, cenar, apagar las luces e intentar dormir pese a los estruendos y las ráfagas de las batallas reales que se están librando fuera en los alrededores.

Todavía no me dejan salir. Lo he pedido —a menudo, rogado—, pero ahí fuera no importa quién sea mi familia, no importa que haya ganado la copa interescolar en Arrow Hart. No soy más que un recluta nuevo como cualquier otro, y pese a lo entrenado y practicado en la escuela, no nos han preparado para luchar de verdad. Tendré que esperar.

Mientras tanto, aquí estoy, fregando ventanas y limpiando la mierda. El viento gélido que viene del oeste trae el olor a quemado, pero hoy está todo sospechosamente tranquilo. Nada de bombas, de disparos ni de batallas. Aunque hay algo a lo lejos, algo apenas

perceptible (¿el batir de unas alas?), que llama mi atención y me hace mirar en esa dirección.

¿Cómo será el oeste? Allí fue donde desterraron a las fuerzas oscuras durante aquellos años, durante la guerra de la que luego nació la república. Desde que tengo uso de razón, siempre lo han pintado como un lugar inhóspito, siniestro y peligroso; pero todo lo que veo desde aquí son árboles y matorrales. No es como lo imaginaba de pequeño. No hay nubarrones cubriendo el conjunto del territorio, ni árboles muertos, ni bosques de espinas. Me río. De pequeño leía demasiado.

—¿Le toca descansar ahora, soldado? —dice una voz grave, y al girarme me encuentro con uno de los oficiales al mando.

Hago el saludo militar.

—No, señor.

—¿Entonces por qué se para? Continúe. Esto no es la escuela. Aquí no hay personal de limpieza que lo haga por usted.

Asiento y regreso a mis tareas. No es la primera vez que un oficial hace alusión a mi estilo de vida privilegiado. Se piensan que soy alérgico al trabajo duro, pese a todas las veces que les he demostrado lo contrario en el campo de entrenamiento.

Meto el paño en el agua. Está tibia y la caliento con mi magia. Lo muevo haciendo espuma y lo paso por la siguiente ventana. Obviamente, podría haber estado todo terminado en unos meros minutos si me dejaran usar mi magia en condiciones, pero supongo que eso va en contra de los principios de aquí.

El oficial permanece de pie vigilándome, y luego se oyen las pisadas de otro, que se detiene a su lado.

Yo sigo limpiando. Los oficiales charlan entre ellos en voz baja y seria, e intento poner la oreja para escucharlos a la vez que los veo por el reflejo del cristal.

Aquí no nos cuentan nada. Me da la impresión de que sabía más cosas cuando estaba en la ciudad.

—¿Alguna noticia sobre lo que encontraron los centinelas? —le pregunta el primero al segundo, y este niega con la cabeza.

—El comandante no quiere soltar prenda.

—¿Qué crees que significa eso?

—Solo puede significar malas noticias. Si fueran buenas, ¿por qué no compartirlas? —dice el segundo mirándose las botas.

El primero lo sopesa, y tras un rato en silencio, añade:

—Hay rumores sobre un arma.

—Siempre ha habido rumores así.

—Pero ¿alguna vez habías visto al comandante enviar centinelas a sus territorios?

El segundo vuelve a negar con la cabeza, y se marchan los dos.

¿Un arma? A los nuevos reclutas no nos habían llegado esos rumores. Aunque bueno, también es verdad que casi nadie me habla, y no estamos en el frente. Quizá nos llegarán más tarde.

Aclaro los cristales.

¿De qué se tratará?

✳

Me acuesto en la litera, en la que se me clavan todos los muelles, y miro al techo agrietado, con los estruendos de fondo. Pienso en mi hermano. En cómo murió. En lo que le sucedió. Dicen que murió como un héroe, o al menos eso les dijeron a mis padres. Pero nunca se nos ha dado ningún detalle. Y nadie me trata como al hermano de un héroe. Es más, la gente me hace el vacío.

Me acuerdo de Cerdita. De cómo la tratan en la escuela. Quizá ahora estoy empezando a comprenderla.

Aunque existen más razones para evitarme a mí que a ella. Cerdita simplemente era diferente: delgaducha, hortera, sin idea de nada. Bueno, vale, también estaba sin registrar. Ese tema estaba en boca de todos, pero solo unos pocos sabían la verdad.

En cuanto a mí, tienen todas las razones del mundo para evitarme: el hombre bestia, el chico maldito, el monstruo peligroso. ¿Lo saben? ¿Se le escapó a mi hermano nuestro secreto?

Se me viene a la mente el momento en que nos atacaron al hombre de negro y a mí en el bosque. Fue algo instintivo. Me transformé antes de saber siquiera qué estaba haciendo. ¿Le pasó lo mismo a Tobias? ¿Se delató por la impetuosidad en plena batalla?

Me doy la vuelta y me tumbo de lado. Qué idiotas. Un hombre bestia es poderoso, fuerte, imparable. Un aliado en el campo de batalla por el que cualquiera de ellos debería estar agradecido.

En la litera de al lado hay un tío enorme roncando, y más allá, al fondo, uno está hablando en sueños.

Todos tienen el mismo aspecto: pelo rapado y mirada desorientada. Creo que soy el único que ha venido aquí voluntariamente, y aun así me toca aguantarme con estos pringados que no hacen nada útil más que fregar suelos.

No lo soporto. No con el monstruo ansioso por salir a cazar. Estar aquí no ha ayudado a aplacar su agitación. Tal vez mi madre tenía razón. Pero no puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en cómo habría cambiado todo si hacía a Cerdita mía. Se encuentra muy lejos de aquí. A salvo.

El monstruo ruge. No está de acuerdo y está cabreado. Muy cabreado.

Me tumbo bocabajo e intento concentrarme en dormirme, pero entre los ronquidos, los estruendos y el aire cargado entre tanta gente, es imposible.

Me siento y echo un vistazo a mi alrededor. Todos duermen y, a través de la ventana, se ve un pedacito de luna.

Me bajo de la litera procurando no hacer ruido y me dirijo a la puerta, en calzoncillos y con una cazadora. Antes de salir, vuelvo a mirar para asegurarme de que siguen como un tronco.

El aire apesta como siempre: a magia podrida, carne chamuscada y pólvora. Miro la luna y la bestia se queda de repente tranquila y en silencio, esperando a ver qué hago.

¿A mi hermano también le molestaba el olor? ¿Este confinamiento? ¿Ver la batalla tan fuera de su alcance?

Pensaba que este sitio sería una escapatoria. Pero ahora me pregunto si más bien es una prisión.

Quiero saber qué le ocurrió. Más que nada en el mundo. Mi hermano. Mi hermano mayor. No era tan fuerte, ni tan seguro de sí mismo. Siempre andaba nervioso, mordiéndose las uñas, observando su alrededor. Odiaba el sufrimiento, incluso más que yo.

Pero eso vino después, hubo un tiempo antes de eso. Cuando éramos más pequeños. Cuando mi madre nos escondía de los demás. Hace tanto que apenas lo recuerdo. Nos transformábamos, nos perseguíamos, nos revolcábamos por el suelo mordiéndonos el pelaje. Recuerdo lo fuertes y vivos que eran los olores, y lo cerca que me sentía de él. Antes de que lo supiéramos. Antes de que lo entendiéramos. No era un don, un juego ni un premio. Era un maldito lastre.

¿Le corrompió?

Me miro las manos. Me tiemblan. Debería haberle hablado de ello. Debería haber hablado con él, y punto. No soporto permanecer en esta ignorancia, sin entender nada. No soporto que ya no esté aquí. Quiero que vuelva.

Solo él lo entendería. El único que me diría la verdad. El que me miraría a los ojos sin juzgar, sin asco.

Echo a correr, y sin darme cuenta, ya estoy lejos de los barracones, en medio de la noche, lejos del campo de entrenamiento, corriendo hacia la magia violenta que ilumina el horizonte, sobrevolando la arboleda.

Un minuto soy yo, y al otro soy él. El olor que arrastra el viento nos conduce hacia una dirección en concreto.

Lo lleva a través de los árboles. Vislumbro todo desde el abismo, la luna creciente, la tierra dura, las hojas caídas. El olor se amplifica en su nariz. No es lo correcto, pero es un olor que a los dos nos resulta familiar.

Los estruendos de la magia se oyen cada vez más cerca y más alto, retumban en sus huesos, hacen temblar el suelo bajo sus patas. El olor también parece más cercano, y entonces se detiene, olfatea la tierra y escarba.

Y después vuelvo a ser yo. Con mis manos y mis rodillas. Desnudo, empapado en sudor frío, temblando. Ese olor —el olor de mi hermano— sigue impregnado en mi nariz. Me derrumbo.

Aquí fue donde sucedió.

A lo lejos se oye a unos soldados gritar, y la colisión de sus magias.

Fue aquí.

Apoyo la cara en el barro frío. Su olor se ha quedado en la tierra y se ha fundido en ella.

Cierro los ojos. Fue aquí. ¿Estaba solo como yo ahora? ¿Había alguien con él, cogiéndole de la mano, prometiéndole que todo saldría bien?

Tengo la cara mojada. Hundo la nariz en la tierra. Su sangre se ha quedado aquí. Nuestra sangre.

De cara a la galería, tengo mucho: a todos los ricos de mi familia, su apellido, mi fuerza y mi poder, mi reputación.

¿Pero acaso mi escaso tiempo aquí no ha dejado ya claro lo poco que valen esas cosas?

Lo único que he tenido de verdad ha sido a él.

Cuando llegue el momento —cuando tenga mi oportunidad—, los voy a matar a todos, uno a uno.

40

Rhi

Por suerte, el baile supone una distracción masiva tanto para alumnos como profesores, y la escenita de Tristan en el gran comedor ya es agua pasada. Al menos de momento. También ayuda que, pese a la predicción de Winnie, parece haber tirado la toalla. Se acabaron las declaraciones públicas, el ir pegado a mí como una lapa por los pasillos, el llevarme los libros… De hecho, apenas le veo, aunque de vez en cuando tengo la sensación de que anda cerca, invisible y observándome.

Al final va a resultar que Summer ha encontrado un modo de utilizar mi medallón como amuleto del amor. Aún lo lleva colgado del cuello. A veces veo que le sobresale por la camisa del uniforme o la sudadera de gimnasia. Lo lleva puesto todo el rato. Lo quiero de vuelta. Y voy a conseguirlo. Es solo que todavía no sé cómo.

Entramos en la clase de la doctora Johnson y Summer está en primera fila hablando a voces sobre el vestido que va a llevar al baile, el vestido que su padre ha encargado especialmente y que se lo traen desde Aropia. Qué casualidad que se le escape decir el precio… Lo suficiente para alimentarnos a mí y a mi tía durante un

año. Me pone enferma. Me alegro de no haberle pedido al hombre de negro que me lo compre él.

Se supone que hoy vamos a practicar cómo convertir lápices en mariposas. Desgraciadamente, en lugar de mandar callar a Summer, la doctora Johnson le da coba, y nos tenemos que fastidiar y escuchar hasta el más mínimo detalle del vestido de Summer: el número de cristales cosidos en el corpiño, la tonalidad exacta de azul, la tiara a juego de la valiosísima colección de su abuela…

—¿Tú tienes ya el vestido? —pregunta Trent a Winnie mientras lucha con su lápiz, que se retuerce.

—Me lo va a hacer mi abuela, y el de Rhi también. Llegará en un par de días.

Por el rabillo del ojo, me fijo en que Tristan ha desviado la vista de su trabajo terminado hacia nosotros tres. Está sentado en la última fila, con una mariposa revoloteando por su mesa.

—¿Y tú, Trent? —le pregunto—. ¿Qué te vas a poner?

—Odio llevar esmoquin. —Se pasa un dedo por el interior del cuello y hace una mueca como si le diera un escalofrío.

—Pues no te pongas esmoquin —dice Winnie, admirando su mariposa perfecta.

—¿No te importa? Pensé que querrías fotos guays juntos y todo eso.

—Claro que habrá fotos —sonríe Winnie—, pero tú ponte lo que te resulte más cómodo. Ya iré yo glamurosa por los dos.

Trent le devuelve la sonrisa. Son perfectos el uno para el otro.

Me concentro en mi lápiz, que parece muy reticente a cambiar de forma. Cierro los ojos y digo las palabras mágicas. Es mucho más complicado de lo que parece. El lápiz se niega a transformarse. ¡Pfff! De todas formas, no sé para qué nos servirá esto en el mundo real.

—No lo estás haciendo bien —dice una voz por detrás que me deja perpleja.

No hay nadie, pero le reconozco por el sonido de su voz y ese tirón familiar del estómago.

Paso de él, aunque esté muy cerca, tan cerca que siento su cálido aliento contra mi mejilla. No voy a hablarle ahora que es

invisible. La gente ya me toma por un bicho raro por tener un cerdo. No necesito que piensen que también hablo sola.

Cierro los ojos y me concentro aún más, lo que es muy difícil al sentir su brazo rozando el mío y su magia tintineando en el aire, suplicando a la mía que juegue con ella.

Vuelvo a abrir los ojos. El lápiz sigue siendo un maldito lápiz.

—Es un conjuro muy fácil, Piglet.

—¡Déjame! —digo para mis adentros, y sonrío cuando Winnie se vuelve hacia mí.

—Tengo que hablar contigo —continúa.

¿Ahora? Tiene que hablar conmigo ahora. A ver quién es el loco aquí.

No respondo y clavo la mirada en el lápiz. No estoy para jueguecitos. No aparto la vista del lápiz, ni siquiera cuando siento cómo sus nudillos me acarician la parte desnuda de mis muslos entre la falda y los calcetines altos, ni cuando seguramente está posando sus labios en mi cuello.

—Eso no es hablar —siseo.

Le voy a matar. Tan pronto como salgamos de esta clase, le voy a…

—¿Necesitas un vestido? —me susurra al oído, y solo yo le oigo. Niego con la cabeza. Lo que necesito es que se vaya y me deje en paz. Tenerle tan cerca… tocándome… me confunde. Mi vínculo zumba de placer, un placer que reverbera por todo mi cuerpo. Y no puedo evitar pensar en aquel beso, que he estado bloqueando tenazmente en mis recuerdos, que prendió mi cuerpo entero en llamas—. Te puedo comprar uno, si quieres.

Ahora tiene toda la mano apoyada en mi muslo. Podría apartársela. Podría darle un chispazo con mi magia. Podría levantarme y fingir que tengo que consultar un libro en la otra punta del aula. Pero algo me frena. El vínculo. O quizá simplemente él. Su olor es profundo, y su tacto es más que mágico. Es tan duro resistirse cuando está tan cerca, con su magia acariciándome la piel y haciéndome estremecer.

—Te compraré todo lo que quieras —dice con voz ronca, y sus labios presionan mi oreja—. Te daré lo que me pidas. —Recorre el

contorno de mi oreja con la lengua, y luego sigue por dentro. Me dan aún más escalofríos, y me empiezan a temblar las piernas y las manos.

No me muevo. Me retumba hasta mi propia respiración. Intento focalizarme en el dichoso lápiz, pero en lo único que puedo focalizarme es en su mano sobre mi muslo, haciéndome cosquillas con su magia. Una mano que se está metiendo por debajo de mi falda.

¡Mierda! ¿Pero qué me pasa?

¿Soy como las demás chicas, una loca perdida suspirando por Tristan? ¿Tan patética soy que voy a dejar que me toque así, que deslice sus dedos por el interior de mis muslos hasta rozarme las bragas?

—Para —mascullo, ahogando un gemido.

—No puedo —dice jadeante, y me muerdo el labio. Mi entrepierna palpita con la electricidad de su tacto.

El corazón se me sale del pecho. Se me entrecorta la respiración. Espera. La fina tela de mis bragas es lo único que separa ahora mis partes más íntimas de la punta de sus dedos. Aunque le he dicho que pare, no le rechazo, y no quiero dejarle ir.

—¿De verdad quieres que pare? —me pregunta mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Aprieto los ojos. ¿Qué quiero? Mi cuerpo y mi vínculo me gritan. Quieren que me toque. Tanto que no puedo luchar contra ello.

Niego con la cabeza. Un movimiento discreto, casi imperceptible.

Pero para él es suficiente.

Introduce los dedos bajo mis braguitas de seda y gimo cuando la punta de sus dedos entra en contacto con la carne sensible que se halla debajo. Sensible y ahora también hinchada.

—Joder, estás tan… —gruñe. Siento que tiene el otro brazo apoyado en el respaldo de la silla, y siento su cuerpo fuerte apretado contra el mío—. Voy a hacer que te…

No hace apenas falta que me roce con los dedos, su magia hace el resto: se aventura en mis partes y me acaricia el clítoris en círculos, lo que me obliga a morderme el labio aún más fuerte.

—Sí —susurra, y de repente, su boca está de vuelta en mi cuello, mordisqueándome y lamiéndome. Creo que me voy a desmayar. Quiero que pare. Estamos en clase. Y le odio. Odio todo de él. Todo lo que me ha hecho. Salvo esto. Esto sí que lo deseo. No quiero que pare.

Me falta el aire y el coño me palpita, contrayéndose y relajándose.

—Shhh, tienes que estar callada, Piglet —susurra.

Pero ya he perdido el control. Su magia vibra contra mi clítoris y me escurro de la silla, levanto las caderas pidiendo más, pidiendo más de su tacto y de su magia, y de la manera en que me hace sentir.

Supongo que por una vez debo darle las gracias a Summer por lo escandalosas que son ella y sus fans, porque la tensión que se está acumulando dentro de mí es difícil de disimular. Busco su brazo y le agarro fuerte de la muñeca, con las dos manos; y me corro con un suspiro que no puedo evitar ni amortiguar.

Mientras doy rienda suelta a mi orgasmo, siento hundirse dos de sus dedos, y los aprieto con movimientos circulares. Con su mano libre, me tapa la boca para ahogar mis gemidos mientras me masajea.

—Oh, sí… —murmura. Menos mal que Trent y Winnie están distraídos entre ellos y no me están mirando.

Me corro de nuevo, con sus dedos dentro de mí y su boca en mi cuello. Esta vez mi orgasmo parece no tener fin, una ola tras otra chocando con mi cuerpo, y tiene que sujetarme para que no me caiga de la silla.

Cuando ese estado de felicidad absoluta comienza a desvanecerse, estoy floja y sin aliento, y siento cómo saca los dedos.

De repente me invade un sentimiento de vergüenza, y me arden las mejillas.

¿Qué narices acabo de hacer? ¿En qué estaba pensando?

Le oigo chuparse los dedos.

—Tu coño sabe delicioso, Rhianna —gruñe—. ¿Quieres que nos veamos en el aula vacía al final del pasillo y te lo como enterito? Y

así hago que te corras otra vez. Joder, me podría pasar día y noche haciendo que te corras. Lo haré si me dejas.

Me arden tanto las mejillas que se me debe de estar derritiendo la piel.

Niego con la cabeza y cojo el lápiz, fingiendo que es eso lo que me fascina y no él.

Se queda callado, y si no fuera porque siento su pierna junto a la mía, habría pensado que se ha ido.

Finalmente, susurra:

—Te encontraré el vestido perfecto.

Se marcha y reaparece al instante en su mesa. Todo el mundo está obnubilado con las historias de Summer o con los conjuros de los lápices, así que no se han enterado de nada.

Me froto los muslos. Estoy húmeda y pegajosa. ¿Qué estoy haciendo?

41

Rhi

Después de eso evito a Tristan Kennedy como a la peste, e intento convencerme a mí misma de que lo sucedido en clase era fruto de mi imaginación, de que estaba soñando despierta y el sueño —tórrido y explícito— se volvió muy vívido.

No se lo cuento a Winnie ni a Stone. No sé qué pensarían. Sobre todo porque ni yo misma sé qué pensar.

Decido centrarme en mis estudios. Ni siquiera me involucro en las charlas y los cotilleos sobre el baile, para gran frustración de Winnie.

Sin embargo, falta solo un día, y Winnie está que se tira de los pelos porque no hemos recibido el paquete de su abuela. Está alerta cada vez que nos suena a alguna de las dos el teléfono o cuando se oyen pasos por la gravilla del sendero. Cuando llaman por fin de verdad a la puerta, salta como una pantera a abrirla.

—¡Los vestidos! —chilla y le arranca el paquete al repartidor, al que compadezco por la saturación de trabajo que tendrá en estos momentos previos al baile, el mayor evento de nuestras vidas, como me recuerda Winnie constantemente,

—¡Madre mía! ¡Sí que pesa! ¿Con qué diablos los ha hecho?

Winnie no me presta atención, está abriéndolo ya.

—¡Oh! —Saca el primer vestido.

—¿Oh? —repito—. ¿Qué pasa? ¿No es como lo esperabas?

—No, es que este vestido no es de las creaciones de mi abuela. Es de… diseñador. —Lo levanta con admiración.

—¿Qué? —Me acerco para verlo mejor. Es un vestido negro azabache con un corpiño formado por pétalos de seda y una bonita falda de tul.

—¿Le pediste al final a Azlan que te lo comprara? —Suena un poco molesta—. Me lo podrías haber dicho porque mi abuela ha trabajado…

—No, no se lo pedí. —Saco del paquete otro vestido de diseñador, este en azul medianoche, en palabra de honor y de seda.

—A lo mejor ha querido comprarte algo por su cuenta de todas formas —sugiere Winnie, que encuentra otro vestido más, en verde bosque.

—Lo dudo. No hemos hablado del baile. —Hemos tenido en mente otras cosas más importantes—. Quizá Ellie le ha dicho que me compre uno. —Ellie y yo nos hemos estado enviado mensajes de vez en cuando y sabe lo del baile—. Aunque le dije que me estaban haciendo uno.

Winnie saca un vestido más, en color crema, que me recuerda al que llevé la Noche de los Fundadores. Revuelve en la bolsa y encuentra una tarjeta, y yo mientras cuelgo los vestidos de la litera. Qué bonitos y elegantes son.

—No creo que hayan sido el hombre de negro o su hermana.

—Pues entonces mucho menos Stone —digo—. No se cansa de repetir lo mísero que es su sueldo como profesor.

—No, tampoco es él. —Winnie me enseña la tarjeta, que lleva el nombre de Tristan.

—¡Estás de coña! —Vuelvo a meter los vestidos en la bolsa.

—¿Qué haces?

—Devolvérselos.

—No puedes, Rhi. ¡Son preciosos!

—Ya tengo vestido, el que me está haciendo tu abuela.

—Odio hablar mal de mi abuela, pero su trabajo no puede competir con esto.

—Me da igual. Seguro que es muy bonito también.

—No tanto como estos. Apuesto a que habrán costado diez veces más que el de Summer. Mira la etiqueta, Rhi. Es un Mona *vintage*.

—Sabes que para mí eso no significa nada.

—Son de un valor incalculable. —Empieza a buscar en internet y me enseña la pantalla—. Mira cuánto pagaron por este en una subasta. Sabía que Tristan estaba forrado, pero tanto… No sé cómo habrá conseguido hacerse con uno de estos.

—Me sigue importando un comino.

—Bueno, puede que no tengamos otra opción que ponérnoslos si no llega el paquete de mi abuela.

—Antes me vuelvo a poner tu camisón o una sábana.

—Rhianna Blackwaters, a veces te pasas de terca. Tienes dos compañeros predestinados a los que les encantaría verte preciosa y brillar. De hecho, puede que a ti también. Imagínate el sex…

—En primer lugar —digo apuntándola con el dedo—, Stone se encontrará en estrictas funciones docentes, y no podrá ni acercarse a mí. Y segundo, el hombre de negro no va a venir.

—Lo siento, tía. Pobrecita… —No sé si lo siente de verdad o si está siendo irónica—. Yo quiero dejar a Trent impresionado hasta el punto de que le dé casi una aneurisma. Eso o una erección tan intensa que tenga que empotrarme contra la primera superficie que veamos.

—Qué cruel.

—El sexo merecerá la pena. —Mira ensimismada el vestido verde y acaricia el corpiño—. ¿Estás segura de que no te los quieres poner?

—No quiero entrar en el jueguecito de Tristan Kennedy. —Aunque el jueguecito en clase me lo pasé con creces.

—Pues esperemos que llegue el paquete de mi abuela entonces.

Me suena el teléfono y Winnie da un respingo, deseosa de que sea del servicio de mensajería.

—Es Stone. —Me siento en la silla y leo el mensaje.

—¿Qué dice? —pregunta Winnie, y me sonrojo—. Pensaba que no te iba eso del *sexting*.

—A mí no, pero a él sí. Y se le da muy bien. Muy muy bien.

—¿Por qué no me sorprende? Ese hombre debe de ser bueno en todo. —Eso no se lo discuto—. ¿Me lo vas a contar o me vas a dejar en ascuas?

—Vas a tener razón en eso de que están deseando verme guapa y brillar mañana por la noche.

—¿Ves?

—Hum… —Vuelvo a leer el mensaje en mi mente, la descripción de las ganas que tiene de arrancarme el vestido que lleve puesto, sea el que sea. Recibo otro mensaje—. Oh…

—¿Oh?

—También tenías razón respecto al hombre de negro.

—Pues claro que la tenía. ¿Qué dice?

—Que viene al baile. Se las ha arreglado para conseguir una invitación como cuerpo de seguridad.

—Porque no quiere perderse las vistas tampoco….

—No, probablemente sea que está preocupado de verdad por la seguridad de la escuela.

Winnie suelta una carcajada.

—La escuela es uno de los lugares más seguros de Los Mágicos y del país.

—Y aun así se coló un hombre bestia y… —Hago una pausa y miro a mi amiga, que levanta la vista del teléfono.

—¿Y?

—¿Qué?

—Has dicho que se coló un hombre bestia y…

—¿Eso he dicho? —Me siento fatal por ocultárselo a Winnie, tan culpable… Ella ha hecho tanto por mí, incluso ha arriesgado su vida. ¡Hasta estuvo a punto de morir por acompañarme en una de mis estúpidas aventuras! ¿No le debo algo más que secretos y mentiras? Me aclaro la garganta—. Renzo Barone.

—¿Crees que fue él quien clavó esa cosa… en la cama? —Palidece, volviéndose casi verde—. Siempre he sospechado que fue

Andrew. No entiendo cómo alguien como Renzo podría burlar la seguridad de la escuela.

—Pues lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo… lo he visto. He hablado con él.

—Rhi, ¿qué co…?

—Fue culpa suya —digo señalando a Pip, que dormía en un rincón.

—¿De Pip? No entiendo nada.

—Me estaba esperando en el bosque, y Pip me llevó directa hacia él.

—Pip nunca haría nada que te pusiera en peligro.

Pip levanta la cabeza y gruñe asintiendo.

—Pues fue tal y como te lo estoy contando.

—Probablemente no sabía que él estaba ahí. —Winnie abre los ojos como platos, aterrorizada—. O tal vez lo embrujó.

—Tal vez. —No me creo ninguna de sus explicaciones, la verdad, pero no quiero discutir con ella.

—Pero ¿Barone te ha vuelto a atacar? ¿Te hizo daño? ¡No me creo que no se lo hayas contado a nadie!

—Porque no quería hacerme daño, ni matarme, solo quería hablar. Me dejó totalmente desconcertada.

—¡¿Hablar?! ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo te haría picadillo? ¿Sobre cómo planea rebanarte el cuello?

—No creo que quiera hacerme daño. De hecho, muy en el fondo, sé que fue sincero.

—Trabaja para los Lobos de la Noche. Es el sicario de Marcus Lowsky. Hay un precio por tu cabeza. Una *vendetta*. Por supuesto que quiere hacerte daño.

—Por eso no te lo había dicho. Sabía que no lo entenderías.

El rostro de Winnie se apaga, sus ojos brillan de dolor, y me arrepiento de inmediato de mis palabras. Winnie ha soportado muchas de mis estupideces, siempre ha estado a mi lado, animándome y ayudándome.

—Lo siento, Winnie, no quería…

—No, tienes razón… No entiendo nada de todo esto, Rhi. Ten cuidado. Es un tío muy avispado, muy astuto. Ha asesinado a mucha gente. No puedes fiarte de él.

Asiento, pero una vez más, solo porque no quiero discutir con ella. Creo que se equivoca. Me fío de él. Quizá sea el mayor error de mi vida, pero me fío de él.

42

Stone

Cojo el teléfono y considero enviarle otro mensaje, pidiéndole que mueva el culo y venga pronto a su clase particular, pero lo tiro encima de la mesa, me reclino en la silla, y me toqueteo la barba.

No puedo dejar de pensar en ella. No puedo. Es como un picor que no puedo dejar de rascarme. No puedo controlarme. Pienso en lo guapa que es. En cómo lo es todavía más cuando se corre. Pienso en lo del otro día, con ella y Azlan, en cómo fue, sin lugar a duda, el mejor momento de mi vida.

Pero también le doy vueltas a esos recuerdos que tiene. A su encontronazo con el canciller. A Tristan Kennedy. En cómo encaja ese niñato malcriado en todo esto. Si es que lo suyo es cierto.

Miro tentado el teléfono, pero cojo un libro. He estado intentando ponerme al día con cualquier aspecto que pueda ser útil. He consultado todas las fuentes sobre parejas predestinadas, y ahora estoy intentado deducir si hay alguna manera de ver yo esos recuerdos sin hacérselos revivir. No quiero que pase de nuevo por ese sufrimiento, pero sé que pueden albergar respuestas. El interés del canciller por Rhianna me preocupa —a Alzan también—, estoy seguro de que hay algo más que no nos está contando.

En cambio, por mucho que quiera ponerme a leer, por mucho que sepa lo importante que es para ella y para nosotros, no consigo concentrarme. Las palabras me bailan, se vuelven grises y borrosas, y forman su cara.

¡Mierda!

Estoy obsesionado. No sirve de nada negarlo, ni resistirme a ello.

A las siete y cincuenta y siete de la tarde, cierro el libro. A las ocho y tres, toca a la puerta.

—Llegas tarde. —Abro la puerta y la meto en el aula.

—¡Por tres minutos! —refunfuña y arroja su mochila en el pupitre más cercano—. Tiene que aprender a ser más paciente, profesor.

¿Me lo está diciendo en serio? ¿Yo precisamente tengo que aprender a ser paciente?

Aunque, para ser sinceros…

—No puedo evitar impacientarme por verte.

—¿Porque tienes muchas ganas de darme clase? —dice con una mano en la cadera.

—Hay tantas cosas que quiero enseñarle, señorita Blackwaters… —Acto seguido me paso la mano por la cara, luchando por recuperar la compostura—. Pero hoy vamos a centrarnos en tu autocontrol.

—¿Autocontrol? —dice decepcionada. Supongo que se esperaba algo mucho más emocionante.

—Sí, autocontrol. Tienes mucho poder, Rhi. —Me mira atenta—. Y parte de esa magia es peligrosa. —Se sobrecoge—. Tenemos que ser realistas, Rhi. De nada vale fingir que no la posees.

—Vale. —Se endereza—. ¿Cómo?

—Se te dan bien los dramas, usar tu magia a lo grande. —Abre la boca para rebatirme—. ¿Podrías hacerlo un poco más delicadamente, a pequeña escala? ¿Puedes cristalizar un copo de nieve a partir de gotas de agua? ¿Puedes tejer una telaraña? ¿Puedes electrificar un solo nervio? —Chasqueo los dedos y activo un nervio muy preciso entre sus piernas. Jadea y se le suben los colores.

—No veo en qué puede ayudarme eso a controlar… la magia escarlata.

—Tienes que confiar en mí, Rhi.

Le hago una seña para que se acerque, le doy la vuelta, y la rodeo con mis brazos.

—Vamos a empezar con los copos de nieve —le susurro al oído—. Tienes que atemperar toda esa energía que tienes en tu interior.

Su cuerpo se relaja y se funde con el mío.

—Eso es, cielo. Ahora coge una gota de agua, toma. ¡Con cuidado! —Advierto cuando la sujeta demasiado—. No fuerces.

Su respiración también se vuelve más sosegada, y su ritmo cardíaco se calma. Veo cómo se coloca una gota de agua en la palma de la mano.

Sonrío. Tiene un talento innato. Aprende tan rápido. De hecho, enseñarle, compartir mi conocimiento con ella, se está volviendo tan interesante como llevarla a la cama. Y cada vez a mejor.

—Ahora, con muchísimo cuidado, enfríala.

Las primeras veces lo hace muy rápido y la gota de desparrama. Pero enseguida lo domina y aparece un copo de nieve perfecto.

Se ríe.

—¡Lo he logrado!

—Pues claro que lo ibas a lograr.

Gira la cabeza hacia mí.

—Pero ¿cómo voy a…?

—Recuerda esta tranquilidad, este control. Has tenido que doblegar tu magia, dominarla, para hacer esto.

Asiente.

—Matrícula de honor, señorita Blackwaters. —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y le susurro—. Se está convirtiendo en mi alumna preferida. ¿Cómo puedo recompensárselo?

Siento cómo le recorre un escalofrío, la cojo de la mano y la llevo a mi despacho. Cierro la puerta y lo sello con el conjuro inexpugnable.

—¿No es un pelín arriesgado? —Se sienta en mi mesa y columpia las piernas—. ¿No basta que nos hayan pillado ya el otro día?

—¿Quieres irte? —le pregunto muy serio. No quiero que se vaya. Ahora que la tengo justo delante, estoy aún más desesperado.

Pero niega con la cabeza y respiro aliviado.

La agarro de la cintura y me inclino para besarla en la boca. Estoy tan solo a unos milímetros de sus labios aterciopelados cuando algo se le pasa por la mente. Sabe cómo mantenerme fuera, pero siempre me deja la puerta abierta.

Me detengo. Está triste.

Tiene los ojos cerrados, esperando a que la bese.

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? —abre los ojos.

—Hay algo que te reconcome.

—Oh… —Aparta la mirada y se muerde el labio.

La sujeto del mentón y vuelvo su cara hacia mía.

—¿Qué pasa?

—Nada, una tontería. —Me saca la camisa del pantalón y me la quita. La temperatura de mi sangre aumenta varios grados. Si fuera un capullo, me la follaría ahora mismo en mi mesa independientemente de que esté preocupada por algo. Pero estoy intentando dejar de ser un capullo. Por ella.

—Cuéntemelo, señorita Blackwaters.

—No quiero hablar del tema.

—Si quieres que te folle —digo adentrándome más entre sus piernas—, vas a tener que hacerlo.

Resopla.

—He discutido con Winnie.

Casi se me escapa la risa. ¿Eso es todo? Pero sé que está disgustada.

—¿Por qué?

—Por un par de cosillas...

—¿Y…?

—Esto…

—¿Rhi?

—Por unos vestidos.

—Con que por unos vestidos…

Asiente y respira hondo.

—Tristan me ha enviado un montón de vestidos carísimos.

—No te sigo.

—Winnie cree que debería aceptarlos, pero yo quiero devolverlos.

—Está intentando camelarte. No es de extrañar, es tu compañero predestinado.

—No es mi…

—Rhi, creo que ya hemos superado eso, ¿no? Lo es, y en algún momento vamos a tener que afrontarlo.

—¿Cómo? Le odio. Tú le odias.

—No le odio. —Claro que pienso que es un arrogante, malcriado y narcisista. Pero así son la mayoría de la escuela y la gente de Los Mágicos. No le odio.

—¿Cómo podríamos hacer que funcione?

—Joder, Rhi. —Le acaricio la mejilla con los nudillos—. Estoy dispuesto a cualquier sufrimiento y contratiempo por ti.

—No quiero que sufras por nada. Y no quiero tener que lidiar con él. Quiero que me deje en paz.

—Hablaré con él —digo sombrío, y luego me río—. Tristan siempre soluciona los problemas con dinero.

—Sí. —Baja la mirada y algo se enciende en su mente. Algo relacionado con una clase… y…

—¡¿Qué cojones?!

—¿Qué?

Vuelvo a cogerla del mentón y hacer que me mire a la cara.

—¿Le importaría explicarse, señorita Blackwaters?

Abre los ojos como platos, inocente, pero esa imagen de inocente no tiene nada.

—¿Tristan Kennedy puede volverse invisible? ¿Cómo no lo he sabido antes?

—Supongo que mantenerlo en secreto le beneficia.

—Sí, es una ventaja de la hostia. —Intento deducir lo que acabo de ver en su mente—. Él… —Intento no infiltrarme demasiado, pero me mata la curiosidad, y se ve algo tan tórrido…—. Te hizo… —gruño— un dedo.

Abre los ojos horrorizada.

—¿Está husmeando otra vez en mi mente, profesor?

—¿Se está guardando secretos otra vez, señorita Blackwaters? —Nos retamos con la mirada. Al final soy yo quien cede. Soy débil. Por

ella—. A veces no puedo evitarlo, Rhi. Cuando no me bloqueas, termino colándome y viendo cosas sin querer.

Me mira recelosa, y me pellizca un pezón.

—¡Ay! —me quejo.

—No vuelvas a hacerlo.

—No puedo prometértelo. —Meto la mano bajo su camisa y jugueteo con su pezón en represalia, y se muerde el labio.

—¿Qué pasó? —pregunto de nuevo. Paso un dedo por su pezón erizado y le cubro el cuello de besos. Le muerdo la oreja y le susurro —. Cuéntemelo, señorita Blackwaters. Y después veremos si merece un castigo. Portarse mal en clase…

—¿De verdad quieres saber todos los detalles?

Ni se lo imagina.

—Quiero saber qué te hizo. Quiero saber si te gustó. Quiero saber qué sentías.

—¿No… no estás enfadado conmigo?

—Voy a tener que castigarla, señorita Blackwaters, porque me da la sensación de que va a disfrutar con unos cuantos cachetes en el culo, pero no estoy enfadado.

—¿En serio?

—Ya hemos tenido esta conversación, Rhianna.

—Sí, pero hablar y hacer son cosas muy diferentes.

—Es tu compañero predestinado. Por mucho que te ofusques e intentes resistirte, es irremediable. —Que me lo digan a mí.

Sonríe, y parece que es ella la que me está leyendo la mente.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Señorita Blackwaters, es algo que me excita. No lo sobreanalice. Sabe que soy un pervertido. —Le estrujo una teta.

—Lo sé —sonríe, y le aprieto el culo incluso más fuerte.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Hizo… hizo… que me corriera… en plena clase.

—No, señorita Blackwaters. Quiero los detalles. Todos. ¿Le invitó a que se sentara a su lado?

—No. Se volvió invisible y vino él a mí. Se puso a hablarme al oído.

—¿Y? —Su corazón se acelera al recordarlo, y hace que el mío también se acelere.

—Apoyó una mano en mi muslo.

—¿Dónde exactamente?

—Entre la falda y los calcetines.

—¿Aquí? ¿Así? —Apoyo la mano.

—Sí.

—Prosiga —le ordeno mientras con la otra mano le acaricio el pezón.

—Luego subió la mano por el interior del muslo, hasta llegar a mis bragas.

—¿Y no le frenaste?

Niega con la cabeza.

Sigo el mismo recorrido con mi mano, pero ahora lleva pantalones, y no es lo mismo. Dejo escapar un gemido frustrado, le hago un gesto para que levante el culo y se los bajo.

—Mejor —murmuro, y paso mi mano por su cálida piel—. ¿Qué pasó después, nena?

—Quería saber si estaba excitada, así que me metió los dedos en las bragas.

—Siempre lo estás. —Suelto una risita y reconstruyo lo que él le hizo. Mis dedos se abren paso entre los labios de su coño y la hago gemir—. Mojadita y sensible. Y ruidosa. —Le doy un beso en el cuello—. ¿Cómo pudiste no hacer esos soniditos en voz alta? ¿O es que Tristan es todo de boquilla y luego no te hace gozar? ¿No es bueno con los dedos? —Abro sus piernas para mí, y alcanzo su clítoris con mi magia.

Me suelta y se sujeta a la mesa, con la cabeza hacia atrás.

—No. —Sus piernas comienzan a temblar—. Es muy bueno. Buenísimo.

Casi pongo los ojos en blanco. No es muy complicado. Es tan sensible que ahora mismo podría darle el mejor orgasmo con solo respirar junto a su clítoris.

—Entonces, ¿qué le hizo con los dedos por debajo de esas braguitas, señorita Blackwaters? ¿Dónde la tocó exactamente? ¿Aquí? —Presiono su clítoris palpitante.

—S-s-í, ahí. —Cierra las piernas para ganar más fricción.

—¿Jugueteó con él hasta que te corriste? —pregunto, trazando ahora círculos.

Me echo para atrás para contemplar la vista, sentada en el borde de mi mesa, en bragas, con la camisa abierta dejando al descubierto su sujetador de seda, con la melena alborotada. La mejor fantasía de cualquier profesor pervertido.

Pongo mi magia a vibrar en su clítoris.

—No me extraña que la tocara así. Es usted tan preciosa, señorita Blackwaters. ¿Cómo iba a resistirse?

—Debería haberme resistido yo. —Se arquea y comienza a moverse de tal modo que la mesa cojea.

—Eso no es lo que quiere el destino, cielo. Iba a tentarte de una forma u otra.

Su clítoris palpita y está ya muy hinchado. Está a puntito, su coñito está cada vez más húmedo.

—Conmigo no tienes que ser silenciosa. Puedes gritar todo lo que quieras. —Le mando un último chispazo de mi magia y pierde el control, retorciéndose y gritando mi nombre. No puedo evitar hundir mis dedos en ella para sentirla.

—¿También le hizo esto, señorita Blackwaters?

—¡Sí! —chilla mientras la masajeo por dentro.

—Oh, sí, claro que lo hizo… —Saco mis dedos despacio. La cojo de la mano y la bajo de la mesa. Se queda de pie intrigada—. Pero seguro que no te hizo esto. —Le doy la vuelta y la doblo contra la mesa, con su culito a mi disposición. Le bajo las bragas y la penetro.

—¡Phoenix! —gime sujetándose a la mesa.

—¿Sí, señorita Blackwaters?

Salgo y vuelvo a embestirla más fuerte. La mesa se mueve y ella jadea sin parar.

—¿Tengo razón? No te lo hizo así, ¿a que no?

—¡Noo!

La presiono más contra la mesa cuando veo que empieza a temblar y levantar el culo, pidiéndome más. Como si yo fuera a negarme… Meneo la cabeza y vuelvo a entrar en ella, más profundamente.

Pobrecillo Kennedy, casi hasta siento lástima por él.
Casi.

43

Rhi

WINNIE SE PASA la mañana del sábado rizándose el pelo, trajinando de un lado a otro de la habitación, ladrándole al pobre empleado de correos por teléfono. De vez en cuando echa un ojo nostálgico a la bolsa con los cuatro vestidos de diseñador, que he guardado en el armario.

Pip siente que algo no va bien y está arrinconado bajo una manta, evitándonos.

—¿Estás segura de que no nos los podemos poner? —me pregunta por quinta vez en una hora.

—No —digo sin levantar la mirada del libro de magia avanzada que estoy leyendo. Ayer dejé los vestidos en la habitación de Tristan, pero esta mañana han aparecido en nuestra puerta y no tengo energía para entrar en su juego. Si no los quiere, los donaré. Porque no pienso quedármelos y no me voy a poner ninguno.

—Bueno, puede que no tengamos otra opción. —Winnie tira el teléfono a la otra punta de la habitación—. No hay rastro de los vestidos de mi abuela y faltan ocho horas para el baile. —Pip se tapa aún más con la manta.

—Estás asustando a Pip.

—¡Rhianna, no te lo estás tomando nada en serio!

Suspiro y cierro el libro.

—Lo siento, Winnie, pero no le encuentro el sentido a emocionarme por esta pijada de fiesta que estará llena de gente estirada que me odia a muerte. Sobre todo cuando ahora mismo tengo otros asuntos más importantes en mi vida.

—Y a mí no me incumben, supongo. Y te pareceré una estúpida y cursi por hacerme tanta ilusión. —Tiene los ojos llorosos.

Me levanto de la silla y le cojo las manos.

—Winnie, no. Nunca te he considerado una estúpida o una cursi. —La abrazo—. Eres una de las personas más impresionantes que jamás he conocido.

Se sorbe la nariz.

—Entonces cierra esos libros y deja que te peine.

—Sí, y también puedes maquillarme. A ti se te da mil veces mejor que a mí.

—Y nos podemos poner los vestidos de Tristan.

—¡Winnie! —La suelto.

—Oye, que casi muero al ayudarte a escapar de esos soldados.

La fulmino con la mirada y sonríe.

—¡Arg! Está bien. Pero que sepas que es la última vez que me haces un chantaje emocional así, Winnie Wence —la advierto apuntándola con mi dedo índice.

—Prometido. —Da un saltito y me abraza de nuevo. Se dirige al armario a sacar los vestidos. Están arrugados, pero los estira encima de los escritorios y los vuelve a dejar intactos con un toque de magia.

—Ya está. Como nuevos. ¿Cuál vas a escoger?

Me muerdo las uñas. Odio admitirlo, pero tengo un favorito. Me enamoré de él nada más sacarlo del paquete. Sé que me estilizará y realzará mi figura, pero no me gusta admitir que Tristan me conozca tan bien, que conozca mi talla y mi cuerpo, que sepa qué me irá mejor. El vínculo comienza a dar vueltas y se me revuelve el estómago.

—No lo sé. Elige tú primero.

—Rhi, son tus vestidos. Y estaré contenta con cualquiera de ellos.

—Winnie, como si te los quieres quedar todos. No sé siquiera si debería ir.

—¡No! Necesito a mi mejor amiga en ese baile.

—Tienes a Trent —le recuerdo. Adoro a Winnie, pero sospecho que voy a estar de sujetavelas esta noche. Otra razón por la que no me entusiasma el plan.

—Sí, pero tú eres mi mejor amiga. Y nunca he tenido una amiga como tú, Rhi. Nunca he ido a ninguna fiesta con mi *bestie*. Y no será lo mismo sin ti.

—Vale, vale. —Hago contacto visual con Pip y respiro hondo. ¿Debería elegir el que realmente me gusta? Me imagino la reacción de Stone y del hombre de negro al verme. Me miran con deseo, pasión y tal, pero nunca atónitos como para quitarles el hipo. Suelo llevar vaqueros y sudadera, unas prendas que no están diseñadas precisamente para seducir. Me gustaría sentirme guapa por una vez. Como una princesa en lugar de Cenicienta con sus harapos—. El negro.

—Totalmente de acuerdo. —Da una palmada—. Vas a estar divina. Pruébatelo, Rhi, ya luego vemos qué hacemos con el pelo y el maquillaje.

Asiento, aún no muy convencida. Aunque ya es tarde para cambiar de opinión. Mi mejor amiga no me va a dejar dar marcha atrás.

—¿Tú cuál quieres, Winnie? —pregunto mientras me desvisto.

—¿Te importa si cojo el verde?

—Para nada. El tono va genial con tu tez.

—Gracias, Rhi. Sé que estoy siendo como un grano en el culo.

—Qué va. —Me quito los pantalones. Como siempre, la habitación está helada, y me quedo tiritando en bragas y sujetador.

Contemplo el corpiño y mi ropa interior. El corpiño tiene un escote en pico muy pronunciado por delante y la espalda al descubierto con una redecilla. No voy a poder llevar sujetador.

—¿Crees que este vestido va a ser seguro?

—¿En qué sentido?

—Por las tetas. —Me quito el sujetador y termino de meterme el vestido.

Winnie me mira boquiabierta.

—Rhi, estás guapísima. ¡Qué pibonazo!

—¿En serio?

Me gira para que me vea en el espejo y yo también me quedo sin aliento. Tiene razón. Nunca he sido de presumir, pero el corpiño sienta espectacular y el escote me realza las tetas y las enseña bastante.

—¿Entiendes lo que te quiero decir? La escuela entera me ha visto ya las tetas una vez. No quiero que se me escurra el vestido y las enseñe otra vez.

—Rhi, eso no pasará. Este vestido es mágico.

—Lo sé, es fantástico, pero…

—No, Rhi. Es literalmente mágico. Mira. —Me da un golpecito en el hombro y el vestido cobra vida. Se aprieta de unas partes y se afloja de otras, con mucha sujeción en el pecho.

—¡Hala! —Doy unos saltitos y compruebo que el vestido es mucho más seguro que la mayoría de mis sujetadores deportivos. Entonces me fijo en la falda. Está centelleando.

—Mira, Winnie.

Winnie chasquea los dedos para cerrar las cortinas, y nos quedamos a oscuras. Ahora el efecto es mayor. La falda brilla como una lluvia de estrellas.

—¡Guau! —exclamamos a la vez. Todas mis objeciones con este vestido se esfuman. Me lo voy a poner. Ni la muerte en persona podría arrancármelo.

✳

Siete horas más tarde, estamos las dos listas. Vestidas, peinadas y maquilladas. Winnie se ha hecho un recogido alto que le permite lucir su cuello largo y estilizado, y lleva unos pendientes largos de esmeraldas a conjunto con el verde del vestido.

Al final he decidido dejarme el pelo suelto y ondulado, aunque Winnie me ha puesto unos pendientes de plata y unas estrellitas en el pelo, y me ha pintado los ojos con un toque ahumado que me hace parecer otra persona.

Me miro en el espejo.

—Winnie, parece que has hecho magia, en serio. Parezco una princesa.

Pip resopla y corretea alrededor.

—Mucho ojo, señorito —le regaña Winnie apartándole suavemente con la punta del pie—. Ni se te ocurra tocarnos con esas pezuñas llenas de barro. Admíranos desde la distancia.

Me levanto la falda y observo mis pies. Son lo único que me decepciona. He tenido que cogerle prestado a Winnie un par de zapatos de tacón y me los ha ajustado. Ha hecho un trabajo estupendo, pero no he practicado mucho caminar y estoy nerviosa por si termino cayéndome de culo, sobre todo con gente como Summer y Tristan cerca.

Estoy a punto de quitármelos y ponerme las deportivas, cuando alguien llama a la puerta.

—¡Debe de ser Trent! ¿Qué tal estoy? ¿Tengo algo entre los dientes?

—Winnie, estás guapísima. Ve a darle esa aneurisma.

Nunca la había visto sonreír tanto.

—Gracias, Rhi. Sé cuánto aborrecías que lleváramos esos vestidos.

—Bueno, puede que al final me haya gustado la idea. —Muevo el vuelo de la falda—. Solo un poquito.

Winnie corre a abrir la puerta. Por las risitas y los soniditos incomprensibles que oigo, deduzco que el vestido ha sido un éxito y ha tenido el efecto deseado en su novio.

A esos soniditos los siguen otros y unos besos que finjo no oír, y me pongo a hacerle cosquillas a Pip.

Finalmente, los tortolitos se despegan y Trent pasa a la habitación. Se ha decantado por el esmoquin después de todo, con pajarita y una rosa en el ojal a juego con el ramillete que lleva Winnie en la muñeca. También se ha quitado algunos pendientes y

se ha engominado el pelo hacia atrás. Es una pena que siempre lo lleve tapándole la cara, porque es muy guapo.

—Mira lo que me ha traído Trent. —Me enseña la muñeca,

—Te he traído uno a ti también, Rhi —dice Trent—. Es distinto porque… bueno…

—¿No querías parecer un semental con dos novias? —Le chincha Winnie, y a él se le ponen las orejas rojas.

—Estáis los dos increíbles —les digo, y me pongo el ramillete. Lleva rosas negras, supongo que Winnie está detrás de todo.

—¡A que sí! —sonríe Winnie—. ¿Nos haces una foto para enviársela a mi madre y a mi abuela?

—Claro, pero creo que podemos encontrar un fondo mejor que la habitación —digo.

—Cierto, vamos fuera.

—Enseguida voy —les digo mientras salen cogidos de la mano.

Me agacho y le hago una seña a Pip para que venga. Me da igual si me mancha el vestido. Necesito un abrazo suyo, estoy muy nerviosa de repente.

—¿Estoy ridícula? —le pregunto. No soy Summer. ¿De verdad puedo permitirme llevar esto? ¿No parece que voy disfrazada?

Pip me gruñe.

—Gracias, Pipiolo. —Le rasco las orejas. Aunque no me estropee el vestido, voy a oler a cerdo. Pero bueno, por algo me llaman Cerdita. Me gruñe otra vez—. Sí, sé que hueles bien. Total, te lavaste el mes pasado. —Se enfada—. Es broma, es broma. —Le doy un besito en la cabeza—. Hoy va a haber mucho jaleo, así que voy a cerrar la habitación con el conjuro para que estés a salvo. Ya te contaré todo cuando vuelva. Con algunos retoques y edulcorado, apto para tus oídos.

Pip no es muy fan de mi recién adquirida vida sexual.

—Luego te veo, amor. —Le doy un último beso y le arropo con su mantita. Luego cierro la puerta e invoco el conjuro.

Cuando salgo al pasillo, pasan justo varias personas a las que se les escapa un «guau» al verme. ¿El vestido es demasiado? ¿Tengo baba de cerdo en la cara?

Pero entonces una de las chicas se me acerca con una admiración auténtica.

—Estás increíble, Cer… Rhianna. ¿Es un Mona? ¡Es precioso!

Hay un murmullo acorde. Les doy las gracias y salgo pitando con las mejillas coloradas como un tomate.

¿Quién diría que lo que hacía falta para ganarse a esta gente era un vestido de diseñador y una tonelada de maquillaje? En fin, voy a buscar a Winnie y Trent.

Me están esperando en la entrada del bosque.

—¿No es un poco oscuro para la foto? —pregunto.

Winnie chasquea los dedos y aparecen unos faroles colgados de los árboles, iluminándolos con una luz suave.

—Claro, magia… —mascullo.

Winnie me pasa su teléfono y saco varias fotos. Trent también nos hace unas cuantas a las dos juntas, y luego Winnie me las envía a mí y a toda su familia.

—¿Vas a enviarle una a…? —Mira a Trent, que está distraído enviando un mensaje—. ¿A Stone y al hombre de negro?

—No, prefiero que lo vean en persona.

—¡Me encanta! —dice Winnie, y se coloca entre medias de los dos, agarrándonos por los hombros—. Vamos, no podemos llegar tarde al baile.

Justo al pasar por delante de los laboratorios nos encontramos con los amigos de Trent, Harry y Fabio, ambos con sus citas. Después de decirnos todos lo divinos que vamos y hacernos unas fotos, nos damos prisa hacia el vestíbulo y le susurró a Winnie al oído:

—Voy a ser la única sin pareja de baile, ¿verdad?

—Bueno, podrías haber tenido una —me recuerda a Winnie—. Aunque para ser sincera, me sorprende que nadie más te lo haya pedido, sobre todo teniendo en cuenta que hay más chicos que chicas en la escuela.

—Vamos, que hay que estar desesperado para pedírmelo.

—No digas tonterías, es solo que no lo entiendo.

—¿Que no lo entiendes? —dice Trent—. Nadie habría tenido el valor de pedírselo después de Tristan Kennedy.

—Eso es verdad, los tíos tienen un ego frágil —dice Winnie—. No llevan bien que les rechacen.

Trent se ríe.

—No es eso. Es porque la mayoría de los tíos tienen mucho aprecio a sus testículos.

—¿Qué? —digo.

—¿Crees que Tristan no le habría arrancado las pelotas a cualquiera que te lo hubiera pedido después de que le rechazases delante de toda la escuela?

—Cierto. —No tengo muchas de ver a Tristan. Ni a él ni a otras personas. Los rumores lanzados por Summer se han disparado estos últimos días, y solo espero que este baile sea una buena distracción para mantenerles ocupados sin interesarse en mí.

Miro a mis amigos. Todo el mundo está eufórico, y yo no consigo desprenderme del presentimiento de que esta noche va a acabar mal.

44

Azlan

El destino, Rihanna y mi propia debilidad me han traído de vuelta a la escuela más veces en estos últimos meses que en los diez años desde que la terminé, pero la mayoría de esos viajes han sido fugaces, secretos o una oportunidad para hacer una visita a mi amigo. Ninguna ha requerido cambiar mi capa y mis botas por un traje de verdad. No me gusta. El cuello me siega y los zapatos me espachurran los pies. Debo de parecer un gorila. Me recuerda a la cantidad de actos a los que tenía que asistir cuando aún tenía relación con mi familia.

A pesar de todo, prefiero lidiar con este traje y parecer idiota con tal de poder estar aquí esta noche. Me toca permanecer en el exterior de la mansión, en una de las entradas que llevan al gran comedor, y vigilar a la gente que accede, aunque la verdad es que no estoy comprobando las entradas. Para eso hay algunos empleados de seguridad. Yo estoy aquí para supervisar que todo fluye con normalidad, para asegurarme de que no acceden extraños de fuera, de que Rhianna está a salvo, de que ningún Renzo Barone se cuele entre la multitud.

Los senderos los han arreglado desde la última vez que vine de visita, han limpiado las piedras y han podado los arbustos. También han dispuesto estandartes con los escudos de las casas y antorchas a lo largo del camino principal.

Ya hay cola, y avanza muy lentamente, con una mezcla de estudiantes e invitados. Algo me oprime el pecho, y no es el traje. Son mis temores por Rhianna. Esa chica misteriosa que recogí en los páramos, con esa mirada fiera y esa sonrisa letal ha captado la atención de todo el mundo.

Como está sucediendo ahora mismo.

Al principio no entiendo la conmoción que hay al final de la cola. A medida que me dirijo hacia allí, la presión en el pecho aumenta, y preparo mis dedos para cualquier posible ataque.

La gente se vuelve murmurando, y escaneo la cola en busca de aquello que están mirando.

Me detengo. Esa presión desaparece.

Es ella. Rhianna.

Etérea, de otro mundo, tan hermosa que no puedo respirar.

Me siente, siente ese tirón de nuestros vínculos, y me busca con la mirada, como aquella noche en el claro, cuando nos conocimos.

¿Cómo es posible? ¿Cómo un ser tan hermoso, fuerte y frágil puede estar conmigo? ¿Por qué me lo entregaría el destino?

Pero sé la respuesta. Para protegerla. La protegeré de todos aquellos que la usen, que la hieran, que la amenacen. El mantra que marca el ritmo de corazón.

Rhi me sonríe y me dice moviendo los labios:

—¿Te gusta? —Se coge la falda del vestido y da una vuelta para enseñarme la caída del vestido y la espalda al aire.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras, esperando que sienta mi emoción a través del vínculo. Daría lo que fuera por llevarla de mi brazo y bailar con ella hasta que salga el sol.

Aunque no hay ninguna posibilidad de que eso ocurra. Hay demasiados ojos puestos en ambos esta noche. Lo único que puedo hacer es mirarla con tal intensidad que la sienta hasta en los huesos. Así que regreso a mi puesto en la entrada del gran comedor.

—¿Todo bien, señor? —me pregunta uno de los de seguridad.

—Sí, nada de qué preocuparse. —No le quito los ojos a ella, que se va acercando hasta estar justo delante de mí, casi rozándonos.

—Buenas noches —les digo bruscamente a ella y a sus amigos.

—Buenas noches —responde ella. Hace frío y le castañean los dientes.

—Tienes frío —digo.

—Sí, pero como dice Winnie: para presumir hay que sufrir.

—Dentro hará calor —dice Winnie.

Tiene la piel de gallina. Estiro los dedos y le envuelvo los brazos con un manto de aire caliente.

Se sobresalta y me mira. Asiento firme.

—Que pasen una buena noche —les deseo, y siguen avanzando.

Todos la miran. Es como una diosa en un mar de mortales. Ha dejado a todos cautivados. No pueden apartar los ojos de ella. Es como si por fin hubieran visto lo que vi yo desde el principio: lo especial que es esta chica.

La observo de reojo mientras el guardia de seguridad comprueba su entrada. Todo son risas y música.

Quiero entrar con ella. No quiero perderla de vista. Pero no puedo abandonar mi puesto. No puedo arriesgarme a que se cuele alguien peligroso.

Esa opresión que se alojaba en mi pecho ya está de regreso. La separación entre ambos nunca ha sido tan intensa.

45

Rhi

ENTRAMOS al gran comedor y es como si nos hubiéramos teletransportado a un sitio totalmente distinto, incluso más mágico que el del día a día.

Las vistas y los sonidos tanto de Los Mágicos como de la escuela siempre me han fascinado por su esplendor y su belleza —algo inexistente en los páramos—, pero esto… esto es…

Han quitado las mesas, los retratos y las armaduras; el techo es una masa arremolinada de estrellas y planetas que iluminan la estancia junto con seis lámparas de araña de cristal; el suelo, de mármol, brilla en tonos rojos, azules y morados; y unas cortinas escarlatas engalanan los ventanales. Hay una orquesta amenizando el ambiente, y camareros vestidos de uniforme blanco ofreciendo copas de champán.

—¡Esto es alucinante! —le digo a Winnie, que me da un codazo.

—Te lo dije.

—Ya, pero no me esperaba que fuese a ser tan…

—Bonito.

—Exuberante.

—Bueno, imagino que las familias Moreau y Kennedy habrán puesto bastante de su bolsillo para celebrar la victoria de sus hijos.

—Y eso que no ha venido Spencer.

—¿No? —dice Trent examinando la multitud—. Yo pensaba que hoy vendría.

—Lo dudo —interviene Winnie—. Ahora está en el ejército.

—Pero es un Moreau, y el capitán del equipo.

Winnie se encoge de hombros y yo me pongo a cotillear, sin querer reconocer el mariposeo que siento en el estómago por si me cruzo con Spencer. O Tristan. Espero que surja un milagro y pueda evitarle toda la noche. No me apetece darle explicaciones de por qué me he puesto uno de sus vestidos.

El gran comedor está a reventar de estudiantes e invitados. Algunas caras me suenan de la escuela, pero otras en absoluto. Todo el mundo está vestido con sus mejores galas, y las joyas y los diamantes brillan con el reflejo de las luces. No se ve a Spencer por ninguna parte, lo que me supone una batalla interna de alivio y decepción.

—¿Vamos a por algo de beber? —propone Winnie.

—Voy yo —dice Trent, y desaparece entre la gente.

—¿Y qué se hace en un baile?

—Bailar.

—Sí.

—Socializar.

Pongo cara de asco.

—Y beber y pasárselo bien.

—Eso sí puedo hacerlo, pero sin pasarme. —Mi primera y única resaca me sigue disuadiendo de beber en exceso.

—Si asistes a un baile, tienes que ponerte pedo. Lo dice la ley.

No ve mi careto porque justo llega Trent.

Nos pasa unas copas de champán y le susurra algo a su novia que la hace partirse de risa.

Doy un trago y las burbujas se me suben a la nariz, tanto que casi estornudo.

—Se supone que la gente sofisticada lo bebe a sorbitos pequeños —me dice Winnie, y le saco la lengua.

—Ambas sabemos que no tengo nada de sofisticada.

Winnie me susurra al oído:

—Y lo dice la que se está montando unos buenos tríos con dos tíos mayores que ella.

Eso no se lo niego. Y escaneo la multitud en busca de esos dos hombres. El hombre de negro estará todavía fuera, así que quizá mejor así. La manera en que me ha mirado ha encendido todos mis sentidos; aunque también ha influido verle con ese traje tan ajustado que marca cada centímetro de sus músculos. Hoy tenemos que ser discretos. Espero que podamos encontrar algún momento para estar juntos, pero si me ven con él, la gente podría sospechar. ¡Ay! Lo único que me apetece ahora es saltar a sus brazos.

Me lleva un rato divisar a mi otro compañero. Está de espaldas, junto con otros profesores.

No sé si sería muy cantoso que me acercara a hablar con él.

Como si supiera que le estoy mirando, se gira poco a poco.

Decidido: fingiré que tengo una duda de magia que necesito resolver urgentemente.

Aviso a Winnie de que volveré enseguida, y me abro paso entre la multitud. Es una experiencia extraña. La gente no se aparta para evitarme ni vuelven la cabeza ignorándome. Es más, unas chicas que van conmigo a Gimnasia me paran para decirme que estoy estupenda y que el vestido es precioso. Y un chico, que creo que está en clase de Magia Práctica y que muy probablemente se rio de mí cuando Summer me cambió la nariz por un hocico, me agarra del brazo e intenta persuadirme para sacarme a bailar.

Me lo quito de encima y sigo mi camino hacia Stone.

—¿Profesor? —Mueve los hombros como si se estuviera enderezando y se vuelve. Su semblante permanece neutro, aunque sus ojos no pueden disimular cómo me serpentean de arriba abajo.

—Señorita Blackwaters —saluda, y me fijo en lo fuerte que sujeta su copa.

—Perdón por interrumpirle, pero me ha surgido una duda muy urgente sobre el ejercicio que nos mandó ayer.

—Discúlpame un momento, Jack —se dirige al profesor Browne.

Me hace un gesto con la cabeza y nos echamos a un lado.

—Con que el ejercicio de ayer, ¿eh? —Me escudriña tan ávido que me mareo casi. Quizá venir a hablar con él no ha sido tan buena idea después de todo—. Supongo que, al no haber mandado ningún ejercicio esta semana, esto es solo una excusa para enseñarme de cerca lo guapa que estás.

Sonrío y ladeo la cabeza.

—¿Voy bien?

—Va increíble, señorita Blackwaters, y lo sabe.

Sonrío de oreja a oreja y doy un sorbito al champán.

Stone me arranca la copa de las manos.

—Nada de beber. Recuerda lo que pasó la última vez que bebiste.

—Me tiraste un montón de mierda a la cara.

—Casi me desmayo por cómo apestabas a alcohol.

—No fue para tanto.

Se le escapa una risita y da un trago antes de devolverme la copa. Después nos quedamos mirándonos con tal fervor que me sorprende que no hayamos incendiado la sala. Cualquiera que nos mire se daría cuenta del deseo que fluye entre nosotros, de lo difícil que es mantener las manos alejadas el uno del otro.

—Sabes que te sacaría a bailar si pudiera, cielo —susurra.

—¿Sí?

—Por supuesto. No dejaría que ninguno de esos pringados te tocara con sus manos lujuriosas. —Se inclina y baja aún más la voz —. Bailaríamos muy pegados y te apretaría bien contra mí para que notaras lo increíble que estás esta noche, te dejaría bailar un rato con ganas de otra cosa mientras me restriego a ti, y solo tú y yo lo sabríamos. Una vez que me hubiese asegurado de que estás bien hinchada y mojada para mí, te llevaría fuera y te tomaría.

—Eso no es muy romántico, profesor.

—Me temo que, con un vestido así, mis pensamientos van a volverse oscuros como las profundidades del infierno, pequeña.

Le sonrío de nuevo.

«¿Encontraremos un hueco luego?», le pregunto telepáticamente, y asiente. «Con Azlan también?». Vuelve a asentir, esta vez sin poder contener una sonrisilla maléfica que me hace estremecer de deseo.

Miro entre todas las cabezas, buscando a Winnie. La sala se ha ido llenando; ahora hay gente bailando al son de la música —versiones modernas de clásicos del rock—, otros charlan y ríen, otros comen y beben… Sigo buscando, fingiendo que no busco también la cara de otra persona. Pero da igual, porque no le encuentro. Seguro que llegará tarde adrede, para hacerse notar. Como si lo necesitara… A mitad de la noche habrá una presentación-homenaje del equipo de duelo, y con Spencer ausente, Tristan, que es el vicecapitán, se llevará todos los elogios.

Rhi, céntrate y busca a Winnie. Lo mismo ha cumplido ya su promesa de llevar a Trent a la primera clase vacía que pillara.

No la encuentro por ningún lado, y mi mirada aterriza directamente en Summer.

Lleva la melena retirada de la cara con una tiara impresionante. Su vestido azul cielo realza sus ojos violeta, y se adhiere a su cuerpo como el agua, marcándole la cintura y el pecho. Es un palabra de honor con una apertura hasta el muslo, y lleva unos guantes a juego que le llegan hasta el codo. Está guapísima —cómo no—, aunque lo estaría más si no me mirara como una loca asesina.

46

Tristan

ESTOY en mi habitación de la infancia, y dejo que mi madre me acicale y me embadurne en una nube de perfume caro. Me peina con las manos y sus largas uñas me arañan un poco la cabeza.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lo recorte un poco, cariño? —Tiene la mirada un poco perdida, aún no va colocada, no ha tomado suficientes pastillas; imagino que por mi presencia. Pero tan pronto como me marche, se las tomará como caramelitos.

—No. —Aparto la cabeza de mala gana, y enseguida me siento como un imbécil al ver el brillo herido de sus ojos—. Me gusta así de largo. —Le doy un beso en la mejilla para compensar el daño.

—Sabes que tu padre lo prefiere corto. No soporta que lo lleves muy largo.

Me miro en el espejo, una oscura reliquia familiar colgada de la pared totalmente inadecuada para la habitación de un niño. La mitad del mobiliario parece sacado de una casa gótica encantada. Me daba miedo. Eso y los gritos.

Le sonrío indiferente.

—No pasa nada. —Me despeino y me lo echo hacia delante a conciencia, sabiendo que eso enfurecerá aún más a mi padre.

Ahora mismo me importa una mierda. Ni siquiera quería venir aquí esta noche, y he estado a punto de no hacerlo.

Se habría puesto hecho un basilisco; en el mejor de los casos me habría puesto de patitas en la calle como a Azlan, y en el peor, habría buscado una forma de castigarme. ¿Qué más da? Es solo cuestión de tiempo hasta que germinen las consecuencias que me incumben ahora. Porque Rhianna Blackwaters va a ser mía. Por mucho que luche contra ello, que me diga que no es lo que quiere, se corrió en mis dedos. Sentí cómo se retorcía, oí sus suspiros y sus gemidos, y eso me confirma que todo lo demás no son más que mentiras. Me desea tanto como la deseo yo a ella. No puede escapar del destino ni del vínculo, como tampoco podemos Stone, Azlan y yo. Todos le estamos destinados, y me da igual lo fastidioso que pueda ser.

—¿Quieres que te anude la pajarita? —pregunta mi madre, que sigue a mi lado.

—Vale —le digo. Una concesión que le ilumina la cara. Me abrocho el último botón de la camisa y me agacho un poco para que alcance a mi cuello. Se muerde la lengua mientras me la coloca, concentrada, y cuando termina, posa las manos en mi pecho y sonríe.

—¡Ya está! ¡Qué guapo, hijo! Siempre he sabido que me saldrías guapísimo. Eras un bebé precioso.

Me río.

—Era un bebé gordo. Solo hay que ver las fotos.

—Pues como debe ser un bebé, regordete y precioso. —Me mira con tanta admiración que me hace sentir culpable. Cuando todo transcurra y sepan la verdad, ¿la decepcionaré o me comprenderá?

Creo que en algún momento quiso a mi padre. He visto fotos, cómo le miraba con admiración, agarrada de su brazo como si no quisiera dejarle ir nunca.

¿Podría contárselo? ¿Lo comprendería?

Me deshago de esa idea. Es demasiado arriesgado. Para ella. Me temo que ya tendrá que afrontar ella sola la ira de mi padre cuando descubra mis intenciones. Mejor que alegue ignorancia.

—Me voy a ir yendo, no puedo llegar tarde al baile.

—Tu padre quiere verte antes de que te vayas —sonríe, aunque ahora algo forzada.

Asiento, le doy un beso en la mejilla y la dejo. Bajo las escaleras hacia el despacho de mi padre. Llamo a la puerta, pero no está, y le encuentro en la mesa del comedor con todos los periódicos de hoy.

—Sales en todos —dice cuando me ve entrar.

—¿Sí?

—Pues claro: el equipo ganador y su baile de la victoria. La comidilla de la ciudad. —Cierra el periódico y alza la vista hacia mí—. Vaya panda de idiotas. ¿No hay temas más importantes que tratar?

No reacciono. He aprendido a no hacerlo, y adopto una expresión serena, sin mostrar ningún interés ni emoción. Tampoco me muevo, ni un pelo ni un músculo. Completamente quieto, nada que le provoque.

Así fue como aprendí a volverme invisible. Supongo que deseaba tanto desaparecer que terminé encontrando la manera de volatilizarme, de desaparecer de su vista, de irme a donde no pudiera encontrarme.

Me salvó de una paliza en numerosas ocasiones, aunque también hubo muchas que me las tuve que comer. A veces tenía que dejar que me encontrara para que no descubriera mi secreto.

—Espero que no se te suba la fama a la cabeza. —Su mirada llena de odio repara en mi pelo.

—No, señor. Solo era un partido.

—Exacto, aunque mira cómo ha afectado a Moreau. ¿Sabes por qué se ha marchado?

—No —respondo. Por una vez no tengo que mentir, sigo sin entender por qué se ha ido.

—¿No regresa para el baile de esta noche?

Niego con la cabeza. Le he escrito, pero las pocas respuestas que he recibido han sido todas muy escuetas, diciéndome que le deje en paz. No sé qué le habrá pasado. Debería haber hablado con él más. Siempre hemos sido rivales y muy competitivos, pero por encima de todo era mi mejor amigo. El único en el que podía confiar.

¿Fue el ataque del hombre bestia? En todos estos años, desde que le conozco, desde que sé su secreto, nunca le había visto perder

así el control. ¿Le afectaba más de lo que dejaba ver? Manejé la situación por él, le detuve antes de que causara un daño real. Le respaldé, como él habría hecho por mí.

Mi padre sigue mirándome.

—¿Qué pasa?

Abro la boca, a punto de confesar cuánto echo de menos a mi amigo. Pero ¿acaso le iba a importar? Lo usaría en mi contra.

—Nada, le estaba dando vueltas al discurso.

—¿El que vas a dar en el baile?

—Sí, señor.

—¿Has tenido noticias de Moreau?

Me obligo a mantener mi semblante neutro.

—Algún mensaje nos hemos enviado.

—¿Qué se cuenta?

—Poca cosa —digo honestamente.

Mi padre se levanta y camina hacia mí.

—Se rumorea que hay conflictos en la frontera. A Azlan le han enviado ya dos veces. El canciller no suele mandarle allí.

Asiento.

—Spencer no me ha dicho nada.

—Las fuerzas del oeste están creciendo en fuerza y en número. —Se acerca y me obligo a no retroceder. Nunca me ha gustado su olor. Ni sus ojos desalmados. Me pone los pelos de punta—. Según mis fuentes, debemos estar preparados.

No puedo evitar mirarle a los ojos. La diversión y crueldad que veo en ellos me pone enfermo.

—¿Preparados para qué, señor?

—Para una oportunidad.

Sé qué quiere que le haga más preguntas, no me apetece entrar ahora en sus juegos crípticos, diseñados para que gane él y pierda yo. Las probabilidades nunca están a mi favor. No, ya no volveré a entrar en sus juegos nunca más.

—Tengo que irme. Soy la estrella del espectáculo y no puedo llegar tarde.

Toma indirecta. Sé que le va a chirriar. Quiere que siga sus pasos, pero no que le robe el protagonismo.

—Tu madre debería haberte cortado el pelo, pareces un pordiosero.

Mi voz se vuelve más tensa.

—Ella quería, he sido yo quien ha declinado la oferta.

Me agarra del brazo y me lo aprieta con su magia de tal forma que me corta la circulación y se me duerme mano, pero me mantengo impasible.

—Ten cuidado esta noche, hijo. Toda la ciudad tendrá los ojos puestos en ti.

47

Spencer

Hoy es el baile de la victoria. Como capitán, como el jugador que hizo ganar a nuestro equipo, me habrían dado seguramente permiso para asistir. Pero no lo he preguntado. Me prometí a mí mismo que me mantendría alejado. De ella. Para protegerla. Y pienso cumplir mi promesa.

A la bestia no le gusta, y eso confirma que he tomado la decisión correcta.

No significa tampoco que me alegre por quedarme aquí, pero doy gracias a que esta noche me toca patrullar el perímetro de los barracones con otro soldado. Tim, Tom o Sam, creo que se llama. Ya hemos dado la vuelta a la mitad del recinto, hemos recorrido la zona de los dormitorios y la entrada principal, flanqueada por otros compañeros, y permanecemos en silencio al pasar por el extremo occidental. No tengo nada de qué hablar, y enseguida nuestras pisadas en el barro quedan amortiguadas por los estallidos de magia a lo lejos. Ya me he acostumbrado a ellos. Ya casi ni los percibo, forman parte del sonido de ambiente de nuestra vida diaria.

Tomamos el camino entre los árboles, mirando a izquierda y derecha en busca de cualquier señal de intrusos, algo bastante

inusual. Llevo aquí dos semanas. Ningún patrulla ha encontrado nunca nada. Me parece inútil que nos tengan caminando de una punta a otra cuando hay rastreadores entre nosotros, magos que pueden sentir la presencia de otros.

Hace un frío que pela y me tengo que frotar las manos para que no se me congelen. El otro soldado me mira por el rabillo del ojo. Sospecho que me tiene más miedo a mí que a cualquier amenaza potencial entre los árboles. Me ha visto derribar a los demás en los entrenamientos. No es el único que me teme.

—¿Te has enterado de los rumores? A lo mejor nos mandan al frente la semana que viene —me dice.

No sabía nada, pero me sube el ánimo. Estoy más que preparado para dejar de perder el tiempo en los barracones y afrontar algo real.

—Ya era hora —respondo, y su cara es un poema. Supongo que no tiene tantas ganas como yo—. ¿No quieres ir?

—No tengo prisa —dice nervioso—. Dicen que tú has venido voluntariamente.

—Es obligatorio. Todos los registrados deben hacer el servicio militar.

—Pero tú has venido antes de tiempo, ¿no? Has dejado la escuela.

Asiento firme. No me apetece pensar en la escuela. No esta noche.

—Me acuerdo de ti. Ibas dos cursos inferiores al mío, y ya estabas en el equipo de duelo. Terminaste siendo el capitán, ¿no?

—Sí.

—¡Bah, tío! Daría lo que fuera por volver a la escuela. La libertad, las fiestas… Joder, y las chicas. —Se ríe—. Seguro que te las tirabas a todas. El capitán de mi época las tenía haciendo cola en la puerta de su habitación.

Miro hacia delante. No quiero hablar del tema.

Llegamos al final del camino.

—Aquí no hay nada —bosteza.

Asiento, y nos damos la vuelta.

El frío es intenso y cortante. Echo de menos el relativo calor de Los Mágicos. Me subo el cuello de la cazadora y me soplo el vaho en las manos. Quiero volver al interior del barracón, quitarme de encima a este pelma. No me apetece recordar la maldita escuela. Ni las chicas. Esa chica.

El cielo se llena de color y nos ilumina durante una fracción de segundo. Luego, un estruendo en el aire, y nos caemos al suelo, que comienza a temblar.

Me doy con la cara en el barro y se me mete hasta en la boca.

—¿Qué ha sido eso? —dice mi compañero mientras nos ponemos de pie, pero otro estruendo le manda de vuelta al barro. Esta vez yo consigo mantener el equilibrio. El cielo está lleno de magia explotando, como un millón de fuegos artificiales al mismo tiempo, chocando entre ellos.

—¡Nos están atacando! —grito, y echo a correr entre los árboles en dirección a los barracones. Es un caos. Suena la sirena. Se encienden las luces. Los soldados salen escopetados de sus dormitorios, algunos medio desnudos y adormilados. Un par de comandantes se paran en medio del caos y comienzan a dar órdenes, pero no todos están escuchando. Me acerco a uno de ellos.

—¿Qué hacemos? —voceo.

—¿Tú qué crees? ¡Id al frente!

Miro a mi alrededor, y algunos soldados ya se dirigen para allá, y les sigo. Entonces me quedo paralizado. Todos. Una gigantesca forma oscura se cierne sobre nosotros en el cielo, tapando toda la claridad. Luego el cielo se ilumina de nuevo, esta vez con fuego, que se eleva desde donde narices sea eso, y se expande hacia nosotros. La gente grita y corre a ponerse en cubierto.

Pero yo sigo paralizado, clavado en el sitio, observando boquiabierto esa arma… esa bestia. Todo a mi alrededor comienza a arder. Alcanza a uno de los hombres y se tira a rodar al suelo desesperado por extinguir las llamas. También se prende un árbol, como una vela gigantesca.

—¡Dragones! —grita alguien, y veo sobrevolar otro de esos monstruos.

¿Dragones? No hay dragones desde hace cientos de siglos.

Corro yo también a ponerme en cubierto, esperando a que esos dragones batallen entre ellos y nos olviden. Pero no es así. Siguen volando más sobre nuestras cabezas.

—Se dirigen a la capital —dice el mismo comandante de antes cuando pasa por mi lado—, tenemos que avisar. —Pero no consigue llegar ni a la puerta, y es consumido por una bola de fuego.

¿A la capital? ¿A los Mágicos? ¿A atacar?

¡Rhianna!

Cada célula de mi cuerpo se pone a gritar de desesperación.

No puedo permitir que le pase nada. Tengo que protegerla.

Me entra un impulso extraño. Echo a andar sin yo quererlo, a correr hacia los barracones, y subo por la escalera de incendios, hasta que estoy a cuatro pisos de altura, corriendo por el tejado. Los dragones se aproximan y bajan lo suficiente como para percatarme del rubí de sus ojos, del brillo de las escamas de sus colas en movimiento y de sus garras.

Los dos primeros vuelan demasiado alto, y el tercero se desvía, pero el cuarto sí baja algo más. Si pudiera…

La bestia ruge dentro de mí, y sé que es más fuerte y feroz. Dejo que tome el control y juntos damos un salto, nos agarramos de la cola del dragón y nos mantenemos colgados con toda nuestra energía.

48

Rhi

—¡Oh, oh! —exclama Winnie al ver también a Summer—. Alguien por aquí no parece muy contenta.

Summer se enfurece y se acerca a nosotras.

—Venga, ¿nos vamos? —intenta apaciguar Trent.

—Idos vosotros si queréis, yo me quedo.

Trent mira a Winnie, que niega con la cabeza.

—Yo no me muevo de aquí.

Trent se encoge de hombros, nervioso.

—Vale.

Summer aparta del medio a una chica que estaba ahí y se planta de mí.

—Hola, Summer —digo, intentando sonar amable. No me apetece montar un circo, y no hay necesidad—. Qué mona vas.

Me mira de arriba abajo y está a punto de que le salga humo por las orejas.

—¿De dónde has sacado ese vestido?

—¿Te gusta? —Ignoro su pregunta.

—¿De dónde lo has sacado, Cerdita? —repite, y entonces me doy cuenta de que no va a ser posible evitar el espectáculo. Ya se han

agolpado unos cuantos alrededor para observar la confrontación. Rujo para mis adentros. Esta era una de las razones por las que no quería venir esta noche. Parece que no puedo ir a ningún lado en esta escuela sin que alguien busque bronca conmigo.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es. —Se sacude la melena y casi se le cae la tiara—. ¿De dónde lo has sacado? —Me toca la falda para comprobar el tejido—. Es…

—Un Mona —sonríe Winnie.

—Un Mona *vintage* —especifica Summer gruñendo—. Es el vestido que llevó Evette Saphire al estreno de *Rayo de luna a la luz de las velas*. —Por un momento, su rostro se inunda de una admiración genuina, pero enseguida se llena de pura rabia—. ¿Cómo demonios lo has conseguido? ¡Ni de coña puedes permitírtelo!

Tira de la falda y casi pierdo el equilibrio.

—Ten cuidado, vas a romperle el vestido —dice Trent. Summer se vuelve hacia él y le fulmina con la mirada, lo que le hace retroceder.

—¿Lo has robado, Cerdita? ¿O se la has chupado a un *sugar daddy* a cambio de…?

—¿Qué está pasando aquí? —Aparece Stone, y mira a Summer y luego a mí. Se desestabiliza por un momento, con los ojos rebosantes de deseo, pero enseguida recupera la compostura.

—Cerdita lleva un vestido robado.

—Señorita Clutton-Brock, ¿qué le tengo dicho sobre poner motes? —dice Stone fríamente, y Summer se sonroja de vergüenza.

—Rhianna Blackwaters lleva un vestido robado. De un valor incalculable.

Stone se aguanta la risa.

—Señorita Blackwaters, la señorita Clutton-Brock afirma que este precioso vestido que apenas la tapa… —carraspea— que lleva puesto es robado. ¿Es eso cierto?

La verdad es que no tengo ni idea de dónde ni cómo consiguió Tristan este vestido. Existe la posibilidad de que lo robara, aunque no lo creo viniendo de él.

—No lo sé —digo.

Summer se ríe victoriosa, cruzándose de brazos.

—Debería quitárselo.

—Señorita Blackwaters, ¿cómo es posible que no sepa si el vestido que lleva es robado o no?

Le frunzo el ceño. Se va a enterar cuando estemos a solas…

—Se lo han regalado —dice Winnie, lo que capta la atención de Summer, que resopla y señala a Winnie.

Stone la ignora.

—¿Quién le ha dado el vestido, señorita Blackwaters? Podría ayudarnos a determinar si fue robado.

—No lo es —dice otra voz entre la multitud, una voz que todos reconocen.

La gente se abre y esta vez es Tristan quien aparece, haciendo una entrada de película. Se ha puesto esmoquin, pero la pajarita está un poco suelta y la camisa sin abrochar del todo, lo que deja ver un poco de su clavícula. Lleva la americana al hombro, y la camisa remangada, con sus musculosos brazos a la vista también. Parece que viene de estar toda la noche de fiesta, en vez de acabar de empezarla.

—Señorito Kennedy —dice Stone, medio divertido medio tenso.

Tristan se planta entre Summer y yo, de cara al profesor. Mi vínculo tira hacia las dos direcciones… y luego a una tercera. Azlan andará cerca, le habrán avisado del numerito. Estará despotricando para sus adentros por estar unido a alguien tan joven y tener que lidiar con peleas de recreo como estas.

—Sí es robado —insiste Summer—. Esta chica no tiene un duro. No es posible que se haya hecho con un vestido así por medios legítimos. Si alguien se lo ha dado es porque… —Summer se amilana ante la mirada de Tristan.

—Se lo he regalado yo. No es robado. Lo compré para ella. Tengo el puñetero *ticket* si lo quieres.

A Summer eso le ha dolido de verdad. Por primera vez, me da pena. Pero ese sentimiento solo dura treinta segundos.

—¿Por qué, Tristan? Es una guarra y una cualquiera. No tiene poderes, ni familia, ni influencia. Y huele a mierda de cerdo.

—Ambos sabemos que no es así, Summer. Creo que hasta tú te has dado cuenta de que esta noche es la chica más guapa.

Summer da un paso enfadado hacia él, con el dedo en punta como un cuchillo.

—¿Y qué? Sigue siendo escoria sin registrar.

Todo el mundo se queda sin aliento y nos miran incrédulos, incluido Tristan.

—Sí, sí —dice Summer. Supongo que estaba deseando un momento así para soltarlo—. ¿Te creías que no sabía tu secretito, Cerdita?

—Summer —advierte Stone, interponiéndose entre ambas.

—Tu Cerdita no está registrada, Tristan.

—Lo sé —dice tranquilo, lo que causa aún más revuelo.

—¿Me estás vacilando? En serio, no… No te puede gustar en serio.

Tristan levanta la cabeza hacia Summer, y luego hacia todas las personas a nuestro alrededor.

—Lo digo en serio. Muy en serio. Porque Rhianna Blackwaters es…

Pero no puede pronunciar esas últimas palabras porque se oye un rugido ensordecedor y el techo del gran comedor se cae a la mitad.

49

El hombre bestia

Me aferro a la cola del dragón y clavo mis garras en su carne escamosa. La criatura intenta arrojarme al vacío dos veces, agitando violentamente la cola y sacudiéndome de modo que hasta mis huesos traquetean. Pero consigo hundir más mis garras y también clavarle mis colmillos.

En represalia, planea más bajo, entre los árboles, y las ramas se me enganchan en el pelaje y me arañan.

Sigo aferrándome a la criatura a pesar del dolor y de las heridas.

La chica —nuestra chica— está en peligro.

Y estamos regresando a la ciudad para protegerla.

El chico ha sido un tonto por abandonarla. Por muy fuerte que sea ella, no deja de ser una muchacha. Solo carne y hueso. Podríamos perderla en un abrir y cerrar de ojos.

Rujo solo de pensarlo, la ira me hierve por las venas y me da fuerzas para hincarle más las garras al dragón.

El chico se piensa que pretendo hacerle daño, por eso nos ha alejado a ambos de ella. Para mantenerla a salvo.

Yo no soy quien quiere hacerle daño. Es mía. Mi pareja. Mi mascota. Quiero llevarla a mi guarida y fundar una camada. Quiero

alejarla del daño y del peligro. Quiero estar a su lado, ser su guardián. Yo no soy el peligro. Soy la protección.

Dos magos cabalgan sobre el lomo del dragón. Lo sé porque huelen a humanos. Lo que explica su falta de observación. No me han visto. Y culpan al dragón por su comportamiento errático. El resto del viaje es más suave, solo sacude la cola de vez en cuando, aún decidido a arrojarme.

Sin embargo, mis hombros y mis patas gritan de dolor.

Me pregunto si estar enjaulado dentro del chico me ha debilitado, si voy a aguantar lo suficiente para llegar hasta ella. Pero entonces las luces de la ciudad aparecen en el horizonte.

Los dos humanos magos charlan ensimismados, y el dragón bate sus gigantes alas y altera el viento de la noche. Vamos por delante de los demás dragones.

¿Saben los humanos que estamos llegando? ¿Estarán preparados?

Según nos acercamos, la formación de dragones se separa: la mayoría se dirigen a la ciudad, y en el que voy yo parte hacia el este con otros cinco, hacia el campo. El olor me es familiar, y de repente aparece una colina, con una casa enorme en la cima.

Reconozco ese sitio. El chico solía llamarlo casa durante muchos años. También es donde debería estar la chica.

Inspiro, seguro que puedo olerla desde la distancia. La encontraremos. La pondremos a salvo. Le rebanaré el cuello a esta criatura gigante con mis propios dientes si hace falta.

La noche está muy tranquila, solo se oye el viento frío que sopla contra mi pelaje, el latido de los corazones fríos de estos reptiles y el crujido de sus alas. Luego, ya más de cerca, música. Y entonces el dragón líder, seguido por el mío, se abalanza contra el tejado de la escuela y no queda más que un agujero.

Desde aquí arriba veo las caras de cientos de jóvenes magos.

Y a ella. Sus ojos brillando en la oscuridad, llamándome.

Saco mis garras y me dejo caer desde el cielo, desde la noche, hacia esos estudiantes. Mi cuerpo contorsiona durante la caída, y aterrizo con su forma, su cuerpo.

Tiene que encontrar a la chica, y juntos la protegeremos.

50

Renzo

El camión avanza a toda velocidad por las carreteras secundarias, iluminando los árboles fantasmales y los arbustos. Reboto en mi asiento, con Marcus a mi lado, y detrás, otros diez camiones. Todos llenos de soldados, como este.

No me dice adónde vamos, pero se lo vuelvo a preguntar por si acaso.

—No necesitas saberlo. Solo prepárate para luchar cuando lleguemos —sonríe.

—Quizá podría ser de mayor utilidad si supiera más detalles. —Llevamos conduciendo dos horas sin parar. Necesito estirar las piernas. Tengo todo el cuerpo entumecido. Me rasco el mentón, el pecho, las manos, los muslos.

No he sido nunca capaz de estarme quieto. Una vez mi madre me ató a una silla gritándome que me estuviera quieto. No fui capaz entonces y tampoco ahora.

—Nunca te habían importado los detalles, Renzo —dice Marcus entornando los ojos.

—Tal vez me estoy volviendo más exigente con la edad. —Me quito una pelusa de la pierna.

Joder, voy a cumplir veintiséis. Siempre he pensado que no pasaría de los veinte. Nadie se lo cree.

Eso es una muestra de lo bueno que soy en mi trabajo. Bah, puede que no sea por eso. Quizá se me da bien sobrevivir. En algo tenía que ser bueno. Miro a los soldados alineados en los dos bancos del camión. Algunos son hombres de Marcus, los tatuajes en los brazos y el cuelo les delatan. Los otros son del oeste. Vuelvo a mirar a Marcus. ¿En qué cojones está metido este cabrón? ¿Nos van a matar?

Me viene un recuerdo de mi infancia. Mi madre con la oreja pegada a la radio, fumando un cigarrillo tras otro. Un tío que parecía que tenía una polla en la boca informando de ataques y batallas, de gente muriendo, de las fuerzas oscuras. En algún lugar lejano.

Cierro los ojos, harto de los baches y de la mierda de suspensión de este camión.

¿Me preocupa morir? Nunca me lo había planteado. Vivir. Morir. Vimorir. Morivir. Me importaba una mierda. A lo mejor por eso sigo aquí, respirando y con el corazón latiendo. Si te aferras a algo desesperadamente, como tu vida, por ejemplo, eso es lo primero que terminas perdiendo.

Pienso en mi ratoncito. Y me da un pinchazo en el pecho. Llevo una vieja cazadora de cuero. Es mi favorita. Se la robé al cadáver de mi primera víctima. Aún me estremezco cada vez que me la pongo, y eso que ha llovido bastante. Ahora tiene mi olor. Me pregunto si mi ratoncito se la pondría. Me gusta la idea de envolverla con mi olor, para que no deje de pensar en mí, como yo no puedo dejar de pensar en ella.

Niego con la cabeza, y Marcus me mira.

—Hermano —dice. Me lleva llamando así muchos años. ¿Lo somos? No de sangre, pero dicen que existen otros tipos de familia. Él fue uno de los que me salvaron cuando era un niño muerto de hambre que escarbaba en la basura para sobrevivir. Fue él quien me metió en esto—. No hagas ninguna tontería esta noche.

Abro los ojos.

—¿Yo?

No quería traerme, lo que me ha encabezonado más en venir. Nunca quiere hablarme de sus planes, pero tampoco se había mostrado tan reticente como hoy, y eso no me gusta. Y por eso estoy aquí.

—Sí, tú. Limítate a seguir las órdenes, no empieces a hacer cosas por ahí por tu cuenta.

—¿Yo? —repito, esta vez apuntándome al pecho.

—Sí, tú. Lo digo en serio, Renzo. Nada de gilipolleces.

—Nada de gilipolleces. —Me rasco la mejilla—. ¿Las órdenes de quién? ¿Tuyas o…?

Marcus no contesta. Está colaborando con alguien. Mierda puede que esté trabajando «para» y no «con» alguien. Alguien del oeste. ¿Por qué? Tendría que haber prestado más atención. Ojalá tuviera un cerebro que prestara atención, uno que pudiera encajar todas las piezas.

Me pongo a mirar por la ventanilla, y ahora sí que veo adónde nos dirigimos.

—A Los Mágicos —susurro. Este quiere que nos maten.

—No —dice Marcus mirando el teléfono—. No vamos a la ciudad.

Con que no vamos a la ciudad… Las luces de la capital se van difuminando a medida que la dejamos atrás.

Me siento recto y desvío la mirada hacia mi jefe, mi hermano.

Vamos a la escuela.

51

Rhi

Un dragón del tamaño de un camión irrumpe por el techo del gran comedor escupiendo fuego, y de él se bajan dos hombres.

Me quedo cautivada. Las criaturas son preciosas, tienen la piel cubierta de escamas nacaradas, y los ojos con un brillo rubí indescriptible. Son enormes, pero ello no les impide moverse con elegancia. No sabía que estas criaturas seguían existiendo, pensaba que se habían extinguido.

Pero vuelvo a la realidad cuando Winnie me tira del brazo y me grita al oído.

Parpadeo perpleja ante la carnicería que me rodea. La gente se dispersa, algunos gritando, otros corriendo. Las cortinas que engalanaban la sala ahora arden en llamas. Todo arde. El fuego ruge. Es exactamente igual que… que en ese recuerdo bloqueado.

Los magos que se han bajado de los dragones comienzan a dispararnos rayos mágicos, rozando nuestras cabezas. Uno cae en una lámpara y la hace añicos.

Más gritos. Winnie me agarra muy fuerte.

—¡Rhi, tenemos que salir de aquí!

—¿Qué está pasando? —Mi cerebro aún tiene fuerzas para descifrar lo que mis ojos no entienden.

—Nos están atacando, Rhi. Vamos

—¿Aquí en la escuela? —No puedo moverme por el asombro—. ¿Cómo es posible? —Pensaba que aquí estábamos a salvo, que este era el sitio más seguro del país.

—¡Son dragones! —grita Winnie, como si fuese una especie de explicación—. ¡Vamos, Rhi! —Winnie nos baja a Trent y a mí al suelo al pasarnos por encima un rayo—. ¡Tenemos que irnos ya! —repite, protegiéndose la cabeza con los brazos porque se ha desgarrado otra lámpara.

Pero yo ya estoy de nuevo en pie.

¿Phoenix? ¿Azlan? ¿Dónde están? Los busco entre la multitud, donde estábamos hace nada, en una escena totalmente distinta. Muchos estudiantes corren hacia la salida, otros se esconden tras el mobiliario volcado, pero también los hay de pie y luchando. Stone y Azlan están entre esos, enfrentándose a dos, cinco, siete magos. Pierdo la cuenta.

Me quito los tacones, me levanto el vestido, y echo a correr. Esquivo otra lámpara que cae en picado, a alguien herido en el suelo y la cola del dragón dando latigazos. Corro con todas mis fuerzas en su ayuda, pero siguen muy lejos.

Me clavo algo afilado en el pie, pero no me detengo. Me roza un poco de magia en el brazo, pero apenas lo noto. El ruido global y el estruendo de los estallidos me retumban en la cabeza.

—¡Stone! ¡Azlan!

Los ojos de Azlan se encuentran con los míos. La alarma y la determinación de su mirada las siento también a través del vínculo.

No oigo lo que me dice, pero en sus labios consigo leer «¡Vete!»

Pego un grito cuando le veo tirarse al suelo; un rayo estalla justo donde se encontraba hace un segundo.

Me arranco la redecilla del vestido, así es imposible moverse y respirar. Continúo. Ya casi estoy, ya casi he llegado a ellos, donde debo estar, ayudándolos, protegiéndolos.

Esa magia peligrosa, esa magia oscura, la magia que tanto me asusta como me deleita comienza a activarse por mis venas y a

crepitarme en los dedos, y calienta mi sangre como todo este fuego. Destruiré a todo aquel que toque un pelo de mis compañeros, da igual que sea mago o dragón. Levanto los brazos, lista para atacar.

Entonces algo llama mi atención.

Uno de los dragones ha acorralado a una chica con sus llamas. Ruge y le sale humo de la nariz. La chica intenta protegerse la cara con el brazo, y su cabello rubio está lleno de ceniza.

Es Summer. Summer Clutton-Brock.

El dragón abre sus fauces y ella aprovecha para dispararle su magia, que rebota en las escamas como la lluvia en un tejado de hojalata.

La criatura se acerca, pero Summer no puede retroceder más, se quemaría.

Vacilo.

La magia escarlata chisporrotea con gusto. Se lo merece. Summer es una abusona y una bruja. Me ha hecho la vida imposible. Me ha acosado, me ha herido, me ha humillado. Me ha robado algo muy valioso para mí, el único lazo que tenía con mi madre. Y no soy la única. Nos hace la vida imposible a todos y disfruta con ello.

Debería dejarla morir, que el dragón la devore y haga al mundo un favor. No le debo nada a ella.

Entrecierro los ojos y cierro fuerte los puños. Lucho contra mis pensamientos oscuros, el enfado, el veneno, la necesidad de venganza. La magia escarlata protesta e intenta seducirme con sus promesas. ¿Cómo sabrá la venganza? ¿Cómo de dulce?

Me tiembla el cuerpo y la magia me arde en la sangre, rugiendo para que la libere. La retengo y aprieto los dientes.

Entonces grito y saco toda esa magia desde lo más profundo de mí, y extiendo mis brazos hacia el costado del dragón. Aúlla de dolor, se tambalea hacia atrás y hacia los lados, intentando volver la cabeza para verse la herida.

Summer se gira hacia mí y nuestras miradas se cruzan: la suya, atónita; la mía, con determinación. Y después echa a correr para huir del peligro.

—¡Rhi! —Una mano aterriza en mi hombro y me despierto de lo que parecía un sueño. Toda esa magia ardiente y furiosa se

desvanece y vuelve a predominar la calma—. Rhi, ¿estás bien?

Tristan. No queda nada del galán sofisticado de hace quince minutos. Tiene el pelo enmarañado, la camisa rota y le sangra el brazo.

Me zarandea un poco.

—¿Está bien?

Mi mirada se desvía a esa otra voz. Spencer. Spencer Moreau, aún más derrotado que Tristan. Está prácticamente desnudo, con el cuerpo cubierto de hollín y ceniza, y rasguños por los brazos, las piernas, el torso y la cara.

—¿Sp-Spencer? —digo.

—Tenemos que sacarla de aquí —grita Spencer a Tristan, desviando una ráfaga que venía hacia nosotros.

Me suelto de Tristan y, de repente, vemos venir a gente corriendo y chillando desde la puerta del gran comedor: han entrado más de esos magos.

—¡Son demasiados! —dice Tristan.

—¡Tristan! —Spencer recupera la atención de su amigo—. ¡Llévatela de aquí y ponla a salvo!

Tristan se dispone a contestarle, pero Spencer se tira al suelo a cuatro patas, y su cuerpo empieza a convulsionar, como ya había visto antes, solo que esta vez no para. Su cuerpo cambia de tamaño, haciéndose más y más grande, incluso más fuerte, el doble de tamaño. Su cabeza se retuerce y se deforma, y le empieza a salir pelo por toda la piel. Sucede tan rápido que me pregunto si son alucinaciones. En un momento tenemos delante a Spencer Moreau, y al siguiente… al hombre bestia. Negro como la noche. El hombre bestia que me atacó.

Me sobrecojo cuando se levanta, pero no viene a por mí. Carga contra la fila de soldados, y los derriba a todos como si de una partida de bolos se tratase.

En cuanto tengo la oportunidad, me vuelvo a soltar de Tristan y echo a correr.

—¡Rhianna! —grita mientras me persigue.

No me detengo, pero ya no veo a Phoenix ni a Azlan por ninguna parte. El gran comedor se está llenando de humo y eso lo dificulta.

Toso, no veo nada.

—¡Azlan! ¡Stone! —Me llevo las manos al estómago en busca del vínculo. Los siento, a los dos. Están vivos, a salvo. Pero no tengo tiempo para relajarme; no dejan de caer rayos, y termina desplomándose lo que queda de techo. Me tiro al suelo y avanzo rodando por el suelo, con la esperanza de estar alejándome del peligro. Luego vuelvo a ponerme en pie y disparo contra esos hombres.

Alguien me baja al suelo. Tristan otra vez.

—¡Suéltame! ¡No necesito tu ayuda!

—Mala suerte, porque te voy a ayudar de todos modos. —Me echa a un lado y dispara a uno que viene directo a nosotros. Se desploma como una marioneta y Tristan sigue disparando al resto, iluminando el humo con un arcoíris.

No quiero su ayuda. Me da igual que mi magia suplique unirse a la suya, combinarse con ella. Me da igual cuánto se tense el vínculo.

—¡Rhi! Son demasiados, necesito tu ayuda. Tenemos que combinar nuestras magias. —Niego vehementemente con la cabeza —. ¡Rhianna! ¿Quieres que mueran tus amigos? ¿Quieres que mueran tus parejas?

El vínculo se retuerce de dolor al oír sus palabras, y mi magia se reactiva antes de que yo la invoque. Fluye por el aire directa a la de Tristan, y cuando colisionan, es como si la luz y la electricidad recorrieran cada nervio y cada hueso de nuestros cuerpos. Ambas magias se vuelven una sola, brillante y cegadora.

Nunca había sido así. Ahora siento cada parte de él, todo su poder, toda su ira, todos sus miedos, todo su amor.

Mi vínculo comienza a cantar, y no sé qué significa, pero ya hemos acabado.

Vuelvo a oírle llamarme entre el ruido. Mis ojos se encuentran con los suyos y sé lo que necesita sin que me diga una palabra. Levantamos a la vez los brazos y lanzamos y combinamos nuestra magia contra los otros hombres, que caen como las piezas de un dominó.

Enviamos un torrente de agua a las cortinas en llamas, empapándolas por completo, y el vapor sisea en el aire. Lo

repetimos y continuamos atacando a más soldados, y todos caen. Vamos ganando, retomando el control, y les hacemos retroceder.

—¡Los dragones! —grita Tristan, y centramos nuestra magia en la bestia gigante que sobrevuela por encima de nosotros. La enviamos muy lejos, hasta que se la ve como una estrella lejana en el cielo.

Sonrío a Tristan, y su magia se enreda con la mía como si nunca quisiera dejar de tocarme. Me mira maravillado, y me parece más guapo que nunca. Auténtico, natural. La calidez del vínculo me aturde, y entonces…

Un rayo de magia cae en mi dirección, y no me da tiempo a reaccionar. Tristan se lanza delante de mí, escudándome con su cuerpo, mucho más grande. El rayo le impacta y, con los ojos como platos, se mira la enorme herida del vientre.

—Lo-lo siento —tartamudea.

Y se desploma en el suelo.

52

Rhi

Su magia, tan vívida, tan cruda, tan poderosa, flota por la sala como el humo, y luego se desvanece, se separa de la mía. Intento aferrarme a ella, se escapa, y me quedo sola.

El dolor de mi cuerpo es tan intenso que no sé qué hacer conmigo misma.

Me araño, me tiro del pelo, lanzo mi patética magia a todos lados.

¡No puede ser! ¡No! ¡Por favor!

No lo decía en serio. Todas esas veces que decía que le odiaba. Todas esas veces que quería que se largara. Todas esas veces que me prometí no desearle. Era todo mentira.

Le deseo. Le necesito. Es mío. Y yo estoy destinada a ser suya. No puede haberse marchado, no pueden arrebatármelo así. ¡No!

Echo la cabeza hacia atrás con un grito de dolor, y empiezo a perder el control de mi mente, de mi consciencia. Me ahogo en mi pena.

A mi alrededor la batalla continúa: magia estallando, dragones rugiendo y hombres luchando. Pero ahora parece como si todo se

ralentizara, sumergiéndose en el agua. Todo se oye amortiguado, difuso y los colores y el movimiento están borrosos.

¿Qué hago ahora? Él ya no está, y no sé qué se supone que debo hacer.

La cabeza me da vueltas. No sé quién soy. Qué soy.

Entonces lo recuerdo: Rhianna. Rhianna Blackwaters.

¿Me está llamando alguien? ¿Hay alguien corriendo hacia mí?

Siento que me cogen, me zarandean, me llaman, y me sacan de noche de un edificio en llamas. Hay más gente gritando mi nombre y tocándome.

Sacudo la cabeza. No oigo nada, solo mi propio corazón, luchando contra este dolor. Roto, aplastado, hecho trizas. Duele mucho. Y ni siquiera sé por qué. ¿Qué sucede? ¿Qué me ha pasado?

Mi mundo se desploma. Me hundo en el agua, y tiran de mí hacia las profundidades.

Falta alguien. Alguien importante. Alguien cuya ausencia me está causando dolor, y cada movimiento que me alejo de ese alguien, se convierte en una agonía.

—¡No! —grito—. ¡Esperad!

Intento recordar y encontrarle sentido a este dolor que me devasta con sus llamas.

Falta alguien. Alguien a quien necesito. Alguien que lo es todo para mí. Alguien a quien no puedo dejar atrás.

¡Pip!

Disparo magia a todo el que se cruza en mi camino y sigo corriendo, tan rápido que nadie puede alcanzarme, lejos de la mansión en llamas, por los senderos, y me adentro en la oscuridad. Evito los rayos y los conjuros que vienen hacia mí, me choco con otros estudiantes y aparto a quienes intentan frenarme, y corro hacia mi habitación.

Esta zona de la escuela está tranquila, la batalla no ha llegado hasta aquí, y nuestro edificio está totalmente a oscuras. Estoy tan nerviosa que fallo cuatro veces al deshacer el hechizo, y las manos me tiemblan más y más en cada intento. El dolor tampoco me ayuda a concentrarme.

Por fin consigo deshacerlo y entro a la habitación.

—¡¿Pip?! ¡¿Pip?! ¡¿Dónde estás?!

La habitación está apagada y las cortinas cerradas, pero a medida que se adapta mi vista, consigo distinguir el contorno de los muebles.

Voy directa a la camita de Pip.

Vacía.

—Pip —le llamo, de rodillas. El dolor es tan penetrante que me cuesta mantenerme en pie. Todo me da vueltas. Se me revuelve el estómago. Me sube la bilis a la garganta.

Pero entonces oigo un gruñido muy familiar. Y aparece debajo de la cama. Lo acurruco entre mis brazos y hundo la cara en él.

—No te preocupes —le digo mientras tiembla en mis brazos, sobresaltado cuando un estruendo sacude las ventanas—. Todo irá bien, estás conmigo,

Lo he encontrado. Está a salvo. Ahora todo debería ir a mejor. Los dos estamos bien. Nos tenemos el uno al otro, como siempre. El dolor debería disminuir, ¿no? Pero ahí sigue, y esa abrumadora sensación de que algo va mal se extiende por todo mi cuerpo. No sé qué me está pasando.

Me pongo en pie con dificultad y me dirijo a la puerta, sujetando a Pip todo lo fuerte que puedo.

No entiendo qué me pasa. No puedo pensar con claridad, estoy hecha un lío. Algo no va bien, pero no entiendo el qué.

Tengo que concentrarme.

Tengo que irme lejos de aquí. Sí, eso es todo lo que necesito. Coger a Pip y ponernos a los dos a salvo.

Salgo de la habitación y del edificio, pero eso es todo lo lejos que consigo llegar. Nada más poner un pie en el sendero, me alcanza un rayo en el hombro y caigo al suelo. Me quedo casi sin respiración en el suelo frío y duro, con Pip olfateándome la cara, preocupado.

Me dice que me levante. Que luche. Pero no puedo. No puedo respirar y no puedo mover los brazos ni las piernas.

Mis pulmones se niegan a funcionar, me arden. Miro al cielo, lleno de magia, fuego y unas bestias que ya no deberían existir. ¿Estoy soñando?

Entonces una silueta tapa toda esa luz. Es la silueta de un hombre. Alto y robusto. Me mira sin compasión, sin ninguna emoción, frío. Va vestido de camuflaje de pies a cabeza, con solo la cara al descubierto. Es una cara cruel, la delatan el gesto torcido de la boca y la falta de vida de sus ojos. En un lado tiene un tatuaje, y el pelo, oscuro, está peinado hacia atrás. Me mira fijamente mientras el mundo explota y arde a nuestro alrededor.

—La chica sin registrar de los páramos…

¿Le conozco? Pip chilla y se esconde bajo mi costado. Hay algo… familiar… en este hombre. Pero mi cerebro no quiere funcionar. Me duele todo y no puedo respirar.

—Eres tú, ¿verdad? —gruñe, y me da una patada en las costillas —. Sabía que eras tú.

Pese a todo, parece que esa patada ha despertado a mis pulmones, y me entra algo de aire.

Le miro a la cara, y el oxígeno comienza a llegarme al cerebro.

Esos ojos… la forma, el color, esa seguridad en sí mismo…

Y entonces lo veo. Recuerdo.

Mi cuchillo clavado en aquella cabeza. Los mismos ojos mirándolo atónito.

—Marcus Lowsky. —Me raspa la garganta. Y de repente, todo se vuelve nítido, cristalino. Los sonidos, la vista, todo vuelve a enfocarse, los trazos de su tatuaje, la cadena al cuello, las hojas de los árboles, el olor a quemado.

—Pensaba que estabas muerta —sisea, y me patea tres veces más haciendo que mi cuerpo rebote, antes de agacharse a mi lado —. Pero no tenía de qué preocuparme. Esto está mucho mejor. Así es como debería ser.

Tendría que estar luchando, salvándome, salvando a Pip, pero me duele todo y mi magia se niega a salir cuando la invoco. Mis dedos ahora son más inútiles que unas cerillas mojadas. No me queda otra que yacer aquí tirada bajo esos ojos malvados.

—De esta manera puedo hacerte sufrir y pagar por lo que hiciste.

Me descarga electricidad por todo el cuerpo. Grito, me sacudo, me arden los nervios.

—Sí, mucho mejor. —No hay expresión en su rostro, salvo ese brillo de sus ojos.

Le devuelvo la mirada. Podría intentar razonar con él. Hacerle ver que no sabía que era su hermano, explicarle que estaba salvando a otra persona. Pero ¿a quién quiero engañar? Este hombre quiere venganza. Sangre. Es lo que siempre ha querido. Ha sido muy persistente. No hay manera de que me deje vivir.

De nuevo, intento mover el brazo e invocar mi magia, pero en eso se queda, en un intento.

Sus ojos recorren mi cuerpo, y Pip aprovecha para atacarle, lanzándose a su nariz. Aunque el hombre es muy rápido y manda a Pip lejos. Oigo a mi mascota golpearse al caer.

—¡Pip! —Mi voz es casi inaudible.

—Te voy a romper los huesos. Luego voy a cortarte el cuello y voy a ver cómo te desangras hasta morir. ¿Por dónde empezamos? ¿Por los dedos? —Me coge la mano izquierda e intento soltarme. Rebusco en mi interior esa magia escarlata, sabiendo que ahora me salvaría. No hay nada. Solo vacío y dolor—. Y mientras hacemos eso —dice abriéndome la mano y cogiéndome el meñique—, me vas contando por qué Renzo no te ha matado, por qué me llevó un corazón que no era el tuyo, por qué me mintió.

Me echa el dedo hacia atrás y veo las estrellas. Más dolor.

Entorno los ojos y todo me empieza a dar vueltas. Su respiración es fuerte y amenazante. Me coge el siguiente dedo, el anular.

—Que me digas por qué —gruñe, y sus ojos escupen ira y sed de sangre.

—¡Porque es mi pareja predestinada, hijo de puta!

Una nube negra de magia envuelve a Marcus Lowsky, lo tira al suelo y se enrosca en su cuello. Intenta liberarse, pero la ligadura se aprieta aún más. Dispara magia al aire, con la cara cada vez más roja, luego morada, las venas de las sienes a punto de estallar y los ojos casi fuera de sus órbitas. Sus piernas convulsionan. Respira con dificultad y regurgita. Aparto la mirada, incapaz de presenciarlo, y entonces veo a Renzo Barone, con Pip debajo del brazo. Me sujeta del hombro.

—Vámonos de aquí, ratoncito.

Hay un destello de luz, y se oye de lejos cómo se siguen estrangulando, y más estallidos, y fuego. Me duele la cabeza. Siento como si me estuvieran apretando hasta morir y luego me soltaran. Cojo aire y abro los ojos.

53

Spencer

Regreso a mi forma en una pila de cuerpos, con la batalla retumbando a mi alrededor, la magia estallando en el aire, y el gran comedor envuelto en llamas.

Exploro en busca de una salida. Le dije a Tristan que cogiera a Rhianna y se largaran, pero según me abro paso entre los escombros, forcejeando contra la magia de los soldados que quedan, le veo. En el suelo. Con los ojos cerrados. Su cuerpo sin vida.

La sangre se me sube a la cabeza. Me tambaleo. Me acuerdo de mi hermano. Muerto. Su sangre derramada por la tierra.

¿Él también está muerto? ¿Tristan? Siempre tan lleno de vida. Tan fuerte. Tan poderoso. Si está muerto, entonces…

¡No! ¡No puede ser! Corro hacia él, deshaciéndome de más hombres, y caigo de rodillas.

Al principio no me atrevo a tocarle, me invaden el pánico y las náuseas. Si le toco, entonces lo sabré seguro. No habrá más dudas ni probabilidades. Si está muerto, está muerto, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

Cojo a mi amigo en mis brazos.

Aún está tibio, aún tiene vida, y parece hacer un gesto cuando le muevo.

El alivio me hace soltar una carcajada llena de felicidad que contrasta con los quejidos de los otros hombres moribundos.

—¿Tristan? ¿Tristan, me oyes?

Siempre he podido sentir su magia, lo poderosa y fuerte que era, como un aura. Cierro los ojos y la siento ahora también, débil, menguante.

Tiene una herida enorme a la altura del pecho y el estómago, y está perdiendo mucha sangre. Paso mi mano por encima para curarla con mi magia, pero no puedo. Se trata de una maldición profunda y oscura que va consumiendo su magia poco a poco.

Tengo que llevarle a un curandero o a un hospital.

Le levanto y le saco del gran comedor, lejos de esa brutal batalla, fuera, a la noche, desviando toda la magia que viene en nuestra dirección.

Nada más salir al sendero miro a todos lados desesperadamente en busca de ayuda, y el ejecutor viene directo a nosotros.

—¿Rhianna? —pregunta con los ojos desorbitados, la respiración entrecortada y los pantalones y la camisa rasgada. Tiene una herida en el brazo, y la cara y las manos ensangrentadas.

Niego con la cabeza.

—Estaba con Tristan.

El ejecutor baja la mirada al cuerpo que llevo en brazos y se sobresalta alarmado. Su semblante se descompone, y le toca.

—¿Está muerto?

—No, pero está muy débil. Necesita ayuda.

Se relaja, aliviado. Cierra los ojos y exhala.

—Llévale a casa de su padre.

—¿A casa de su padre? Le llevaré al hospital…

—Toda la ciudad está siendo atacada. Han tomado el Consejo.

—¿Q-q-q-ué?

—Llévale a casa de mi tío, con su madre.

Niego con la cabeza, sin entender nada.

—Allí estará más a salvo. ¡Vamos!

Me quedo mirándole desconcertado, y entonces vienen corriendo el profesor Stone y dos amigos de Rhianna.

—No la hemos encontrado por ninguna parte —dice el profesor, con una mirada igual de salvaje que la del ejecutor—. ¿Dónde demonios estará? ¡No la siento cerca, Az! ¡No la siento!

Miro al ejecutor, de nuevo en tensión.

—Se habrá ido.

—¿Qué? ¿Cómo que se ha ido? ¿Se la han llevado?

La amiga de Rhianna se echa a temblar, aferrada al otro chico. Están todos igual de sucios y heridos que el ejecutor.

La bestia ruge en mi interior. Quiere hacer el mundo pedazos.

No puede haberse ido.

—Tenemos que encontrarla —decimos a la vez.

54

Renzo

Los sujeto a ella y a su cerdito con todas mis fuerzas y los transporto conmigo a través del tiempo y el espacio, y aterrizamos en el suelo de la cocina. La misma cocina donde me quedé sentado a esperar hace unas semanas. Solo que ahora es de noche, y apenas comienzan a colarse los primeros rayos del amanecer por la ventana.

Contemplo la cara de mi ratoncito mientras el cerdo se va a vomitar a un rincón.

—Ya lo sé, no es el medio de transporte preferido de todos.

Le retiro a mi ratoncito el pelo húmedo de la cara. Tiene el gesto muy en tensión.

—Shhh —susurro acunándola—. Duerme, ahora estás a salvo.

Niega con la cabeza y hace una mueca de dolor.

Le acaricio la cara, fascinado. Está tan suave. Tan cálida.

Chilla y todo su cuerpo se tensa, y entonces me acuerdo del dedo. Le cojo la mano con cuidado. La ira se apodera de mí al recordar lo que le ha hecho a mi ratoncito, como ha tomado algo tan perfecto y lo ha roto. Me acuerdo del cuerpo de Marcus tendido en el suelo. Le tendría que haber reventado la cabeza, y la espalda, y las piernas.

—Concéntrate —me recuerdo a mí mismo, y mi ratoncito se estremece murmurando algo. La acuno de nuevo—. Voy a curártelo.

Cierro los ojos y me concentro en los huesos. Resulta que es mucho más complicado curarlos que romperlos, pero me centro para dejarla igual de perfecta que antes.

Cuando termino, me echo hacia atrás y contemplo a mi ratoncito.

El dedo se ha curado, pero ella no. Sigue temblando.

Algo le pasa.

—¿Qué sucede, ratoncito? —No creo siquiera que pueda oírme—. Dime qué te pasa y lo arreglaré.

Se estremece y la aprieto fuerte contra mí, irradiándole mi propio calor.

Se calma un poco, vuelve a murmurar y abre los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto. Haría lo que fuera por ella, creo. Sí, lo que fuera.

—Tristan —susurra llena de dolor, pena y todas esas cosas que no entiendo—. Tristan.

Lee la siguiente entrega de la saga: *El peso del destino*

¿Te gustaría disfrutar de una escena extra de esta historia?
En mi página web encontrarás todo el contenido extra

Para avances exclusivos, *spoilers* y no perderte las novedades, únete a la comunidad de lectores de Hannah

Muchas gracias por leerme. Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña o puntuación. ¡A las autoras independientes nos es de gran ayuda!

DE LA MISMA AUTORA

Disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Novela romántica paranormal – harén invertido

The Arrow Hart Academy
Destinos fracturados
Lazos trenzados
Estrellas apagadas

Novela contemporánea – harén invertido – omegaverso

In With The Pack
In Deep - Rosie's story
In Trouble - Connie's story
In Knots - Alexa's story
In Doubt - Giorgie's story
In Control - Sophia's story

The Rockview Omegaverse
Pack Rivals Part I
Pack Rivals Part II
Pack Choices
Pack Gamble Part I

Pack Gamble Part II

Sagas contemporáneas – omegaverso MF

The Alpha Rock Stars
The Rockstar's Omega
Rocked by the Alpha
Fourth Base with the Alpha

Novelas contemporáneas independientes – omegaverso MF

Oxford Heat
The Alpha Escort Agency
Omega's Forbidden Heat

Novelas cortas contemporáneas – omegaverso MF

The Omega Chase
Online Heat
Christmas Heat

Sagas de romance alienígena – omegaverso MF
The Alpha Prince of Astia
Alien Desire
Alien Passion

SOBRE LA AUTORA

Escéptica en remisión, Hannah creció jurándose que nunca se casaría. Hasta que en 2001 conoció a su marido y desde entones es una romántica acérrima. Pese a ser una ávida escritora y lectora, Hannah decidió hacer lo más sensato y estudiar ciencias en la universidad, dejando de lado la idea de convertirse en escritora. Todo cambió cuando descubrió las alegrías de una buena novela romántica, y llegó a la conclusión de que las historias de amor siempre han sido las mejores.

Así que ahora utiliza sus conocimientos de enlaces químicos y reacciones para garantizar la chispa de sus libros. De hecho, seguro que la electricidad entre los personajes te acelerará el pulso y te pondrá el corazón a mil.

A Hannah le encanta leerles a sus tres hijos —incluyendo poner voces tontas— y dar paseos largos por el campo —cuanto más barro, mejor—. Su cabeza siempre está llena de ideas para historias nuevas, y lo más probable es que te la encuentres evitando los reclamos de su travieso gato mientras intenta escribirlas.

Suscríbete a mi *newsletter*:
www.hannahhaze.com/about

Únete a mis comunidades de lectores:

https://www.facebook.com/groups/hannahhazehotromancereads

https://www.facebook.com/groups/softandsteamyomegaverse

Visita mi página web:

www.hannahhaze.com

Sígueme en TikTok:

www.tiktok.com/@hannahhaze_author

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, mil gracias a todos mis lectores por darle una oportunidad a esta historia y por todas vuestras reseñas, comentarios y mensajes. Espero que la hayáis disfrutado. ¡Estoy deseando publicar el siguiente volumen de la saga!

A mi maravilloso equipo de lectoras beta, que me han ayudado a darle forma a la historia de la mejor manera posible: Courtney, Sara, Jessie, Morgan, Leandri, Aimee, Alanys, Jenna, Melissa, Lili y Kiki.

Gracias a Christian por otra portada preciosa y a James por editar mis palabras obscenas.

Y, por último, gracias a mi familia por su amor y su apoyo. ¡Os quiero!